

Cormac MacBayne quiere una esposa y la bruja, Edna Campbell, tiene en mente a la mujer perfecta. El único problema es que están separados por quinientos años y miles de kilómetros.

Acabando de salir de un mal matrimonio, Jenna Sinclair ha renunciado a los hombres, hasta que un apuesto escocés sale de la niebla y entra en su vida. Él es un enigma y posiblemente parte de alguna broma pesada tramada por el primo de Jenna. Ella ha tenido demasiadas decepciones en su vida. ¿Puede arriesgarlo todo para estar con un hombre que evidentemente le está mintiendo?

Jennae Vale

Un cardo más allá del tiempo

El Cardo y la Colmena - 2

ePub r1.0 Titivillus 12.02.2024 Título original: A thistle beyond time

Jennae Vale, 2020 Traducción: L. M. Gutez

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



Capítulo 1



l silencio que rodeaba a Jenna era tan envolvente como el grueso manto de niebla que acababa de instalarse a su alrededor. Un escalofrío le recorrió la espalda cuando notó que estaba repentina y completamente sola donde momentos antes la Marina Green se había llenado de gente paseando a sus perros, corriendo por los senderos y disfrutando de la mañana. El movimiento le llamó la atención y mientras miraba, la niebla comenzó a arremolinarse y a moverse hacia ella, como si se tratara de una entidad viviente y respirante.

—Chester, ven —llamó. El enorme Rottweiler de su primo Dylan trotó hacia ella—. Hora de irse, muchacho.

Cuando terminó de atar al perro, el viento se levantó y Chester comenzó a ladrar y a saltar ante la niebla que se acercaba. Estaban en medio de una especie de torbellino. Jenna se quitó los mechones de los ojos mientras Chester ladraba felizmente, con su pequeña cola moviéndose junto con toda su parte trasera. ¿Por qué saludaba a la niebla que continuaba arremolinándose hacia ellos?

La curiosidad mantuvo a Jenna allí sin moverse. La niebla estaba viva porque se movía, brillaba y estallaba con mini rayos de color. Sabía que debía salir de allí, pero sus pies estaban inmóviles. Los momentos pasaron en cámara lenta mientras la niebla comenzaba a disiparse, dejando en su lugar a un hombre muy alto, con falda escocesa, con largo pelo oscuro y unos fascinantes ojos azules que estaban sobre Jenna. Sonrió y caminó hacia ella.

—Tú debes ser Jenna. He venido por ti, muchacha.

Jenna se forzó a hablar.

—¿Te conozco? —Su voz temblaba solo un poco. Se exprimió el cerebro tratando de recordar si había conocido a este tipo antes. Imaginó que, si lo

hubiera hecho, lo recordaría. No era alguien que olvidaría tan fácilmente.

—No. No nos conocemos.

Esa voz y ese acento estaban afectando su capacidad de moverse. Realmente necesitaba alejarse de él antes de derretirse a sus pies.

- —Entonces, ¿cómo me conoces? ¿De dónde vienes? —Exigió, mientras observaba rápidamente los alrededores.
 - —No te conozco, muchacha. Edna me envió.

Dijo lo último como si ella debiera saber quién era Edna.

- —No conozco a nadie llamada Edna. Me debes haber confundido con alguien más —comenzó a retroceder. Él la siguió.
- —No. Vos no conocéis a Edna, pero ella te conoce. Dijo que serías la primera chica que vería cuando llegara.

Jenna estaba tratando de no enloquecer, pero el intimidante desconocido que llevaba una falda escocesa y caminaba hacia ella no se lo estaba poniendo fácil.

—Así que, esto es San Francisco —miró a su alrededor y sus ojos se iluminaron en el puente Golden Gate—. Es una vista increíble.

La niebla desapareció por completo y la gente volvió a ser visible. Jenna suspiró de alivio.

- —¿Y quién es este? —Preguntó, mientras se inclinaba para acariciar a Chester, quien estaba haciendo un patético trabajo para protegerla.
 - —Se llama Chester. No suele ser muy amistoso con los extraños.

No podía creerlo. El perro estaba encima de este tipo. Una cosa era cierta, hasta este punto Chester siempre había tenido un excelente ojo para la gente. Si no se podía confiar en alguien, reaccionaba con gruñidos y una fuerte cólera. Era una pena que hoy fuera aparentemente el día en que había decidido bajar sus estándares.

- —Mire, Señor... —empezó Jenna.
- —Mis disculpas, muchacha, olvidé presentarme. Me llamo Cormac MacBayne.
- —Bueno, ha sido un placer charlar con usted, Sr. MacBayne, pero tengo que irme.
 - —Iré con vos entonces.
- —No. No, no lo harás —Jenna maldijo el hecho de que se había dejado el móvil en casa.
 - —Sí. Tengo que. Estoy aquí por ti, Jenna.
- —¿Qué significa eso exactamente? —Los ojos de Jenna se entrecerraron con incredulidad.

- —Edna me envió para que te lleve de vuelta conmigo. Para que seas mi esposa.
- —Vale, no sé qué drogas estás tomando, o cuáles deberías tomar, pero tienes que dejarme en paz.

Jenna evaluó la situación y decidió que necesitaba volver a casa lo antes posible. Había un montón de gente afuera y en los alrededores, así que, si él intentaba algo, gritaría. Este tipo era obviamente un loco, pero extrañamente, no se sentía amenazada por él. Lástima que estaba delirando, porque de otra manera, era un buen ejemplar de hombre.

Rápidamente se dio la vuelta y empezó a alejarse. Él se apresuró a alcanzarla. Jenna inspeccionó el área para encontrar la manera más rápida de perderlo. No parecía esperanzador.

- —¿No tienes que estar en algún lugar?
- —No, muchacha, estoy aquí...
- —Lo sé, lo sé, estás aquí por mí —gruñó.
- —No tengo ningún otro sitio al que ir —admitió con voz triste.
- —Así que eres un desamparado. ¿Es eso?
- —No. Mi casa está lejos de aquí.
- —¿Tienes algo de dinero? —Preguntó Jenna. Su desconfianza inicial se relajó un poco.
 - —No, nada —respondió con una mirada curiosa en su cara.
- —Bien. Ya que insistes en seguirme, si me dejas en paz y no intentas nada, cuando lleguemos a mi casa te daré algo de dinero y haré que mi primo Dylan te lleve al refugio para indigentes. Allí hay gente que puede ayudarte.

¿Por qué iba a llevarlo a la puerta de su casa? Se decía a sí misma que Chester no dejaría que le pasara nada, y Jenna simplemente no recibió una mala vibra de él.

Continuó mirando como si no pudiera entender por qué ella pensaba que él necesitaba ayuda.

- —Eso no será necesario, muchacha. Si vienes conmigo le diremos a Edna que estamos listos y nos llevará a mi casa.
- —No puedo discutir contigo sobre esto. Obviamente tienes asuntos que necesitan ser tratados y no tengo el tiempo o la paciencia para hacerlo. Así que, por favor, no digas ni una palabra más sobre mí yéndome a algún lado contigo. De hecho, no digas nada más.
 - —Como quieras, muchacha.

Jenna lo vigilaba mientras caminaba. Había sido abordada por extraños en el pasado. San Francisco era una ciudad grande y había muchos vagabundos

en las calles que necesitaban ayuda. Pero ninguno de ellos la había seguido a su casa. Algunos pedían dinero y otros solo querían que alguien los escuchara por un momento. Cormac MacBayne no pronunció ni una sola palabra, pero ella notó que su cabeza giraba de un lado a otro, mirando los coches y los autobuses con inmensa curiosidad. Todo le parecía fascinante.

Jenna se sintió aliviada cuando finalmente llegó a su casa, una pequeña y ordenada victoriana con tapicería cursi en una hilera de casas multicolores similares. Podía ser que llevarlo directamente a la puerta de su casa no hubiera sido la decisión más sabia, pero algo le dijo que no tenía nada que temer de ese extraño hombre.

- —Espera aquí. Traeré a Dylan para que te ayude.
- —Jenna, muchacha, yo...
- —No. No digas otra palabra. Cierra el pico —hizo un gesto con los labios como si los estuviera cerrando.

Cormac arrugó su frente y pareció confundido ante eso, pero no habló.

—Ven, Chester —tuvo que apartar al perro. *Debe estar usando colonia de tocino*, pensó, mientras subía las escaleras hacia su puerta. Miró una vez más al bello pero loco, y luego abrió la puerta y entró.



- -Dylan —llamó Jenna mientras cerraba la puerta principal—. Dylan, levántate. Te necesito. Tenemos un problema y te está esperando abajo.
- —Buenos días a ti también, primita —Dylan se estiró y se frotó los ojos mientras salía de su habitación, sin llevar nada más que un par de vaqueros—. Café —señaló mientras se dirigía a la cocina y se servía una taza.
 - —Entonces, ¿qué pasa? ¿Jonathan ha vuelto?
- —No. Un loco me siguió a casa desde el Green. Extrañamente, sabe mi nombre. Lo envió una señora llamada Edna, o eso dice él. Se supone que debo ir con él y ser su esposa.
- —Bueno, entonces es mejor que hagas las maletas. Probablemente no deberías hacerle esperar demasiado. Puede que se vaya sin ti —Dylan se rio de su propia broma.
- —Muy gracioso. Te encanta el alboroto a primera hora de la mañana, ¿no?
- —Creo que sí —se quitó los rizos rubios dorados de la cara y buscó una camisa tirada sobre una silla cercana—. Entre eso y este rostro y cuerpazo, es

una maravilla que no tenga mujeres tirando la puerta para estar conmigo.

- —No quiero que tu cabeza se hinche, pero ellas sí.
- Dylan sonrió.
- —Oh, sí, tienes razón.
- —Vamos, Dylan. Ponte serio. Tenemos que hacer algo con este tipo. Y cuando digo nosotros, me refiero a ti.
 - —¿Debería traer mi bate de béisbol? —Se burló.
- —No. Parece bastante inofensivo —relató Jenna. Encontró su bolso y sacó su billetera—. Aquí hay algo de dinero para él. Pensé que podrías dejarlo en un refugio para indigentes.
 - —Bien. Me encargaré de ello —miró por la ventana del frente—. ¿Es él?
 - —Sí.
 - —Es un tipo grande. Me pregunto si jugó al fútbol.
 - —No lo sabría. No le pregunté —respondió sarcásticamente.
- —Apuesto a que lo hizo. Probablemente se golpeó la cabeza demasiadas veces. Conmociones cerebrales, ya sabes.

Jenna puso los ojos en blanco.

- —Dylan, no todo el mundo juega al fútbol.
- —Yo sí.
- —Lo sé, pero él es escocés.
- —Oh, sí, lleva una falda escocesa. Esa debería haber sido mi primera pista.

Jenna ya se encontraba empujándolo hacia la puerta.

- —Ve, ve, ve.
- —Bien, ya voy, ya voy.

Jenna cerró la puerta de golpe tras de él y volvió a la ventana. Se llevó su móvil consigo por si necesitaba llamar a la policía de San Francisco.



Cormac se apoyó en el poste de luz y esperó justo como le había indicado Jenna. Esperaba que Edna no lo hubiera llevado por mal camino. Desde luego que esta mujer era bastante bonita, pero tenía una lengua viperina que contrastaba mucho con su rostro angelical, sus mechones dorados y sus ojos cafés acuosos. Y era pequeña. Su cabeza apenas y llegaba a la parte superior de su pecho y, aunque era de complexión delgada, se le podían ver algunas curvas.

Sus ojos estaban sobre las ventanas sobre su cabeza. Podía ver movimiento allí y sabía que estaba siendo observado. Momentos después, la puerta se cerró de golpe detrás de un hombre alto y de pelo claro que le miró mientras bajaba las escaleras.

- —Hola. Me llamo Dylan. Soy el primo de Jenna. Me pidió que viniera aquí y te ayudara.
- —Buenos días, Dylan. Soy Cormac MacBayne. Edna me envió a buscar a mi esposa. Me dijo que Jenna era la indicada, pero ella no lo cree.
- —Ya veo —Dylan estaba desconcertado, pero quería llegar al fondo de esto por el bien de su prima. Llevar a este tipo a un refugio no iba a responder a las preguntas que tenía.
 - —Cormac, ¿de casualidad tienes hambre?
 - —Sí. Lo estoy.
- —Yo también. Vamos a desayunar y me puedes contar todo sobre Edna y este asunto de la esposa.

Mientras se dirigían hacia la calle, Cormac echó un último vistazo a la ventana y vio a Jenna espiándolos.



—¿Adónde cree que va? Le dije a Dylan que lo llevara al refugio para indigentes, y en cambio, se han ido por la calle como dos viejos amigos — murmuró Jenna irritada.

En ese momento se le ocurrió que Dylan podría estar gastándole una broma. Ciertamente parecía algo que él haría. Eso debía ser, porque nada más tenía sentido.

Este Cormac era muy guapo. Se vestía de forma extraña, pero era algo *sexy*. ¿Quién no amaba a un hombre con una falda escocesa? La camiseta, la chaqueta de cuero y las botas eran la cereza del pastel en lo que a ella respectaba. Se preguntaba dónde lo había encontrado Dylan. ¿Lo conocía de la universidad? A Jenna le gustaba el acento escocés y se preguntaba por qué nunca había visitado Escocia. Si los hombres de allí se miraban como Cormac MacBayne, entonces iba a tener que ponerlo en su lista de deseos.

Su mejor amiga, Ashley, se había ido a Escocia la previa primavera y había terminado casándose y quedándose allí. *Dios, te extraño, Ashley,* pensó. *Ni siquiera puedo llamarte. Es más, ¿quién vive en un lugar donde no hay servicio telefónico?* Si Ashley estuviera aquí, estarían ocupadas buscando

formas de vengarse de Dylan. Una buena broma práctica siempre merecía una respuesta.

Se suponía que su paseo con Chester la ayudaría a relajarse, y en su lugar había añadido una nueva lista de cosas sobre las cuales reflexionar. A veces era demasiado difícil apagar todo ese parloteo sin sentido. Los pensamientos que la hacían sentir que todo lo que había sucedido recientemente en su vida había sido su propia culpa. Los pensamientos que le decían que había cometido el mayor error de su vida al casarse con Jonathan, y que si hubiera prestado atención habría sabido que no debía confiar en él. Jenna miró hacia abajo a sus manos, ahora cerradas en puños, y puso una mueca por su propia incapacidad para dejar ir las cosas. Hizo un esfuerzo consciente para relajar sus manos y respirar profundamente, expulsando el aire así como a todos los pensamientos obsesivos que rondaban alrededor de su cerebro.

—Vamos, Chester. Vamos a comer algo. No voy a resolver todos mis problemas ahora mismo.

Capítulo 2



ormac y Dylan se pusieron cómodos en una cabina de la esquina de Joe's Diner, un abrevadero local.

- —Pidamos algo de comida primero y luego hablaremos —sugirió Dylan.
- —Sí —Cormac se veía incómodo mientras examinaba todo; desde la cabina, los vasos, el piso y el techo.
- —Aquí —Dylan le entregó a Cormac un menú, pero en vez de leerlo, simplemente lo sostuvo—. ¿No hay comedores de dónde vienes?
 - —¿Comedores?
 - —Eso es lo que es este lugar. Es un comedor.
- —No. No he estado en un *comedor* —Cormac pronunció cuidadosamente la palabra.
- —Bien. Bueno, lo que tienes en la mano es el menú. Pides tu comida de él.

Cormac respiró profundamente y continuó mirando a su alrededor. Dylan no estaba seguro de lo que estaba pasando.

- —Ordenaré para los dos. Tengo mucha hambre y supongo que tú también.
- —Hola, Dylan, cuánto tiempo sin verte —una joven y bonita mesa se paró en su cabina lista para coger sus órdenes.
 - —Oh, hola, Sofía. ¿Cómo te va?
- —Bien, supongo. Nunca me llamaste —lo miraba como si le estuviera lanzando cuchillos con la mirada.
- —Oh, sí, lo siento. Es que estuve muy ocupado ayudando a Jenna, ya sabes.
- —Bien —no le creyó. Él se dio cuenta—. ¿Quién es tu amigo? Preguntó sin ocultar su interés.

—Cormac.

Cormac se puso de pie y le hizo una ligera reverencia. Tomó su mano, se la llevó a los labios y dijo:

—Es un honor conocerte, muchacha.

Las piernas de Sofía parecieron tambalearse y ella parecía un poco nerviosa, así que Cormac la estabilizó para evitar que se cayera. Se abanicó con el bloc de notas y comenzó a alejarse.

- —¿No vas a tomar nuestra orden, Sofía?
- —Oops. Lo siento. ¿Qué puedo ofrecerte, Cormac? —Sonrió y le movió las pestañas, ignorando a Dylan.



Dylan ordenó suficiente comida para alimentar a una familia de seis personas y, mientras esperaban, decidió que no había tiempo como el presente para averiguar qué sucedía con Cormac, pero antes de que pudiera hacer su primera pregunta, Cormac se adelantó.

- —¿Qué le has hecho a esa pobre chica que la ha hecho enojar tanto?
- —Te diste cuenta de eso, ¿eh? Cometí el error de tener una cita con ella. Es muy bonita, sabes, pero no tuvimos química. Así que nunca la llamé para una segunda cita. Supongo que esperaba que lo hiciera.
 - —Química. ¿Qué es?
 - —¿En serio?

Cormac siguió mirándolo fijamente, esperando una respuesta.

- —La química es como cuando tienes esta conexión inmediata con alguien. Se llevan bien de inmediato.
- —Lo siento, Dylan. No soy muy bueno con tu inglés del siglo veintiuno. Ashley lo habla todo el tiempo y he llegado a entender la mayor parte de lo que dice, pero siempre hay algo nuevo que aprender.
 - —¿Dijiste inglés del siglo veintiuno?
- —Sí. Lo hice —Cormac parecía estar sopesando sus opciones en cuanto a qué decir antes de continuar—. Edna me dijo que tuviera cuidado con lo que dijera y que no me mirara desconcertado por todas las cosas extrañas que vería. Pensó que podría asustar a Jenna, pero creo que ya lo he hecho.
- —Sí, estaba un poco asustada cuando llegó a casa. Pero explícame... ¿de dónde eres? —Dylan tuvo la sensación de que algo no estaba del todo bien; esperaba pronto descubrirlo.

- —Soy de Escocia. Edna me envió. Es una bruja, ya sabes.
- —¿Te refieres a una bruja que hace hechizos?
- —Sí.
- —Entonces, ¿Edna te envió a buscar a Jenna y llevarla de vuelta a Escocia?
- —Sí. Me dijo que Jenna sería mi esposa, pero no estoy tan seguro. No es tan dulce como la esposa de mi hermano.
 - —¿Quién es la esposa de tu hermano?
- —Cailin está recién casada con Ashley. Es una chica americana del siglo veintiuno, como Jenna. Vivía aquí en San Francisco antes de conocer a mi hermano.
 - —¿Ashley Moore?
 - —Sí. Ella. ¿La conoces?
- —Sí. Quiero decir, sí. Es la mejor amiga de Jenna. Se fue de vacaciones a Escocia y llamó para decirle que se iba a casar. No hemos sabido nada de ella desde entonces.
 - —No es probable que lo hagas.
- —Cormac, tienes que contármelo todo. No puedo ayudarte si no sé toda la historia.

En ese momento, Sofía regresó con dos enormes platos de comida y una humeante cafetera que colocó en la mesa frente a ellos.

- —Aquí tienes —enfocó toda su atención en Cormac, inclinándose sobre él y presionando en su brazo sus generosos pechos mientras le servía un poco de café—. Avísame si necesitas algo más. Cualquier cosa —le guiñó un ojo y le dio a sus caderas un poco de movimiento extra mientras se alejaba.
- —¿Todas las mujeres de San Francisco son como Sofía? He visto muchas muchachas hermosas en el poco tiempo que llevo aquí. Tal vez pueda encontrar a alguien más para que me acompañe. Alguien más como Ashley.
 - —Créeme, Sofía no se parece en nada a Ashley.

Dylan comenzó a comer, pero Cormac parecía un poco confundido por los utensilios y la comida. *Esto es muy extraño*, pensó Dylan. *Parece que nunca había visto un tenedor*.

- —Oye, amigo, ¿estás bien?
- —¿Amigo? ¿Quién es amigo?
- —Tú. Es el inglés del siglo veintiuno —Dylan le mostró a Cormac cómo usar el tenedor y con una sonrisa comenzó a comer. Probó el café e hizo una mueca.

- —Deberías ponerle crema y azúcar. De lo contrario puede ser un poco amargo.
 - —Cailin me habló de este café. Bebió un poco cuando visitó tu época.

Eso llamó la atención de Dylan y dejó su tenedor y se concentró en Cormac.

- —¿Qué quieres decir con mi época?
- —Edna se enfadará conmigo, pero debo decírselo a alguien. Debes prometer que no le dirás nada a Jenna sobre Ashley. Es importante que venga conmigo porque quiere, y no por Ashley.
- —No diré nada sobre Ashley. Lo prometo. Ahora dime lo que quisiste decir mi época.
- —Verás, Dylan, soy del año 1514 en Escocia. Edna me envió desde allí para llevar a Jenna de vuelta a Breaghacraig conmigo.

La boca de Dylan se abrió por completo debido a la revelación. Siendo un gran fan de la ciencia ficción, estaba más que dispuesto a creerle a Cormac. Tenía la mente abierta a la mayoría de los temas y creía que solo porque no lo había visto con sus propios ojos, no significaba que algo no existiera.

- —¡Vaya, amigo! Eso es asombroso. ¿Cómo lo hizo?
- —No lo sé. Me paré en el puente como ella me dijo que hiciera y cuando llegó la niebla, se arremolinó a mi alrededor por un rato y luego se fue. Abrí los ojos y estaba aquí y vi a Jenna, tal como Edna dijo que lo haría.
- —¿Qué hay de tu ropa? Llevas una falda escocesa, pero tienes puesta una camiseta y una chaqueta de cuero muy guay. No creo que tengan esas cosas en el siglo dieciséis.
- —Tienes razón. Me dijo que las chicas de aquí me encontrarían irresistible con esta ropa.
- —Creo que ella tenía razón. Todas las mujeres que pasamos en la calle te miraron dos veces. Puede que tenga que copiar tu atuendo.
 - —No impresionó a Jenna. No podía esperar para alejarse de mí.
- —Todavía no te rindas con ella. Veré qué puedo hacer para ayudarte. Tienes que entender que acaba de salir de un mal matrimonio y ahora mismo está enfadada con el mundo.
 - —¿Jenna estaba casada?
- —Lo estaba. Se casó con un tipo llamado Jonathan. A ninguno de nosotros, su familia o amigos nos gustaba. Pensamos que estaba cometiendo un gran error, pero no quería oírlo. Resultó que él solo estaba interesado en ella por el dinero de la familia. Una vez que lo descubrió, terminó con él y

consiguió anular su matrimonio. Se sintió muy traicionada y todavía lo está superando.

- —Es hermosa, pero tiene una lengua viperina —observó Cormac.
- —El sarcasmo es su arma preferida, hermano. Es realmente una gran chica. Es algo dura por fuera y todo este asunto de Jonathan no ha ayudado con eso, pero es un encanto una vez que la conoces. Ya lo verás.
 - —Confío en ti, Dylan. ¿Serías infeliz si tu prima deja tu época?
- —No. Me alegraría por ella… *si* realmente quisiera irse. *Yo querría* ir. ¿Crees que eso sería posible?
 - —No lo sé. Tendríamos que preguntarle a Edna.
- —¿Cómo te comunicas con Edna? ¿Usas la telepatía mental? ¿O se materializa justo delante de ti?
- —Lo siento, Dylan, no tengo *telepatía mental*. Si quieres saber cómo le hablo, bueno, está en mi cabeza. No creo que pueda explicarlo de otra manera.

Dylan estaba terminando lo último de su comida y sonreía de oreja a oreja.

—Vamos a tener que encontrar una forma de conseguir que Jenna te deje quedarte en la casa. Déjamelo a mí. Se enojará al principio, pero entrará en razón. Ya lo verás.

Sofía les llevó la cuenta.

- —¿Puedo traerles algo más? —Una vez más, estaba totalmente centrada en Cormac quien estaba pasando un mal rato con la jerga.
- —Estamos listos para irnos, Sofía —Dylan le dio algo de dinero—. Creo que eso lo cubre.
 - —¿Quieres cambio?
 - —No. Quédatelo.
- —Espero verte de nuevo, Cormac. Trabajo la mayoría de las mañanas. Solo pídeles que te sienten en mi mesa.
 - —Gracias, muchacha. Me aseguraré de hacerlo.

Cuando se fueron, Sofía los siguió hasta la puerta. Dylan miró con interés mientras le mandaba un beso a Cormac, y luego casi se cayó cuando él se lo devolvió con una traviesa sonrisa.

Capítulo 3



enna estaba pasando la aspiradora cuando Dylan regresó con Cormac. No los escuchó entrar y cuando finalmente levantó la mirada, se sobresaltó mientras se llevaba la mano al pecho.

- —¡Me asustaron! —Su corazón se aceleró.
- —Lo siento, prima —se disculpó Dylan con una sonrisa avergonzada.

Jenna miró a Dylan y un ceño fruncido iluminó sus rasgos mientras espiaba a Cormac.

- —¡Creí haberte dicho que lo llevaras a un refugio! ¿Qué es lo que no entendiste? —Se quebró.
- —No podría hacerle eso, Jenna. Es de otro país y no conoce a nadie aquí. Es un buen tipo, en serio. Pasamos la última hora desayunando y conociéndonos.
- —Dylan, sé lo que estás haciendo, así que puedes parar ahora mismo soltando la aspiradora, Jenna se cruzó de brazos.
 - —No sé de qué estás hablando —respondió.
- —Sé que todo esto es una broma pesada. No sé cómo lo lograste y no sé de dónde sacaste a este tipo, pero no puedo creer que me hicieras eso. Sabes lo molesta que he estado últimamente y cuando apareció de la nada, bueno... pensé que era un asesino en serie o algo así.



— Junca te haría daño, muchacha — dijo Cormac mientras se asomaba por detrás de Dylan.

- —Ahora lo sé, pero en ese momento estaba bastante asustada.
- —Me disculpo con vos. No quise asustarte.
- —No fue una broma pesada, Jenna. Este tipo, Cormac, es de Escocia y fue enviado aquí por una bruja. Esa es la Edna que mencionó. Como sea, ni siquiera es de esta época. Es del siglo dieciséis. ¿Puedes creerlo? —Preguntó Dylan con entusiasmo.
- —No. No puedo creerlo y no lo haré. Buen trabajo tratando de convencerme de algo completamente imposible. ¿Has estado tomando clases de actuación últimamente, Dylan? Porque eres bastante bueno. Si no te conociera bien, incluso podría creerte.
 - —Es verdad, Jenna. No me lo estoy inventando. Dile Cormac.
- —Está diciendo la verdad, muchacha. Edna me envió desde el año 1514. Dijo que serías mi esposa.
- —No empieces con eso otra vez. Los dos tienen que dejarlo. No te creo. No existe el viaje en el tiempo. Punto. El fin.
- —Bien. No lo mencionaré de nuevo, pero no estamos mintiendo y el viaje en el tiempo es totalmente posible, ya verás —insistió Dylan.

Jenna sintió un escalofrío en la espalda. ¿Cómo podría ver? Algo estaba mal aquí, pero no podía apostar en ello. Lo mejor era dejar que Dylan se divirtiera e ignorar a su amigo escocés tanto como fuera posible. Se quedó allí, con la aspiradora en la mano una vez más y miró de Dylan a Cormac, en quien se detuvo. Era un hombre realmente apuesto. Podría haber salido de uno de esos anuncios de colonia de lujo para hombres. Definitivamente no era difícil verlo. Hablando de ver, sus ojos tenían el más hermoso tono de azul. La palabra «cerúleo» le vino a la mente. Aunque no podía decir por qué. No era una palabra que alguna vez hubiera usado. Supongo que he leído demasiadas novelas románticas. Su rostro estaba perfectamente construido; los rasgos eran llamativos y angulosos desde su nariz recta hasta la fuerte línea de su mandíbula. Definitivamente era todo un hombre. Su boca revelaba unos labios muy besables y se preguntó si eran tan suaves como parecían. Su cuerpo fue el siguiente en ser examinado mientras ella continuaba su lectura. Tenía hombros anchos, fuertes brazos y manos. Su pecho se tensaba al límite de su camiseta, bajando hasta sus estrechas caderas y piernas realmente lindas. La falda que llevaba era muy sexy. Se preguntó si era cierto que nada se interponía entre un hombre y su falda. Jenna de repente se dio cuenta del hecho de que la habitación se había quedado completamente en silencio. Levantó la cabeza y se avergonzó al ver dos pares de ojos mirándola. Una lenta y *sexy* sonrisa se extendió por la cara de Cormac y ella pensó que podría desmayarse por la vergüenza y el devastador efecto que esa sonrisa estaba teniendo en su corazón.

- —Prepararé el cuarto de huéspedes para Cormac, ya que somos las únicas personas que conoce aquí y no podemos dejarlo en la calle para que se valga por sí mismo —Dylan rompió el incómodo silencio.
- —Si me preguntas, parece bastante capaz de cuidarse a sí mismo. ¿No puede quedarse en un hotel?
- —No seas así, Jenna. No queremos que Cormac regrese a Escocia con historias sobre lo groseros que son los americanos, ¿verdad?
- —Supongo que no. Bien. Puede quedarse, siempre y cuando no mencione que me lleva a Escocia para ser su esposa. ¿Entendido?

Ambos hombres asintieron.

- —Vamos, Cormac. Te mostraré tu habitación.
- —Jenna, muchacha, gracias.
- —De nada. Creo.



Cormac siguió a Dylan a lo que sería su dormitorio. Era pequeño en comparación con el que tenía en Breaghacraig, pero había mucho espacio para que estuviera cómodo. La cama era grande y las ventanas dejaban entrar suficiente luz para mantener la habitación brillante y alegre.

- —Esto aquí —Dylan extendió su brazo mientras le presentaba a Cormac la habitación.
 - —Es muy linda. Seré muy feliz aquí.
- —Bueno, no te pongas demasiado cómodo. Mañara iremos a la otra casa en el Este de la Bahía.
 - —¿Tienes otra casa?
- —Sí. Ambas son de los padres de Jenna, pero más o menos se las han dado.
 - —¿Dónde residen ellos?
- —Tienen hogares en todo el mundo. Nunca se quedan en un lugar por mucho tiempo y no han regresado a San Francisco en años. El baño está aquí —llevó a Cormac a su propio cuarto de baño privado.
- —Dylan, es posible que tengas que explicarme algunas cosas. En el lugar de donde vengo no tenemos habitaciones como esta.

- —Bien. Casi lo olvido —le mostró cómo funcionaba todo en el baño; cómo encender y apagar las luces en ambas habitaciones y dónde podía encontrar toallas y jabón—. Parece que eres como de mi talla, así que si necesitas ropa, puedes usar la mía.
 - —Sí. Eres muy generoso, Dylan. Gracias.
- —No hay problema. Esta noche vamos a un bar con karaoke en Hayes Valley. Deberías estar bien usando lo que llevas puesto. Te ha hecho un ganador hoy. ¿Por qué arruinar el éxito?

Cormac simplemente sacudió la cabeza. Esto fue casi demasiado para él. Apenas podía entender lo que se decía a su alrededor. ¿Por qué había dejado que Edna lo convenciera de venir aquí en busca de una esposa? Jenna no había estado muy feliz de verlo y había tratado de deshacerse de él casi inmediatamente. Sin embargo, le había dado una buena oportunidad cuando regresó con Dylan. Se sentía atraída por él. Cormac conocía esa mirada. Muchas muchachas lo habían mirado de la misma manera. Mientras lo examinaba de pies a cabeza, Jenna parecía estar planeando devorarlo para la cena. Ese solo pensamiento hizo que la sangre corriera a través de su excitado cuerpo. Era una muchacha atractiva y se preguntó cómo sería tenerla en sus brazos, sentir sus manos sobre su cuerpo, sus labios sobre sus labios. Gimió en voz alta ante los pensamientos que le causaban todo un caos en su cerebro.

Dylan aclaró su garganta.

- —Te dejo con ello, entonces. Tal vez quieras descansar un poco. Apuesto a que el viaje en el tiempo realmente te deja sin energía.
- —Sí. Creo que tienes razón. Debería descansar —Cormac se sentía un poco agotado, pero era inusual que estuviera en cama durante el día. Nunca lo haría en Breaghacraig, ya que siempre había mucho que hacer.

Dylan cerró la puerta detrás de él y Cormac se acostó y cerró los ojos. Apenas terminado de hacerlo, escuchó la voz de Edna.

- —Cormac. ¿Puedes oírme?
- —Sí, Edna. ¿Es usted?
- —¿Quién más podría ser? ¿Cuántos más te hablan en tu cabeza, querido? Cormac sonrió con suficiencia, a pesar de saber que Edna no podía ver la reacción.
 - —Solo tú, Edna.
 - —Sí, bueno, ¿cómo va todo? ¿Has conocido a Jenna?
 - —Sí. Es una muchacha encantadora, pero no le importo, tengo miedo.
- —No te preocupes, querido. Entrará en razón. Recuerda que solo tienes una semana para que acepte volver contigo. Luego, en ese momento, deben

regresar al mismo lugar para que yo los pueda llevar de vuelta.

- —Su primo, Dylan, me ha estado ayudando, de lo contrario me hubiera quedado en algo a lo que ella llama «refugio para indigentes».
- —Oh, querido. Gracias a Dios que eso no sucedió. Ten paciencia con ella. No es una joven feliz. Ha recibido una lección de vida en la escuela de los golpes duros y le llevará tiempo confiar en vos.
 - —¿Estás segura de que es la indicada para mí?
 - —De otra manera no te habría enviado, ¿verdad?
 - —No. Espero que no.
- —Como te dije, trata de encajar. No te sorprendas por nada de lo que puedas ver.
- —Ha sido difícil, pero no creo que alguien se haya dado cuenta. Le conté al primo de Jenna lo de Ashley. No se lo dirá a nadie.
- —Bien. Me alegro de que tengas alguien en quien confiar. Si me necesitas, llámame.
 - —Lo haré.

Y luego se fue y Cormac decidió que no sería tan mala idea dormir por un tiempo.



Jenna estaba desconcertada más allá de la razón. Había estado dando vueltas por la casa durante la última hora, maldiciendo a Dylan. No creía poder ser capaz de lidiar con el hecho de tener a Cormac bajo su techo. Lo último que quería era sentirse atraída por él. No estaba preparada para eso. Todavía estaba recuperándose de la decepción con la que había estado viviendo durante su matrimonio con Jonathan. El romance no estaba en su lista de cosas por hacer. De hecho, no lo estaba en absoluto.

- —Maldición, maldición —murmuró.
- —¿Malditación qué? —Dylan acababa de entrar en la cocina para encontrarla sosteniendo su cabeza con la mano mientras maldecía en voz alta.
 - —Dylan, ¿en qué estabas pensando?
 - —¿Eh? —Alzó una ceja en su dirección.
- —Al invitar a Cormac a quedarse con nosotros. No estoy segura de cómo me siento al tener a un completo extraño durmiendo al lado de mi dormitorio.
- —¿Temes terminar accidentalmente en su habitación? ¿O él en la tuya? —Se burló.

- —Ya sabes lo que quiero decir. Y para lo que dices. Nadie va a terminar en la habitación de nadie más. No tengo tiempo para eso.
- —Jenna, por supuesto que sí tienes tiempo. Podría ser lo mejor para ti. No dejes que Jonathan te arruine el resto de tu vida solo porque fue un timador.
 - —No estoy lista todavía, Dylan. Así que no me apresures —gruñó.
- —Vale, vale. Tú ganas —admitió Dylan—. Le dije a Cormac que podía venir con nosotros al karaoke esta noche.
- —No sé si quiero ir —Jenna continuó limpiando y evitó el contacto visual con su primo.
 - —¿Por qué? Antes te parecía bien —protestó.
 - —No me siento muy sociable.
- —Jenna, no puedes convertirte en una ermitaña. Vas a ir y no aceptaré un no por respuesta. Necesitas relajarte y divertirte un poco.

Jenna arrugó su nariz y le sacó la lengua a su primo. Tenía razón. Realmente necesitaba salir de su sistema y comenzar a vivir su vida de nuevo.

- —Vale. Iré, pero no cantaré.
- —Ya lo veremos —se rio Dylan.

Jenna lo ignoró y continuó con su desenfreno de limpieza en la cocina. No era que lo necesitara, pero la mantenía ocupada y también era algo terapéutico.

- —Te faltó una parte —Dylan no iba a irse sin hacerla reír.
- —¿Dónde? —Preguntó seriamente, mirando la encimera de granito desde todos los ángulos.
 - —Jenna, hola... estoy bromeando. ¿Puedo al menos sacarte una sonrisa?

Forzó una sonrisa. Dylan cogió una toalla mojada y la sacudió en su dirección, mojándola.

- —Dylan...; no! Desordenarás la cocina.
- —De esa manera realmente tendrás una excusa para limpiar —bromeó mientras pasaba corriendo y le pellizcaba las costillas.
 - —¡Dylan, detente! —Jenna chilló a carcajadas y lo persiguió.
 - —No hasta que me prometas que sonreirás más a menudo.

La agarró por la cintura y le hizo cosquillas.

—Lo haré… lo prometo.

Dylan la soltó y ella lo golpeó mientras él corría por la cocina, riéndose. Él se volvió hacia la puerta, pero fue bloqueado por un gran montañés que se apoyaba en el marco de la puerta. La risa de Jenna se detuvo abruptamente cuando miró todo lo que el uno noventa de estatura de Cormac MacBayne

tenía para ofrecer, luciendo más candente que un bombón con una *sexy* media sonrisa en su muy apuesto rostro.

- —Siento haber interrumpido su diversión. Esperaba encontrar algo para beber.
- —Oh, lo siento... claro... —Jenna comenzaba a tartamudear y peor aún, podía sentir un sonrojo recorriéndole la cara—. ¿Qué te gustaría? ¿Cerveza? ¿Agua? ¿Leche?
 - —Tráele una cerveza, Jenna. Probablemente le vendría bien una.

Fue al refrigerador, sacó una botella y se la entregó a Cormac, quien la miró como si fuera la cosa más desconcertante que jamás hubiera visto.

- —¿Se abre girando, Dylan? No me fijé.
- —No. Necesita un destapador.

Cormac todavía parecía desconcertado cuando Jenna le entregó el objeto recién mencionado.

- —¿Qué hago con esto, muchacha?
- —¿Hablas en serio? —Cuando no le respondió, le quitó la botella de la mano y, usando el destapador, le quitó la tapa—. Aquí tienes.

Dylan había cogido una botella para sí mismo y quitado el destapador de las manos de Jenna. Movió la cabeza hacia Cormac y bebió un sorbo. Cormac lo imitó, dándose cuenta finalmente de lo que debía hacer con la botella.

- —¿Del lugar de dónde vienes no hay cerveza en botellas? —Preguntó Jenna.
 - —No, no así.
- —Tendrás que contarme todo sobre... Escocia. Es decir, de la parte de la que eres.

La curiosidad de Jenna se despertó y esperaba poder atraparlo en una mentira y entonces aquella loca broma pesada terminaría.

- —Sí. Quizás en otro momento, si no te importa.
- —Por supuesto. Creo que iré a vestirme para nuestra noche en la ciudad.

Jenna se sintió aliviada al salir de la cocina. Se estaba volviendo un poco incómodo ahí dentro, y caliente. Sentía que ardería espontáneamente al ver a Cormac en la puerta. Esperaba que la noche fuera divertida y que pudiera relajarse con él a su alrededor. La forma en que la miraba la hacía sentir un poco tímida, lo cual era una emoción que rara vez sufría. Era como si mirara dentro de su alma. Jenna no sabía cómo se sentía al respecto, pero planeaba tratarlo como trataba a sus demás amigos varones. Sí... ¡claro!



Cormac y Dylan intercambiaron miradas de complicidad mientras ella salía de la cocina.

- —Creo que estás llegando a ella, amigo.
- —Concuerdo con vos. Se torna de un hermoso tono de *rosa* cuando me mira.
- —Sigue con el buen trabajo. Aunque en realidad no estás haciendo mucho. Desearía tener ese efecto en las damas. Tal vez podrías enseñarme algunos de tus trucos.
- —No uso trucos, Dylan —se rio—. Es solo mi maldición de ser atractivo para las muchachas.
- —Y esa es la triste verdad, amigo mío —Dylan le dio una palmada en la espalda—. Veremos cómo me va esta noche. Tal vez haya un efecto «derrame» por estar contigo.
 - —¿Un qué?
- —Espero que algo de tu encanto se me pegue y las damas estén sobre mí como abejas sobre la miel.
 - —Las enviaré contigo ya que solo tengo ojos para tu prima.

Cormac estaba empezando a sentir que podría haber alguna esperanza. Jenna no había sido tan quisquillosa como cuando se habían conocido la primera vez. Tal vez Edna estaba detrás de algo.

- —Gracias, aprecio la ayuda. ¿Necesitas alistarte para salir?
- —No. Creo que me quedaré con la ropa que Edna me dio para esta noche. Jenna parece disfrutarlas.

Capítulo 4



- l aire nocturno se había enfriado y una brumosa neblina gris se asentaba en la ciudad mientras Jenna, Cormac y Dylan se dirigían al bar. EJ, el barman, levantó la mirada en cuando entraron.
- —¡Jenna! Es bueno verte de nuevo. Ha pasado mucho tiempo —sonrió, elogiándola una vez más.
- —Hola, EJ, es bueno estar de vuelta —sintió a Cormac acercarse a su espalda y dijo—: Este es el amigo de Dylan, Cormac. Cormac, él es EJ.

EJ le dio un ligero cabeceo y Cormac hizo lo mismo.

- —¿Qué les sirvo?
- —¿Puedes darme una margarita, EJ? Dylan, Cormac, ¿qué quieren?
- —Quiero lo que sea que esté en el barril, EJ —dijo Dylan.
- —Whisky, por favor —pidió Cormac.

Tomaron asiento en la barra. Jenna y Dylan se sentaron en el taburete y Cormac apoyó su enorme cuerpo contra la barra mientras inspeccionaba el lugar. Jenna no pudo evitar notar que las mujeres de las mesas cercanas lo recorrían con la mirada. Por alguna razón que no supo con exactitud cuál era, extendió la mano para tocarle la mano y se sorprendió por la cálida sensación que ascendía por su brazo al sentir su piel. Cormac la miró, con la cabeza inclinada, inquisitivo. ¿También lo estaba sintiendo?

- —Solo quería asegurarme de que estabas bien —mintió. Podía sentir el calor que se abría paso por su rostro y sabía que se estaba sonrojando... una vez más. Afortunadamente, la iluminación del bar era tenue y esperaba que él no lo notara.
 - —Lo estoy, muchacha. ¿Qué hay de vos? ¿Lo estás?
 - —Sí, gracias.

EJ llegó con sus bebidas.

—Dylan dice que eres de Escocia. Te he dado el mejor *whisky* escocés que tenemos. Espero que lo disfrutes.

Cormac bebió un sorbo, pareciendo saborear la esencia de la bebida.

—Está muy rico. Es la mejor bebida que he probado en mi vida. Gracias.

Jenna no pudo evitar notar que Cormac y EJ se estaban evaluando el uno al otro. Sabía que EJ estaba un poco enamorada de ella y que Cormac tenía la ilusión de que se iba a casar con él. Estaban haciendo esa cosa con la postura que los chicos hacían. La testosterona que volaba alrededor de la barra era palpable y comenzaba a poner las cosas un poco incómodas para Jenna.

Un grupo en una mesa cercana al escenario empezó a saludarla y a llamarla.

- —¡Jenna, Jenna!
- —Oh, no —murmuró en voz baja—. Hola —sonrió a regañadientes y los saludó con la mano.
 - —¿Quiénes son? —Preguntó Cormac.
 - —Algunos amigos de mi ex.
 - —¿Supongo que no estás feliz de verlos?
 - —No. No puedo decir que lo estoy.

Dylan se había alejado y estaba hablando con un grupo de chicas al final del bar. Cormac cogió la bebida de Jenna y la olió.

- —¿Qué es esto?
- —Una Margarita. Está hecha con tequila. Pruébala —ofreció Jenna.

Cormac obedeció y ella pudo ver por su expresión facial que se encontraba pensando para identificar el sabor.

- —Hmmm... —fue todo lo que dijo.
- —¿No te gusta?

Levantó su propia copa.

—Prefiero el whisky.

La música sonaba de fondo y las personas se estaban moviendo hacia el escenario para tomar su turno para cantar.

- —Cormac, luces horrorizado. ¿No estás disfrutando de la música? Observó Jenna.
- —Suenan como gatos aullando, muchacha. Nunca he oído nada parecido. Ellos no deberían cantar. Son muy malos.
- —Esa es la idea. La gente entra, bebe lo suficiente para armarse de valor y luego sube y canta con el corazón. A veces son buenos y a veces son bastante terribles.

Cormac parecía escéptico. La canción terminó y hubo unos cuantos aplausos corteses. Dylan subió al escenario y los clientes del bar estallaron en aplausos. Eligió cantar *Living On A Prayer* de Bon Jovi. A diferencia de la mayoría que intentó cantar esa canción, Dylan le hizo justicia. La cantó con todo y tuvo a uno multitud de mujeres bailando al pie del escenario.

Jenna se reía mientras miraba.

- —Canta bien, muchacha —señaló Cormac.
- —Sí. Es una de las razones por las que le gusta venir aquí. Es un cantante de *rock* frustrado. Eso, y que las chicas lo aman.
 - -Eso lo puedo ver. ¿Y qué hay de vos? ¿Cantas?
 - —Normalmente no.

Cormac estaba a punto de hablar cuando la canción de Dylan terminó entre silbidos y aplausos. Hizo una reverencia y dejó el escenario acompañado por su pequeño grupo de fanáticas.

—¡Jenna, Jenna! —Para disgusto suyo, las amigas de su ex la llamaban—. ¡Jenna, canta! ¡Vamos, por favor!

Jenna les sacudió la cabeza. No iban a aceptar un no por respuesta y empezaron a cantar su nombre. Ella puso los ojos en blanco y se puso de pie.

—Supongo que cantaré —le dijo a Cormac, quien le dedicó una brillante sonrisa.

Al acercarse al escenario, alguien del grupo gritó:

—Canta *Rolling in the Deep* de Adele.



Cormac observó con aprecio cómo Jenna se abría paso hacia el escenario y se colocaba detrás del extraño poste metálico con el que las personas cantaban. Había notado que les subía el volumen a sus voces. Cuando Jenna abrió la boca y comenzó a cantar, se asombró. Tenía la voz más hermosa. Cantaba como un ángel. Algunos otros en el bar dejaron de hacer lo que estaban haciendo y prestaron atención, obviamente disfrutando de su habilidad. Al final, todos aplaudieron y vitorearon cuando terminó de cantar. Tenía puesta una alegre sonrisa mientras regresaba a la barra y a Cormac, y se acomodó en un taburete.

—Cantas muy bien, Jenna —dijo con admiración—. Nunca había escuchado a una chica tan pequeña con una voz así de grande.

Jenna se rio y Cormac pensó que era la mujer más hermosa que había visto. Ella lo miraba de manera diferente a como lo había hecho antes, y él comenzó a pensar que podría tener una oportunidad.

La puerta se abrió y un hombre alto, flaco y de pelo castaño con puntas, entró. Se acercó por detrás de Jenna, le pellizcó las costillas y se inclinó para que su boca estuviera justo al lado de su oreja.

- —Hola, nena, ¿me has echado de menos?
- —Me temo que no, Jonathan.

Jenna lo miró con sospecha y Cormac se acercó un poco más a ella. Sintió la necesidad de empujar a este hombre lejos de Jenna, pero esperó a ver de qué se trataba todo aquello. Edna le había advertido que las cosas eran diferentes en esta época.

- —Oh, vamos, ¿ni siquiera un poquito? —Jonathan le jaló un mechón de pelo.
 - —Ya basta, Jonathan.

La cara de Jenna que momentos se había mostrado contenta ahora se veía muy enfadada. Cormac puso su brazo alrededor de sus hombros, obstruyendo de manera eficaz los futuros intentos de Jonathan de tocarla.

- —¿Quién es este? ¿Es tu nuevo hombre? —Jonathan se mofó, mirando a Cormac de arriba a abajo.
 - —Sí. Estás en lo cierto. Lo soy, y sugiero que dejes en paz a la dama.
- —¿Dama? Esa es buena. ¿Cuándo empezaron a llamarte así? —le preguntó a Jenna. Cuando no respondió, continuó—. No es una dama y puedes quedarte con ella. Te hará la vida miserable, como lo hizo con la mía.
- —Cormac, de verdad, no tienes que protegerme de este imbécil —Jenna fulminó a ambos hombres con la mirada.
- —Sí. Creo que sí. Es mi deber como *tu hombre* —una lenta sonrisa se extendió por los labios de Cormac y la miró directamente a los ojos. Jenna comenzó a sentirse un poco acalorada bajo su escrutinio, encontrando a su mirada muy cautivadora.
- —Jonathan. Ve a molestar a alguien más —Jenna lo despidió, manteniendo su atención en Cormac.
- —Jonny, hombre, parece que hay un escenario vacío y un micrófono con tu nombre en él —comentó EJ, tratando de resolver la situación.
- —Gracias, EJ. No me importa hacerlo. Va para ti, Jenna —Jonathan le lanzó un beso mientras se dirigía al escenario.

Ella cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—Muchacha, no necesitas escucharlo —propuso Cormac.

Lo miró y sonrió de manera tensa.

—Gracias, pero estoy bien.

Jonathan subió al escenario y anunció:

—Le dedico esta próxima canción a mi ex, Jenna. Espero que todos la disfruten tanto como yo lo haré.

Los amigos de Jonathan comenzaron a animar y a reír. Jenna podía sentir los ojos de cada uno de ellos sobre ella, esperando su reacción. Pero se negó a quitar los ojos de Cormac. No dejaría que nadie supiera lo ansiosa que estaba. Jonathan comenzó a cantar *You're A Rich Girl* de Hall & Oates con un pequeño cambio en la letra. Jenna se puso de pie y apretó los puños. Cormac podía decir que estaba a punto de salir disparada hacia el escenario, así que le envolvió el brazo alrededor de la cintura y la puso de espaldas contra su pecho. Sostuvo su delicada mano en la suya y con el roce de su pulgar le masajeó el puño. Jenna se hundió en él y a Cormac le gustó la sensación de su cuerpo relajándose en el suyo.



Jenna estaba tan enfadada que estaba viendo chispas. Realmente quería golpear a Jonathan, pero Cormac debió haber leído sus pensamientos porque la llevó hacia sus brazos. Su primer instinto fue luchar contra ello, pero no lo hizo, porque se sintió bien al inclinarse hacia el calor de su cuerpo. La relajó al instante y se olvidó de Jonathan y de su canción de *You're a Bitch*. Claro, sus amigos se reían a expensas de ella, pero eran sus amigos, no los de ella. Obviamente había sido un error venir aquí esta noche, pero ¿cómo iba a saber que Jonathan estaría aquí?

Dylan se dirigió a ella con mirada preocupada.

- —No te preocupes, Jenna. Yo me ocuparé de él.
- —No. Nadie se va a ocupar de él. Ni tú ni Cormac. Solo voy a ignorarlo —Jenna extendió la mano para coger el *whisky* de Cormac y beber el resto de un solo trago—. EJ, ¿puedes traernos dos *whiskies* más, por favor?
 - —Seguro. Enseguida.

Aun sabiendo que era un error, Jenna bebió el segundo *whisky* y Cormac la miró perplejo mientras hacía lo mismo.

EJ les sirvió otro trago y mientras Jenna bebía, le explicó a Cormac que Jonathan había sido un músico exitoso y que ella había cantado para su banda. Eso había sido antes de que se casaran, antes de decidir que Jenna sería su

presa fácil. Mientras ella hablaba, Jonathan terminó su canción y se dirigió hacia ellos.

- —No está bien, hombre —dijo Dylan, levantándose para quedar a su altura—. No debiste haberlo hecho.
- —Es un mundo libre. Puedo cantar lo que quiera —Jonathan se dirigió a Jenna—. No puedo evitarlo si esa canción es perfecta para ti, Jenna —se rio y miró a sus amigos para que le dieran su aprobación.

Jenna luchó por salir de los brazos de Cormac, pero antes de que siquiera pudiera moverse, la levantó para colocarla detrás suyo y enseguida agarró a Jonathan por el cuello de su camisa, levantándolo del suelo.

—Creo que le debes una disculpa a la dama —gruñó Cormac.

Era una figura amenazante y Jonatán parecía preocupado mientras flotaba en el aire. Jenna lo observó mientras la expresión del hombre se tornaba de una triunfante a una aterrorizada. No pudo evitar sonreír.

—Cormac, hombre, bájalo —ordenó EJ—. Creo que sería mejor si todos ustedes se fueran. No puedo permitirme tener ningún problema aquí.

Cormac soltó a Jonathan, quien cayó al suelo jadeando y tratando desesperadamente de estabilizarse.

- —Mis disculpas, EJ —dijo Cormac.
- —Venga, vámonos —Jenna cogió la mano de Cormac y lo condujo hacia la puerta—. Dylan, ¿vienes?
 - —Los alcanzo en unos minutos.

Mientras se dirigían a la puerta, Jenna se encontraba temblando. Estaba tan enfadada que las lágrimas le comenzaban a molestar los ojos. Jonathan estaba tratando de humillarla, y estaría jodida si le dejara salirse con la suya.

—Cormac —gritó Jonathan mientras atravesaban la puerta—. Ten cuidado, hombre.

Cormac se dio la vuelta y miró mal a Jonathan, quien al ver que estaba en peligro inminente, decidió huir y correr de vuelta a sus amigos.

Una vez afuera, Jenna se vino abajo. La ira la había abrumado por completo. Se tensó mientras Cormac la tomaba en sus brazos para calmarla lo mejor que podía. Pronunció suaves palabras en un idioma que ella no entendía, pero estaban derritiendo el hielo que había construido alrededor de su corazón. El *whisky* que había bebido le calentó todo su interior, pero Cormac estaba avivando las llamas. Jenna se encontró relajada y disfrutando del contacto cercano con Cormac. Necesitaba calmarse. No podía dejar que lo sucedido en el bar la afectara al punto de poder lanzarse sobre Cormac solo porque él estaba allí —y porque se sentía innegablemente atraída hacia él—.



Cormac quería arrancarle la cabeza a Jonathan y sabía que, si hacía algo más para lastimar a Jenna, seguramente lo haría. Se quedó con ella, envolviéndola en sus brazos, e hizo lo mejor que pudo para calmarla. Sospechó que Dylan hablaría con Jonathan y luego los alcanzaría afuera. Cormac se movió para apoyarse en un poste de la calle y se la llevó con él y, para su sorpresa, Jenna accedió gustosamente. Era una mujer de espíritu libre y por ende él sabía lo difícil que debía ser para ella dejar que alguien más la cuidara. Cormac quería ser el único que lo hiciera. El pensamiento le sorprendió. Sus sentimientos por ella crecían a pesar de su lengua mordaz y actitud calmada. Al principio del día no había tenido muchas esperanzas, pero podía ver la dulzura en sus ojos y sentirla en sus brazos mientras bajaba la guardia y los envolvía a su alrededor para que él pudiera abrazarla y protegerla del dolor que estaba sufriendo. Jenna lo necesitaba, aunque todavía no lo supiera.

Minutos después, Dylan se unió a ellos.

—Vamos —dijo.

Se dirigieron a la calle en busca de otro bar.

—Jenna, ¿qué hay de O'Reilly's? ¿Qué te parece?

Sorbió un poco por la nariz y se limpió los ojos.

—Sí, creo que sí. A Cormac también le podría gustar más.

Él le sonrió cuando sus ojos se encontraron con los de ella.

Continuaron su caminata en silencio y Cormac miró a su alrededor con asombro hacia las luces de las calles y los edificios, todos iluminados desde dentro. En Breaghacraig, el clan no salía de noche a menos que fuera absolutamente necesario, porque estaba demasiado oscuro como para poder ver, a menos que uno llevara una antorcha. Pero aquí parecía que todo el mundo estaba fuera sin preocuparse en absoluto por los peligros de la noche. Los coches y autobuses que pasaban constantemente le crearon también muchas interrogantes, pero no se atrevía a preguntar. Tal como Edna había indicado, no debía mostrarse sorprendido por nada de lo que viera.

Llegaron al segundo bar y entraron, al son de la música irlandesa que una banda en vivo tocaba. El ambiente era ruidoso y bullicioso en comparación con el otro del karaoke del que acababan de salir. Todo el mundo parecía realmente estar pasándosela genial mientras aplaudían y taconeaban con la música. Cormac no estaba seguro de por qué, pero se sentía más en casa aquí que en cualquier otro lugar donde había estado durante todo el día.

Jenna ordenó más *whisky* para los tres, pareciendo decidida a hacerlos beber a escondidas. Encontraron una cabina vacía para sentarse y Cormac se dio cuenta de que Jenna estaba algo metida en su bebida.

Si estuviera sobria no se estaría inclinando hacia él y no tendría su mano apoyada en su rodilla. No era como si Cormac se fuera a quejar de ese avance. Dylan le guiñó un ojo y movió la cabeza en dirección a su prima. Cormac simplemente se encogió de hombros. Deseaba que hubiera algo que pudiera hacer para que esta noche fuera mejor para ella. Beber la cantidad de *whisky* que ella había consumido no iba a ayudar.

- —Cormac —Jenna estaba empezando a balbucear—. S-solo quería agradecerte por d-defenderme.
 - —El placer fue todo mío, muchacha.
- —Me gusta cuando me llamas m-muchacha. ¿Sabías que probablemente eres el hombre m-más guapo que he visto en mi vida?
 - —No lo sabía —Cormac se rio.
 - —Lo eres... realmente. Lo digo en serio.
- —Sé que necesitas dejar de beber, muchacha —decidió que era hora de intervenir antes de que ella se enfermara.
 - —No... solo quiero un trago más, por favor.
- —Jenna, Cormac tiene razón. Te vas a arrepentir de esto por la mañana. ¿Por qué no dejas que Cormac te lleve a casa? Tengo algunos asuntos pendientes de los que necesito ocuparme.
 - —Mantente alejado de Jonathan, Dylan. Lo digo en serio.
- —No me refiero a Jonathan. Conocí a una guapa chica y nos vamos a ver en su casa.
- —Oh... vale. Cormac, v-vámonos —Jenna se balanceó cuando intentaba ponerse de pie y Cormac la sostuvo antes de que se cayera—. Eres tan dulce —soltó una risita y se sujetó a su manga.
 - -Está muy borracha -observó Dylan.
 - —Lo sé. No te preocupes. Me aseguraré de que llegue a casa y a la cama. Dylan lo miró de manera interrogante.
 - —Sola —Cormac lo tranquilizó.
- —Les conseguiré un taxi —ofreció Dylan y luego se dirigió afuera para parar a uno.
 - —Ven, muchacha, vamos a llevarte a casa.

Mientras se encontraban con el aire fresco de afuera, Jenna continuó balanceándose todavía más.

—¡Yupiii! —Gritó.

A Cormac le preocupaba que se cayera, así que hizo lo único que tenía sentido y la levantó para llevarla al taxi que esperaba estacionado.

Dylan le pagó al conductor, le dijo la dirección y le entregó a Cormac la llave de su casa.

- —Toma, necesitarás esto para entrar en la casa.
- —¿Y qué hay de ti? ¿Cómo entrarás?
- —No te preocupes. Tengo una de repuesto —guiñó Dylan mientras se preparaba para cerrar la puerta del taxi.
 - —Gracias, Dylan.



El taxi los dejó frente a la casa de Jenna y Cormac la levantó en sus brazos de nuevo, llevándola por las escaleras hasta la puerta principal. Abriéndola, la condujo a través del umbral y ella comenzó a reírse.

- —¿Qué es tan gracioso, muchacha?
- —Me cargaste, como si fuera una novia —continuó riéndose como si fuera la cosa más divertida que jamás hubiera oído.

Él estaba desconcertado, pero Jenna no estaba en condiciones de notarlo. Al cerrar la puerta encontró el interruptor de la luz y se dirigió al dormitorio de Jenna. Chester, quien había estado durmiendo profundamente junto a la puerta principal, levantó la cabeza en forma de saludo y al instante volvió a lo que estaba haciendo.

Jenna estaba descansando su cabeza en su pecho y se acercó para acariciarle el rostro.

—Cormac... ¿me besarías? ¿Por favor?



Casi la dejó caer al oír su dulce voz pidiendo algo que nunca había imaginado que sucedería. Ella lo miraba con tanto deseo que no podía hablar. Llegó a su habitación y la dejó junto a su cama.

—Vamos... bésame —Jenna se puso de puntillas y rozó sus labios en los de él. El fuego se disparó a través de Cormac, de pies a cabeza y en todos los lugares intermedios. La dejó besarlo y descubrió que no podía resistirse a

devolverle el beso. La rodeó con sus brazos y dejó que sus manos se movieran por su espalda y caderas, para después deslizarse por sus costados y terminar por rozarle los pechos. Jenna gimió suavemente. Sus labios eran suaves y cálidos y él quería más que cualquier otra cosa arrastrarse a la cama con ella y explorar su hermoso cuerpo. Sin embargo, al ser un caballero, no iba a permitir que eso sucediera.

Su aliento se mezclaba con el de Cormac, y los besos se volvían cada vez más apasionados. Tenía que terminarlo, porque si no lo hacía, no iba a poder detenerse.

- —¿Qué pasa? —Preguntó Jenn, cuando abruptamente dejó de besarla y la alejó de él.
- —No pasa nada, muchacha. Has bebido demasiado y no quiero aprovecharme de ti.
 - —Pero quiero que me hagas el amor.
- —No esta noche, Jenna querida. Cuando te haga el amor quiero que lo recuerdes.

Ella se rio de eso.

- —¿Te tumbas conmigo? Solo por un rato.
- —Sí. Lo haré con gusto.

La ayudó a quitarse las botas, examinando el cuero negro y los tacones altos con una sonrisa puesta. Cormac la metió en la cama, la cubrió con las mantas para no caer en la tentación y se acostó a su lado.

- —¡Guau! La habitación da vueltas —gritó Jenna.
- Él la acercó y ella apoyó su cabeza en su pecho.
- —Cierra los ojos e intenta dormir. Estaré aquí mismo. Lo prometo.

Obedeció y se durmió casi de inmediato. Cormac aprovechó la oportunidad para examinarla, mientras ella no se encontraba consciente y con la guardia baja. Era verdaderamente hermosa. Su piel era suave y lisa, y sus labios estaban fruncidos en un bonito mohín. Sus cabellos dorados yacían esparcidos por la almohada y no pudo evitar enroscar un mechón en sus dedos. Jenna era perfecta en todos los sentidos, en lo que a él respectaba, y sabía que, a partir de mañana, tendría una oportunidad con ella.

Capítulo 5



a cabeza de Jenna palpitaba y su boca estaba tan seca como el desierto del Sahara. Trató de moverse, pero no pudo. Algo la estaba sujetando en su lugar. Su cabeza descansaba en la almohada más dura en la que recordaba haber dormido y, al darse cuenta de que no tenía ninguna almohada así, sus ojos se abrieron de golpe y el dolor de cabeza se multiplicó por diez. Intentó sentarse. No tuvo suerte. Había un brazo muy grande y masculino sosteniéndola.

- —¿Pero qué…? —Murmuró.
- El brazo se movió y descubrió que le pertenecía a un Cormac completamente vestido quien se encontraba abriendo sus increíbles ojos para mirarla.
- —¿Cómo te encuentras esta mañana, muchacha? —Preguntó mientras se estiraba y se sentaba.
- —¿Qué ha pasado aquí? No lo hicimos, ¿verdad? —Esperó nerviosamente una respuesta mientras trataba de recordar lo que realmente había sucedido la noche previa.
- —No, muchacha, no te preocupes. No pasó nada, pero no porque vos no hayas querido —se rio Cormac.
- —Lo siento, pero no recuerdo haberte invitado a dormir en mi habitación conmigo —gruñó.
- —Bueno, lo hiciste, muchacha. No estaría aquí de otra manera. Creo que bebiste demasiado *whisky* anoche.
- —Puaj. No me lo recuerdes. Oh, mi cabeza se siente como si fuera a explotar —se llevó las manos a la cabeza mientras gemía.
- —Espera aquí, muchacha. Te traeré un poco de agua. Una mujer sabia me dijo una vez que hay que beber mucha cuando te sientas como vos te sientes.

- —¿Puedes traerme una aspirina también? En el gabinete encima de los vasos, en la cocina.
 - —Sí. Regresaré enseguida, muchacha.

Cormac salió de la habitación y Jenna revivió los eventos de la noche desde el principio, tratando de juntar las piezas.

—¿Qué demonios he hecho? Espero no haberme humillado demasiado — se dijo a sí misma.

Fragmentos de recuerdos comenzaban a llegar a su mente. Recordó a Cormac cargándola por las escaleras hasta la casa. *Fue muy amable de su parte*. La llevó a su habitación donde ella le dio un beso. ¡Dios mío, lo besé! Debe pensar que soy fácil, o peor. Pero el beso, tal como lo recordaba, había sido increíble; todo suave y cálido. Una muy sólida pared de hombre la había envuelto y a Jenna le había gustado mucho. Pero había estado borracha. Tal vez parecía mejor de lo que realmente era. De tan solo de pensarlo su cuerpo estaba enloqueciendo, así que debió haber sido condenadamente bueno. ¡Oh, no! ¡Le pedí que me hiciera el amor! Es oficial. Nunca más podré mirarlo a los ojos.

Cormac volvió a la habitación y vio a una Jenna con la cara muy roja mientras se abanicaba con una vieja revista. Inmediatamente bajó la mirada, como si acabara de encontrar algo muy interesante para leer.

- —¿Estás bien, Jenna? Pareces un poco enferma.
- —Estoy bien —vociferó. Eso se sintió mejor. Necesitaba restablecer los límites que ayer había puesto. Definitivamente no quería que Cormac pensara que estaba interesada en él. Aunque fue muy dulce y protector con ella cuando Jonathan se comportó como un imbécil. *Así que, es un buen tipo.* ¿Qué más da? Me voy a mantener lo más lejos posible. No necesito esto ahora mismo. Yo también solía pensar que Jonathan era un buen tipo. Diablos, ¡me casé con él!

Cormac le dio las aspirinas y el agua.

- —¿Puedo traerle algo más, muchacha?
- —Sí, puedes dejarme en paz y salir de mi habitación —gritarle a Cormac estaba empeorando su dolor de cabeza, pero también le estaba permitiendo recuperar el control de sus obstinadas emociones.
- —Te dejo, entonces. Puedo ver que vuelves a ser enojadiza —gruñendo en voz baja, Cormac se giró y salió de la habitación, dejando a Jenna para que aliviara su dolor de cabeza y resolviera sus conflictivos sentimientos.



Cormac cerró de manera ruidosa la puerta de la habitación de Jenna. Le costaba entender cómo es que en la noche previa había sido tan dulce y esta mañana tan parecida a un cardo. ¿Beber todo ese *whisky* podría haberla convertido en alguien que no era?

La puerta principal se abrió y Dylan entró, con un aspecto un poco desaliñado.

- —Hola, amigo, ¿cómo estuvo tu noche? ¿Conseguiste que Jenna volviera sin problemas?
 - —Sí. Sin ningún problema —Cormac frunció el ceño.
 - —Tus palabras dicen una cosa pero tu cara dice otra. ¿Qué pasó?
 - —No pasó nada. Tu prima está de mal humor esta mañana.

Dylan se sentó y le pidió a Cormac que hiciera lo mismo. Se miraron el uno al otro, ambos esperando a que alguien hablara.

—Estaba bastante fuera de sí anoche. Gracias por asegurarte de que llegara a casa sana y salva —dijo finalmente Dylan.

Cormac asintió y continuó frunciendo el ceño.

- —No pudo haber sido tan malo —dijo Dylan.
- —No lo fue, hasta esta mañana. Anoche era una muchacha diferente, dulce como la miel y esta mañana tan espinosa como un cardo. No sé qué ha cambiado.

Dylan sonrió.

- —Se puso sobria, eso es lo que cambió. Siempre tiene la guardia alta, especialmente con los hombres. Ha estado lidiando con Jonathan desde hace tiempo y eso la ha hecho muy escéptica en cuanto a los motivos de cualquier hombre. Además, creo que está un poco avergonzada por lo de anoche.
 - —Sí. Sé de lo que hablas.

Anoche pensó que había esperanza para ellos, pero esta mañana toda esa esperanza fue echada por la borda. ¿Por qué demonios pensó Edna que Jenna aceptaría ser su esposa? Una pregunta todavía mejor: ¿por qué *querría* él que fuera su esposa? Un breve vistazo al lado más tierno de Jenna le hizo sentir curiosidad por averiguarlo.



Jenna se sentía mal por cómo había tratado a Cormac. Él no había hecho nada malo. De hecho, había sido un perfecto caballero. Debería disculparse

con él por su comportamiento y dejarlo así. La pared estaba de nuevo en pie y Jenna no pensaba dejar que la derribaran pronto.

Cuando estaba a punto de entrar en la sala de estar, pudo oír a Cormac hablando con Dylan. Sonaba herido y confundido por el mal trato suyo.

—Ejem —Jenna se aclaró la garganta para anunciar su presencia. Ambos la miraron—. Cormac, solo quería disculparme por mi comportamiento de anoche y de esta mañana. Estaba enfadada con mi ex y me desquité contigo. Lo siento mucho —esperaba no parecer tan avergonzada como se sentía.

Cormac miró hacia arriba sorprendido por sus palabras, y una sonrisa de alivio se extendió por su hermoso rostro.

- —Disculpa aceptada, muchacha.
- —Bien. Prometo no ser tan «espinosa como un cardo». —Jenna hizo lo mejor que pudo para sonreír a través de su vergüenza.
- —Eso me gustaría mucho —dijo Cormac, terminando con la incómoda disculpa de Jenna. Chester se había acurrucado en una bola a sus pies y miró hacia arriba con adoración cuando Cormac se inclinó para acariciarlo—. Eres un buen perro, Chester. ¿Sabes que anoche cuando regresamos ni siquiera se movió?
- —Eso es porque confía en ti —dijo Dylan—. Él no es así con todo el mundo. Chester odia a Jonathan. Nunca se acercó a él.
 - —No puedo entender por qué —bromeó Cormac.
 - —Oye, vamos a desayunar en el mismo lugar que la última vez. ¿Vale?
 - —Sí —coincidió.
- —Solo quieres que te protejamos de esa mesera que está enamorada de ti —acusó Jenna—. Sé lo que tramas, Dylan.
 - —Ahora está enamorada de Cormac —se rio Dylan.
- —¿Cormac? —Jenna repitió con incredulidad. ¿Por qué de repente se sintió celosa? No debería. No tenía ningún derecho sobre él; Cormac podía ver a quien quisiera.
 - —Sí, flirteó con él ayer. Le dijo que volviera y preguntara por su mesa.
- —Bueno, entonces, no queremos decepcionarla, ¿verdad? —Jenna trató de hacer que su voz sonara ligera y despreocupada, pero de alguna manera no salió así. Tanto Cormac como Dylan la observaban con escepticismo—. Vamos, vamos —instó.



Cormac estaba bastante entretenido con las dos damas compitiendo por su atención. Sofía obviamente no estaba feliz de ver a Jenna acompañándolos cuando llegaron al restaurante. Hizo todo lo posible para excluirla y a Dylan de su conversación con Cormac. En cuanto a Jenna, mostraba signos de celos y hacía todo lo posible por fingir que Sofía era invisible. Las dos le hablaban al mismo tiempo y Cormac no podía hacer otra cosa más que mantener una cara seria y responderles a ambas. Dylan se encontraba muy divertido con la situación, y se reía constantemente en voz baja.

—Señoritas, no puedo hablar con ustedes cuando hablan al mismo tiempo —centró a propósito su atención en Sofía. Estaba disfrutando de este pequeño juego con Jenna—. Ahora, Sofía, ¿qué era lo que me estabas diciendo?

Sofía le dedicó a Jenna una sonrisa triunfal.

- —Me preguntaba qué harías hoy más tarde. Salgo del trabajo a las cuatro. Jenna estaba a punto de hablar, pero Cormac se le adelantó.
- —Me temo que no podré verte en ese momento, muchacha. Dylan me dice que vamos a un lugar llamado Bahía del Este.

Sofía se rio.

- —Cormac, eres tan gracioso —le agitó sus pestañas y se colocó de tal manera que él no pudo evitar ver su escote cuando le tocó el brazo.
- —Tal vez podamos vernos en otro momento —le guiñó un ojo y le dedicó una arrogante sonrisa.

Sofía se encontraba abanicándose con los menús.

- —Eso me encantaría.
- —¿Puedes tomar nuestro pedido, por favor? —Dijo Jenna en tono cortante.
 - —¿Qué te gustaría, Cormac? —Sofía preguntó con la voz más dulce.
 - —Lo mismo de ayer, muchacha, si no te importa.
- —No me importa en absoluto. Cualquier cosa por ti —Sofía continuó comiéndoselo con los ojos.
- —Oh-Mi-Dios. ¿Podrías apurarte ya, Sofía? Esto es un restaurante, no un servicio de citas —Jenna estaba que echaba humo.

Dirigiéndose a Jenna con un gruñido, dijo:

- —¿Qué quieres?
- —Un omelette Denver, por favor. Y un zumo de naranja.

Sofía no respondió.

—Quiero lo mismo que Cormac —comentó Dylan.

Sofía se giró y le guiñó un ojo a Cormac mientras se alejaba.

- —Sabes, realmente no deberías alentarla —dijo Jenna enfadada.
- —No hay nada malo en coquetear con una chica bonita —respondió Cormac.
- —Te arrepentirás cuando empiece a acosarte —comentó Jenna malhumoradamente.
 - —En esto sí estoy de acuerdo con Jenna —confirmó Dylan.

El restaurante estaba lleno de gente, pero Sofía se las arregló para llevarles su comida en un tiempo récord. Les sirvió café a todos, ignorando de nuevo a Dylan y a Jenna.

- —Grrr. Está acabando con mi paciencia —confesó Jenna mientras Sofía se alejaba.
 - —¿Por qué te estaría molestando? —Preguntó Dylan.
- —Es tan obvio que nos está ignorando a ti y a mí. Es como si no estuviéramos aquí, y si le decimos algo, actúa como si la estuviéramos molestando.
- —La muchacha está trabajando muy duro, Jenna. No deberías juzgarla Cormac ocultó su sonrisa.
- —Como sea. Tenemos que terminar de desayunar y volver a la casa. Quiero estar al otro lado del puente a eso del mediodía.

Comieron su desayuno en silencio, interrumpido solo por las ocasiones en que Sofía adulaba a Cormac.

Por supuesto, Cormac no era tonto. Sabía exactamente lo que hacía al alentar a la mesera.

—Jenna, no tienes motivos para estar celosa de Sofía —dijo Cormac.

Lo miró incrédula.

—No estoy celosa. No te halagues a ti mismo, MacBayne —gruñó.

Él se rio.

- —Sí lo estás. No soy tonto. Sé lo que veo.
- —¡Estás loco si crees que estoy ni remotamente interesada en ti!
- —Vos y yo sabemos la verdad, Jenna, muchacha —le dedicó la sonrisa que sabía que ponía a temblar las rodillas de las chicas. No estaba seguro de que funcionara con ella, porque simplemente parecía enfadada.
 - —¿Podemos irnos, por favor? —Exclamó Jenna.

Dylan estaba viendo la interacción entre ambos con expresión divertida.

—Claro, vamos —dijo.

Cormac se detuvo para agradecerle a Sofía y se llevó su mano a los labios. Parecía que se iba a desmayar, y por el rabillo del ojo vio la reacción de Jenna.

—MacBayne, no tenemos todo el día —escupió enfadada—. Coquetea en tu tiempo libre.

Con eso, atravesó furiosa la puerta, con Dylan pisándole los talones.

Sofía sonreía triunfante y Cormac se sintió un poco mal por haberla usado para llegar a Jenna, pero probablemente no volvería a ver a Sofía, así que no pensó haber hecho nada terriblemente malo.

Capítulo 6



e vuelta en la casa, cargaron la camioneta de Dylan con todo lo que necesitaban. Chester se sentó en la parte trasera con Jenna. Dejó que Cormac se sentara adelante con Dylan, por la simple razón de que no cabría en el más pequeño asiento trasero. Chester apoyó su cabeza en su regazo y suspiró contento mientras se iban.

Cormac parecía estar fascinado con el coche y hacía todo tipo de preguntas extrañas. Si estaba tratando de hacer que Jenna creyera su loca historia de ser de otra época, estaba haciendo un trabajo admirable. Los dos hombres estaban absortos el uno con el otro, así que ella aprovechó la oportunidad para examinar a Cormac sin que él lo supiera. Era realmente hermoso. Suspiró contenta mientras seguía examinándolo a fondo una vez más. No podía creer que la noche previa se le hubiera insinuado. Bueno, tal vez sí podía. Cualquier mujer en su sano juicio lo encontraría irresistible. Esa odiosa mesera, Sofía, ciertamente lo había hecho. No podía entender por qué le había molestado tanto ver a Cormac coquetear con la otra mujer. No necesitaba otro aprovechado en su vida. Jonathan había sido suficiente y ella no iba a repetir ese error nunca más. Jonathan solo la quería por su dinero. Esa era otra razón para alejarse de Cormac, porque parecía tener dinero o incluso un lugar donde vivir. De alguna manera se había metido en su casa y se estaba aprovechando de su buena voluntad. Habían estado pagando por toda su comida y bebidas. Si Dylan realmente no lo conocía, ¿qué era lo que Cormac estaba tramando? Era mejor que Jenna tuviera cuidado. Dejarlo merodear por allí podría ser un gran error.

- —¿Cormac? —Llamó Jenna usando su voz más dulce.
- —Sí, muchacha.
- —De dónde vienes, ¿qué haces para trabajar?

Necesitaba tener una imagen más clara de quién era realmente Cormac MacBayne.

- —Soy el capitán de mi cuñado.
- —¿Tu cuñado?
- —Sí. Robert MacKenzie. Está casado con mi hermana, Irene.
- —Ya veo. ¿Te paga para hacer esto? —Se preguntó en voz alta.
- —Sí. ¿Por qué lo preguntas, muchacha?
- —Solo tenía curiosidad. Parece que no tienes dinero.
- —Edna dijo que mi moneda no serviría de nada aquí.

Otra vez Edna. ¿Quién era ella y cuál era su papel en todo esto?

- —¿Y dónde dices que vivías?
- —Vivo en Breaghacraig, con mi familia —respondió Cormac.

Jenna se estaba mordiendo el labio inferior, preguntándose cómo podría descubrir si él estaba mintiendo. Hasta ahora, parecía estar diciendo la verdad. No estaba evadiendo sus preguntas y no dudaba con sus respuestas. El hecho de que afirmara que era de otra época la preocupaba. Y para colmo, esperaba que ella creyera su historia.

- —¿Cormac?
- —Sí, muchacha.
- —Dijiste que eres un capitán. ¿Tu cuñado tiene un ejército o algo así?
- —Sí.
- —Vaya. ¿En serio? ¿Para qué necesita un ejército?

Un ejército propio en estos días, parecía altamente sospechoso. *La historia de Cormac se está volviendo cada vez más extraña*.

—Para proteger a su familia, su hogar y sus tierras.

Jenna se quedó en silencio en el asiento trasero, acariciando a Chester y reflexionando sobre las respuestas de Cormac.

- —¿Te encuentras bien, Jenna? Pareces estar llena de preguntas. ¿Las he contestado satisfactoriamente?
- —Sí. Lo siento. Solo tengo curiosidad por saber de dónde vienes. Eso es todo.
- —Está bien. Puedes preguntarme cualquier cosa y siempre te diré la verdad.
- —Te lo agradezco, MacBayne —lo descartó al centrar su atención en el perro, dejándole volver a interrogar a Dylan sobre la forma en que funcionaba todo en el vehículo. Había decidido que mantendría su distancia, refiriéndose a él como MacBayne. Se reservaría el derecho de llamarlo Cormac para aquellos momentos en los que la beneficiarían a ella.



entarse junto a Dylan en la parte delantera del camión fue educativo para

Cormac. Estaba feliz de poder preguntarle cualquier cosa a Dylan, quien le contestaba sin juzgarlo. Jenna, por otro lado, era un rompecabezas que le costaba descifrar. En un momento era toda dulzura y luz, y al siguiente lo llamaba MacBayne y le gruñía. En lugar de pensar en ello, centró su atención en el maravilloso puente que estaban cruzando. Nunca había visto nada parecido y estaba estirando el cuello en todas direcciones para ver mejor, mientras pasaban bajo el acero gris que se elevaba sobre sus cabezas. Tendría historias tan sorprendentes que contar a su regreso a casa.

Mientras Cormac se giraba para ver la vista a través de la ventana trasera, notó que Jenna lo miraba con expresión muy triste. Captó su atención y ella le sonrió a medias.

- —¿A qué hora llegarán todos, Dylan? —Preguntó Jenna.
- —Algunos más temprano, alrededor de las seis. Los que tienen hijos, ya sabes. Luego el resto llegará más tarde.
 - —Tienes todo arreglado, ¿verdad?
- —No te preocupes, Jenna. Ya está todo arreglado. Lo único que tengo que hacer es que me entreguen un barril y estaremos listos para irnos.

Cormac no estaba seguro de lo que estaban hablando, y le levantó una ceja a Jenna para formularle una pregunta no hablada.

—Esta noche tendremos nuestra fiesta anual de fin de verano —explicó Jenna.

Su respuesta fue asentir con la cabeza, encontrándose algo preocupado por tener que tratar con un montón de nuevos y contemporáneos extraños que no conocía.

Jenna pareció darse cuenta de que estaba preocupado y le tranquilizó.

- —Es muy divertido. La pasarás bien, estoy segura.
- —Mucha cerveza y nenas, amigo mío —dijo Dylan.
- —¿Cerveza y nenas? —Repitió Cormac.
- —Mmhmm... ya lo verás. Tenemos que llegar a casa a tiempo para dejar entrar al *catering* y a los organizadores de la fiesta. Estaremos allí en poco tiempo.
 - —No lo dudo. Este carruaje viaja muy rápido —observó Cormac.
- —Esto no es nada. Deberías viajar en Porsche, si realmente quieres ver lo que es la velocidad —alardeó Dylan.

- —Odio interrumpir el bromance que ustedes dos parecen tener, pero Dylan, no quiero problemas esta noche. Espero que le hayas dicho a tus amigos que van a tener que comportarse. No quiero que los vecinos llamen a la policía.
 - —No te preocupes, yo los invité —anunció Dylan alegremente.
 - —¿A la policía o los vecinos? —replicó hábilmente Jenna.
 - -Muy gracioso, Jenna.
- —Dylan, ¿qué es un bromance? —Preguntó Cormac. Por la forma en que Jenna había dicho la palabra, no podía imaginar que fuera algo bueno.

Dylan se rio.

—Es como lo llaman cuando dos tipos disfrutan de la compañía del otro. No te preocupes, no es nada malo.

Jenna se reía en el asiento trasero mientras entraban en la entrada de una gran casa situada en la cima de una colina sobre un camino estrecho y con curvas. Había otras casas cerca, pero esta era por mucho, la más grande de todas. Mientras salían de la camioneta, un hombre fornido y de pelo oscuro caminó hacia la entrada y esperó para hablar con Jenna.

- —Hola, Jenna.
- —Hola, Travis, ¿qué hay? Espero que vengas a la fiesta esta noche.
- —No me la perdería. Solo pensé que deberías saber que Jonathan ha estado merodeando por aquí. Lo he visto salir de la entrada un par de veces. No sé si ha estado en la casa o no, y no pude detenerlo antes de que se fuera para preguntarle qué hacía aquí.

Jenna parecía preocupada.

—Sabía que debería de haber cambiado esas cerraduras.

Cormac se acercó y se puso a su lado. Puso un brazo alrededor de su cintura y sorprendentemente, ella no se resistió.

—Gracias por hacérnoslo saber —comentó Dylan—. Te veremos más tarde, Travis.

El hombre saludó mientras caminaba por la entrada y volvió a la casa de al lado.

- —No puedo creer que Jonathan haya estado aquí. ¿Qué vamos a hacer, Dylan? —Jenna pasó ansiosamente sus dedos por su cabello.
- —No te preocupes. Iremos con un cerrajero a primera hora de la mañana y cambiaremos las cerraduras. Mientras tanto, supongo que deberíamos entrar y ver si ha hecho algún daño a la casa.

Cormac mantuvo su mano en la pequeña espalda de Jenna mientras subían los escalones de la puerta principal y entraban. A los ojos de Cormac, todo

parecía muy limpio y ordenado, pero no había forma de que supiera si algo andaba mal.



Jenna y Dylan fueron de habitación en habitación, comprobando si faltaba algo.

Se sintió aliviada cuando encontraron que todo estaba exactamente como debería estar. ¿Qué estará tramando? Tenía un mal presentimiento sobre la situación. Jonathan se enojó demasiado con ella cuando anuló el matrimonio y él se fue sin nada. Obviamente quería su dinero y cuando no lo obtuvo, dio a conocer su disgusto de muchas maneras. Los acontecimientos en el bar de karaoke no eran nada en comparación con algunas de las escenas que había hecho desde su divorcio.

Sin embargo, no tuvo mucho tiempo para preocuparse, ya que el timbre sonó y Dylan abrió la puerta al *catering* y a los organizadores de la fiesta. Un ejército de personas entró en la casa para preparar la celebración de la noche. Comida, decoraciones, flores y bandejas para servir se abrieron paso desde la puerta principal hasta la cocina en manos del personal de *catering*. El DJ llegó y preparó su equipo en el patio trasero junto a la piscina, y las personas que servirían la comida recibieron largas instrucciones de la empresa de *catering*.

- —Probablemente deberíamos dejar de estorbar y dejarlos hacer lo suyo sugirió Jenna—. Dylan, ¿por qué no le enseñas a *MacBayne* los alrededores?
 - —Jenna, puedes llamarme Cormac —respondió con un brillo en los ojos.

Lo ignoró.

—¿Dylan?

Él asintió.

—Bien. Me ocuparé de ello.

Jenna se dirigió hacia la caja de la escalera.

- —Iré arriba a tratar de tomar una siesta. Todavía me duele la cabeza de anoche.
- —No te preocupes. Yo me encargaré de todo aquí abajo —le aseguró Dylan.



Cormac vio como Jenna subía las escaleras. Deseaba que hubiera algo que pudiera hacer para ganarse su confianza. Sabía que acababa de pasar por una terrible experiencia con su exmarido y podía ver el dolor grabado en su cara cada vez que el nombre de Jonathan salía en la conversación. Aunque él fuera más que capaz de protegerla, Cormac podía decir que ella no iba a dejar que nadie más la cuidara. Particularmente él. Iba a tener que trabajar en ello. Jenna lo necesitaba, incluso si no era consciente de ello.

—Cormac, vamos a ver la piscina —sugirió Dylan una vez que Jenna desapareció.

—Sí.

Salieron por las puertas balconeras que se abrieron para exponer toda la parte trasera de la casa. Cormac no podía creer lo que sus ojos veían cuando se encontró con la piscina.

- —¿Qué es esto?
- —Es una piscina.

Cormac se agachó y puso su mano en el agua.

- —Está caliente —anunció, sorprendido.
- —Está climatizada. Genial ¿cierto?
- —El agua es muy clara —Cormac tocó la pared exterior de la piscina—. Nunca he visto nada como esto. Tienes tu propio pequeño lago.

Dylan sonrió.

- —Es un lago artificial. Tendrás que nadar más tarde.
- —Sí. Eso me gustaría.

Dylan le mostró la casa que estaba llena de los más maravillosos artículos. La cocina fascinó a Cormac. Tres veces más grande que la bonita de la otra casa —de la cual no había tenido tiempo de explorar—, esta se abría al resto de la casa. Los techos estaban abovedados, dando a todo el primer piso una sensación de amplitud. Le encantó la caja a la que Dylan llamaba refrigerador. Mantenía todo muy frío. Sabía que a su hermana Irene le encantaría. No cocinaban en una chimenea demasiado grande como lo hacían en casa de Cormac, sino en un horno y encima de una estufa. El agua salía de un grifo, ya fuera caliente o fría. Cormac se preguntaba de dónde venía. ¿Tenían un pozo? Podía pasar todo el día tratando de entender todas estas cosas que nunca había visto antes. Dylan fue de gran ayuda y respondió a la mayoría de sus preguntas, pero había algunas cosas que él ni siquiera sabía. Hasta el momento Jenna se había negado a contestar alguna de sus preguntas, diciendo que él sabía muy bien lo que era todo y que dejara de fingir que

venía de una época del pasado. Cormac se rio entre dientes al pensar en ella. Todavía iba a convencerla. Era solo cuestión de tiempo.



El timbre comenzó a sonar alrededor de las seis de la tarde cuando los amigos casados de Jenna y Dylan empezaron a llegar con sus bebés e hijos pequeños. El plan era que disfrutaran de un rato en la fiesta y luego se fueran a casa antes de que llegara la multitud revoltosa alrededor de las nueve de la noche.

Los niños estaban todos enamorados de Cormac. Parecían pensar que era un gigante, y todos se pararon y lo miraron fijamente. Para que se sintieran cómodos, se puso en cuclillas a su nivel y se presentó. Jenna pensó que su acento escocés lo hacía parecer aún más increíble ante sus ojos, y al poco tiempo tenía a los niños arrastrándose sobre él. Cormac se había convertido en la niñera perfecta.

- —¿Dónde lo encontraste? —Preguntó Emily, la amiga de Jenna, con una mirada envidiosa en sus ojos.
 - —En Marina Green —comentó de manera honesta Jenna.
 - —Es un guardián. Míralo, con esos niños.

Jenna no pudo evitar sonreír mientras lo miraba con los niños. Inclusive tenía al hijo de Emily metido en su costado. Los niños se trepaban sobre él, como si fuera un parque de juegos. No parecía molesto por ello en absoluto y, de hecho, les animaba a jugar. Cormac los llevó en masa a la zona de barbacoa y vio que fueron alimentados, y luego se sentó y les contó historias sobre hadas y seres mágicos en las Tierras Altas de Escocia. Los niños estaban fascinados y sus padres más que felices por tener un tiempo sin interrupciones para charlar con sus amigos.

- —¿Estás bien, MacBayne? —Preguntó Jenna en cierto momento—. Puedo ver que eres un éxito con los niños, pero si necesitas un descanso, estaré feliz de hacerme cargo.
- —Estoy bien, muchacha. Echo de menos a los hijos de mi hermana en casa y estos críos están aliviando un poco mi corazón.
 - —Tía Jenna —llamó un pequeño niño rubio.
 - —Sí, James, ¿qué quieres?
 - —Tía Jenna, me agrada el gran hombre.

- —Se llama Cormac y me alegro de que te agrade —Jenna le sonrió cálidamente.
 - —¿Estará aquí la próxima vez que vengamos de visita?
 - —No lo creo. Vive en otro país, muy lejos.
 - —Awww... —todos los niños protestaron a la vez.
 - —No se preocupen, estará aquí toda la noche —les aseguró.
- —Sí. No me voy todavía —Cormac le dedicó a Jenna una dulce y *sexy* sonrisa que derritió su corazón.
- —Bueno, será mejor que vuelva con mis otros invitados. Gracias por mantenerlos ocupados —cruzó apresuradamente la habitación hacia un gran grupo de mujeres riéndose. No quería darle la impresión de que podía estar enamorándose de él, porque estaba decidida a no hacerlo.

Las otras mujeres hablaban de Cormac y de lo guapo, *sexy* y fuerte que era. Estaban especulando sobre cómo se vería sin camisa y sobre lo que podría encontrarse bajo esa falda.

- —¿Jenna? —Preguntó Emily con sonrisa inquisitiva.
- —No me miren a mí. No le he visto sin camisa, y ustedes, señoras, tienen que dejar de comérselo con la mirada como si fuera un bailarín de Chippendale —protestó Jenna.
- —De acuerdo, si usted lo dice señorita, pero creo que podría envolverlo y llevármelo a casa conmigo —se rio Emily.
- —Creo que Ben podría oponerse a eso —se unió Sarah—. Así que me lo llevaré a casa conmigo.
- —Nadie se lo llevará a casa —Jenna sonaba un poco irritable, incluso para sus propios oídos.

Las otras mujeres simplemente se rieron y la miraron con envidia. Tuvo que admitir que le costaba controlar sus emociones en lo que respectaba a Cormac. *Mantén la distancia*. *Te está atrayendo a su red sexual*. *Grrr*...



Cormac observó a Jenna desde el otro lado de la habitación y disfrutó completamente de la vista de su cambio de un tono de *rosa* a rojo carmesí. Lo que fuera que esas muchachas le estaban diciendo, la estaba poniendo muy incómoda. Estaba bastante seguro de que estaban hablando de él. Las miradas sigilosas que le enviaban eran un claro indicio. Se había divertido mucho con los pequeños, pero era hora de que se fueran y todos se pusieron en fila para

darle abrazos y besos de despedida. Algunos lloraron al tener que irse y otros bostezaron soñolientos en los brazos de sus padres. Todos le agradecieron profusamente y le ofrecieron algo llamado trabajo de niñera. Supuso que se trataba de lo que acababa de hacer.

Las familias no tardaron en salir por la puerta cuando otra multitud de gente empezó a llegar. Eran ruidosos y alborotadores, y los saludos iban desde apretones de manos, palmadas en la espalda, besos y abrazos.

- —Cormac, quiero presentarte a mis antiguos compañeros de equipo dijo Dylan con orgullo—. Estaba en el equipo de fútbol en la universidad hasta que me lesioné la rodilla.
 - —¿Fútbol?
- —Sé que no sabes lo que es, pero es el mejor deporte de todos los tiempos. Los chicos irán abajo a la sala de juegos a jugar algunos videojuegos. Te lo explicaré todo cuando estemos allí. Vamos.

Dylan lideró el camino, soltando nombres mientras pasaba al lado de un grupo de hombres muy grandes.

—Sam, Tony, Diesel, JoJo, Tank...

Era imposible que Cormac recordara todos sus nombres, pero realmente no parecía importar. Todos lo saludaron con un firme apretón de manos y unas cuantas palmadas en la espalda mientras bajaban las escaleras hacia una habitación que Cormac todavía no había visto.

- —Esta es la sala de juegos, Cormac. Puedes jugar al billar allí —dijo señalando una gran mesa cuya parte superior estaba cubierta de tela verde. Además tenía agujeros en las esquinas y en los lados, y había muchas bolas de diferentes colores puestas dentro de un triángulo y por encima.
 - —Esta es una mesa de *hockey* de aire. Y esto… esto es un futbolín. Cormac estaba sorprendido y confundido por todo lo que estaba viendo.

Dylan señaló otra área de la habitación.

- —Pero esto, aquí, es lo mejor de todo. Es nuestro sistema de videojuegos. No te preocupes, te mostraremos cómo jugar.
- —¿No tienen estas cosas de dónde vienes en Escocia, Cormac? Preguntó Sam.
 - —No, no tenemos nada parecido.
- —Bueno, te vas a divertir. No seremos duros contigo, no te preocupes se unió Tank.
- —Gracias —dijo Cormac, preguntándose qué era lo que iba a pasar a continuación.





En la segunda planta, Jenna estaba ocupada saludando a más amigos que entraban por la puerta principal de manera constante. Todos estaban comiendo, bebiendo y en general pasándola muy bien. La empresa de catering tenía la comida bajo control. Las bandejas le eran presentadas a los invitados con varios aperitivos bellamente creados en porciones fáciles de comer. La barbacoa se había encendido en el patio y, las linternas, las velas y las pequeñas luces exteriores proyectaban un brillo mágico sobre la piscina y la cascada. Aquellos que llevaron sus trajes de baño también estaban disfrutando del jacuzzi.

Una conmoción en la puerta principal arruinó las ilusiones de Jenna de una noche sin problemas. Algunos de sus amigos varones trataban de evitar que alguien entrara. Su vecino, Travis, llamó a Dylan y un ejército de jugadores de fútbol de gran tamaño, seguidos por Cormac, subieron a ayudar.

- —¿Qué está pasando? —Llamó Jenna.
- —Jonathan está aquí —respondió Travis mientras se dirigía hacia ella.
- —¿Qué? ¿Por qué? —Jenna estaba casi fuera de sí. Podía sentir a su sangre comenzar a hervir.

¡Qué descaro suyo de aparecerse aquí! Se abrió paso entre la multitud que se había formado cerca de la entrada.

- —¿Qué estás haciendo aquí? —Preguntó con calma cuando se encontró cara a cara con su ex. No podía creer que tuviera su voz tan controlada porque la adrenalina que corría por sus venas la hacía temblar como una hoja. Cormac se encontró a su lado en un instante, y puso un brazo firme alrededor de su cintura.
- —Me enteré de que tendrías una pequeña velada esta noche, y supuse que mi invitación se había perdido en el correo. No quería que me extrañaras, así que aquí estoy —anunció casualmente Jonathan.
 - —Nadie te invitó —respondió Jenna.
- —¿En serio? Estoy sorprendido. Fui invitado a todas las otras fiestas Jonathan alzó las cejas como si no pudiera creer lo que estaba escuchando—. Ahora que estoy aquí, supongo que comeré y beberé un poco y luego me iré —anunció, abriéndose camino a través de la puerta.
 - —¡No! Sal ahora mismo —vociferó enfadada Jenna.

Al instante, la multitud de tipos grandes lo rodeó, y él retrocedió hacia la puerta mientras levantaba las manos en señal de rendición.

—Bien. Bien. Me voy. Aunque me verás por ahí. No te preocupes por eso, Jenna. Veo que tienes a tu nuevo bombón haciendo guardia, pero no le tengo miedo —fulminándole con la mirada a Cormac, le gruñó—: Todavía te debo una, amigo. Tendrás noticias mías.

Cormac empezó a ir hacia él, pero Jenna le agarró el brazo.

—Déjalo. Cuanto antes lo saquemos de aquí, mejor.

La multitud de hombres siguió a Jonathan fuera de la casa para verlo subir a su coche e irse. El grupo volvió a entrar, dándose palmadas en la espalda, orgullosos de haber manejado la situación y murmurando sobre darle una paliza a Jonathan.

—Tengo hambre —anunció Dylan—. Vamos a comer algo.

Era como el flautista de Hamelín seguido por su séquito; aterrizaron en las bandejas como una bandada de gaviotas hambrientas y luego se dirigieron a la zona de barbacoa.

- —¿Estás bien, muchacha? —Cormac permaneció al lado de Jenna. Ella odiaba admitirlo, pero su preocupación era tierna.
- —Sí, estoy bien. He llegado a esperar este tipo de cosas de él. Desearía que encontrara a alguien más para torturar y me dejara en paz.
 - —No te preocupes. Estoy aquí. Te protegeré.

A pesar de encontrarse muy contenta por haberlo tenido a su lado durante la conmoción, respondió bastante brusco:

—No necesito que tú ni nadie más me proteja. Ahora, si me disculpas, tengo invitados que atender —se fue furiosa al otro lado de la habitación y no miró hacia atrás para ver la expresión dolida que sabía que estaría en la cara de Cormac.

Capítulo 7



orprendida por su propio comportamiento, Jenna se dio un buen sermón. *Deja de ser tan grosera*. ¿Qué es lo que te pasa? Es con Jonathan con quien deberías estar enfadada, no con Cormac. Normalmente no era una persona de malas intenciones, pero le costaba mucho controlar su humor. Un minuto estaba tranquila y al siguiente estaba lista para explotar... y tenía miedo de desquitarse con el pobre Cormac. No sabía cómo podía compensarlo sin darle una idea equivocada, pero lo intentaría.

Comprobó a sus invitados, asegurándose de que todos tuvieran suficiente comida y bebida y luego se fue en busca de Cormac. Lo encontró afuera sentado en la piscina, perdido en sus pensamientos.

—Hola —dijo, mientras se sentaba a su lado.

Él no dijo nada. Continuó mirando el agua.

—Lo siento. No sé qué me pasa, y ciertamente no sé por qué sigo gritándote. No has hecho nada más que intentar ayudar y estoy agradecida por ello —inclinó la cabeza hacia un lado para poder ver su cara. Al no recibir respuesta, le tocó el brazo y sintió de pies a cabeza una urgencia de quererlo, lo que puso a sus rodillas a temblar. Él también lo sintió, Jenna lo supo por la forma en que su cabeza se sacudió y sus ojos se encontraron con los de ella.

Eran tan azules. ¿Cómo era posible que alguien tuviera ojos de un color tan brillante? Ella podía ver el dolor que había puesto allí, y su corazón sufría por él. Cormac puso su mano sobre la de ella donde descansaba sobre su brazo y, antes de que ella supiera lo que hacía, se inclinó hacia adelante y suavemente le rozó los labios con los suyos. Su respuesta fue inmediata, la tomó en sus brazos y le correspondió el beso, primero suavemente y luego con más pasión. Jenna se permitió soltar el control que normalmente mantenía con tanto cuidado en su lugar, lanzando sus brazos alrededor de su cuello y

enredando sus dedos en sus sedosos mechones negros. Su lengua jugó en el pliegue de sus labios, pidiendo que la dejaran entrar. Perdida en la pasión, Jenna lo permitió. Sabía salado y dulce a la vez, y también a cerveza. Las manos de Cormac se asentaron en la curva justo encima de su trasero, acercándola. Jenna no se resistió, fundiendo su cuerpo con el suyo para estar lo más cerca posible. Los sonidos de la fiesta se habían desvanecido en el fondo y no le importaba lo que los demás pudieran pensar de ella mientras se ponía completamente en manos de Cormac. Al apartarse para respirar, ambos se miraron con anhelo a los ojos. Hubo un acuerdo no expresado entre ellos y luego el hechizo fue roto por Dylan y sus amigos mientras se agrupaban para cargar a Jenna y Cormac y arrojarlos en la piscina.

Jenna salió a la superficie y apenas podía ver con su pelo empapado colgándole sobre los ojos. Cormac fue a ella y la acercó, quitándole suavemente el pelo de la cara. Se miraron y rieron al unísono.

—¡Dylan! Me las pagarás —le gritó Jenna a su primo; aunque en secreto, no podía pensar en ningún otro lugar que no fuera el agarre de Cormac MacBayne, cuyos musculosos brazos la sostenían firmemente contra él.

Una ola gigante los envolvió mientras todos se quitaban las camisas, los zapatos y se zambullían a su lado. La expresión facial de Cormac fue de horror al ver a Jenna quitarse su diminuto vestido. Trató de detenerla, pero ella no estaba para nada de acuerdo con ello.

- —No te preocupes. Abajo tengo mi traje de baño —sonrió—. Puede que quieras quitarte esa falda. Debe estar muy pesada con toda esa agua que está absorbiendo.
 - —¿Estás segura, Jenna?
 - —Sí, hazlo.

Cormac desenvolvió el largo de la tela escocesa alrededor de su cintura y de repente Jenna recordó cuál era el atuendo apropiado debajo de una falda escocesa. Absolutamente nada. Se sacó la camiseta por la cabeza, agarró su vestido, y luego nadó hasta un costado para dejarlo todo. Su trasero apretado emergió mientras se zambullía bajo el agua y nadaba de vuelta a ella. Jenna se quedó sin palabras —por decir lo menos—, cuando se encontró contra un Cormac MacBayne bastante desnudo.

El resto del grupo en la piscina decidió unirse a nadar desnudos y Jenna se dio cuenta de que no podía encontrar un lugar para mirar en medio de un grupo de hombres y mujeres repentinamente bastante desnudos. Hubo muchas risas y salpicaduras, pero nadie, aparte de Jenna, parecía estar incómodo.

—Será mejor que salga y me asegure de que todo va bien adentro —Jenna se excusó mientras se desprendía del abrazo de Cormac y nadaba hasta los escalones. Cuando Cormac comenzó a seguirla, gritó—: Quédate donde estás, Cormac. Estoy bien, de verdad —no miró hacia atrás mientras se dirigía hacia la casa—. Solo voy por toallas para todos.

Buena excusa, pensó. Necesitaba alejarse de Cormac durante el tiempo suficiente para distanciarse de las emociones que la empujaban hacia una parte de su actitud de «no me voy a involucrar», en persecución de la lujuriosa agenda que su cuerpo tenía en mente.



Decesitando enfriar su fervor, Cormac nadó hasta la cascada y dejó que el agua helada salpicara su cuerpo. Viendo a Jenna alejarse con las extrañas y pequeñas piezas de ropa que ella llamaba *traje de baño*, lo tuvieron más que listo para seguirla, en parte para cubrirla de la vista de los demás, y en parte para averiguar si ese beso que compartieron lo llevaría a donde él esperaba que lo hiciera.

Cerrando los ojos, inclinó la cabeza hacia atrás y disfrutó de la sensación del agua corriendo por su cabello. El sonido de cercanas risas femeninas lo alertaron del hecho de que no estaba solo y, al abrir los ojos, se sorprendió al ver que estaba rodeado de varias mujeres desnudas, todas sonriendo y observándolo con evidente admiración.

- —Señoritas —asintió mientras intentaba alejarse de ellas, pero el círculo a su alrededor se estrechaba.
 - —Eres una monada —dijo la pelirroja de ojos verdes esmeralda.
 - —¿Monada? —Repitió Cormac sin entender a qué se refería.
 - —Soy Amy. ¿Y tú eres?
 - —Mi nombre es Cormac. Encantado de conoceros.

Las chicas soltaron risitas.

- —Me encanta tu acento —dijo la chica de pelo oscuro a su derecha mientras se acercaba.
 - —Gracias. ¿Eres amiga de Jenna?
 - —No, venimos con los chicos.

No estaba seguro de qué chicos, así que miró alrededor para ver si alguien las estaba extrañando. Nadie parecía darse cuenta de su dilema.

—Los amigos de Dylan —dijo otra chica.

- —Nadie nos dijo que iba a haber un buenísimo chico inglés —dijo Amy.
- —Yo soy escocés, muchacha —respondió, sintiéndose insultado.

Con eso, todas empezaron a decir «ohhh» y «ahhh» en coro. Cormac se estaba poniendo un poco nervioso. No era su reacción habitual ante las mujeres mostrándose interesadas por él, pero esta vez no quería que le prestaran atención. Antes habría disfrutado de la compañía de todas ellas, pero ahora de repente y de manera inexplicable quería salir de la piscina. ¿A dónde había ido Jenna? Se movió para nadar entre las chicas, pero la pelirroja se envolvió a su alrededor. Tenía sus brazos alrededor de su cuello, sus piernas alrededor de su cintura y lo miraba a los ojos con su nariz tocando la suya. Por supuesto, Jenna eligió ese preciso momento para volver junto con algunos de los empleados del *catering* quienes llevaban montones de sus toallas secas. Le echó un vistazo a Cormac y se detuvo en seco para después dejar caer las toallas y correr de vuelta adentro.

- —Oye, Amy. ¿Qué crees que estás haciendo? Se supone que debes estar aquí conmigo —el hombre que Dylan le había presentado a Cormac como Tank gritó desde el otro lado de la piscina.
- —Solo me estoy divirtiendo, bebé. No hay nada de lo que tengas que preocuparte —Amy se desenganchó de Cormac y nadó hasta Tank, dándole un beso en los labios y poniéndose exactamente en la misma posición en la que estaba con Cormac. Las otras muchachas la siguieron, agarrándose al resto de los amigos de Dylan.
- —Jenna está bastante enojada —dijo Dylan mientras nadaba hacia Cormac—. ¿Por qué hiciste eso?
- —¡La muchacha se lanzó sobre mí! No le pedí que lo hiciera. Necesito encontrar a Jenna y explicárselo —Cormac estaba preocupado. Jenna parecía muy disgustada.

Dylan puso una mano sobre su hombro.

—Yo la dejaría sola por ahora si fuera tú. Deja que se calme. Más tarde hablaré con ella por ti.

Cormac sacudió la cabeza con tristeza.

- —Dylan, no puedo pedirte que intervengas por mí cada vez que algo sale mal con Jenna.
 - —Vale, pero te digo que no va a querer oírlo ahora mismo.
- —Voy a ir a buscarla —dijo Cormac, y pudo oír la determinación en su propia voz.
 - —No digas que no te lo advertí.

—Dylan, no tengo miedo de tu prima. No es más que una muchacha pequeña con un gran temperamento —Cormac nadó hasta el lado de la piscina, agarró una toalla, la envolvió alrededor de su cintura y comenzó su búsqueda de Jenna.



Jenna no podía creer lo que veía. Había empezado, estúpidamente, a pensar que Cormac podría ser lo que necesitaba en su vida en este momento. ¡Lo perdió de vista por menos de cinco minutos y ya estaba pegado a una chica que ni siquiera conocía! *Típico de los hombres*. Bueno, no iba a dejar que eso volviera a suceder. ¡Y pensar que ella lo había besado! ¿Qué le pasaba? Parecía no poder mantener los labios quietos cuando él estaba cerca. *Espero que hayas aprendido la lección esta vez, Jenna. No se puede confiar en los hombres, no importa lo bien que besen.*

- —Jenna, debo hablar contigo —Cormac apareció en la puerta de su dormitorio.
- —No me interesa —Jenna lo calló de inmediato—. Por favor sal de mi habitación —caminó hacia la puerta esperando que se fuera y se preparó para cerrar la puerta y asegurarla tras él.
- —No. No me iré hasta que escuches lo que he venido a decir —Cormac estaba de pie con las manos en la cadera cubriendo la puerta, pareciendo muy decidido a hablar con ella.
- —Ya te lo he dicho, no estoy interesada. ¿Qué es lo que no entiendes de eso?
 - —Jenna, tus ojos vieron algo que no era lo que parecía.
- —¡Oh, en serio! Bueno, mis ojos seguro que te vieron a ti y a tus manos llenas de esa pelirroja pechugona y estoy bastante segura de que no me lo estaba imaginando —se negó a mirarlo. Todo lo que podía ver era a un Cormac desnudo y a una pelirroja desnuda dentro de los brazos del otro. Eso la puso furiosa.
- —Tienes razón, pero no es lo que piensas. Intentaba pasar nadando junto a ella y las otras chicas cuando se me lanzó. No podía creerlo. Te dije que no diría mentiras y no lo he hecho. Nunca haría algo así para herirte. Quiero pasar mi tiempo aquí contigo y con nadie más.

Jenna no era buena con la confrontación. La detestaba. Siempre la hubo con Jonathan y no podía lidiar con ello en ninguna otra parte de su vida.

—Realmente no necesito esto ahora. Te agradecería que me dejaras en paz para que pueda pensar.

Cormac parecía totalmente derrotado. Se quedó ahí parado, sin moverse.

—Por favor —dijo Jenna de manera suave.

Suspiró y abandonó abatido su habitación. Cerró la puerta tras él y se preguntó por millonésima vez, en qué se había metido.



Cormac pasó el resto de la fiesta abajo en la sala de juegos, evitando a las enamoradizas muchachas presentes. Nunca había conocido un grupo como ellas. En Breaghacraig, las damas podían ser atrevidas, pero nunca tantas a la vez. No quería tener nada que ver con eso. Intentaba demostrarle a Jenna que solo tenía ojos para ella y si eso significaba aislarse en la sala de juegos, entonces eso era lo que iba a hacer.

Podía oír a las personas de la planta alta yéndose mientras estaba tendido en el sofá. La fiesta había terminado y solo quedaban algunos amigos de Dylan. Por lo que Cormac sabía, Jenna no había salido de su habitación después de cerrarle la puerta. Había visto dos lados diferentes suyos. El lado blando y el lado duro. Sabía que el lado duro era su manera de mantener a la gente lejos. También sabía que él mismo tenía el poder de convertir ese lado duro en blando al complacer a Jenna. La Jenna que lo había besado después de haberle gritado. Estaba tan confundido. Nunca se había preocupado lo suficiente como para dejar que una mujer lo desconcertara, pero ella le estaba demostrando que a él sí le importaba. No sabía qué iba a hacer al respecto. Sus días aquí iban a llegar a su fin. Aún le quedaba tiempo, pero no parecía que Jenna fuera a llegar a ningún lado con él, al menos no voluntariamente, y no iba a forzarla. Vino aquí para hacerla suya, y hasta ahora estaba fallando miserablemente.

- —¡Cormac! ¿Qué estás haciendo aquí abajo solo? —Preguntó Dylan cuando bajó las escaleras, después de enseñarles a los últimos rezagados la salida.
 - —Estoy intentando no meterme en problemas.

Cormac se sentía miserable; no podía ni siquiera sonreír.

—Creo que ya estás en problemas. No creo que lo hubieras empeorado al quedarte arriba a disfrutar.

- —Dylan, ¿cómo es que tu prima me grita un instante, me besa al siguiente y luego se enfada conmigo otra vez, todo en una noche? —Cormac estaba exasperado y lanzó sus brazos al aire mientras hablaba.
- —Amigo, relájate. Es de Jenna de la que estamos hablando. No se quedará enfadada contigo. Te garantizo que mañana por la mañana se disculpará. Créeme, he recibido su temperamento en muchas ocasiones y aún no me ha echado. No creo que tengas nada de qué preocuparte, hermano.
- —Espero que tengas razón, ya que solo estaré aquí por cinco días más y no estoy haciendo ningún progreso.
 - —No estoy de acuerdo. Ella te estaba besando esta noche, ¿no es así?
- —Sí. Lo estaba —Cormac sonrió al pensarlo—. Y me besó. Yo no lo inicié. Fue igual que anoche, cuando bebió demasiado.
- —Bueno, definitivamente le gustas. No hace eso con cualquiera —le aseguró Dylan.

Cormac comenzó a sentirse más esperanzado mientras se paraba y lo palmeaba en la espalda.

- —Estoy muy cansado y me gustaría irme a la cama.
- —Yo también. Me aseguraré de que todo esté cerrado y que la alarma esté activada y luego iré a golpear el heno.
 - —¿El heno? ¿No tienes una cama, Dylan?
- —Es solo una expresión, hermano. Tengo una cama muy cómoda y alguien ahí arriba que me la mantiene caliente —Dylan levantó su mano en el aire y Cormac se miró confundido—. ¿Chocar los cinco?
 - —No sé cómo.
- —Déjame mostrarte. Pon su mano en el aire como la mía. Ahora vamos a golpearlas juntas —Cormac obedeció—. Eso es chocar los cinco. En este caso, sería como felicitarme por mi buena suerte de tener una nena caliente esperándome en mi cama.
- —Ya veo. Bueno, disfrútalo entonces, b... ooo —Cormac probó la palabra que había oído usar a Dylan tantas veces.

Dylan se rio y dijo:

—Te estás poniendo al día, bro, me gusta.

Subieron las escaleras y Cormac estaba feliz de tener a Dylan allí con él. Le recordaba a su hermano, Cailin.

- —¿Qué nos deparará el día de mañana, Dylan?
- —Tal vez surfear. Quiero asegurarme de que experimentes cosas que no tienes en casa.
 - —¿Surfear?

—Ya lo verás. Comprobaré el clima por la mañana y partiremos desde allí.

Cormac sacudió la cabeza con incredulidad. Le costaba entender mucho de lo que se decía a su alrededor. No era que no entendiera el español, pero estas palabras no eran a las que estaba acostumbrado. Necesitaba acostarse, ya que se sentía abrumado por los eventos de los últimos dos días. Se encontró contento cuando su cabeza finalmente cayó en la almohada de su dormitorio y el olvido se apoderó de él.

Capítulo 8



ormac se levantó temprano y alegre como acostumbraba a hacerlo en Breaghacraig. Hizo uso de la ducha y se maravilló del hecho de que el agua caliente saliera disparada de la pared. El baño se vaporizó y pensó que esta tenía que ser la mayor creación de todos los tiempos. También hizo uso de los diferentes jabones y cuando terminó, se sintió refrescado y listo para conquistar el día y, si tenía suerte, a Jenna. Se encontró, una vez más, vistiendo solamente con una toalla. No sabía lo que Jenna había hecho con su tela escocesa y no tenía nada más que ponerse, así que salió de la habitación para ver si Dylan ya se había levantado. *Quizás tenga algo para que me ponga*.

Los olores de la comida del desayuno golpearon su nariz y su estómago comenzó a gruñir, recordándole que no había comido mucho anoche y que ahora estaba hambriento. Siguió su nariz hasta la cocina y mirando a hurtadillas vio a Jenna de espaldas a él trabajando en la estufa. Se encontraba cantando y el sonido de su dulce voz derritió su corazón. Se acercó por detrás y se asomó por encima de su hombro para ver lo que estaba haciendo.

- —¡Oh! —Exclamó Jenna. Parecía asustada por su repentina presencia.
- —Lo siento, muchacha. No quise asustarte.

Ella estaba con las manos en su pecho.

- —Lo menos que puedes hacer es crear algo de ruido cuando te acercas por detrás de mí de esa manera —estaba luchando por respirar.
 - —¿Te encuentras bien esta mañana, Jenna?
- —Estaba bien hasta que me diste un susto de muerte —puso una sonrisa, haciéndole saber que no le guardaría rencor—. Pensé en hacerte el desayuno esta mañana. ¿Tienes hambre?
 - —Sí. Mucha. ¿Sabes cocinar?

- —Por supuesto. No como fuera todo el tiempo, ya sabes. Me gusta cocinar y creo que soy bastante buena en ello.
- —Yo seré quien juzgue eso, muchacha —Cormac se mofó de ella con un guiño.
 - —Siéntate. Te traeré un plato.

Jenna metió la mano en la alacena para sacar platos y tazas y luego abrió el cajón de los cubiertos para los utensilios. Cormac se sentó en el mostrador y observó cada uno de sus movimientos, apreciando su aspecto con el pelo todavía mojado por la ducha y su atuendo con una bata corta y sin nada cubriendo sus pies. Ella lo vio mirándola y sonrió tímidamente.

—Cormac, parece que siempre me estoy disculpando contigo. Recibí un mensaje de texto de Tank esta mañana. Me dijo que Amy era la culpable del incidente en la piscina. Siento no haberte creído, y estoy avergonzada por mi comportamiento. Es solo que me han mentido mucho últimamente y de inmediato pienso lo peor. No es justo para ti. Obviamente no eres Jonathan, pero él ha coloreado todo en mi mundo y lo ha hecho un poco más oscuro. Supongo que no veo muy bien a través de esa oscuridad.

Dylan tenía razón sobre Jenna; la conocía tan bien y Cormac muy poco. Tendría que empezar a seguir el consejo de Dylan en lo que a Jenna respectaba.

Puso la comida en el mostrador y le tendió una cuchara para servirse.

—Aquí tienes. Sírvete. Y si no te importa que pregunte, ¿por qué sigues usando una toalla? —Arqueó una ceja y movió la cabeza en dirección a sus caderas.

Cormac se sirvió y saboreó un trozo de tocino. Cerró los ojos mientras lo hacía.

- —No tengo mi falda y Dylan no se ha despertado todavía. Pensé en pedirle algo para ponerme.
- —Oh, lo siento. Debí haberme dado cuenta de que no tenías nada para reemplazar la falda. Anoche estaba empapada. Es de lana, así que no quise ponerla en la secadora y que se te encogiera. Tardará un poco en secarse. La puse afuera al sol.
- —¿Secadoa? —Cormac se desconcertaba repetidamente con aquellas palabras y objetos desconocidos.
- —Tarde o temprano tú y Dylan van a tener que dejar de tomarme el pelo —se reía mientras continuaba comiendo—. Creo que Dylan tiene ropa limpia en el cuarto de lavado. Después de que comamos te la traeré.
 - —Gracias. La comida es muy buena, Jenna.

- —Me alegro de que te guste. Cuéntame más sobre ti, Cormac.
- —¿Qué te gustaría saber, muchacha?
- —Lo de siempre. De dónde eres, tu familia, por qué estás *realmente* aquí.
- —Hmmm... Ya he compartido algo con vos y puedo decirte más, pero pienso que no vas a creerme.
 - —No lo sabrás con seguridad a menos que lo intentes.
- —Bueno —respiró profundamente y comenzó—. Soy de Breaghacraig en las Tierras Altas de Escocia. Vivo allí en la tierra del Clan MacKenzie con mi familia, mi hermano Cailin y su esposa, y mi hermana, Irene. Irene está casada con el Terrateniente de Breaghacraig. Su nombre es Robert MacKenzie. Es un lugar hermoso. Me encantaría mostrártelo, Jenna —dijo esperanzado.

Ella estaba escuchando atentamente.

- —¿Dijiste que el nombre de tu hermano es Cailin?
- —Sí, lo hice. ¿Por qué lo preguntas? —Cormac esperaba no haber dicho demasiado.
- —Ese nombre me suena familiar, es todo. Aunque no sé por qué parecía perpleja—. Oh bueno, sigue con tu historia. Ya me llegará.
 - —Bueno, no hay mucho más que contar.
 - —¿Por qué estás aquí? No respondiste a esa parte de la pregunta.
- —No te gustará mi respuesta, Jenna, y no quiero que te enfades nuevamente conmigo.
- —Está mañana etoy tratando de tener una mente abierta. No me enfadaré. Lo prometo.

Parecía estar diciendo la verdad, así que Cormac dijo:

- —Estoy aquí para encontrarte, Jenna. Te lo dije la primera vez que te vi. Verás, yo quería una esposa y Edna dijo que podía ayudarme pero que tendría que viajar a San Francisco para encontrarte.
 - —Entonces, ¿esta Edna dijo que yo era a la que tendrías que encontrar?
 - —Sí
 - —¿Y sabía mi nombre?
 - —Sí.
- —Así que, si he de creerte, tengo que creer que una mujer llamada Edna, a la que nunca he conocido, me conoce por mi nombre y de alguna manera te envió aquí a través de la niebla para encontrarme.
 - —Así es. Y no olvides que Edna es una bruja.
 - —Cierto, y también eres del siglo dieciséis, ¿correcto?
 - —Sí. Sé que parece una tontería, pero ¿no crees en la magia?

- —En realidad no. Necesito pruebas, tengo que verlo con mis propios ojos. Cormac tomó otro bocado de panqueques con su tenedor.
- —Nunca antes había comido nada como esto. De hecho, me gusta mucho.

Jenna le sonrió como si fuera un tonto muy tonto. ¿Cómo iba a hacer que le creyera? Tendría que preguntarle a Edna. Dylan le creyó y Cormac ni siquiera tuvo que esforzarse para convencerlo. Pero Dylan creía en la magia, *esa* era la diferencia. Qué triste que el mundo de Jenna fuera tan blanco y negro. Cormac sabía que tenía un trabajo difícil, pero empezaba a creer que ella podía valer la pena.

- —Sé que crees que Dylan te está jugando una mala pasada, pero intenta pensar de forma diferente. ¿Y si fuera cierto? ¿No ves que soy diferente de la gente de San Francisco?
- —¡Vaya! Esa es una pregunta capciosa. Obviamente no eres de por aquí, pero si pasaste algún tiempo en San Francisco podrías saber lo suficiente como para no usar a la gente de aquí como guía, como sucede normalmente —se rio de sus propias palabras y luego bebió su café—. No me molesta la parte de Escocia en tu historia, pero el resto es demasiado raro. Sin embargo, estoy dispuesta a aceptarla solo para ver hasta dónde llegan ustedes dos.

Justo entonces la caja plana que Jenna siempre llevaba con ella zumbó en el mostrador. La cogió y se rio. La tocó con los dedos y luego la dejó.

- —Jenna, ¿qué es eso? —preguntó señalando el objeto.
- —Ya veo que me estás probando. Vale. Es un móvil. Dylan acaba de enviarme un mensaje de texto desde su habitación para ver si hice suficiente desayuno para él y su invitada nocturna. Bajarán en breve.
- —¿Todo el mundo tiene estos *móviles*? —preguntó con curiosidad—. ¿Son importantes?
- —Supongo que se podría decirse que sí. La mayoría de la gente camina con ellos en sus manos todo el tiempo, o al menos en un bolso o bolsillo.
 - —¿Qué es lo que hacen?

Jenna levantó una ceja, incrédula.

- —¿En serio? Nos mantienen en contacto entre nosotros. ¿No hay móviles o telefonía fija en el lugar de donde vienes?
- —No. Nos visitamos mutuamente o escribimos cartas y enviamos mensajeros con ellas. Pueden tardar días o semanas en llegar a su destino.
 - —Vaya. Suena como un montón de trabajo, si me preguntas.
- —¿Estás haciendo uso del *sarcasmo*? Creo que Dylan dijo que era tu arma preferida.

Ante eso, Jenna estalló en risas y parecía no poder parar. Se le formaron lágrimas en los ojos y Cormac no estaba seguro de cómo responder. No la había visto divertirse tanto desde que la conoció. Ella llegó a un punto de comenzar a toser y Cormac extendió la mano para limpiar una lágrima de felicidad de su mejilla, para luego continuar acariciando su piel con el dorso de su mano.

—Eres una belleza, Jenna, y más aún cuando eres feliz.

Esperaba no haber dicho nada malo porque ella dejó de sonreír para levantarse bruscamente y empezar a retirar sus platos de la mesa y luego enjuagarlos en el fregadero y ponerlos en lo que Dylan había llamado el lavavajillas.

—Dylan dice que hoy vamos a ir a la playa. Vamos a buscarte un par de pantalones cortos para que te los pongas y luego voy a empacar algo de comida para llevar.

Cormac se puso de pie y siguió a Jenna a la habitación de al lado. Estaba llena con estantes y había pilas de ropa bien doblada por todas partes.

—Uno de estos días Dylan va a guardar su ropa, pero supongo que deberíamos estar contentos de que aún no lo haya hecho porque ahora podemos encontrarte algo para que uses —Jenna revisó las pilas y sacó un puñado de ropa que le entregó a Cormac—. Espero que te quede bien, porque aunque te ves muy bien en esa toalla, no queremos que las mujeres de por aquí se desmayen al verte.

Se quedó allí mirando la pila en sus brazos y, cuando se le ocurrió que Jenna acababa de decir que le gustaba su aspecto, una sonrisa de satisfacción iluminó su cara.

- —¿Pasa algo malo?
- —No. ¿Me los pondré todos? —Preguntó con expresión perpleja.
- —Eres muy gracioso —se rio—. Te seguiré el juego. Toma, ponte esto, y esto —le tendió pantalones cortos y una camiseta—. Supongo que tú también necesitas zapatos. Dylan tendrá que conseguírtelos. Un par de sandalías debería bastar. Ve a vestirte y luego regresa. Para entonces Dylan y su amiga deberían estar aquí.



Jenna estaba orgullosa de sí misma. Se las había arreglado para disculparse con Cormac sin volver a besarlo. Verlo esta mañana en esa toalla le había

metido ahí. la cabeza pensamientos que deberían no estar Afortunadamente, no se había avergonzado a sí misma al hacer caer accidentalmente la toalla al suelo. Una oleada de calor la cubrió de pies a cabeza y no necesitó de un espejo para saber que estaba bastante roja por el sonrojo. Se apresuró por el pasillo a su habitación donde encontró su traje de baño más sexy. Se lo puso y se miró en el espejo de cuerpo entero que creaba las puertas de su armario. No está mal, Jenna. Este funcionará bien. Se miró desde todos los ángulos y cuando estuvo satisfecha, abrió el armario para sacar un bonito vestido floreado. Finalizó su atuendo con un par de sandalias, un sombrero de ala ancha y gafas de sol.

No estaba segura de a quién estaba tratando de impresionar, pero lo único que sabía con seguridad era que no era a Cormac MacBayne.

Al volver a la cocina y tal como se predijo, Dylan estaba sentado allí con una bonita mujer morena.

- —Esta es Samantha. Samantha, mi prima Jenna —Dylan las presentó y Samantha parecía un poco avergonzada.
 - —Encantada de conocerte, Samantha —comentó Jenna.
- —Igualmente. Dylan, realmente necesito irme. ¿Te importaría acompañarme a mi coche?
 - —Claro —dijo mientras ponía un brazo alrededor de sus hombros.

Cuando se levantaron para irse, Cormac regresó. Se veía increíble con los pantalones cortos y la camiseta de Dylan. Jenna tragó saliva y rápidamente se dio vuelta para abrir el refrigerador y meter su cabeza dentro. Necesitaba refrescarse. La combustión espontánea parecía una posibilidad clara.

—Buenos días para ti, Dylan —dijo Cormac mientras le sonreía a Samantha.

Jenna sacó algunas cosas del refrigerador y vio como Samantha miraba embobada a Cormac. *Pon tus ojos de vuelta en lo tuyo*, era lo que Jenna quería decir, pero en vez de eso se quedó ahí parada observando el espectáculo.

Dylan presentó a Samantha a regañadientes a Cormac, quien se inclinó en su dirección.

¿Quién hace eso? Jenna pensó mientras golpeaba lo que había hallado en el refrigerador contra el mostrador. Todos se volvieron hacia ella.

—Lo siento. Se me resbalaron —mintió. Jenna se quedó allí de pie zombificada mientras Dylan y Samantha salían de la habitación. ¿Por qué me estoy alterando tanto? Ya decidí que no estaba interesada en Cormac, ¿verdad? No. Estaba más que interesada.

- —¿Qué estás pensando en esa linda cabecita tuya? —Cormac estaba justo a su lado tocándole la frente con su dedo y haciéndole un agujero en ella.
- —Nada. Yo... solo... —tartamudeó—. Estaba repasando la lista de cosas que tenemos que llevar —se presionó en su rostro un paquete de carnes frías sin abrir—. ¡Uf! Hoy hace calor. Supongo que es bueno que vayamos a la playa.
- —No demasiado. ¿Estáis bien? —Extendió la mano para ponérsela en la frente.
- —Estoy bien —esquivó su mano antes de que lograra hacer contacto—. ¿Te importaría venir conmigo al garaje por la hielera?
 - —Sí. Estaré encantado de ayudarte.
- —Sígueme —ordenó Jenna mientras iba de la cocina al garaje. Cormac estaba justo detrás de ella. Señaló la nevera y él la cogió—. Tráela aquí al congelador para que podamos llenarla con hielo.

Jenna abrió el congelador y los ojos de Cormac se abrieron de par en par.

- —Esta es solo una versión más grande que la de la cocina —señaló Jenna
 —. Luces como si nunca hubieras visto uno.
 - —No lo he hecho. No tenemos ninguna de estas cosas en Breaghacraig.
- —Parece que vives en la Edad de Piedra —bromeó—. ¿Puedes coger esas dos bolsas de hielo para ponerlas en la hielera?

Cormac dudó por un segundo y luego obedeció. Jenna le hizo una señal para que nuevamente la siguiera y él llevó la nevera a la cocina.

—Por favor ponla aquí junto al fregadero —le pidió—. Voy a hacer unos sándwiches. ¿Te gusta el atún, la ensalada de huevo o las carnes frías? —Por la expresión de su cara, Jenna pensó que podría ser todo o nada—. Haré un poco de todo —sugirió.

Dylan entró a la cocina luciendo feliz.

- —Jenna, meteré las sillas en la camioneta. ¿Algo más que quieras?
- —La bolsa de playa, las toallas… lo de siempre. Cormac, ¿por qué no vas a ayudarlo con eso?

Cormac asintió con la cabeza y siguió a Dylan hasta el garaje.

Jenna se puso a trabajar haciendo los sándwiches y llenando la hielera con agua, refrescos y cerveza. Tenía unos bonitos melocotones de final de temporada que había comprado en el mercadillo del edificio *Ferry* de cuando habían estado en la ciudad, y también los empaquetó. Buscó en el refrigerador cualquier otra cosa que pudiera ser buena para llevar. Sabía que Dylan tenía buen apetito y asumió que basado en su tamaño, Cormac también tenía uno. No quería que nadie pasara hambre. Mientras los últimos artículos eran

colocaban en la hielera, Dylan y Cormac reaparecieron para llevarla a la camioneta.

—¿Qué tanto llevas aquí, Jenna? —Gruñó Dylan mientras cogía la nevera y Cormac sujetaba el otro extremo para ayudarlo.

Jenna simplemente puso los ojos en blanco.

—Sabes las cantidades que comes, Dylan. No estaba segura de que eso fuera suficiente.

Terminaron de cargar la camioneta y Dylan aseguró su tabla de surf al techo. Chester, quien había estado en el patio trasero, ladraba a la puerta corrediza para que lo dejaran entrar. Tan pronto como Jenna le abrió la puerta, se dirigió hacia el camión, golpeando a todos mientras se zambullía en el asiento trasero.

- —Bueno, Chester, parece que tú y yo compartiremos el asiento trasero de nuevo —dijo Jenna. Chester respondió lamiéndole la cara y resoplando fuertemente en su oído—. Gracias por eso —se rio.
- —Vámonos —clamó Dylan—. Bro, no puedo esperar a enseñarte a surfear.

Cormac se veía aprensivo y Jenna bromeó:

- —No te preocupes, bro, probablemente tendrás un talento innato —puso una sonrisa para hacerle saber que estaba bromeando.
- —Tiene razón, Cormac. Apuesto a que lo pillarás enseguida —dijo Dylan mientras sacaba la camioneta del garaje. Presionó el botón de la camioneta para cerrar la puerta del garaje y Jenna vio el asombro en el rostro de Cormac mientras alcanzaba el botón y la puerta volvía arriba. Lo presionó de nuevo, cerrándola, y parecía que podría intentarlo una vez más, pero Dylan lo detuvo —. Abre y cierra la puerta del garaje, bro. Dejémosla cerrada, ¿de acuerdo?
- —Dylan, ¿pusiste la alarma? Ya sabes, todavía tenemos que traer al cerrajero.
- —No te preocupes, mis amigos y yo le quitamos la llave a Jonathan cuando lo mandamos al diablo anoche. Tendrá que entrar a la fuerza si realmente quiere entrar, y puse la alarma. Además, los vecinos saben que si lo ven por aquí tienen que llamar a la policía.

Jenna estaba aliviada. Le preocupaba que volviera mientras estaban fuera. Sus vecinos eran los mejores y siempre podía contar con ellos para vigilar todo mientras se encontraran fuera. Soltó un largo suspiro. Ahora podía relajarse y disfrutar de su día en la playa. Solo esperaba no haber hecho nada estúpido respecto a Cormac.

Capítulo 9



ormac todavía no podía creer el ritmo al que viajaban. El paisaje pasaba tan rápido que apenas podía asimilarlo todo. En casa les habría llevado días recorrer esta distancia. Las colinas por las que habían pasado en su travesía eran de un marrón dorado aterciopelado y obviamente no habían registrado precipitaciones en mucho tiempo. Había muchos otros coches y camiones viajando por las carreteras con ellos y se preguntó, ¿iban todos al mismo lugar? La camioneta abandonó la plana y negra carretera plana y subieron por una colina a través de un terreno densamente boscoso. Fue la primera vegetación auténtica que vio desde su llegada. Cormac no podía creer lo que veía cuando pasaron por delante de dos esculturas de gato de dos metros y medio de altura que custodiaban una puerta de entrada. Su cabeza se echó hacia atrás para echar otro vistazo mientras desaparecían rápidamente de la vista. Jenna debió haberlo notado porque se apresuró a explicar la razón de encontrarse allí.

- —Esos gatos han estado custodiando el Poet's Canyon desde principios de los años veinte. Sus nombres son Leo y Leona —Jenna le compartió un poco de historia local a Cormac, quien simplemente asintió con la cabeza en respuesta y silenciosamente volvió a ver la curva del camino hacia la cima.
- —No te preocupes, Cormac, he conducido por este mismo camino demasiadas veces para contarlas. Estás en buenas manos —le aseguró Dylan.
- —No estoy preocupado, Dylan —Cormac mintió, sería un tonto si se apenara.
- —Bien. Estaremos allí en un abrir y cerrar de ojos. Te va a encantar el surf, ¿verdad, Jenna?
- —No lo sé, Dylan. Durante añis te he pedido que me enseñes, pero nunca has tenido tiempo —replicó con su usual sarcasmo.

—Me descubriste, prima. Tal vez hoy sea tu día de suerte.

Cormac miró a Jenna justo a tiempo para verla encogerse de hombros ante las palabras de su primo. Se veía tan hermosa allí atrás, con la luz del sol entrando por las ventanillas y creando franjas de oro en su cabello. Toda su atención estaba en Chester, quien estaba profundamente dormido en su regazo. Cormac se preguntó si el perro sabía lo afortunado que era y trataba de imaginar cómo sería si Jenna le prestara ese tipo de atención amorosa.

- —Jenna. ¿Te importa tener que sentarte ahí atrás con Chester?
- —Por supuesto que no, Cormac. Chester es un buen compañero de viaje. Nunca se queja y ha estado dormido desde que salimos —sonrió.

Su corazón casi se derrite al ver la escena.

—La pregunta debería ser, ¿te importa tener que sentarte adelante con Dylan? Tengo que admitir que a veces, cuando él conduce, tengo un poco de náuseas —continuó Jenna mientras arrugaba la nariz.

¿Estaba ella tratando de llevarlo a la locura? La forma en que lo miraba era completamente hipnotizante y le hacía olvidar la velocidad vertiginosa a la que viajaban.

- —Estaré bien, Jenna, muchacha. No te preocupes —dijo Cormac.
- —¿A qué playa vamos, Dylan?

Cormac notó el cambio en su comportamiento mientras su atención cambiaba a Dylan.

- —Pensé en ir a Manresa. Si hiciera esto con surfistas más experimentados, iría a Steamer Lane, pero no quiero matar a nadie en su primera salida.
 - —Espero que el surf sea bueno —dijo Jenna.
- —Lo sabremos pronto. Estamos a punto de llegar —dijo Dylan mientras disminuía la velocidad de la camioneta y giraba hacia otra carretera más pequeña.

Cormac se volvió hacia el frente para ver hacia dónde iban, preguntándose menos sobre el surf y más sobre si podría convencer a Jenna de que hoy nuevamente lo besara.



Era todo lo que Jenna podía hacer para mantener la calma. Cormac tenía una forma enloquecedora de hacerla sentir cosas que no quería sentir. Tenía que seguir recordándose a sí misma que él no era para ella, pero maldición, cada

vez que la miraba con esos increíbles ojos azules casi la hacía saltar a sus brazos. Hablando de eso, esos brazos eran tan fuertes y musculosos que seguía imaginándoselos envueltos a su alrededor, sosteniéndola cerca de ese pecho igualmente musculoso.

- —Basta, Jenna.
- —¿Basta qué? —Preguntó Cormac sonando confundido.

¿Acababa de decir eso en voz alta? No podía recordar haber estado tan avergonzada en toda su vida. Cormac todavía la miraba con curiosidad.

- —Oh, nada. Solo estaba hablando conmigo misma.
- —Sí. Sé que lo hacías, ya que mencionaste tu propio nombre —bromeó.

Se rio demasiado fuerte de su comentario, probablemente porque se sentía cohibida por haber sido escuchada hablando consigo misma.

—En serio. No es nada de lo que debas preocuparte.

Pero definitivamente era algo de lo que Jenna debía preocuparse. Tal vez un chapuzón en el océano y una lección de surf ayudaría.

Se las arreglaron para llevar todas sus cosas a la playa en un solo viaje, aunque no sin la queja de Dylan.

- —Jenna, ¿qué demonios has empacado? Solo somos tres. Pensaste planear alimentar a una manada de lobos hambrientos —bromeó Dylan.
 - —Lo siento. Mejor que sobre y no que falte —hizo un puchero.

Encontraron un buen lugar cerca del agua y colocaron sus sillas, mantas y una pequeña carpa de playa para Chester, para que pudiera alejarse del sol. La temperatura era perfecta y el sol se reflejaba brillantemente en el azul profundo del océano, haciéndolo brillar como si estuviera cubierto de lentejuelas. Las olas se estrellaban en la playa y las aves marinas vagaban por la costa en busca de comida, mientras que una ligera brisa soplaba lo suficiente para evitar que el calor del sol se volviera incómodo. Jenna vio como Dylan preparaba su tabla de surf y se ponía su traje de buceo.

- —Oye, ¿nosotros no vamos a necesitar uno de esos? —Preguntó Jenna.
- —No a menos que planees pasar mucho tiempo en el agua —dijo Dylan antes de despedirse y dirigirse a las olas con su tabla de surf.

Cormac se había colocado en la manta y observaba todo lo que sucedía a su alrededor. Y cuando Jenna se quitó su vestido de verano, saltó tan rápido que ella no tuvo tiempo de reaccionar antes de que él intentara envolverla en una toalla.

—Cormac, ¿qué estás haciendo? —Estaba irritada por la forma tan loca en que se estaba comportando.

- —Jenna, ¿deberías quitarte el vestido, muchacha, para que todo el mundo vea?
- —Cormac, mira a tu alrededor. Todas las mujeres de esta playa llevan una versión similar a la que yo llevo puesta. Está bien. No es una playa nudista. Prometo que me dejaré el traje de baño puesto.

Todavía parecía preocupado, pero le dejó bajarse la toalla mientras trataba de ocultar lo que era obvio para Jenna; ella lo había excitado. Sonrió en secreto ante la obvia respuesta que Cormac había tenido. Así que, aparentemente Jenna estaba teniendo el mismo efecto en Cormac, que él estaba teniendo en ella. Se aclaró la garganta cuando se sentó en la manta a su lado.

- —Cormac, ¿te importaría ponerme protector solar en la espalda? Preguntó mientras le entregaba el tubo del producto. Él lo miró fijamente, como si fuera algo que obviamente nunca había visto.
- —No me digas... que no tienen protector solar de donde vienes —dijo con total naturalidad.
 - —No, muchacha, no.
- —Aquí —le quitó la tapa y le echó un poco en las manos—. Ahora, me lo frotas en la espalda hasta que no puedas verlo más. ¿De acuerdo?

—Sí.

Podía sentir el calor de sus manos antes de que le tocaran la espalda. Si Jenna hubiera estado pensando con claridad, se habría dado cuenta de lo mala que era esta idea. Sus grandes manos cubrieron fácilmente su espalda mientras aplicaba el protector solar en cada parte de la piel expuesta. Fue muy minucioso en sus acciones, deteniéndose solo y de manera momentánea para echar más protector solar sobre sus manos para luego moverse sobre sus piernas, cubriéndolas suavemente de arriba a abajo. Jenna no podía decir cuán incómodo él podría estar, pero ella estaba empezando a sentir una sensación de dolor entre sus muslos mientras sus manos rozaban ligeramente cerca de la fuente de su dulce incomodidad. Echó un vistazo y se sorprendió gratamente al ver que Cormac la miraba con una inusual expresión de aflicción, quien se limpió las manos en una toalla cerca y luego se metió boca abajo en la manta. Jenna pensó saber la razón y sonrió mientras lo miraba. Sus brillantes mechones negros le cubrían su hermoso rostro y Jenna se sorprendió por el hecho de tener el deseo de verle los ojos.

—Cormac, déjame hacer algo con tu pelo. No puede ser cómodo tenerlo por sobre toda tu cara de esa manera.

Se sentó y alcanzó el bolso de playa, buscando en los bolsillos y encontrando un lazo para el pelo y un cepillo. Le hizo un gesto para que se sentara de espaldas a ella. Le cepilló su hermoso cabello en una cola de caballo y luego en un moño masculino en la base de su cuello. No pudo evitar observar que estaba bastante bronceado de pies a cabeza. Debía pasar mucho tiempo sin camisa; la imagen mental prácticamente la hizo babear.

- —¿Quieres que te ponga un poco de protector solar en tu espalda?
- —¿Por qué necesitaría protector solar, muchacha?
- —Oh... bueno, es para evitar que te quemes con el sol. Demasiado sol no es bueno para tu piel.
 - -:Ah no?
 - —No. Puede causar cáncer de piel, manchas de la edad y arrugas.

¿Por qué se tomaba el tiempo de explicarle eso? Él ya tenía que saber todo esto. No era un secreto, pero de alguna manera Jenna casi creyó que Cormac no lo sabía. Sus reacciones parecían tan genuinas.

—Sí, entonces no te detendré, si quieres ponérmelo.

Jenna se puso a trabajar cubriendo su espalda y disfrutando de la sensación de su cálida piel bajo sus palmas. Rozó los duros planos de su espalda y tuvo que morder el gemido que jugueteaba en sus labios. Pasó sus dedos por los músculos de sus brazos mientras él se sentaba. Jenna pensó que ni siquiera respiraba.

Cuando terminó, Cormac se volvió hacia ella, preguntando de manera nada inocente:

- —¿Queréis ponerme un poco en el pecho? —El brillo de sus ojos lo delató y Jenna frunció los labios, sacudiendo la cabeza y dándole el protector solar.
 - —Puedes hacerlo tú mismo.
- —No creo que pueda, muchacha. Tú eres mucho mejor que yo —bromeó, sosteniendo el protector solar para que ella lo tomara.
- —Vale. Si insistes. Supongo que no haría daño ayudarte, sobre todo porque tienes muy poca experiencia en este tipo de cosas.

Jenna se sentó en sus talones frente a él y respiró profundamente. Esto iba a requerir mucho autocontrol de su parte, pero aparentemente no lo tenía ya que sus manos empezaron a temblar cuando las puso en su pecho, frotándole la loción por todas partes. Miró hacia arriba y directo hacia sus profundos ojos azules. Cormac tenía una expresión ardiente y Jenna rápidamente bajó su mirada hacia su pecho. No estaba segura de qué era peor: el pecho duro como una roca o el increíblemente hermoso rostro. No parecía haber otro lugar

donde mirar, porque cuando bajó los ojos, estos se alinearon directamente con su regazo y la dura proyección de deseo que se burlaba de ella. Sacudiendo la cabeza hacia arriba, dirigió la mirada hacia el océano y mentalmente comenzó a contar las olas. Cormac no parecía contento con permitir aquello, así que puso sus dedos bajo su barbilla y la giró para que se volviera a mirarlo.

Jenna lo miró una vez y, fiel a su naturaleza, saltó de la manta y corrió hacia el agua.

—Voy a entrar para refrescarme. Se está poniendo demasiado caliente para mí —gritó sobre su hombro mientras corría.



Cormac vio con asombro como Jenna corría a toda velocidad hacia el agua.

Se rio para sí mismo. Estaba realmente muy enamorada de él. No importaba cuán enojada o frustrada se pusiera con él, lo quería. Conocía esa mirada y nunca había estado más feliz de verla en la cara de una muchacha. Sus dulces piernitas la llevaron rápidamente al agua donde se zambulló en las olas, desapareciendo por un momento antes de emerger como una diosa del mar. El agua brillaba como diamantes mientras le recorría el cuerpo. Justo ahora, a su doloroso miembro viril probablemente le podría venir bien una dosis de esa misma agua. Bajando por la arena y hacia el agua, se mantuvo vigilando a Jenna. Ella era suya para protegerla y se aseguró de que se mantuviera a salvo a medida que avanzaba. Cuando llegó a ella, Dylan y otro joven estaban a su lado, evidentemente discutiendo sobre las olas. Se encontraban señalando lejos de la orilla y debatiendo profundamente cuando Cormac se acercó.

- —Cormac. ¿Listo para intentar algo de surf, amigo mío? —Preguntó Dylan.
- El número de nombres diferentes que Dylan tenía para él era desconcertante. *Amigo mío*, *soco*, *bro*...
 - —Sí. Me gustaría intentarlo, si me enseñas.
 - —Bien. Jesse le va a enseñar a Jenna y yo trabajaré contigo.

Cormac no estaba de *acuerdo* con eso, pero ya que él solamente se iba a enseñar a sí mismo, no había mucho que pudiera hacer al respecto. Vio como Jesse sonreía ampliamente y le dedicaba a Jenna una mirada de aprecio. Le habló en voz baja y Cormac se esforzó por escuchar, pero no sirvió de nada. Jenna se reía mientras estaba a su lado. Para consternación de Cormac, vio cómo ella estaba acostada en la tabla y él se subía para quedar parcialmente

sobre ella. Comenzaron a remar más hacia el agua. Dylan estaba hablando con Cormac, pero no escuchó ni una palabra de lo que dijo. La avalancha de celos e ira llenando su cabeza lo impedía.

- —Socio. Realmente necesitas prestar atención. Olvídate de lo que están haciendo.
 - —Pero, ¿por qué tiene que estar encima de ella de esa manera?
- No te pongas celoso, bro. Es solamente Jesse. Solo tiene dieciséis años.
 No tienes nada de qué preocuparte en ese aspecto.

Cormac sabía que un chico de dieciséis podía ser tan peligroso para una mujer como un hombre mayor. Quería nadar hacia ellos y quitarle a Jesse de encima, pero controló el impulso e hizo lo que Dylan sugirió. Esto no era su época, tenía que recordar que aquí la gente actuaba de manera diferente.

Dylan, afortunadamente, no se subió a la tabla con él. Le dio instrucciones y le dijo que observara a Jesse para ver cómo lo hacía. Le explicó cómo remar, sentarse, esperar una ola perfecta, ponerse en pie y montarla. Cormac observó cómo lo hacían otros que estaban sobre tablas de surf. Era un estudiante rápido y no pensó tener problemas. Podría caerse una o dos veces, pero sabía que sería capaz de montar esta *tabla de surf* en poco tiempo.

Cormac remó y se sentó al lado de Jesse y Jenna. Jesse le dio algunas palabras de aliento y, cuando llegó una buena ola, Jesse hizo que Cormac fuera primero y lo intentara. Lo hizo sorprendentemente bien. Montó casi todo el camino hasta la orilla antes de caerse en las agitadas olas. Se quedó donde estaba y vigiló a Jenna y Jesse. Observó de cerca cómo se acercaba su ola. Rápidamente remaron a su posición y Jenna se puso de pie con la ayuda de Jesse sujetándole la cintura —maldita sea—, mientras montaban la ola. No llegaron tan lejos como Cormac antes de caer, pero se sintió aliviado al ver que la cabeza de Jenna salía a la superficie con una enorme sonrisa. Nadó en su dirección llena de emoción.

—Eso fue increíble, pero tengo tanto frío. Necesito salir del agua. ¿Vienes? —Preguntó mientras se paraba temblando frenre a él.

Dylan se acercó, lleno de elogios para ambos y preguntándole a Cormac si quería intentarlo de nuevo, pero la única preocupación de Cormac era calentar a Jenna. La tomó en sus brazos y se dirigió a la orilla.

—Gracias, Jesse —exclamó Jenna y Cormac la abrazó un poco más fuerte.

Una vez que llegaron a su manta, Cormac agarró una toalla y envolvió a Jenna cómodamente dentro. Continuó sosteniéndola, frotando sus brazos y espalda para calentarla. Y ella seguía temblando, pero ya no tanto.

- —¿Te ha encantado? —Preguntó con emoción iluminándole la mirada.
- —Sí, me encantó.
- —Estuviste increíble. No puedo creer que nunca hayas surfeado.
- —No tenemos tablas de surf en Breaghacraig. Tenemos océano y olas, pero ninguno del clan ha pensado nunca en montarlas en una tabla.
 - —Bueno, tal vez puedas enseñarles algo nuevo.
- —El agua está mucho más fría que aquí. No nadamos a menos que tengamos que hacerlo.
- —Oh, qué pena. Con un poco de práctica podrías ser tan bueno como Dylan.

Se sentaron juntos en la manta. Jenna permaneció en sus brazos y, por primera vez, no parecía estar pensando en huir. Cormac trató de no reaccionar mientras apoyaba su cabeza en su hombro y se relajaba contra él. No podía pensar en ningún lugar en el que preferiría encontrarse en este momento. Sujetarla se sentía bien. Era lo que se había estado perdiendo todos estos años. Encajaba perfectamente en su cuerpo y quería tenerla siempre allí. Solo habían pasado unos días de haberse conocido y se sorprendió de que las cosas fueran tan bien como antes. No lo había creído posible. Ahora tenía que convencerla de que volviera con él. Esperaba que fuera más fácil de lo que había previsto, pero sabía que no lo sería. Tenía mucho trabajo por delante, pero se habían hecho avances. Necesitaba mantener la situación en la dirección correcta.

Capítulo 10



ylan y Jesse se unieron a Cormac y Jenna para un rápido almuerzo antes de volver al agua. Ella tenía razón. Había empacado suficiente comida para alimentar a Cormac y Dylan junto con un Jesse muy hambriento. Sonriendo para sí misma, vio a los tres devorar la comida como si no hubieran comido en días. Cormac había sido muy halagador con sus habilidades para hacer sándwiches. Afirmó que nunca antes había comido uno. Jenna le siguió la corriente y estuvo de acuerdo con casi todas las locuras que él estaba diciendo hoy. Algo sobre estar en la playa le pareció muy liberador a ella. Dejó de analizar todo lo que Cormac decía y hacía y, en cambio, decidió simplemente disfrutar de su compañía.

Cuando se acabaron los últimos sándwiches, Jenna preguntó:

- —Cormac, ¿te gustaría dar un paseo por la playa conmigo?
- —Será un honor acompañarte, Jenna.

Jenna no pudo evitar notar la sorpresa en su expresión.

- —Es solo un paseo, nada más —advirtió.
- —¿Qué otra cosa más podría ser un paseo, muchacha?

Ella se levantó, agarró dos melocotones para llevárselos y le tendió la otra mano a Cormac para ayudarlo a levantarse. ¿A quién estaba engañando? Él no necesitaba ayuda, ella solo quería tomarle la mano. Cormac la tomó y se puso de pie. Parecía desconcertado por sus acciones, pero la siguió mientras ella agarraba la correa de Chester, giraba sobre sus talones y se dirigía hacia la orilla del agua. Caminaron por un rato en un amigable silencio y luego Cormac preguntó:

- —¿Qué son esos que llevas en tu mano, muchacha?
- —Melocotones. Es el final de la temporada para ellos. Son mi fruta favorita, pero solo son frescos y locales en verano. Traje uno —se lo dio y él

frotó la piel peluda con los dedos.

- —Gracias. ¿Qué tal sabe?
- —Dulce y jugoso —Jenna le dio un mordisco y los fluidos le bajaron por la barbilla.

Cormac la hizo pararse en seco y, girándola para encararlo, la miró con tal intensidad que las rodillas de Jenna se convirtieron en gelatina. Extendió la mano y limpió los fluidos de su barbilla de la manera más seductora y luego se lamió los dedos sin dejar de mirarla. Él puso esa increíble sonrisa suya y Jenna se limpió la barbilla de manera consciente y le ofreció una mordida de su melocotón. Cormac aceptó y mientras los fluidos ahora corrían por su barbilla, Jenna se encontró poniéndose en puntitas para lamerle el jugo del melocotón mientras él gemía en su garganta, haciéndole saber que estaba completamente excitado por lo que acababa de pasar.

- —Sabes, realmente tengo que dejar de hacer eso —dijo mientras apartaba su cara de Cormac, esperando que no viera lo avergonzada que estaba.
- —¿Por qué? ¿Tienes el hábito de lamerle la cara a un hombre? —Se burló.
- —¡No! No lo tengo —gritó indignada—. Es tu culpa. Parece que no soy capaz de controlarme contigo. Realmente no soy esa clase de chicas. Nunca en mi vida he sido la que inicia el beso y... —Agitó la mano en el aire y se vio incapaz de completar su pensamiento.
- —Me gusta, muchacha. Me gusta la forma en que persigues lo que quieres. No pares. Estoy feliz de dejarte hacer lo que quieras conmigo comentó juguetonamente.

Cormac había inclinado su cabeza a un lado para verle mejor la cara, y se veía tan dulce que Jenna tuvo que luchar consigo misma para no lanzarse y besarlo de nuevo. Jenna, ¿qué estás haciendo? Se advirtió. Solo quiero acostarme con él. Tengo que controlarme. Es un visitante de nuestro país y solo estará aquí por un par de días más. Sabes que no puedes hacer nada a medias, y cuando se vaya te sentirás miserable. Así que no entres en eso. Bueno, tal vez solo un poco.



Cormac pudo ver la indecisión en la cara de Jenna. Realmente quería que viniera a él porque ella quería y no porque él la había incitado, pero una cosa de la que estaba seguro era que la próxima vez que se besaran, él iba a ser el

que lo iniciara. Tendió la mano para llegar a ella y Jenna le dejó guiarla mientras continuaban su paseo por la playa. Progreso. Todo el día le había estado permitiendo abrazarla y tocarla. No quería asustarla para que volviera a su caparazón, así que se conformaría con los pequeños éxitos que estaba teniendo y no iría más allá mientras se encontraran en la playa.

Las olas golpeaban sus pantorrillas y tobillos y, a veces, una ola más grande se estrellaba contra ellos, enviando a Jenna a reírse en los brazos de Cormac. El sonido de las olas, la sensación de la brisa del mar y el olor del aire salado se grabaron en la memoria de Cormac para siempre. Era un buen día. Se alegró de estar allí con ella, pero quería mucho más. Más tiempo con Jenna, más de ella y la esperanza de una vida juntos en Breaghacraig. Quería que fuera parte de su gran familia, su clan. No iba a preocuparse de cómo haría eso suceder, porque ahora solo quería disfrutar el momento. Disfrutar de la luz que brillaba en los ojos de Jenna mientras miraba los suyos, la sensación de su mano agarrándose fuertemente a la suya y la forma en que parecía estar permitiéndole cuidar de ella durante este poco tiempo.

Habían caminado por lo que parecieron ser demasiadas horas y, sin embargo, no lo suficiente. De hecho, había pasado menos de una hora. Se detenían de vez en cuando para ver una manada de delfines jugando en la costa. Las focas, nutrias marinas y pelícanos también hicieron su aparición para el evidente deleite de Jenna, quien prácticamente saltaba al verlos. Le hizo bien al corazón de Cormac verla tan feliz. El primer día que la conoció había dudado de que eso fuera posible, y sin embargo aquí estaba ella, cogiendo su mano, sonriendo, riendo y aparentemente muy feliz de estar con él. No estaba seguro de qué había provocado ese cambio en ella, pero lo aceptaría y se mostraría agradecido. El sol se hundía más abajo en el firmamento y su luz jugaba suavemente sobre la superficie del agua. Chester había estado saltando junto a ellos, ladrando y mordiendo las olas.

- —Probablemente deberíamos volver —suspiró Jenna.
- —Sí. Hemos recorrido un largo camino.
- —Desearía que pudiéramos quedarnos aquí para siempre. Es tan pacífico y hermoso.
 - —Entonces deberíamos —respondió Cormac con naturalidad.
- —Desafortunadamente, no podemos. Dylan probablemente se está preguntando dónde estamos. Vamos, vamos —dijo Jenna mientras se dirigía de mala gana hacia el otro lado. Cormac la siguió junto con Chester, quien estaba completamente empapado por las olas—. Chester, mírate. Vas a necesitar un baño cuando lleguemos a casa.

Cormac se rio mientras miraba a Chester continuar disfrutando en el agua. Este realmente había sido el día perfecto. Se preguntaba qué le depararía la noche. Tenía la esperanza de que resultara ser tan hermosa de cómo lo había sido el día.



Jenna estaba caminando hacia atrás mientras miraba a Cormac, y él le dio una de esas sonrisas que derretían, mostrando una fila de dientes casi perfectos. Era perfecto hasta donde ella podía ver, deleitándose con lo que estaba frente a sus ojos. Se dio la vuelta y procedió a correr a través de las olas estrellándose contra la orilla, esperando que Cormac se le uniera. Jenna echó un vistazo para verlo persiguiéndola. No llegó muy lejos antes de que él la tomara en sus brazos y comenzara a llevarla de vuelta hacia su manta.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y disfrutó del momento, algo que no se permitía hacer muy a menudo. Dejó a un lado a la escéptica y desconfiada Jenna y siguió su instinto, el cual le dijo que Cormac no iba a hacerle daño y que estaba bien permitirse disfrutar de su tiempo con él. ¿Y qué si no iba a estar aquí mucho tiempo? Tal vez podrían mantenerse en contacto por correo electrónico después de que se fuera. Incluso podría hacer un viaje a Escocia para verlo y, mientras estuviera allí, tal vez podría encontrar a Ashley. Si tan solo pudiera recordar lo que hizo con el nombre de esa posada que Ashley había mencionado. Hizo una nota mental para buscarla cuando tuviera la oportunidad. Demasiado pronto llegaron a la manta. Cormac no parecía querer bajarla y se quedó sosteniéndola mientras su primo Dylan salía corriendo del agua con su tabla de surf.

- —Oigan ustedes dos, me preguntaba dónde estaban.
- Jenna se bajó de los brazos de Cormac y preguntó:
- —¿Hora de ir a casa?
- —Odio irme, pero el sol se ocultará pronto y deberíamos volver, tengo una cita caliente esta noche —se jactó Dylan.
- —Todas lo son, Dylan —Jenna puso los ojos en blanco—. Vamos a guardar todo.

Recogieron la manta, las toallas, la nevera, las sillas y se dirigieron a la camioneta.

—Jenna, ¿te importaría conducir? Estoy agotado —preguntó Dylan.

- —Para nada, dame las llaves —agarró las llaves de la mano de Dylan y abrió las puertas. Guardaron casi todo en la parte trasera de la camioneta y Dylan una vez más puso su tabla de surf en su lugar para el largo viaje a casa.
- —Me gustaría probar conducir —dijo Cormac mientras miraba el asiento del conductor con interés.
- —¿Tienes licencia de conducir? —Preguntó Jenna, ya conociendo la respuesta.
- —¿Un permiso de conducir? —Como ella sospechaba, Cormac parecía completamente desconcertado.
- —Tomaré eso como un *no* —se rio—. No puedes conducir a menos que tengas una licencia.
 - —¿Y cómo consigo una?
- —Es un proceso largo, especialmente si no tienes ninguna experiencia de conducción. ¿Lo haces en Escocia?
- —Oh no, no —respondió, como si Jenna debiera saber la respuesta—. Mi caballo me lleva a donde tengo que ir.
- —Tal vez si te quedaras más tiempo podría enseñarte, pero te irás pronto, así que no tendríamos suficiente tiempo —esperaba secretamente que él quisiera aprender lo suficiente como para abandonar su plan de irse. Jenna le pellizcó las costillas—. Entra.

Dylan ya se había instalado en el asiento trasero con Chester y parecía como si se fuera a dormir antes de llegar a la autopista.

Cormac observó todo lo que Jenna hizo mientras se acomodaba en el asiento del conductor y se preparaba para el viaje de regreso a casa. *Probablemente piensa que no puedo conducir*, pensó ella.

—No te preocupes, Cormac, soy muy buena conductora. Probablemente mejor que Dylan. Ya lo verás.

Arrancó el camioneta y se dirigió a casa. Las miradas de reojo a Cormac confirmaron que se sentía incómodo con ella al volante, así que hizo lo posible por tranquilizarlo con una sonrisa.

El camino a casa fue tranquilo. Dylan y Chester se durmieron en la parte de atrás y Cormac finalmente se había relajado lo suficiente como para disfrutar del paisaje y soltar su firme agarre contra el tablero. Jenna estaba encantada de que esta noche Dylan fuera a dejarle la casa sola con Cormac. Pensó en lo que la velada podría implicar, anticipándose a una acurrucada en sus brazos, cuando el tráfico se detuvo repentinamente delante de ella y tuvo que pisar los frenos para evitar chocar con otros coches.

—Lo siento por eso —Jenna se disculpó.

Dylan no se movió. Chester abrió un ojo, pero cuando se encontró satisfecho sobre que todo estaba bien, lo cerró de nuevo. Cormac parecía ser el único nervioso por el evento.

- —¿Qué pasó, muchacha? ¿No los viste detenerse? —Preguntó con preocupación escrita sobre todo su hermoso rostro.
 - —Estaba soñando despierta. Lo siento, no quise asustarte. ¿Estás bien?
- —Sí, estoy bien, especialmente si no lo haces de nuevo —bromeó—. ¿Con qué estabas soñando despierta?

Jenna sabía que Cormac estaba tratando de saber si había estado pensando en él, así que mintió.

—Me preguntaba qué hacer para la cena. Es todo.

El tráfico volvió a arrancar y pasaron junto a un choque sobre un el costado de la carretera. Los ojos de Cormac se abrieron de par en par con interés.

- —¿Qué ha pasado aquí? —Le preguntó a Jenna.
- —Parece un accidente —los carriles frente a ellos comenzaron a abrirse, permitiéndole aumentar de nuevo hasta el límite de velocidad—. La patrulla de caminos estaba allí, pero no había ambulancia, así que nadie resultó herido.
 - —¿Patrulla de caminos? —Levantó una ceja.
- —El coche con las luces parpadeantes en la parte superior. Patrullan las autopistas, asegurándose de que la gente obedezca las reglas de la carretera, y ayudan a los conductores que han tenido accidentes o averías.

Cormac asintió con la cabeza en señal de haber entendido, y pareció preocupado. Jenna estaba bastante segura de que no entendía nada de lo que había compartido. *Debe de vivir en medio de la nada*, pensó, *o es eso*, *o es un buen actor*.

- —De donde vienes... ¿quién se asegura de que las personas sigan las reglas? —Preguntó Jenna inocentemente.
 - —Robert.
- —Trabajas para Robert, ¿verdad? Entonces, ¿le ayudas con ese tipo de cosas? ¿Eres como la patrulla de caminos?

Cormac asintió.

—Sí. Cuando hay problemas, nos encargamos de ellos.

Quería saber más, pero decidió que abordaría el tema de manera lenta. Tenía que averiguar si estaba delirando, haciendo un gran trabajo de actuación para gastarle una broma, o por último y menos probable, diciendo la verdad.

—Necesito ir al supermercado. ¿Te gustaría cenar filete esta noche?

- —Estaré feliz de comer lo que sea que cocines, muchacha. ¿Tienes un arco que pueda usar?
 - —¿Para qué necesitarías eso?

Alto, ¿se refería de un lazo para el pelo o uno con arco y flecha?

—Para que pueda ir de caza para nuestra cena. Tendrás que enseñarme dónde lo haces, pero no dudo que puedo traer carne para nuestra comida.

Jenna se esforzó por no poner los ojos en blanco ante esa loca declaración.

- —No hay necesidad de cazar cuando tenemos un supermercado cerca. Puedes venir conmigo y ver cómo conseguimos nuestra comida aquí en mi época —anunció con un toque de sarcasmo.
- —No es ningún problema, muchacha —Cormac respondió seriamente, como si hubiera pasado por alto el cinismo de Jenna.
- —No cazamos por aquí, Cormac. Quiero decir, algunas personas lo hacen, pero tendrías que conducir bastante y necesitarías una licencia de caza, si es que es incluso temporada de caza —su falta de visión para la caza se estaba mostrando.
- —Ya veo —dijo Cormac, pero Jenna sabía que realmente no lo hacía—. Otra licencia —murmuró.

El resto del viaje fue tranquilo y llegaron a casa sin despertar a Dylan o a Chester.

- —Oye, Dylan, ¿por qué no lavas a Chester con la manguera antes de que entre? Voy a darme una ducha rápida antes de ir a la tienda; tú también deberías hacerlo, Cormac.
- —Sí, mi capitán —bromeó Dylan, levantando su brazo en un saludo burlón—. ¡De inmediato!

Dylan llevó a Chester al patio lateral y Cormac ayudó a Jenna a bajar todo de la camioneta. Y ya con todo guardado, se fueron por separado a ducharse y acordaron reunirse en media hora en la sala de estar en para ir de compras. Jenna solo esperaba poder resistir las ganas de encontrarse con Cormac en su dormitorio, en vez de dirigirse al baño.



En cuanto a Jenna, el viaje al supermercado resultó ser bastante divertido. Cormac no podría haber parecido más sorprendido si lo hubiera intentado. Ella pudo ver que quería actuar como si no fuera gran cosa para él, pero sus

expresiones faciales y la forma en que quería examinar absolutamente todo fueron una clara señal.

Fue bombardeada con pregunta tras pregunta acerca del empaque, los productos y sobre todo, la carne. Jenna se dio cuenta de que ella misma carecía de manera lamentable de conocimientos sobre la producción de alimentos.

- —¿Quieres decir que ni siquiera sabes de dónde viene tu comida? Preguntó sorprendido.
- —Bueno, sé de dónde vienen algunos, pero la mayoría vienen de grandes empresas, supongo —trató de explicar.
 - —¿Qué son las «grandes compañías»?
- —Sabes qué, no hagamos más preguntas. ¿Podemos coger las cosas que necesitamos y salir de aquí?

En ese momento, Jenna se encontraba extrañando a Dylan. Él nunca se cansaba de responder a las muchas preguntas de Cormac. Dylan podría no saber siquiera de qué se encontraba hablando en este momento, pero siempre le daba algún tipo de respuesta razonable.

Pasaron el carrito de la compra por la caja registradora sin problema alguno. Jenna pudo ver que Cormac estaba conteniendo sus preguntas y eso la hizo reir dentro de sí. Después de todo, lograron sobrevivir al supermercado y llegaron a casa donde bajaron las compras y Jenna se dispuso a iniciar con la preparación de la cena. Cormac se sentó en el mostrador de la cocina y observó cada uno de sus movimientos. Ella se sintió un poco como si estuviera expuesta, pero tuvo que admitir para sí misma que disfrutaba de su total atención.

- —¿Puedo ayudarte con eso, muchacha?
- —Claro, ¿puedes cortar las cosas de la ensalada?
- —Creo que puedo —puso esa sonrisa que le paralizaba el corazón y suspiró. Cada vez era más difícil ignorar su atracción cada vez mayor por él.

Jenna le indicó sobre lo que quería cortar y cómo hacerlo, y Cormac hizo un excelente trabajo. Puso todo en la ensaladera y observó como ella hacía el aderezo.

- —Nunca he comido ensalada. De hecho, no sé ni siquiera qué son estas verduras.
- —¿En serio? ¿Qué clase de vegetales hay allá de donde vienes? Preguntó con curiosidad.
 - —Zanahorias, nabos, guisantes —enumeró.

Jenna ya había asumido que él nunca había ido a un supermercado, y ahora estaba segura de que no estaba familiarizado con muchos de los productos que había comprado.

—Hmmm...

Jenna estaba horneando patatas a la parrilla y estaban casi listas cuando empezó a cocinar el filete. El aire se llenó con el aroma de la carne asada, que dejó unos minutos mientras ponía la mesa. Cormac se sentó en el lugar que le indicó. Ella observó que parecía bastante relajado y feliz, lo que la hizo sentirse igual. Esta noche solo estaban ellos dos. Dylan había ido a su cita y le había informado que no volvería hasta mañana por la mañana. La única compañía que tenían era Chester, quien estaba bastantemente adherido contra el costado de Cormac. El perro lo amaba y Jenna estaba empezando a pensar que podría entender la razón.

Las velas iluminaban la mesa mientras comían. Cormac halagó mucho su arte culinario. De hecho, pareció no poder comunicarle lo bastante agradecido que estaba por la maravillosa comida que había preparado. Jenna lo miraba con una sonrisa mientras probaba y disfrutaba de todos los alimentos desconocidos que habían en su ensalada, y estaba segura sobre mantener llena su copa de vino con delicioso cabernet que había abierto.

- —Esta ha sido una noche hermosa, muchacha.
- —Lo ha sido, pero aún no ha terminado. Ayúdame a levantar la mesa y a limpiar un poco y serviré nuestro postre.

Cormac era un buen ayudante y no tuvo problemas en hacer su parte en la cocina, a diferencia de Jonathan, quien pensaba que todo el tiempo Jenna debía servirle y limpiar, a pesar de que él no tenía trabajo en qué ocupar su tiempo. Jenna estaba encontrando más y más cosas que admirar del hombre que había aparecido de la niebla. Si tan solo supiera la verdad sobre él. La historia que tanto Cormac como Dylan le habían contado no podía ser veraz. Aunque en su mente nada era imposible, seguramente era improbable; pero no podía descartar por completo su historia. Había decidido no decidir nada por ahora y disfrutar de su compañía.

Jenna cogió un gran tazón y lo llenó con helado del congelador. Añadió galletas trituradas, jarabe de chocolate y dos cucharas, llevándolo al acogedor sofá del exterior. Encendió la hoguera de gas y le hizo señas a Cormac para que se sentara. Eligió un asiento en la esquina y extendió los brazos sobre el respaldo, mientras que Jenna se acostó a su lado con los pies bajo el trasero. Sostuvo el tazón entre ellos, cogió una cucharada de helado y se lo dio a Cormac. Deseó haber pensado en tomar una fotografía, porque la mirada en

su rostro no tenía precio. Él cerró los ojos con obvio placer mientras saboreaba los sabores.

—Más por favor —pidió con una sonrisa avergonzada.

Jenna estaba feliz de complacerlo, dándose cuenta de que no había necesitado de dos cucharas porque terminaron compartiendo la única que había. No podía recordar haber sido tan feliz, no desde mucho antes de que Jonathan y ella se lamentaran, disfrutando de encontrarse completamente a gusto.

- —Me gusta cuando sonríes, Jenna —Cormac examinó su cara mirándolo.
- —A mí también me gusta. Últimamente no he tenido muchas razones para sonreír. Se siente bien.
 - —¿Qué sucedió que te hizo tan infeliz, muchacha? ¿Fue tu marido?

Jenna no quería sacar el asunto de Jonathan sobre la que estaba resultando ser una noche perfecta, pero Cormac se lo había pedido y quería ser honesta con él.

—Jonathan me engañó. Al principio él era todo lo que cualquier mujer podía querer en un hombre. Era cariñoso, amable, divertido... —dudó y Cormac puso su brazo alrededor de sus hombros, atrayéndola hacia su costado. Su calidez y fuerza se derramaron en ella y le dieron el coraje para continuar a pesar de que estaba avergonzada por su historia—. No supe hasta después de casarnos que tenía una adicción al juego. Apostaba a todo, desde deportes de pelota hasta caballos y no era muy bueno en ello. Acumuló una gran cantidad de deudas con un corredor de apuestas local y no pudo pagarlas. Finalmente, el corredor de apuestas fue a buscar su dinero y él vino aquí, a mi casa, y me amenazó. Yo, por supuesto, pagué la deuda y luego me enfrenté a Jonathan por ello. Juró que nunca más volvería a apostar y parecía muy agradecido por mi ayuda. Dijo que iba a buscar asesoramiento para ayudarle a terminar con la adicción. Le di el beneficio de la duda, pensando que todos merecen una segunda oportunidad. Lo siguiente que supe fue que el corredor de apuestas había vuelto a mi puerta por dinero. El sujeto parecía tan avergonzado como yo, y me dijo que Jonathan no era más que un problema y que debía echarlo. Me sorprendió oírle decir eso, así que empecé a husmear entre las cosas de Jonathan, buscando evidencia de su participación. Un día mientras él dormía la siesta, miré sus mensajes de texto y encontré todas las pruebas que necesitaba para saber que me había estado usando. Comenzó mucho antes de que me pidiera matrimonio. Tenía otra mujer a la que conocía desde hacía años, y se habían enviado mensajes de texto sobre cómo se había casado conmigo solo para conseguir mi dinero y, que después de un tiempo,

tenía la intención de divorciarse de mí y conseguir la mitad de todo lo que tenía. Y entonces sería libre de casarse con ella —la voz de Jenna decayó, su amargura por lo que Jonathan le había hecho le estaba apretando la garganta.

- —Lo siento mucho, muchacha. ¿Todavía sientes algo por el hombre? Jenna logró una sonrisa acuosa.
- —¡Oh, Dios, no! Inmediatamente perdí cualquier sentimiento que hubiera tenido por él. Fui directo a la oficina de mi abogado para decirle lo que estaba sucediendo y me aseguró que podía anular el matrimonio, lo cual hice.
- —Así que ahora está enfadado con vos y quiere hacerte daño —declaró Cormac—. No te preocupes, muchacha, no permitiré que se acerque a ti nunca más. No te hará daño.

Jenna se sorprendió por su declaración decidido, y en donde hacía unos cuantos días la habría sacado de quicio, ahora encontró consuelo en sus palabras y en sus brazos.

- —Gracias, Cormac, pero no estarás aquí para protegerme por mucho más tiempo. Tienes que irte en unos pocos días.
 - —Sí, lo sé. Puedes venir conmigo.

Jenna sacudió la cabeza con firmeza.

- —No puedo, Cormac. Tengo una vida aquí y no estoy segura de adónde quieres que vaya contigo.
 - —A Breaghacraig. Escocia. Te encantaría estar allí. Sé que sí.
- —Cormac, por favor, ¿podemos disfrutar del poco tiempo que tenemos juntos y no hablar de locuras? —Suplicó.



Cormac sabía que sería una tontería presionar a Jenna. Había avanzado con ella y en este momento no quería retroceder. Obviamente ella estaba feliz de estar aquí con él ahora y Cormac solo podía esperar que con los pocos días que le quedaban, fuera capaz de convencerla de irse con él. No sería fácil, pero hoy tenía más confianza en sí mismo que cuando había llegado.

Se sentaron junto al fuego y la sostuvo íntimamente en sus brazos, consciente de cada respiración que ella tomaba y de cómo su brazo se había deslizado alrededor de su cintura. Disfrutó de la sensación de tenerla sosteniéndolo así. Jenna era lo único que le faltaba en su vida. La quería más de lo que nunca había querido a ninguna otra mujer. Para él, era perfecta. Inclusive disfrutaba de su autoritarismo y de esa lengua mordaz que usó tan

rápidamente. Era una mujer fuerte. Una mujer que se había hecho más fuerte por la desafortunada situación con su marido. A Cormac le ponía feliz el hecho de que hubiera sido capaz de salir del matrimonio y de un hombre que no tenía honor. En la tierra de Cormac, un hombre como Jonathan se encontraría en grave peligro de perder la vida por el insulto que había llevado ante Jenna. Sería el deber de Cormac defender el honor de Jenna y no tendría problemas para hacerlo. Sin embargo, Edna le había dicho que en esta tierra en la que se encontraba, los desacuerdos se resolvían por otros medios y que no debía recurrir a la violencia si podía evitarlo. En cuanto a Jonathan, aquello estaba resultando una tarea difícil, pero Cormac haría todo lo posible.

Mirando a la encantadora mujer acurrucada a su lado, se dio cuenta de que se había quedado dormida. Esperaba poder besar esos hermosos labios de nuevo esta noche, pero pudo ver que estaba exhausta. La tomó en sus brazos y la llevó a su dormitorio donde la acostó en su cama, besándola suavemente la frente. Echó una última mirada y luego dejó su habitación, cerrando la puerta silenciosamente detrás de él.

Capítulo 11



ormac se agarró con fuerza al brazo de Jenna, pareciendo temer que fuera arrastrada por la gran ráfaga de viento creada cuando el monstruoso tren BART llegó a la estación de Rockridge. El andén estaba lleno de gente, todos dirigiéndose a San Francisco en esa preciosa mañana de sábado.

- —Este es nuestro tren —le dijo Jenna a Cormac, quien no se movió, sino que miró fijamente la fila de vagones con aparente asombro. Ella lo agarró del brazo y lo arrastró hacia la puerta abierta del vagón más cercano. Cormac dudó en subir a bordo y Jenna de inmediato encontró asientos—. Dylan puede ser muy excéntrico a veces —se quejó—. Me envía un mensaje en medio de la noche para decirme que no puede ir a la gala benéfica del Hospital de Niños. Como no quiero ir sin escolta, me sugirió que te llevara —le echó un vistazo a Cormac, quien se agarraba fuertemente al asiento frente a él mientras el tren dejaba la estación. Jenna sonrió, extendió la mano y suavemente liberó sus dedos de su apretado agarre en el respaldo del asiento.
- —¿Todo aquí se mueve así de rápido, muchacha? —Cormac se miraba incierto.
- —Más o menos —suspiró Jenna—. Siento pedirte de último minuto que seas mi cita para la gala. Espero que no te importe acompañarme —se giró para poder ver su rostro y le sonrió con la intención de calmarlo.
 - —No. No me importa. Estaré encantado de escoltarte.

Si Jenna pudiera mantenerlo hablando, podría ser capaz de quitarle esa mirada de horror, la que aparecía cada vez que oía el chirrido del tren al doblar en una curva. En poco tiempo estuvieron dentro del conducto que llevaba a los trenes bajo la bahía de San Francisco, por lo que hubo una oscuridad total del otro lado de las ventanas donde momentos antes se había visto brillante y soleado.

- —¿Adónde se fue la luz? —Preguntó Cormac, pareciendo cada vez más preocupado por cada momento que pasaba.
- —No te preocupes. Está oscuro porque estamos pasando por debajo de la bahía. Pronto saldremos.
- —¡Estamos bajo el agua! —Exclamó con incredulidad escrita sobre todo su rostro.
- —Sí. Y no pasa nada, Cormac. Miles de personas lo hacen todos los días. No es un problema.

La mano que ella había estado sosteniendo parecía fría y húmeda al tacto. Nunca hubiera creído que un hombre grande y fuerte como Cormac pudiera asustarse por un tren. Casi hizo que toda su historia del viaje en el tiempo pareciera más realista. Mantuvo una conversación con él hasta que llegaron a su parada en la estación de Embarcadero.

—Esta es nuestra parada, Cormac —se acercó, empujándolo para que se levantara. Al salir del tren, escuchó un suspiro de alivio muy audible salir de sus labios. No pudo evitar reírse mientras él la alejaba del tren.

Al salir de la estación, emergieron una vez más a la luz del sol. Había cientos de personas deambulando de un lado a otro sobre las aceras. Muchos eran turistas y muchos ciudadanos del área de la bahía ahora en la ciudad para pasar el día, indudablemente turisteando, yendo de compras, o para darse el gusto de una excelente comida en uno de los muchos increíbles restaurantes que la ciudad tenía para ofrecer.

- —Pensé en ir por tu esmoquin primero, y luego por *pizza* en algún lugar antes de volver a casa para prepararnos.
- —¿Qué es un esmoquin, Jenna? —Cormac tenía una expresión tan seria que terminó tomando a Jenna por sorpresa. ¿Tal vez se llamaban de otra manera en Escocia? En realidad no importaba, se acercaban rápidamente a la tienda donde lo recogerían y entonces él vería por sí mismo lo que eso era.
 - —Ya lo verás, Cormac.

Entraron en la tienda para ser recibidos inmediatamente por Antonio, el dueño de la tienda.

- —¡Jenna! Qué sorpresa verte aquí. Estaba esperando ver a Dylan Antonio picoteó ambas mejillas de Jenna y tuvo que mirar dos veces cuando vio a Cormac.
- —Dylan no podrá asistir al evento de esta noche. Antonio, este es Cormac MacBayne, va a ser mi cita para la gala. Pensé que tal vez podríamos

conseguirle un esmoquin de confección. Es un poco más grande que Dylan, pero quizás puedas encontrar algo adecuado para él.

—¡Por supuesto, por supuesto! No hay problema. Sabes que muchas de nuestras estrellas del deporte local vienen aquí por su ropa —dijo Antonio con orgullo—. Estoy seguro de que no tendré problemas para encontrar algo. Cormac, por favor párate aquí para que pueda tomarte las medidas.

Cormac soltó la mano de Jenna por primera vez desde que comenzaron su viaje. Se paró donde Antonio le dijo y dejó que sus ojos vagaran por la tienda.

Antonio estaba dando vueltas alrededor de Cormac con su cinta métrica mientras tomaba notas en un bloc de papel a medida que avanzaba.

—Bien. Sígueme al vestidor y te traeré algo que creo que será perfecto para ti.

Cormac obedientemente fue detrás de la cortina y le dedicó a Jenna una mirada desesperada justo antes de que Antonio la cerrara.

—Quitate la ropa. Vuelvo enseguida. Te tendré fuera de aqui en un santiamén.

Antonio recorrió la tienda recogiendo camisas, corbatas, chaquetas y pantalones con la facilidad de un profesional que sabía exactamente lo que hacía.

Jenna se sentó en un cómodo sillón junto a la ventana y esperó.

- —Eres una dama muy ocupada; me sorprende que tengas tiempo para entrar aquí con tu amigo —dijo Antonio, seleccionando una corbata de moño de un estante cercano.
- —Me tomé unas semanas de descanso. Necesitaba descansar un poco, ya sabes, con todo lo que ha pasado últimamente.
 - —Te refieres a Jonathan, ¿verdad? —Preguntó astutamente.
- —Sí. Es todo un caso —Jenna obligó a sus hombros a relajarse y le sonrió a Antonio. Era íncreible lo rápido que viajaban las palabras en su círculo. Rara vez veía a Antonio, pero él sabía todo sobre sus problemas—. Sé que técnicamente dirijo la fundación de mis padres, pero realmente se dirige como una máquina bien engrasada con o sin participación.
- —Es bueno que puedas alejarte. Pero debo decirte que Jonathan ha estado aquí recientemente. Compró algo de ropa y me dijo que las cargara a tu cuenta. Por supuesto, me negué. Le dije que no podía hacerlo sin tu permiso expreso. Estaba muy enojado, pero naturalmente asumí que no querrías que accediera a tu cuenta, especialmente después de todo lo que ha pasado.

Jenna sonrió agradecida.

—Gracias, Antonio. Hiciste exactamente lo correcto.

—Bueno, será mejor que me ponga a trabajar para que puedas seguir con tu día —Antonio se giró hacia la cortina y la abrió—. ¡Oh, Dios mío! —la cerró rápidamente y se apresuró a coger un par de calzoncillos de un estante cercano—. Sin ropa interior —le susurró a Jenna, quien casi se atragantó con una risita. Esto estaba resultando bastante entretenido.

Cormac no había emitido ningún sonido y ella no estaba segura de cómo iba a sobrevivir a toda la atención que le prodigaba un Antonio obviamente emocionado. El telón se abrió de nuevo y Antonio preguntó:

—¿Zapatos?

Jenna asintió y mientras él iba a localizar algunos pares para que Cormac se los probara, ella revisó sus mensajes de texto en su móvil y reconfirmó la hora de la gala en su calendario. Finalmente, la cortina se abrió y jadeó al ver lo que había frente a sus ojos. No podía creer lo increíble que se veía Cormac en un esmoquin. Se puso de pie y se le acercó, mirándolo de pies a cabeza. Lo rodeó, asintiendo con la cabeza en aprobación mientras que Antonio se paraba orgulloso frente a Cormac con las manos juntas como si fuera a aplaudir en cualquier momento.

—¡Vaya! —Exclamó Jenna—. Tú... te ves increíble —se volvió hacia Antonio—. Funcionará perfectamente, Antonio. Por favor cargalo en la cuenta de Dylan. Quizá eso le enseñe a no retractarse de nuestros planes en el último minuto.

Antonio se rio y preguntó:

- —¿Hay algo más que podamos hacer por tu amigo?
- —No. No se me ocurre nada más que necesite —respondió Jenna, todavía mirando a Cormac en el esmoquin. Antonio tomó a Cormac por el brazo y lo acompañó de vuelta al vestidor mientras Jenna continuaba mirando.
- —Creo que puedo encargarme de quitarme esto, gracias, Antonio —dijo Cormac rígidamente desde detrás de la cortina.
- —¿Estás seguro? No es un problema, de verdad —Antonio sonaba esperanzado y Jenna se rio.
 - —No. Te llamaré si necesito tu ayuda.

Un Antonio visiblemente decepcionado dejó el vestidor y se dirigió a la caja registradora. Al cabo de unos minutos, Cormac se puso su ropa de vuelta y salió de detrás de la cortina. La cara de Antonio se iluminó cuando él apareció.

—Empacaré tu esmoquin para que puedas llevártelo, Cormac. Seré rápido.

Antonio se dirigió al vestidor y Cormac arrugó la frente y sacudió la cabeza frente a Jenna, quien solo se rio.

- —Parece que a Antonio le gustas bastante —bajó la voz, asegurándose de que solo Cormac escuchara sus palabras.
- —Desafortunadamente para el pobre hombre, solo me interesas tú —puso una pícara traviesa que hizo a su corazón latir como si tuviera un colibrí atrapado en su pecho.

Antonio regresó con el esmoquin y otros accesorios bien empaquetados, incluyendo los zapatos que habían encontrado. Jenna estaba agradecida de que solo hubiera sido una parada de compras, por el bien de Cormac.

Antonio los siguió mientras salían por la puerta de la tienda.

—Espero volver a verte, Cormac. Ha sido un placer —dijo mientras se dirigían a la calle.

Dieron la vuelta en la esquina y llegaron a otra tienda donde Jenna recogió su vestido, algunos accesorios y sus zapatos, para luego dirigirse a su pizzería favorita para almorzar.

—Normalmente solo pido una rebanada, pero algo me dice que querrás más que eso —ordenó la *pizza* especial de la casa para Cormac y una *pizza* Margherita para ella. Pensó que lo que ella no comiera, Cormac lo haría. También ordenó una ensalada de rúcula para compartir.

Podía ver que Cormac hacía todo lo posible por parecer relajado y en su ambiente, pero a Jenna le parecía obvio que en realidad era todo lo contrario. Deseaba poder tranquilizarlo, ya que parecía tan fuera de lugar. Jenna no sabía qué le pasaba a ella misma hoy, pero no podía dejar de sonreírle. Esta mañana se había decepcionado al despertarse sola en su cama. Debió quedarse dormida junto al fuego y Cormac y, como siempre ese caballero, la llevó a su dormitorio y la arropó. Ni siquiera se había despertado en el proceso. De alguna manera, había llegado a darse cuenta de una cosa sobre Cormac. Simplemente ya no le importaba que él se fuera en unos días y que no tuviera ni un centavo propio. Iba a disfrutar cada minuto que le quedaba con él. Esta noche sería divertida y estaba segura de que no se iba a emborrachar o a quedarse dormida antes de conocer mejor a Cormac MacBayne.

Disfrutaron de su *pizza* y su ensalada. Como ella esperaba, Cormac se comió la mayor parte, teniendo una sonrisa de satisfacción en su rostro todo el tiempo.

—Nunca habías comido *pizza*, ¿eh?

- —No. Estuvo muy deliciosa. ¿Cómo la hacen? —Cormac se preguntó en voz alta.
- —Bueno, en realidad no es tan difícil. Solo necesitas hacer una buena masa y tener un horno de piedra realmente caliente.

Pudo ver que él estaba pensando en ese concepto.

- —¿De qué está hecha?
- —Tengo una receta en casa. Te daré una copia para que puedas llevártela cuando te vayas.

Ese pensamiento de alguma manera la entristeció. No quería que se fuera, pero tampoco podía esperar que se quedara. Le había dicho que extrañaba a su familia; no era un sentimiento que Jenna alguna vez hubiera experimentado. Echaba de menos a Dylan cuando no se encontraba durante un par de días, pero sus padres eran otra cosa. No habían estado mucho desde que era una niña. Echaba de menos a Ashley, quien estaba deambulando por Escocia con su nuevo marido, y echaba de menos a la madre y al padre de Ashley, ambos fallecidos. Jenna había pasado la mayor parte de su infancia con los Moore. Por supuesto, sus padres siempre la habían mantenido, nunca le faltó nada, pero nunca estuvieron realmente involucrados en su vida. Todo el tiempo estaban ocupados viajando alrededor del mundo. Ni siquiera podía recordar la última vez que los había visto en persona. Habían pasado años. Hablaba con ellos a menudo, o al menos, tan a menudo como podía. Dylan era la única persona en la que podía confiar desde que Ashley se fue, pero no podía esperar que dejara todo para cuidarla cuando lo necesitara. Iba a tener que arreglárselas y seguir adelante con su vida. Jonathan había destruido la poca fe que ella tenía en la humanidad, pero de alguna manera Cormac se la estaba devolviendo. *Maldición*. ¿Por qué tiene que irse tan pronto?



De vuelta en la casa de San Francisco, Jenna comenzó los preparativos para su velada. Cormac no tenía mucho que hacer. Solo necesitaba ducharse y ponerse el esmoquin. Ella, por otro lado, tenía a una manicurista que llegaría a arreglarle las uñas, un peluquero para su cabello y un maquillador. Tenía que lucir espectacular esta noche. Aceptaría un premio por sus padres que generosamente habían donado un ala entera al Hospital Infantil. Solamente estaba un poco nerviosa por subir allí delante de toda esas personas. Se había aprendido el discurso que sería seguido por un montaje de video de sus padres

haciendo buenas acciones en todo el mundo. Se sentía culpable, porque le molestaba tener que compartir a sus padres con niños necesitados de todo el mundo. Se sentía egoísta y le avergonzaba inclusive pensar en ello. Tenía todo lo que podía desear, no había forma de que le negara a ningún niño la ayuda que necesitaba, cuando la necesitara. Si sus padres podían hacer eso por muchos, seguramente ella podría aguantar y estar agradecida de haber nacido de unos padres tan generosos.

Jenna dirigió a Cormac a un lugar en el sofá y encendió la televisión por él. Le enseñó a usar el control remoto y lo dejó buscar de canal en canal por algo que quisiera ver. Mientras lo hacía, ella le abrió la puerta a la manicurista, quien se instaló en el comedor.



Cormac inclinó la cabeza hacia atrás en el sofá para ver lo que pasaba a sus espaldas. Había estado presionando botones en el control remoto que Jenna le había dado, y estaba más confundido que cuando empezó a buscar «algo que mirar» como Jenna le había sugerido. Tenía muchas preguntas para ella, pero sabía por experiencia que Jenna no creería que él no sabía las respuestas. Había dejado la cosa que llamaba su «móvil» en la mesa frente a él y estaba zumbando ruidosamente. Lo cogió y se maravilló de los pequeños cuadrados que había por todas partes. Tocó uno y antes de saber lo que estaba pasando, se encontró viendo más cosas que no podía comprender. Cogió el aparato y se levantó para ver qué causaba el extraño olor que venía del comedor.

La manicurista prácticamente dejó caer el envase de esmalte de uñas cuando vio a Cormac acercándose por detrás de Jenna.

- —¿Qué es ese olor? —Arrugó la nariz.
- —Es el esmalte de uñas —comentó Jenna—. Melanie casi ha terminado, así que el olor se irá pronto.
- —Jenna, tu móvil estaba zumbando como una abeja. Sé que te gusta tenerlo cerca, así que te lo traje.
- —Oh, gracias. Puedes ponerlo por ahí. Lo revisaré cuando mis uñas estén secas.
- —Jenna, debo preguntarte algo —vaciló, mirándose inseguro de sí mismo.
 - —Sí. Está bien. Pregúntame cualquier cosa, dentro de lo razonable.
 - —¿Cómo el pajarito bailarín llegó a tu móvil?

Jenna estalló en risa al igual que la manicurista.

—Cormac, eres tan divertido. Oh Dios, es bueno que no me haya maquillado todavía, tendría rímel corriendo por mis mejillas —dijo Jenna.

Las dos mujeres continuaron riéndose, incluso mientras Cormac estaba allí de pie atónito por lo que había hecho que las había hecho reír tanto.

- —No sé por qué se ríen. Vi al pajarito y me pregunté cómo es que se había metido a tu móvil, y cómo había aprendido a bailar. No entiendo nada de esto —dijo mientras agitaba su mano sobre el aparato y lo colocaba sobre la mesa—. O esa cosa de ahí —señaló la televisión al otro lado de la habitación.
- —Intentaré explicártelo más tarde, o puedes preguntarle a Dylan. Él es mucho mejor con la tecnología que yo.

Para Cormac, Jenna sonaba diferente hoy. No se había enfadado con él por sus preguntas. Se había reído, pero eso era mejor que gritar, supuso.

El timbre sonó y Jenna preguntó:

—¿Puedes atender por mí, Cormac? Probablemente sea mi peluquero.

Se dio la vuelta, se dirigió a la puerta y la abrió a una joven sonriente y pelirroja con una maleta con ruedas.

- —Hola. ¿Se encuentra Jenna?
- —Sí, muchacha. Está justo ahí —dijo Cormac, señalando hacia el comedor.
 - —Me encanta tu acento. ¿De dónde eres?
 - —Escocia.

Se preguntó por qué todas las mujeres de América estaban enamoradas de su forma de hablar. Nadie en casa le había dicho nunca nada al respecto. Siguió a la pelirroja sin nombre mientras se dirigía a Jenna.

Melanie estaba guardando todo, preparándose para irse.

- —Becky —habló efusivamente mientras se apresuraba hacia la recién llegada para ofrecerle un abrazo—. ¿Cómo has estado? No te he visto en años.
 - —Lo sé. ¿Puedes creer cuánto tiempo ha pasado?
- —Becky, este es Cormac. Cormac, Becky —Jenna los presentó y le dio a Melanie un rápido abrazo—. Muchas gracias, Mel. Aprecio que hayas hecho un viaje especial para mí.
- —No hay problema, Jenna. Pásala bien esta noche —dijo Melanie, y le echó a Cormac una última y prolongada mirada mientras se dirigía a la puerta.
- —Cormac, esto no tomará mucho, así que tal vez deberías ir a ducharte y vestirte —sugirió Jenna.

- —Sí. Lo haré —Cormac se dirigió al dormitorio que había estado usando desde que llegó y cerró la puerta tras él. No pensó poder acostumbrarse a todas las rarezas del San Francisco del siglo veintiuno. Se sentó en la cama y llamó a Edna. Después de unos momentos, estuvo allí en su mente, hablándole.
 - —¿Cormac? ¿Puedes oírme? —Preguntó Edna.
 - —Sí, Edna. Estoy aquí.
 - —¿Está todo bien? No he sabido nada de ti y estaba un poco preocupada.
- —Todo está bien, Edna, pero no estoy seguro de poder convencer a Jenna de que venga conmigo.
- —Bueno, si ese es el caso, tendrás que irte sin ella. Aún te quedan unos días. No te rindas.
- —No lo haré. Vamos a una cena importante esta noche. Me preocupa hacer algo que la avergüence.
- —Cormac, no pienses así. Como te dije, actúa como si ya lo hubieras visto todo. Si la gente te hace preguntas, solo dales respuestas básicas. Nada sobre brujas y viajes en el tiempo, ¿entiendes?
 - —Sí.
- —Bien. Eres un joven apuesto y encantador. No lo olvides. Jenna lo verá, lo prometo. Volveré a ponerme en contacto contigo antes de que sea hora de irse.
- —Gracias, Edna —Cormac se levantó y se dirigió al baño, sintiéndose un poco más seguro de la situación con Jenna y de la noche que estaba a nada de llegar.

Capítulo 12



enna sabía que se veía bien, pero la expresión de Cormac al verla, valía un millón de dólares. Su vestido era perfecto. Una tela de seda aguamarina muy pálida fluía en suaves pliegues sobre una cintura de corte imperio con bandas. El escote y la parte superior sin tirantes y de corazón estaban cubiertos de hermosos cristales de color aguamarina. Llevaba unos largos pendientes de diamantes y un brazalete a juego. A su delicada mano la adornaba un hermoso anillo de corte esmeralda y aguamarina que hacía juego con su vestido. A Jenna le gustaba la forma en que sus tacones la hacían lo suficientemente alta como para apoyar su cabeza cómodamente bajo el mentón de Cormac —en caso de ser necesario—. Pero lo mejor de todo, fue el par de suaves ojos azules que la miraban solo a ella con aprecio lujurioso... solo a ella.

Cormac atravesó la habitación y tomó su mano para llevársela hasta sus labios. Sus ojos nunca dejaron los de ella y un escalofrío de placer la recorrió de pies a cabeza.

- —Eres más hermosa que un campo de brezo en las Tierras Altas. Me quitas el aliento, *a thaisce* —declaró con voz llena de deseo.
 - —Gracias. ¿Qué significa? —No había entendido la última parte.
- —Mi tesoro —se inclinó, le besó suavemente la mejilla y sus manos la acariciaron desde los hombros hasta las puntas de los dedos.

Jenna pudo sentirse calentar con sus palabras, su caricia y sus ojos sobre los suyos.

—Te ves muy guapo. Ese esmoquin te queda muy bien —balbuceó conscientemente miró hacia otro lado—. Deberíamos irnos. Acabo de recibir un mensaje de que nuestra limusina está esperando abajo —cogió su chal y su bolso y enganchó su brazo en el de Cormac mientras se dirigía a la puerta.

Ella le sonrió y él le devolvió su sonrisa más devastadora. Esta iba a ser una gran noche.



La limusina se detuvo afuera del Hotel St. Francis donde se celebraba el evento. Al bajar del coche, fueron recibidos por un gran grupo de personas que esperaban ver a una o dos celebridades salir de la fila de limusinas acercándose. Cormac entrelazó sus dedos con los de Jenna mientras caminaban por la alfombra roja. Se detuvieron para tomarse fotos frente a un telón de fondo que anunciaba el evento y a sus patrocinadores. Cormac no estaba seguro de lo que estaba pasando, pero Jenna le explicó y él asintió, comprendiéndolo. Se les mostró el salón de baile donde se iba a celebrar la gala y Cormac se sorprendió de lo bien que estaba decorado, con flores por todas partes y luces como nunca las había visto. Eran más brillantes que las velas o antorchas, pero aún así añadían un ambiente a la sala que daba la sensación de estar en un palacio de cuento de hadas. Sonrió mientras miraba a su alrededor y envolvió un brazo sobre los hombros de Jenna, acercándola.

- —Es tan hermoso —suspiró encantada.
- —Sí, lo es.

Una mujer de pelo negro con un largo y ondulante vestido rojo se les acercó con entusiasmo.

- —¡Jenna! ¡Es tan bueno verte de nuevo!
- —¡Angelina! —Jenna soltó a Cormac y arrojó sus brazos alrededor de la mujer—. No esperaba verte aquí esta noche. ¿Cómo has estado?
- —Muy bien. He venido a la ciudad por un par de días y pensé en venir a apoyar al hospital y, con suerte, encontrarme contigo.

La mujer miró a Cormac y una sonrisa iluminó sus labios muy rojos.

- —¿Y quién es este apuesto caballero?
- —Oh, lo siento. Cormac MacBayne, ella es Angelina Woods. Angelina, este es Cormac. Está de visita con nosotros por unos días. Dylan no pudo venir esta noche, así que se ofreció como voluntario para ser mi acompañante.
- —Es un placer conocerte Cormac. Qué afortunado eres —dijo mientras miraba a Jenna y luego a Cormac—. Soy la tía de Jenna. Su madre es mi hermana *mucho* más mayor —sonrió ante esa última pizca de información y le tendió la mano, la cual él cogió y llevó a sus labios. Se sorprendía de la

reacción que conseguía cada vez que hacía ese simple gesto que era común en su época, pero que obviamente no se hacía aquí.

- —Oh, Angelina, me alegro de que mamá no esté cerca para oírte decir eso
 —bromeó Jenna.
 - —¿Vas a aceptar el premio por ellos esta noche, cariño?
- —Así es. Tengo mi discurso memorizado y no puedo esperar para terminar con esto.

Un mesero se detuvo y les ofreció a cada uno una copa de champán.

- —*Slainte mhath* —Cormac levantó su copa a las damas. Ambas sonrieron y juntaron sus copas.
 - —¿Qué significa eso, Cormac? —Preguntó Angelina.
 - —Buena salud.
 - —¿Gaélico?
 - —Sí.
 - —Es de Escocia —comentó Jenna.
- —Exquisito. Me encanta un buen acento escocés y un buen escocés Angelina le guiñó un ojo a Cormac, quien casi se atragantó con su champán, una vez más maravillándose de lo muy directas que eran las mujeres aquí en San Francisco. No era que no disfrutara de la atención, pero no quería que Jenna se preocupara por ello.
- —Voy a ir a relacionarme. Los veré en la mesa. Creo que estamos sentados juntos —Angelina tocó la mano de Cormac cuando empezó a alejarse y luego le susurró algo al oído de Jenna, ocasionando que se sonrojara de un hermoso tono rosado.
- —Tu tía es muy coqueta —declaró Cormac. No preguntó sobre lo que le había dicho Angelina para que terminara reaccionando así.
- —Mucho, siempre lo ha sido. Cambia de hombres como algunas personas cambian de agua. Vamos a buscar nuestros asientos.

Encontraron su número de mesa y sus asientos cerca del estrado. Cormac le retiró la silla y luego se sentó a su lado. Le cogió la mano y le examinó los dedos, pasando su dedo por sus uñas.

- —Esmalte de uñas. ¿Te gusta?
- —Nunca había visto nada igual.
- —No me digas que... no tienen esto de donde vienes.
- —Es correcto —sonrió.

Jenna solo sacudió su cabeza hacia él. Continuó tomándola de la mano, ya que a ella no parecía importarle, y él estaba disfrutando de la sensación de su mano en la suya.



 \mathcal{L} a cena fue muy agradable, aunque Cormac tuvo que esquivar los avances

de Angelina en todo momento. Jenna escondió su risa. Sabía que Angelina no era una amenaza. Solo disfrutaba de los hombres y el coqueteo era algo natural para ella. Cormac parecía un poco incómodo y Jenna trató de hacerle saber que estaba bien. De hecho, estaba segura de que si él le devolvía el coqueteo, Angelina perdería el interés y se fijaría en otro, pero Jenna disfrutaba de su incomodidad, así que se guardaría esa información para sí misma.

La ceremonia de entrega de premios comenzó y Jenna fue llamada al escenario para aceptar el premio por sus padres entre fuertes aplausos. No se sentía cómoda hablando frente a una gran multitud, pero respiró hondo y tranquilamente y comenzó.

—Muchas gracias. En nombre de mis padres, me gustaría aceptar este prestigioso premio. Querían que les hiciera saber lo honrados que están de ser reconocidos. Su pasión en la vida siempre ha sido ayudar a los niños, ya sea aquí en San Francisco o en las remotas selvas del sudeste asiático, Sudamérica o en las sabanas de África. Fue una elección sencilla ayudar al Hospital de Niños donando una nueva ala al edificio existente. Tienen la esperanza de que con este espacio extra, los doctores e investigadores de San Francisco hagan su magia y aquello que mejor saben hacer: encontrar curas para algunas de las enfermedades más virales que afectan a los niños hoy en día, y no solo aquí, sino en todo el mundo. Han preparado una breve película para darles una idea de lo que han estado trabajando para lograr a través de su fundación. Gracias de nuevo y espero que lo disfruten.

La multitud estalló en aplausos. Jenna dejó el escenario y se dirigió a su asiento.

- —Jenna, estoy tan orgullosa de ti —dijo Angelina.
- —Sí, muchacha, eso estuvo muy bien —añadió Cormac.

Jenna les sonrió a ambos y se sentó a ver la película. Estaba orgullosa del trabajo que sus padres estaban haciendo, aunque eso significara que nunca llegaba a verlos. Era una mujer adulta. Ya no los necesitaba. Podía manejar su vida por sí misma, sin su ayuda. Pero eso no era del todo cierto. La habían ayudado con Jonathan, y sabía que si lo pedía, estarían ahí para ella en un abrir y cerrar de ojos. Sin embargo, ella nunca había sido el centro de atención. Mientras crecía, su padre siempre estaba ocupado con su nueva

empresa y su madre también se encontraba muy involucrada. Después de venderla y ganar un billón de dólares en el proceso, dedicaron sus vidas y tiempo a ayudar a los niños menos privilegiados. Dylan tenía los mismos problemas con sus padres. Habían seguido los pasos de Mark y Sally, convirtiéndose en viajeros del mundo. Era un extraño sentimiento encontrarse frustrado y al mismo tiempo orgulloso. Todavía no había descubierto cómo evitarlo, y quizás nunca lo haría.

La película finalizó con una ovación de pie y, cuando terminaron, la gente empezó a moverse de mesa en mesa para ir con sus amigos y conocidos de negocios. Jenna giró la cabeza y encontró a Cormac examinándola con una expresión que no pudo descifrar. Se retorció un poco bajo su intenso escrutinio.

- —¿Qué?
- —Lo siento, muchacha, no sé a qué te refieres.
- —¿Qué es tan interesante? Me estás examinando como si fuera un espécimen raro.
- —Disfruto observándote cuando no eres consciente de que lo estoy haciendo. Tu expresión cambió de feliz a triste a algo que no pude distinguir.
 - —Oh, supongo que estaba pensando en mis padres.
 - —¿Qué pasa con ellos?
- —¿Por qué no puedo justificar el tiempo que pasan lejos de mí? Sé que están haciendo algo bueno, pero la mayoría de las veces no me siento como si fuera su hija. Podría haber sido cualquiera de los niños del vecindario mientras crecía.

Cormac parecía comprensivo mientras la escuchaba desahogarse.

- —Tal vez no saben lo que ello significa para ti. ¿Alguna vez les has dicho cómo te sientes?
- —Solía decírselos todo el tiempo cuando era niña, pero me decían que no fuera egoísta. Me decían que tenía suerte de haber crecido sin necesitar nada, que había muchos niños que se iban a la cama hambrientos o enfermos, y niños que no tenían escuelas a las que asistir.
- —Me imagino que eso sería suficiente para hacer que te guardes tus pensamientos sobre el asunto —compadeció Cormac.
- —Sí. Aprendí pronto que no importaba lo que pensara o sintiera sobre el tema, debía guardármelo para mí. Y lo he hecho, todavía lo hago, incluso ahora.

Se encontraban solos en la mesa; los otros se movían por la habitación socializando. Cormac extendió la mano y con el dorso acarició la mejilla de

Jenna, quien se inclinó hacia su reconfortante caricia. Había algo en él que la tranquilizaba, incluso cuando se sentía mal. Su sola presencia la hacía sentir segura y, sabía que si lo dejaba, Cormac estaría ahí para ella, en cualquier problema que pudiera tener. La protegería y cuidaría, y era muy seductor verlo bajo esa luz.

La música comenzó a sonar y de repente Jenna quiso estar más cerca Cormac, que la tomara en sus brazos para sentir su calor protegiéndola del resto del mundo. Ella le extendió la mano.

—Baila conmigo.

Él se puso de pie y cogió su mano, guiándola a la pista de baile.

- —Me temo que no estoy familiarizado con tu música o tus bailes, muchacha —se disculpó.
- —No tienes por qué. Solo tienes que poner tus brazos alrededor de mí y moverte por la pista. No es física nuclear —se rio.

Cormac alzó una ceja.

—¿Física nuclear?

Jenna inclinó la cabeza y frunció los labios. No arruinaría el momento con un comentario sarcástico. En lugar de eso, se acercó a él. La anticipación de tocarlo envió sensaciones zumbando a través de su piel y, por la mirada satisfecha en su rostro, sabía que él estaba complacido.

—Estaría más que feliz de tenerte en mis brazos, Jenna —Cormac la abrazó y se balancearon por la pista de baile, inconscientes de los demás bailando a su alrededor. Jenna descansó su cabeza bajo su barbilla como antes había imaginado hacerlo y dejó que su presencia la consolara.

La música era lenta, una canción de Etta James, llevada magistralmente por la mujer que cantaba con la banda. Jenna miró a Cormac y sus ojos se conectaron. Estaba cayendo bajo su hechizo. Sabía que no debía, pero no parecía ser capaz de detenerse. Este hombre, quienquiera que fuera y de dondequiera que viniera, se había abierto camino hasta su corazón y ella era incapaz de detenerlo. El hecho de que se fuera en unos pocos días era angustioso, pero Jenna no iba a ir con él. Además, no estaba tan segura de que él se fuera a algún lado. No existía el viaje en el tiempo y, en su mundo, las brujas no enviaban a la gente a cruzar el océano para buscar una esposa. ¿Cómo iba a lidiar con ese aspecto de Cormac? Tal vez podría conseguir que alguien le ayudara con sus delirios, si se quedaba. Necesitaba resolver todo esto. Dylan no había sido ayuda alguna, solo continuó alimentando la llama de esta increíble historia que Cormac seguía contando.

La canción terminó y Jenna odiaba la necesidad de alejarse de Cormac... y él tampoco parecía muy ansioso por dejarla ir.

—Hace calor aquí —observó Jenna—. Salgamos a tomar un poco de aire fresco.

Cormac la tomó de la mano y la llevó a las puertas que daban al exterior. Cuando salieron del edificio y se pararon en la acera, la giró para que lo mirara y, para sorpresa de Jenna, él se inclinó y la besó muy profundamente. Sus labios eran suaves, su aliento cálido y sus brazos la rodearon, manteniéndola allí. Sintió que sus rodillas temblaban y que su corazón comenzaba a latir. Con manos temblorosas pasó sus dedos a través de su cabello gloriosamente suave y envolvió sus brazos alrededor de su cuello. El beso pareció durar una eternidad, y a ella le hubiera encantado que así hubiera sido, pero terminó demasiado pronto y se encontraron cara a cara, incapaces de apartar la mirada del otro.

- —Vaya, vaya, vaya, a quién tenemos aquí —cantó una voz familiar.
- El sonido hizo que Jenna se sobresaltara y que se soltara de Cormac.
- —¡Jonathan! ¡Oh, Dios mío! ¿Me estás siguiendo?
- —Por supuesto que no, nena. Estaba en el vecindario caminando por la calle como cualquiera tiene el derecho de hacer, y los vi a los dos aquí besuqueándose. Realmente deberían conseguir una habitación. ¿Saben que están en un hotel? —Se rio, incluso mientras miraba con desprecio a Cormac.
- —Sugiero que continúes con tu camino —Cormac lo miró con desprecio y se irguió en toda su estatura, haciendo a Jonathan lucir pequeño.
- —Eso quieres, ¿eh? —Preguntó Jonathan con una pizca de desafío a su voz.
- —Sí. Este no es lugar para armar una escena. Estaría encantado de encontrarnos en otro lugar, si quieres.
- —Cormac, solo ignóralo. Solo está tratando de sacarnos de quicio gruñó Jenna, tirando de la manga de la chaqueta de Cormac.
- —Tengo lugares a los que ir y gente que ver, cariñito, así que dejaré de molestarte... por ahora —Jonathan se inclinó y besó la mejilla de Jenna y Cormac se abalanzó sobre él. Jenna agarró a Cormac antes de que pudiera hacer contacto con Jonathan.
- —No, Cormac. Eso es exactamente lo que quiere —Jenna se interpuso entre los dos hombres que continuaban mirándose amenazadoramente—. Adiós, Jonathan.

Jonathan retrocedió con mirada arrogante.

Cormac miró a Jenna con ojos inquisitivos.

- —¿Segura de que no te sigue importando, muchacha?
- —¡Dios, no! Cormac, ya te lo he dicho. Diría que mis sentimientos por él se acercan más al odio.
- —Entonces, ¿por qué no me permites que le patee el culo? No dudo que dejaría de molestarte si lo hiciera —le aseguró.
- —Lo conozco y sé lo que está tratando de hacer. Quiere que lo golpees. Cuando lo hagas, hará que te arresten y luego intentará sacarme más dinero para retirar los cargos. No puedo dejar que eso te pase a ti. Voy a llamar a mi abogado mañana y conseguiré una orden de restricción. Entonces tendrá que mantenerse alejado de mí.

Cormac parecía confundido y Jenna lo atribuyó a la barrera del lenguaje. Obviamente no entendía muchos de los términos americanos que usaba. Ella puso sus brazos alrededor de su cintura, muy consciente del físico muy musculoso debajo su esmoquin.

- —Vamos. No dejemos que nos estropee la noche, ¿vale?
- —Sí —coincidió Cormac mientras la abrazaba.

Jenna se estremeció y se rio.

—Tenía calor y ahora tengo frío.

Cormac le cogió la mano y volvieron a entrar en el ambiente de cuentos de hadas de la gala.



La música y el baile continuaron durante toda la noche y Jenna parecía encontrarse relajada y disfrutando. Cormac estaba seguro de mantenerse cerca y vigilar sus alrededores para asegurarse de que Jonathan no volviera a aparecer. Hería su orgullo el no poder protegerla de la amenaza que Jonathan representaba. Un hombre en su época habría garantizado su bienestar al eliminar a la amenaza, pero en esta época, estaba aparentemente mal visto. Muchas de las cosas que había visto desde su llegada lo habían dejado perplejo, y no tenía más remedio que aceptarlas. Lo haría para mantener todo tranquilo con Jenna, a menos que las cosas empeoraran, por supuesto.

Cuando Jenna quiso ir al sanitario, Cormac montó guardia en el pasillo afuera del baño de damas, esperándola. Su ceño fruncido ayudó mucho para mantener a las personas a un brazo de distancia.

—¿Está todo bien, Cormac? —La tía de Jenna, Angelina, le acarició suavemente el brazo para llamar su atención—. Te ves en forma para matar a

- alguien —bromeó.
- —Sí. Me gustaría, pero Jenna no lo permitirá —la tensión se podía ver por todo su rostro.
 - —¿Por qué? ¿Qué sucede?
- —El ex marido de Jenna la está haciendo miserable. Hace un rato tuvimos una discusión afuera —tensó y aflojó los puños en señal de frustración—. No sé por qué Jenna no me permite cuidarla. No se necesitaría mucho para que él la dejara en paz.
- —Desafortunadamente, Cormac, terminarías en la cárcel —Angelina tiró de su vestido mientras miraba la fila de mujeres esperando para usar el baño de damas—. Tiene suerte de tenerte para protegerla.
- —No quiere mi protección, Angelina. Me ha dicho que no me meta y he respetado su petición, aunque me irrita hacerlo. Puedo protegerla y si él intenta hacerle daño, se arrepentirá, pero solo estaré aquí por poco tiempo. Debo regresar a mi hogar. Le he pedido a Jenna que venga conmigo, pero no lo hará.
- —Ya veo. Bueno, se conocen desde hace poco, ¿cierto? Tal vez después de que te conozca un poco mejor cambie de opinión.
- —No puedo quedarme, debo volver. Tal vez cambie de opinión antes. Es una buena vida la que puedo ofrecerle, pero todavía no confía en mí.
- —Cormac, puedo ver que eres un hombre honrado. Jenna se merece eso. Especialmente después de lo que ha pasado con Jonathan, pero todo esto podría estar pasando demasiado rápido para ella. ¿Cuándo tienes que irte?
 - —En un par de días más.
- —Es una pena. A Jenna le vendría bien alejarse un tiempo. Tal vez podrías convencerla de que se vaya de vacaciones.
 - —¿Vacaciones?
 - —Oh, querido, lo siento. Que descanse y se relaje.

Cormac siguió pareciendo desconcertado.

—Siento haber tardado tanto —Jenna se les acercó desde el baño de mujeres—. Siempre me sorprende la espera.

Angelina se rio y Cormac asintió, aunque no estaba seguro para qué era la espera.

- —No hay nada de qué disculparse, muchacha.
- —¿Volvemos a nuestra mesa?
- —Sí —le cogió la mano.

Angelina se les unió, caminando junto a Jenna.

- —Jenna, Cormac me dijo que Jonathan ha estado molestándote. ¿Por qué no me dijiste nada al respecto? —Angelina parecía preocupada.
- —En realidad no es gran cosa. Voy a llamar a Bill mañana para conseguir una orden de restricción. Así tendrá que alejarse de mí. Además, no me asusta. Piensa que es intimidante, pero en realidad es muy molesto —Jenna puso los ojos en blanco y se rio.
- —Se que crees que no te hará daño, muchacha, pero no estoy tan seguro. Me sentiría mejor si me dejaras amenazarle con daño físico si no se aleja de ti.
 - —¡Cormac, deja de ser un cavernícola!
 - —Solo quiere ayudar, Jenna.
 - —Sí, muchacha. ¿Sabes que no es así? —No quería molestarla.
- —Lo sé. Lo siento. No quise decir eso. No estás siendo un cavernícola. Solo estás siendo amable y lo aprecio, pero no tienes que preocuparte. Mi abogado se encargará de ello, y si se acerca a mí, llamaré a la policía. Deja que ellos se encarguen, Cormac. No quiero que te metas en problemas.

Jenna parecía arrepentida y Cormac decidió que sería mejor dejar el tema.

- —Se está haciendo tarde. Tal vez deberíamos volver a la casa. Angelina, ¿necesitas que te dejemos en algún sitio?
- —No, cariño, me estoy quedando aquí mismo en este hotel. Gracias por preguntar —Angelina les sonrió dulcemente a ambos—. Yo me lo pensaría dos veces antes de dejar ir a este, Jenna —se inclinó y besó la mejilla de Jenna mientras cogía la mano de Cormac, quien hábilmente la llevó hasta sus labios para besar el dorso—. No tengo más qué decir —se rio. Cormac y Jenna observaron cómo se alejaba para después dirigirse al estacionamiento valet.

Capítulo 13



l aire de afuera fue refrescante y frío después de haber estado en el salón de baile lleno de gente. Jenna se agarró con fuerza al brazo de Cormac mientras esperaban que apareciera su limusina. Incluso se sintió lo suficientemente cómoda como para apoyar su cabeza en la parte superior de su brazo. Fue recompensada con una sonrisa torcida cuando él la tomó en sus brazos y la atrajo más cerca. La limusina se detuvo y el conductor salió para abrirles la puerta. Cormac guio a Jenna a la parte trasera y luego se metió junto con ella mientras el conductor cerraba la puerta para tomar su lugar detrás del volante.

- —¿Te lo pasaste bien, Cormac? —Preguntó en voz alta.
- —Sí. Estuve con vos... y eso fue todo lo que necesité para disfrutar de la velada.

Jenna sonrió y se acurrucó un poco más cerca. El cuerpo de Cormac emitía una gran cantidad de calor, y ella dudaba que alguna vez necesitara mucho más que él para mantenerla caliente en una noche fría. Cormac deshizo la corbata de moño y los pocos botones de su camisa para revelar un estiramiento de su musculoso pecho. Jenna levantó su nariz y le acarició el cuello, disfrutando del aroma de pino y musgo que se había liberado para atacar sus sentidos. Se sintió tan cómoda con él. Una vez más, se encontró deseando que se quedara. Debería ser capaz de convencerlo, ¿cierto? Disfrutó de la sensación de su brazo alrededor de su espalda sujetándola cerca y de la subida y bajada de su pecho bajo su mejilla. El momento era perfecto y no quería que terminara. Se sentía segura y apreciada. En ese momento se dio cuenta. *Así es como un hombre debe hacer sentir a una mujer*. Jenna deseaba haberlo sabido antes. De haber sido así, tal vez no se habría casado con

Jonathan. Jenna había sido la red de protección de Jonathan, y él nunca le había ofrecido la misma cortesía a cambio.

La limusina continuó cruzando la ciudad, parando ante un ocasional semáforo en rojo de camino a la casa de Jenna. Los dos pasajeros permanecieron cómodamente en silencio mientras se detenían frente al lugar. Ella miró sus gloriosos ojos azules y sonrió dulcemente, esperando que el conductor abriera la puerta. Mientras lo hacía, Cormac salió del vehículo y le tendió una mano para ayudarla a salir. Agradecieron al conductor y se apresuraron a subir los escalones. Jenna buscó a tientas en su bolso de la noche las llaves para abrir la puerta principal. El pitido del sistema de alarma le recordó que lo reiniciara una vez que estuvieran dentro y la puerta estuviera cerrada y bloqueada. Tenía mariposas revoloteando en su estómago, sin saber muy bien qué hacer a continuación. Esperaba que Cormac estuviera en sintonía con ella y, entonces, antes de que pudiera prestarle un segundo más de atención, Cormac la tomó en sus brazos y bajó su cabeza hacia la suya. Al principio la besó suavemente, y luego con más pasión mientras sus labios se mantenían sobre los de ella. Jenna levantó la cabeza para coger aire y sonrió, embriagada de deseo, dándose cuenta de que hasta esta noche ella había sido la que había dado todos los primeros pasos, y estaba eufórica de que esta vez Cormac lo hubiera hecho. Decidió que le permitiría continuar.



Decidido a besarla antes de que ella lo besara a él, Cormac estaba complacido con el resultado. Jenna se veía radiante y él sabía que su beso había sido la causa. El camino para ganarse su corazón era traicionero. No sabía cómo proceder, pero dejó que sus instintos tomaran el control, llevándola a la sala de estar y al gran y acogedor sillón junto a la chimenea. Jenna se acercó y accionó un interruptor cercano y la chimenea cobró vida. Cormac hizo todo lo posible para no parecer sorprendido por la repentina aparición de llamas tocando lo que obviamente no era un verdadero trozo de madera. Volvió a centrar su atención en Jenna, quien se encontraba sentada cómodamente en su regazo. Sus dedos recorrieron la línea de su mandíbula de forma seductora y luego continuó hasta sus labios separados. Jenna chupó uno de sus dedos y Cormac supo que estaba perdido. Dejando caer su cabeza una vez más, la lengua de Cormac se movió y provocó sus labios, sus manos acunaron suavemente su cabeza y sus dedos se enredaron en su sedoso

cabello. Jenna gimió suavemente, instándole a continuar. Los besos fueron dulces y calientes, suaves y apasionados. Al levantarse para coger aire, Cormac cambió de táctica, besando su barbilla, su garganta y subiendo hasta sus dulces y pequeñas orejas. Ella alargó la mano para quitarse los pendientes que le impedían continuar. Suaves chillidos salieron de lo profundo de su garganta y envolvió sus brazos alrededor de su cuello, acercándolo.

- —Tengo que quitarme este vestido —jadeó Jenna mientras se apartaba.
- —Sí, debes hacerlo —Cormac tenía un brillo travieso en sus ojos—. ¿Debo ayudar?
- —Por favor... eso me gustaría —sonrió coquetamente—. Y ya que estamos en ello, tú tienes que quitarte ese esmoquin.

Cormac estaba completamente enamorado de Jenna. Todo lo que tuvo que hacer fue mirar su belleza y al instante su rígido miembro viril se dio a conocer.

- —Voy por una botella de champán y unas copas —dijo Jenna mientras se levantaba de su regazo—. Te veré en mi dormitorio.
- —No. Te esperaré. No deseo quitarte los ojos de encima. Eres tan hermosa —extendió la mano y le agarró los dedos mientras Jenna retrocedía hacia la barra.

Cormac se puso de pie y se ajustó sus pantalones dolorosamente apretados. Siguió a Jenna con los ojos, observando cada movimiento. Cuando regresó, le entregó la botella mientras tomaba su otra mano y se dirigían a su habitación. Cormac tragó duro, queriendo saborear cada momento de esta noche.



 ${\cal E}$ ntraron en el dormitorio y Jenna encendió las luces.

—¡Oh, demasiado brillante! —Inmediatamente se dispuso a encender las velas que estaban en todas las superficies planas de la habitación—. Mucho mejor —sonrió mientras apagaba las luces.

Las velas proyectaban un brillo sensual por todo el lugar, creando el ambiente para el romance.

Cormac le retiró el corcho a la botella de champán y Jenna dejó las copas en su cómoda para que él pudiera llenarlas. Cogiendo una, Jenna habló:

—Por nosotros.

—Por nosotros —repitió Cormac mientras hacía sonar su copa con la de Jenna.

Bebieron a sorbos su champán con ojos fijos en el otro. Cormac fue el primero en bajar su bebida y acercar a Jenna en un abrazo. Envuelta en sus fuertes brazos, ella podía sentir a sus músculos marcarse mientras le acariciaba la espalda. Sus grandes manos le rodearon la cintura mientras retrocedía y la hacía girar para que su espalda quedara contra él. Desabrochó hábilmente su vestido, que se deslizó sobre su suave y curvilínea figura muy lentamente mientras se caía al suelo, dejando a Jenna con nada más que su diminuta tanga de encaje y sus altos tacones. Debido a la repentina necesidad de Cormac de coger aire, Jenna supo que obviamente le gustaba lo que veía. Ella acunó sus pechos mientras se giraba para mirarlo tímidamente. Las manos de Cormac descansaron por un momento en los hombros de Jenna para luego hacer que sus dedos le rozaran el pecho. Suavemente puso sus manos sobre las de ella, apartándolas.

—Me gustaría verte, Jenna —dijo con voz ronca debido a la pasión.

Ella miró hacia arriba hacia el profundo azul de sus ojos, viendo como miraba cada centímetro de ella de pies a cabeza. La llevó a la cama donde ella se sentó mientras él se arrodillaba frente a ella y le empezaba a quitar los zapatos.

—No creo haber visto nunca zapatos como estos —Cormac le sonrió, sosteniendo uno de los tacones con correas—. Me gustan mucho. Me gustan casi tanto como tus botas altas —añadió, con un travieso brillo en sus ojos.

Colocó los zapatos en el suelo junto a la cama y, mientras se ponía de pie, se quitó la chaqueta. Jenna se sentó a mirar el resultado de un *striptease* muy seductor. Su camisa fue la siguiente. Ella se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración y jadeó al ver su glorioso físico. Cormac se quitó los zapatos y los calcetines. Los ojos de Jenna estaban puestos en el elástico de sus pantalones, sabiendo lo que estaba a punto de suceder. Se desabrochó y bajó la cremallera de la prenda para después dejarla caer al suelo. Jenna jadeó y sus ojos se abrieron de par en par al ver a un Cormac completamente desnudo a su alcance.

- —¿Te asusté, muchacha? —Se burló Cormac con una sonrisa astuta.
- —No. No, para nada. Digamos que estoy gratamente sorprendida.

Se arrodilló de nuevo frente a ella y Jenna le envolvió las piernas alrededor del torso.

—Solo me aseguro de que no intentes escapar —sonrió de manera seductora.

—No creo que necesites preocuparte. No tengo intención de ir a ningún sitio, más que aquí.

Empujándola de vuelta a la cama, Cormac desenvolvió sus piernas y enganchó un dedo a cada lado de sus bragas, arrancándoselas y tirándolas. Levantándose con sus rodillas, bajó su cuerpo, cubriendo el de ella fácilmente con su gran complexión. Jenna lo miró mientras él se apoyaba en sus antebrazos y le acarició suavemente el rostro, examinando cada rasgo, recordándolo. Si iba a irse en un par de días, ella quería asegurarse de que este momento y los que vendrían después estuvieran disponibles para que pudiera recordar esta noche especial. Sus manos nuevamente le rodearon el cuello para acercar a Cormac a sus labios, quienes le rozaron la barbilla. El aliento caliente de Cormac le cosquilleaba la oreja mientras ella rozaba su cara contra su mejilla sin afeitar, y su propia respiración se volvía irregular al sentir sus manos acariciando sus costados y caderas. Los labios de Cormac dejaron un rastro desde su mejilla hasta sus pechos donde cogió uno y el otro lo succionó con su cálida boca, moviendo su lengua por cada centímetro de sus erectos pezones. La palpitación entre sus muslos insistía cada vez más la necesidad mientras volvía a rodear a Cormac con las piernas, esta vez acurrucando la dureza de su hinchado miembro viril contra la suavidad de su centro húmedo. Empujó sus caderas contra él y Cormac echó la cabeza hacia atrás y gruñó, volviendo a acariciar su cuello con su nariz.

- —No me tientes, Jenna, o te haré mía justo ahora —gimió.
- —Eso me gustaría —jadeó.
- —Sí, sé que te gustaría, pero creo que esto también te gustará —Cormac le guiñó un ojo mientras se deslizaba por su cuerpo y sus besos le hacían cosquillas en la cintura, las caderas y los muslos, mientras guiaba sus dedos hacia su calor. El aliento de Jenna se aceleró y su corazón latía con fuerza en su pecho. Su pulgar rozó su sensible protuberancia y ella cerró los ojos entregándose a las sensaciones que corrían desenfrenadas por su cuerpo. Abrió los ojos para ver a Cormac observándola.
 - —¿Te gusta, Jenna, amor?

No podía responderle porque todo su cuerpo vibraba, latía de emoción. Jenna estaba bajo su hechizo. Sintió su boca sobre ella, y su respiración frenética aumentó mientras se deslizaba por el borde era inundada con las más increíbles sensaciones que había tenido.



ormac subió lentamente por el cuerpo de Jenna con una sonrisa de suficiencia iluminando su rostro mientras sus manos encontraban sus pechos y sus labios los de ella en un beso devastador. No puede ponerse mejor, pensó Jenna, pero de alguna manera así fue. El duro miembro de Cormac presionó los suaves y muy sensibles pliegues de Jenna que la hicieron saltar ante el contacto. Ella podía sentir su sonrisa en sus labios mientras su lengua se abría paso hacia su boca para juguetear lánguidamente con la suya. Cormac se hundió más profundo en Jenna y descansó momentáneamente antes de comenzar un movimiento sensual. Su largo y oscuro cabello colgaba como una cortina alrededor de la cabeza de Jenna. La intermitencia de sus movimientos la acercaron por segunda vez al éxtasis mientras su ritmo frenético aumentaba e implacablemente la embestía. Jenna chilló y Cormac le respondió con un gruñido ronco y una última embestida. Jenna se sujetó fuerte de él y ambos jadearon por sus esfuerzos mientras él rodaba sobre su espalda. Encontrándose en el paraíso, ella apoyó su cabeza en su sólido pecho, su cuerpo cubriendo el de Cormac mientras cerraba los ojos y suspiraba felizmente.



 ${\mathcal T}$ ener a Jenna allí en sus brazos se trataba simplemente de un sueño cuando

llegó la primera vez, un sueño que le complació ver finalmente hacerse realidad. Sus sentimientos por ella habían aumentado en los últimos días, y de repente se sintió confiado de que lo acompañaría cuando volviera a Breaghacraig dentro de dos días. Una sonrisa de satisfacción se abrió paso a través de su hermoso rostro. Había encontrado a la mujer que sería su esposa. Se aseguraría de agradecerle a Edna la próxima vez que se comunicara con ella. Cormac se apoyó en una almohada, acercando a Jenna y cubriendo a ambos con una suave manta.

Su mirada se iluminó en el rostro de Jenna en el momento en que abrió los ojos y lo miró.

- —Jenna, mi Jenna —fue todo lo que pudo decir.
- —Cormac —respiró y una tímida sonrisa iluminó sus labios. Levantó la mano y con los dedos le rozó los labios. Él capturó su mano en la suya y la besó suavemente. Jenna se incorporó un poco más y le besó la mejilla—.

Estuviste maravilloso. ¿Cuándo podremos hacerlo de nuevo? —Rio de manera atrevida.

—Cuando quieras, amor —la mirada acalorada de Cormac le hizo saber que estaba listo para cualquier momento.

—¿Qué tal ahora?

Cormac no necesitó nada más mientras le sellaba los labios con otro ardiente beso.

Capítulo 14



- los ojos para descubrir que Cormac estaba muy despierto observándola, y de repente recordó lo que había estado haciendo toda la noche y con quién. Una perezosa sonrisa cruzó el rostro de Cormac mientras extendía la mano para acariciar su mejilla.
- —Buenos días —Jenna se las arregló para murmurar mientras se estiraba y se incorporaba. Los aromas de la cocina le hicieron agua la boca y el estómago le comenzó a rugir—. Si tú estás aquí y yo estoy aquí, ¿quién está preparando el desayuno?
- —Escuché que tu primo Dylan llegó hace muy poco. Por lo menos creo que es él, basado en el canto —bromeó Cormac.
- —¿Qué hora es? —Jenna miró a su alrededor frenéticamente en busca de la respuesta a su pregunta—. ¡Oh, Dios mío, son casi las once! ¡Nunca duermo tan tarde!
- —No creo que hayas dormido mucho, amor —la miró de manera sugestiva—. ¿No te acuerdas?
- —¿Cómo podría olvidarlo? —Se rio—. Pero tengo que levantarme. Tengo que llamar a Bill sobre la orden de restricción y luego pensé en llevarte a través del puente Golden Gate hasta Sausalito. Tal vez podríamos cenar allí.
 - —Me gustaría eso, ¿pero estás segura de que quieres dejar esta cama?
- —Bueno, por mucho que prefiera no hacerlo, deberíamos levantarnos. Además, volveremos aquí esta noche —le sonrió con descaro.
- —Eres una mujer conforme a mi propio corazón —Cormac se abalanzó sobre ella y, antes de que Jenna pudiera esquivarlo, la sostuvo en sus brazos y la besó sin sentido. Cuando terminó, saltó de la cama, agarró su falda

escocesa, se la puso y estuvo listo en segundos—. Me ducharé después del desayuno, ¿sí?

Jenna se quedó sin aliento y con los ojos vidriosos por sus besos.

—¿Estás bien, Jenna? Tengo mucha hambre. Ven, vamos a ver lo que tu primo y Chester están haciendo —le quitó las mantas y, cogiendo su mano, la ayudó a salir de la cama.

Jenna se quedó anonadada, pero no de mala manera. Cormac era un hombre increíble y ella lo apreciaba más y más con cada día que pasaba. Ahora solo tenía que convencerlo de quedarse. *Después de anoche debería ser capaz de hacerlo, no te preocupes*. Se puso unos pantalones de yoga y una camiseta y siguió a Cormac hasta la cocina.

- —Dylan, es bueno verte, tío —anunció Cormac de manera ruidosa.
- —¡Vaya! Alguien está de buen humor esta mañana —contestó, chocando palmas con Cormac.
- —Chester, te he echado de menos —dijo Cormac, viendo cómo Chester se retorcía por toda la cocina con entusiasmo.
- —Ese perro seguro que te ama —observó Jenna—. Al principio pensé que estabas usando colonia de tocino, pero puedo ver que incluso con el olor a tocino real en la habitación, Chester está totalmente interesado solo en ti.
 - —¿Colonia de tocino? —Cormac arrugó su nariz al pensarlo.
 - —¿Qué estás haciendo aquí, Dylan? —Preguntó Jenna.
- —Bueno, no quería interrumpirlos tortolitos, pero me sentí mal por haberlos dejado anoche y quería compensárselos, así que pensé en venir y hacerles el desayuno. Además, tengo que ir a un partido de béisbol.
- —Ah, la verdad sale a la luz. No te sentiste realmente mal por lo de anoche —acusó Jenna.
- —No, pero sabía que probablemente estarías feliz de ir con nuestro modelo GQ escocés —le guiñó un ojo a Cormac.
 - —¿Modelo GQ? —Repitió Cormac.
- —Te mostraré lo que quiero decir —Dylan salió de la cocina y luego volivó con una copia de GQ. La abrió en una página con un anuncio de colonia y un modelo en esmoquin—. GQ-*Gentlemen*'s Quarterly; en español, revista trimestral para caballeros —explicó, entregándole la revista a Cormac.

Cormac miró la revista, tocando las páginas al pasarlas. Luego miró a Dylan con expresión perpleja.

- —Nunca había visto un libro como este.
- —Técnicamente es una revista, pero supongo que probablemente no tengas de estas en tu país —Dylan continuó preparando el desayuno y

Cormac continuó examinando la revista minuciosamente.

—Tengo que llamar a Bill —dijo Jenna—. Volveré en un minuto, bebé — le frotó la espalda a Cormac y salió de la habitación, dejando solos a ambos hombres con Chester.



—¿Por qué me llamó bebé? —Se preguntó Cormac en voz alta.

—Es un término afectuoso, como querido o dulzura. Progresaste anoche, mi hombre. En mucho tiempo no se había visto así de relajada y feliz. No espero que me cuentes todos los morbosos detalles pero, ¿todo salió bien?

Cormac se desconcertó por su elección de palabras. Tal vez «morboso» significaba algo diferente en esta época.

- —Sí. Muy bien. Creo que Jenna vendrá ahora sí vendrá conmigo. Edna tenía razón después de todo.
- —¡Felicidades, socio! Estoy emocionado por los dos. Aún te quedan un par de días, ¿verdad?
- —Sí. Jenna me llevará a... —calló cuando no pudo recordar el nombre del lugar que ella había mencionado.
- —Sausalito —Jenna apareció en la puerta—. Bueno, ya está todo arreglado. Jonathan no me volverá a molestar.
 - —¿Por qué, qué pasó? —Dylan quería saber.
- —Se presentó anoche afuera de la gala. Creo que esperaba que Cormac se involucrara en una pelea.
 - —Supongo que mantuviste las cosas calmadas —declaró Dylan.
- —Sí. No hubo pelea alguna e inmediatamente decidí que llamaría a Bill esta mañana y pediría una orden de restricción. No sé por qué no se me ocurrió antes.

Dylan echó un poco de pan en la tostadora y luego puso el tocino cocido en unas toallas de papel para absorber la grasa.

- —¿Cómo quieres tus huevos?
- —Revueltos, por favor —respondió Jenna.
- —¿Cormac?
- —Como los vayas a hacer.
- —Bien, entonces, prepararé un montón de mi famoso revuelto de verduras.
 - —Traeré los platos y nos serviré un poco de café —comentó Jenna.

- —¿Puedo ayudar? —Preguntó Cormac.
- —No, solo toma asiento en el desayunador y déjanos encargarnos el resto
 —dijo Dylan.

Cormac observó a los primos mientras se movían por la cocina, Dylan cocinando expertamente y Jenna llevando platos, tazas, cubiertos y servilletas. Vertió el café en tres tazas y puso una delante de Cormac, junto con la crema, el azúcar y una cuchara para remover. Puso una taza al lado de Dylan y cogió la suya, echándole crema y azúcar.

Al poco tiempo, estuvieron sentados uno al lado del otro en la barra de desayuno disfrutando del maravilloso desayuno de Dylan. Chester estaba felizmente comiendo un trozo de tocino que Cormac le había dado a escondidas.

- —Gracias por el desayuno, Dylan. Estuvo delicioso —dijo Cormac.
- —De nada. Me alegro de que te haya gustado.

Cormac se puso de pie y se dirigió a la habitación de Jenna.

- —Oye, ¿a dónde vas? —Interrogó ella.
- —Ducha.
- —Te acompaño —Jenna le siguió de cerca—. Dylan, te encargas de los platos, ¿verdad?
 - —Claro —se rio.

Cormac se sorprendió un poco cuando Jenna anunció que lo acompañaría. ¿Quería ducharse con él? De ser así, no tenía ninguna objeción al plan. De hecho, le pareció una buena idea. Ella puso sus manos en su cintura mientras lo seguía por el pasillo. No podía creer el cambio de su actitud desde el primer día de su llegada hasta este momento. Estaba tan feliz que pensó que Jenna había estallado. Cailin y Ashley se sorprenderían tanto al verla cuando la llevara a casa con él.



La ducha caliente llenó el baño con vapor y Jenna pensó que su vida era bastante perfecta en ese momento y que sería aún más perfecta una vez que convenciera a Cormac de no regresar a Escocia. Pero claro que tenía algunos problemas con los que ambos tendrían que lidiar. Cormac no podía ir por ahí pensando que era del siglo dieciséis y que una bruja lo había enviado al presente, pero ella le conseguiría ayuda y él estaría bien porque era increíble en todos los demás aspectos. Todavía no estaba segura de que Dylan no se

hubiera involucrado en alguna elaborada broma pesada para ella, pero tanto Dylan como Cormac le aseguraron que no era así. ¿Podría creerles?

- —¿Te unes a mí, amor? —Preguntó Cormac preguntó desde dentro de la ducha.
 - —Oh, sí, lo siento. Solo estaba pensando.

La mano de Cormac se extendió desde detrás del cristal de la ducha para arrastrarla hacia él.

—¿Y en qué estabas pensando?

El agua corría en chorros por su cuerpo, haciendo temblar a Jenna con anticipación.

- —Estaba pensando en lo increíble que eres —se pararon cara a cara en la gran ducha doble con sus cuerpos tocándose—. Déjame encender otros inyectores —se puso detrás de él y giró una perilla que les roció agua desde todos los ángulos—. ¿Qué te parece eso?
 - —Bien —dijo Cormac, observándola de cerca.

Jenna agarró el jabón y comenzó a enjabonarle el pecho. La sensación de su piel bajo sus manos la estaba volviendo loca de deseo. Bajó la mirada y descubrió que estaba teniendo el mismo efecto en Cormac. Descendió hasta sus abdominales que se marcaban al tocarlos y luego aún más abajo hasta que cogió su duro miembro entre sus manos enjabonadas. Cormac gimió en aparente deleite.

—Creo que puedo haber muerto e ido al cielo, muchacha.

Se recostó contra la pared de la ducha y Jenna se aprovechó de su evidente deleite. Acarició seductoramente sus muslos mientras lubricaba sus manos con burbujas de jabón.

—Date la vuelta para que pueda lavarte la espalda.

Cormac obedeció. Ella procedió a lavarle la espalda y el culo muy bien torneado.

- —Bien, todo listo —anunció minutos después.
- —No creo haber terminado, Jenna.

La levantó y ella le envolvió las piernas alrededor de su cintura mientras él la apoyaba contra la pared de la ducha y la embestía, exactamente como esperaba que lo hiciera.

Jenna no podía recordar haber estado tan excitada. Había algo en este hombre que la ponía caliente y la afectaba con tan solo mirarlo. Aquello era la cereza sobre el pastel. Se agarró fuertemente a sus hombros, pero sabía que Cormac no la dejaría caer. Le estaba dando la montada de su vida. Las

sensaciones que se apoderaban de su cuerpo no dejaban espacio para más pensamientos, y se dejó llevar por el placer.

—Jenna. Jenna —respiró su nombre; su caliente aliento haciéndole cosquillas en la oreja a medida que su ritmo aumentaba. Lo sintió palpitar en lo más profundo de su ser a la vez que ella misma se liberaba, enterrando su cabeza en su hombro para sofocar el grito que quería escapar de sus labios.

Capítulo 15



engo que ir a la oficina por un minuto o dos. Solo para dejar el premio de mis padres —anunció Jenna mientras se preparaban para salir de la casa poco tiempo después.

Cormac asintió sin estar seguro de qué era o dónde estaba la «oficina». La siguió abajo hasta una habitación con un pequeño *coche* dentro color plata, y algo sobre él le resultó muy atractivo a Cormac. Caminó alrededor de este, examinando y admirando cada detalle desde todos los ángulos.

—Te gusta, ¿eh? —Jenna lo notó con una sonrisa—. A la mayoría de los chicos les gusta. Vamos, sube —le hizo señas para que abriera la puerta del pasajero.

Cormac la vio abrir su propia puerta y él se acercó al otro lado y abrió la suya. Se subió a lo que era un coche muy pequeño, pero descubrió que a pesar de su tamaño, él encajaba perfectamente. Permaneció en silencio, ocupado examinando los asientos, las ventanillas, el techo y todos los demás aspectos del vehículo.

Jenna presionó un botón en el tablero y la puerta del garaje se abrió. Cormac observó cómo giraba la llave y el *coche* cobraba vida con un rugido. Era muy diferente a la *camioneta* de Dylan. Él realmente quería aprender a conducir uno, pero Jenna le había dicho que no podía porque necesitaba una licencia.

—¿Listo?

—Sí.

Estaba emocionado por salir con Jenna. Sentía un fuerte vínculo con ella y esperaba que fuere recíproco. Parecía serlo, basándose en las últimas veinticuatro horas. Él se iría pronto y estaba decidido a llevársela. Después de

la noche y la mañana que habían compartido, no creyó tener problemas para convencerla de acompañarlo.



Mientras salían del garaje, el corazón de Jenna cantaba dentro de su pecho. Días atrás, nunca hubiera creído que se iba a encontrar enamorándose de Cormac. Especialmente después de la forma en que llegó a su vida y, todavía más aún, después de la promesa que había hecho sobre mantenerse alejada de los hombres tras el fracaso de Jonathan. Le encantaba la forma en que todo parecía tan nuevo para Cormac. Él miraba el mundo que le rodeaba con asombro e incredulidad. Las cosas debían ser muy diferentes en la parte de Escocia de la que era.

Se rio para sí misma y sacudió la cabeza.

- —¿Qué es tan gracioso, muchacha? —Cormac apartó la atención del coche por un momento.
- —Estaba pensando en lo lejos que hemos llegado, desde esa mañana en el Marina Green.
 - —Sí. Parece que fue hace tanto tiempo —Cormac sonrió, coincidiendo.

Jenna condujo por las calles de San Francisco, deteniéndose en cada semáforo en rojo, lo cual era uno de los dolores de cabeza como consecuencia de conducir en la ciudad. Afortunadamente, una vez que terminaron en el Distrito Financiero donde dejarían el premio, fueron a Sausalito y el tráfico se redujo.

Jenna se detuvo frente al edificio de la Fundación Sinclair y fue recibida por el aparcachoces.

- —Señorita Sinclair, me alegro de verla —dijo al abrirle la puerta.
- —Gracias, Jimmy. No tardaremos mucho —Jenna le sonrió radiante dándole palmaditas en el brazo para después llevar a Cormac a través de las puertas corredizas del edificio de sus padres. Se detuvo frente al ascensor y presionó el botón de llamada.

Mientras esperaban, Cormac miró las puertas del ascensor, pareciendo desconcertado.

- —¿Qué va a pasar?
- —Solo estamos esperando al ascensor para que nos lleve al último piso.

Las puertas se abrieron y Jenna le hizo un gesto para que la siguiera dentro. Mientras las puertas se cerraban tras ellos, Cormac se sobresaltó y ella se encontró una vez más sorprendida por su aparente falta de cosmopolitismo.

—No te preocupes, todo saldrá bien. Es más rápido tomar el ascensor que subir las escaleras —le aseguró colocando una mano en su brazo.

Al llegar al último piso, las puertas se abrieron y entraron en la *suite* ejecutiva donde fueron recibidos por Susan Mitchum, la asistente ejecutiva de la familia Sinclair.

- —Hola Susan —saludó cálidamente Jenna.
- —¡Jenna, no esperaba verte hoy! —Los ojos de Susan se dirigieron a Cormac, quien estaba detrás de Jenna en silencio—. Veo que has traído un invitado.
- —Oh, sí... Susan, este es Cormac MacBayne. Cormac, ella es Susan Mitchum. Es nuestra muy capaz asistente ejecutiva.
 - —Es un placer conocerle —dijo educadamente Cormac.
- —Lo mismo digo —sonrió Susan. Lugo devolvió su atención en Jenna—. ¿Puedo ayudarte en algo, Jenna?
 - —Solo vine a dejar el premio de anoche. ¿Te importaría cogerlo?
- —Para nada. Lo pondré en la vitrina —Susan lo cogió—. Es hermoso. Nunca se sabe, a veces parecen trofeos de fútbol —se rio—. Por cierto, Jenna, tengo algunos papeles que necesito que firmes. Tu padre me pidió que te los hiciera firmar la próxima vez que vinieras.
- —Oh, claro. Estaré en mi oficina —Jenna cogió a Cormac de la mano y lo llevó a una gran habitación bellamente decorada y con una increíble vista de la ciudad con ventanas de pared a pared y de suelo a techo. Jenna se sentó detrás del escritorio. Echó un vistazo al correo que habían dejado allí esperando por su atención y luego abrió su laptop para revisar los correos electrónicos. Mientras estaba ocupada respondiéndolos, Cormac se acercó a las ventanas y se quedó en silencio, asombrado por la vista.
 - —Es increíble. Puedo ver todo el camino hasta el agua desde aquí.
 - —Es una de las mejores vistas de la ciudad —dijo con orgullo Jenna.
- —Aquí están esos papeles, Jenna —Susan entró con una pila de carpetas y las colocó en el escritorio de Jenna.
 - —¿Qué es todo esto? —Se preguntó en voz alta.
- —Algunos contratos, cartas y propuestas. Tu padre ya los ha aprobado todos. Aquí está su *e-mail* explicándolo todo —Susan señaló el pedazo de papel hasta arriba.

Jenna rápidamente echó un vistazo al correo electrónico y luego agarró un bolígrafo y se puso a trabajar firmando los distintos impresos. Cormac no

había dejado su lugar junto a la ventana. Terminó rápidamente con los papeles y luego se los devolvió a Susan.

- —Aquí tienes. Gracias, Susan.
- —No hay problema. ¿Adónde van ahora?
- —A Sausalito. Cormac está de visita desde Escocia, así que quería mostrarle algunos de los lugares de interés.
- —También deberías ir a Muir Woods. Es muy hermoso. Ya sabes, esas secuoyas gigantes no se encuentran en todas partes —sugirió Susan.
- —Es una buena idea, creo que lo haremos. Gracias de nuevo, Susan. Ya sea Dylan o yo vendremos pronto. Nunca se sabe —Jenna se levantó del escritorio—. Cormac, deberíamos irnos.

Cormac se giró desde la ventana con una mirada de asombro y una sonrisa torcida iluminó su rostro mientras se dirigía hacia Jenna y Susan.

- —No puedo esperar a contarle a mi familia en casa todas las maravillosas cosas que he visto aquí.
 - —Bueno, hay más que ver antes de que te vayas —*Si te vas*, pensó Jenna.



El puente Golden Gate estaba extrañamente libre de tráfico mientras Jenna guiaba el coche a través de él. Cormac parecía estar cautivado por todo lo que había frente a él. El sol brillaba en el agua donde las pequeñas velas blancas de los barcos se esparcían mientras atravesaban las aguas de la bahía bajo el puente en ese hermoso día. Además de los coches, había peatones paseando y disfrutando de la vista, junto con los que iban en bicicleta y corriendo. Jenna se sentía relajada y feliz. No había tenido esa sensación en mucho tiempo y casi había olvidado cómo se sentía. Ella estaba realmente disfrutando de la vista. Era divertido verla a través de los ojos de otro. Especialmente de alguien que era muy obvio que estaba emocionado por todo esto.

- —Ah, Jenna, me siento como un idiota cada vez que abro la boca. ¡Este lugar esta vez es muy hermoso! Las palabras me fallan —Cormac levantó las manos en aparente exasperación por su propia falta de palabras para expresar sus pensamientos.
- —¡Es hermoso! Entiendo completamente cómo te sientes —retiró una mano del volante y la puso suavemente sobre su brazo.
- —Sí, pero no importa cuán hermoso sea, no es tan hermoso como Breaghacraig —declaró Cormac.

- —Bueno, supongo que tendré que verlo por mí misma algún día admitió Jenna.
- —Podrías verlo conmigo más pronto de lo que crees, muchacha comentó en voz baja.
 - —Cormac, no hablemos de eso, por favor.

No quería arruinar el día y esperaba evitar esta discusión por ahora.

- —Jenna, te gustaría ver donde vivo, tú misma lo dijiste. ¿Por qué no vienes conmigo cuando me vaya? Puede que sea tu única oportunidad de hacerlo.
- —Puedes tener razón, pero no me rie contigo cuando te vayas. Nos mantendremos en contacto y tal vez en un mes más o menos vaya a Escocia y entonces me podrás mostrar los alrededores.
- —Será demasiado tarde. Debes acompañarme cuando me vaya o ya jamás
 —Cormac parecía totalmente abatido por su negación.

Jenna estaba empezando a sentirse más como la quisquillosa Jenna de antes. ¿Cómo se atrevía a decirle lo que tenía que hacer?

—Cormac, hemos estado pasando un rato muy agradable. ¡No lo arruines ahora con toda esta charla sobre mi viaje a Escocia! ¡Apenas nos conocemos, y no me apetece y no voy a viajar a un país extranjero contigo sin pensarlo un poco más!

Cormac se recargó en el asiento del coche enfadado mientras Jenna dejaba de tocarle el brazo y seguía conduciendo por el puente, ambos bajo un silencio sepulcral.



Cormac no estaba muy seguro de cómo en tan poco tiempo las cosas habían resultado muy mal. Simplemente sugirió que lo acompañara, ya que ella misma había dicho que le gustaría conocer Breaghacraig. Y ahora no le hablaba y él sentía que el muro que había trabajado tan duro por demoler se estaba levantando de nuevo. Necesitaba hacer algo antes de volver a como todo solía ser.

—Lo siento, Jenna. No quería molestarte. Tienes razón. Hemos estado pasando un tiempo encantador juntos. ¿Puedes perdonarme? No pude evitarlo. Sería un tonto si no quisiera que vinieras conmigo, pero no lo volveré a mencionar. Veo que ya te has decidido.

Se sentó perfectamente quieto esperando por su respuesta, y estaba a punto de rendirse cuando Jenna lo miró con la expresión más triste que jamás había visto. Le dolió el corazón. ¿Acaso había causado esa expresión de dolor? Si alguien más se hubiera atrevido a ponerla así de triste, Cormac sabía que él se convertiría en el cavernícola del que Jenna había hablado, pero fue él mismo quien hizo a Jenna tan infeliz. No merecía su amor. Quizás era mejor que se fuera a casa y se olvidara de ella.

- —Cormac, por supuesto, te perdono. Pero tienes que entender por qué no puedo ir contigo, no ahora. Nos conocemos desde hace menos de una semana y, aunque nos hemos acercado, no sería inteligente que lo dejara todo y me fuera contigo. Recientemente he aprendido algunas difíciles lecciones y tengo que ser muy cuidadosa, especialmente contigo. Lo entiendes, ¿verdad?
- —Sí, lo entiendo —en realidad no lo hacía, pero estaba tan aliviado de que le volviera a hablar, y él no tenía intenciones de complicar más las cosas.
- —Vale, bien —sonó aliviada. Detuvo el coche en un espacio de estacionamiento vacío—. Llegamos a nuestra primera parada. Muir Woods.

Cormac bajó y se abrió paso para ayudar a Jenna, pero ella se le adelantó.

- —No te preocupes por mí, Cormac, puedo salir del coche yo sola.
- —Por supuesto que puedes, muchacha —Cormac se sintió un poco herido por su reacción. Sabía que podía salir del coche por sí misma, pero quería ser cortés y ayudarla. Ciertamente tenía mucho que aprender sobre las mujeres de esta época.

Jenna estaba de pie esperándolo con la mano extendida. Cormac la cogió y caminaron por el sendero que conducía a través de los árboles. Cormac nunca había visto nada parecido; el tamaño de los árboles era impresionante.

- —Esta es una arboleda de secoyas costeras. Tienen entre 400 y 800 años de antigüedad y algunos de los árboles llegan a medir hasta setenta y seis metros. Increíble, ¿no? —Jenna, sonando como una guía turística, compartió su conocimiento de Muir Woods con Cormac, quien llevó la cabeza hacia atrás lo más que pudo para poder ver hasta las copas de los árboles.
- —Estos árboles estaban aquí y crecían en mi época —comentó Cormac, sintiéndose bastante impresionado.
 - —Ajá —Jenna puso los ojos en blanco.
 - —Sé que no me crees, Jenna, pero es verdad —anunció en voz baja.

Ella no respondió, sino que se quedó con las manos en las caderas y con una expresión de perplejidad. Cormac pensó que era mejor cambiar de tema y empezó a preguntarle sobre Muir Woods.

—Muir es un nombre escocés, ¿verdad?

- —Sí, John Muir, el hombre que dio nombre a este bosque era un naturalista escocés. Nació en Escocia y vino a América cuando era un niño.
 - —¿Aún vive? —Preguntó Cormac de manera inocente.
- —¡Realmente necesitas parar esto, Cormac! Está empezando a cansar espetó.
 - —¿Parar qué, muchacha?

Jenna alzó una ceja, pareciendo muy enfadada.

- —Realmente no sé si está vivo o muerto —comentó Cormac en voz baja.
- —Murió hace mucho tiempo, Cormac. Mira, ¿podemos establecer algunas reglas básicas para el resto del día? No creo que seas del siglo dieciséis y no creo que una bruja te haya enviado a buscarme, así que por favor, ¿puedes parar este loco juego que estás jugando?
 - —Como quieras, muchacha, pero no es un juego.
 - —Gracias.

Cogió su mano y se la llevó a los labios. Jenna inclinó su cabeza y sonrió dulcemente. Continuaron caminando entre los árboles gigantes. Cormac se sentía un poco nostálgico y caminar por el bosque le reconfortaba el corazón. Esto era lo más cercano a su hogar que había visto desde su llegada. Podía imaginarse caminando por el bosque de vuelta a casa y de la mano Jenna mientras le mostraba su mundo. Le quedaba un día para convencerla y las cosas no estaban del todo bien. Ella ni siquiera le permitiría hablar el tema.

Capítulo 16



egún Jenna, Battery Spencer era el mejor lugar para observar el atardecer. Guio el coche hasta un estacioamiento y ambos bajaron. Cormac se apoyó en el capó del coche mientras Jenna se inclinaba hacia él y esperaba lo que resultó ser un caleidoscopio de colores: *rosa*, naranja, dorado, púrpura. Era magnífico y era todavía mejor verlo desde el cobijo de los fuertes brazos de Cormac. Jenna estaba empezando a darse cuenta de que su relación iba a durar muy poco y, si quería que continuara, iba a tener que abordar el tema de él quedándose. Lo haría esta noche y esperaba poder convencerlo.

Cormac bajó la cabeza y le acarició la oreja.

—Eso fue casi tan hermoso como tú, Jenna.

Ella se inclinó hacia la caricia.

- —Es muy dulce de tu parte decir eso.
- —No lo diría si no fuera verdad.

Jenna se giró en sus brazos y le envolvió los suyos alrededor de su cuello.

—Eres bastante romántico, Cormac MacBayne —de pie y de puntillas, frotó la nariz contra la suya y se acercó un poco más a su fuerte agarre. Hubo una agitación en su vientre mientras pensaba en la noche anterior, la que habían pasado envueltos el uno en el otro.

Los ojos de Cormac brillaron cuando miró los de Jenna.

- —¿Adónde te has ido, amor?
- —A ningún lugar, de verdad —mintió—. Estaba pensando que deberíamos ir a cenar.
 - —¿Una cena?
- —Sí. No has comido desde nuestro tardío desayuno. Debes estar hambriento.

Cormac pareció pensar en eso por un momento antes de responder:

- —Sí, lo estoy.
- —Bueno, vamos entonces —Jenna salió de sus brazos y sintió un escalofrío por la pérdida de su calor.

Cormac puso su mano en la parte baja de su espalda y la guio suavemente hacia la puerta del copiloto, la cual abrió antes de que ella pudiera protestar. Jenna entró, se sentó y Cormac cerró la puerta para dirigirse hacia el lado del pasajero. Vio como él se encorvaba fácilmente en el espacio compacto a su lado y le dedicaba otra deslumbrante sonrisa. Estaba tan cautivada por él que por un momento literalmente se olvidó de respirar. Una vez que se controló, arrancó el coche y se dirigió a Sausalito y a su restaurante favorito frente al mar.



— Hola Casey — saludó Jenna a una alta y delgada morena que los esperaba justo en la puerta de la pequeña marisquería que estaba situada justo al borde del agua.

- —¿Tienes una mesa para nosotros?
- —Por supuesto, por aquí. ¿Cómo has estado? Hace tiempo que no te veo —los llevó al patio exterior hasta una mesa que daba a la bahía de San Francisco—. ¿Has estado bien desde el divorcio?
- —Sí; continuando con mi vida. Por fin me he liberado del ancla que me habría mantenido sujeta. Tuve suerte de salir cuando lo hice.

Cormac retiró la silla de Jenna y, mientras se sentaba, Casey les entregó ambos los menús.

- —Sé que probablemente no tenga que preguntarte lo que quieres, Jenna. ¿Lo de siempre?
- —Eso sería genial, Casey. ¿Y tú, Cormac? Pediré la pasta de mariscos. Está para morirse, ¿verdad Casey?
 - —Es la especialidad de la casa —coincidió felizmente Casey.
 - —Entonces eso es lo que quiero.
 - —¿Algo de tomar mientras esperan?
- —Un Sunset Margarita sin sal, por favor —dijo Jenna y le echó un vistazo a Cormac, quien parecía un poco desconcertado por el menú de bebidas—. Él quiere lo mismo. ¿Y podemos pedir también calamares fritos?

- —Claro. Dejaré su pedido y volveré con sus bebidas —Casey se alejó para volver dentro.
- —Me encanta este lugar. He venido desde que era un niña pequeña. Los padres de mi mejor amiga, Ashley solían traernos a todos, incluyendo a Dylan, para darnos un gusto —Jenna miró melancólicamente a Cormac, quien tenía una expresión muy extraña. Aclaró su garganta al beber un enorme trago de agua, evitando la mirada de Jenna—. ¿Está todo bien?
 - —Sí. Todo está bien, muchacha. No te preocupes.
- —Es que tenías una expresión muy extraña —insistió—. ¿Fue algo que dije?
 - —No. Acabo de tener un picor en la garganta. Eso es todo.

Casey volvió con sus bebidas.

- —Aquí tienen. Disfruten.
- —Gracias, Casey —Jenna le sonrió a la anfitriona del restaurante quien también era su camarera.
- —Gracias, muchacha —comentó Cormac cuando puso su bebida frente a él.
- —De nada —Casey se giró y miró a Jenna para después decir: ¡Está bueno!

Jenna se rio y Cormac la miró curioso mientras Casey se alejaba.

- —Ella cree que eres caliente.
- —No. Estoy bien, muchacha. El clima es perfecto.

Jenna volvió a reír.

- —No ese tipo de caliente. Ella cree que eres muy guapo.
- —¿Caliente significa guapo?
- —Sí, excepto cuando en realidad significa caliente —se estaba divirtiendo al molestarlo, y le hizo gracia verlo pavonearse como un pavo real ante la noticia. Jenna levantó su copa para un brindis—. Por tu atractivo —se rio. Chocaron las copas y tomaron un sorbo.
- —¿Qué hay en esta bebida, amor? —Preguntó, estudiando el contenido del vaso con interés.
- —Tequila, triple sec, zumo de lima y la parte del atardecer es proporcionada por la granadina.
 - —No había probado nada de eso. Es muy bueno.
- —En realidad, sí. Probaste el mío en el bar de karaoke, ¿recuerdas? Aunque no tenía la granadina.

Sus calamares llegaron y Cormac los examinó con bastante cuidado, pinchándolos con su tenedor como si esperara que saltaran del plato.

- —¿Qué es este calamar?
- —Es un pulpo. Uno pequeño —explicó Jenna. Cuando todavía parecía desconcertado, volvió a hablar—. Nunca lo habías probado, ¿eh?
 - —No —se veía muy inseguro, cogiendo uno entre sus dedos.
- —Toma, mójalo en la salsa —Jenna le mostró a lo que se refería, mojando un pedazo de calamar en la salsa antes de llevárselo a la boca—. Lo que más me gusta son los tentáculos —puso una sonrisa.
- —¿Los tentáculos? —Preguntó, siguiendo su ejemplo y disfrutando de sus primeros calamares.
- —Las pequeñas cosas onduladas —cogió uno y se lo enseñó—. ¿Qué te parece? ¿Los amas?
- —Sí. Son muy buenos. La cocinera de Breaghacraig nunca ha hecho nada como esto.
 - —Te lo has estado perdiendo —bromeó.

Para satisfacción de Jenna, Cormac continuó devorando los calamares. Estaba feliz de compartir algunas nuevas experiencias con él, y aún más verlo disfrutar.

Su platillo principal llegó y sus platos fueron puestos frente a ellos junto con una cesta de pan recién horneado. Jenna una vez más observó a Cormac luciendo totalmente confundido por la comida. Luego dirigió su atención hacia ella y dijo:

- —Reconozco los mariscos, pero ¿qué es esto? —Recogió un hilo de pasta.
- —Es pasta. Tu cocinera tampoco la hace, ¿verdad? —Jenna sacudió la cabeza—. No, no te molestes en responder a la pregunta. Lo entiendo. Todo esto es nuevo para ti. Déjame mostrarte cómo comerlo.

Cogió su tenedor y cuchara y le mostró cómo hacer girar la pasta en el tenedor. Cormac lo intentó y falló miserablemente.

—Sigue intentándolo. Le cogerás el truco —se rio.

La determinación estaba escrita en la cara de Cormac mientras se ponía a trabajar dominando el giro de la pasta. Después de unos cuantos intentos, finalmente llevó la pasta del plato a su boca sin dejarla caer, y parecía estar disfrutándolo mucho. Mientras comía, Jenna seguía inspeccionando a Cormac para ver si necesitaba ayuda, pero según la rapidez con que la comida desaparecía del plato, no creía que le estuviera costando. Cuando se sintió llena, le ofreció el resto de su comida y él aceptó con gusto. Y en un instante desapareció.

Jenna pagó la cuenta y se despidió de Casey mientras se iban.

—Gracias, Casey. Todo estuvo genial.

- —Espero pronto volverte a ver aquí —respondió mientras Jenna y Cormac caminaban hacia la puerta.
- —Caminemos un poco y luego paremos por un helado o una golosina... o ambos —sonrió Jenna.

Cogió el brazo de Cormac y se acurrucó cerca suyo mientras caminaban a lo largo de la costa hacia la zona comercial más turística.

—Está bastante ajetreado esta noche —observó Jenna. Cormac no pareció escucharla; estaba muy ocupado tratando de ver todo a la vez. Tiró de su brazo para llamar su atención y él dejó de caminar y se volvió hacia ella. Jenna respiró profundamente antes de preguntar con cautela—: Cormac, ¿qué pensarías de quedarte aquí conmigo?

Su expresión cambió y ella vio la tristeza indeleble en su rostro.

—Jenna, no puedo quedarme. Quiero estar con vos, pero no pertenezco a este lugar. Debo volver a casa con mi familia, me necesitan allí.

Sabía que estaba hablando desde el corazón. Era evidente por su comportamiento que quería quedarse, pero simplemente no podía. La decepción y la angustia la invadieron como las olas a los Mavericks.

—Lo siento mucho, Jenna. Creo que me he enamorado de ti en este corto tiempo que se me ha dado para estar aquí. Edna tenía razón. Eres la única para mí, y pasaré el resto de mis días lamentando la pérdida de lo que podría haber sido. Te he pedido que regreses conmigo, pero no lo harás.

Jenna quería llorar al escuchar que se había enamorado de ella. La vida estaba llena de crueles sorpresas. Cormac llegó a su vida de manera poco convencional y se había encariñado con ella. Al principio era sarcástica y grosera con él, pero nunca dejó que eso le impidiera querer estar con ella. Ahora Jenna iba a tener que despedirse de él justo cuando estaba entendiendo que ella también lo amaba. ¿Podría simplemente empacar e irse? No, por supuesto que no. ¿Qué sabía realmente de él? Cuando pensó en ello, bueno, no mucho más de lo que él le había dado a conocer. No podía irse. Tenía que conocerlo mejor antes de tomar una decisión tan monumental, asegurarse de que no se arrepentiría como lo hizo con Jonathan.

- —Jenna, mírame —Cormac sostuvo su rostro entre sus manos—. Por favor, ven conmigo.
- —Cormac, no confío en mí misma para tomar buenas decisiones cuando se trata de hombres. La experiencia pasada me ha demostrado que apesto en ello. Sé que todo parece perfecto en este momento, pero ¿qué tal dentro de una semana o un año? Simplemente no puedo hacerlo —sintió a las lágrimas

cosquilleándole las pestañas y las hizo desaparecer antes de que Cormac pudiera verlas.

La miró a los ojos.

—Ten fe, amor. Todo será como debe ser.

Jenna puso los ojos en blanco. ¿Qué era toda esa palabrería de la Nueva Era que estaba soltando? Ella sabía que no debía poner su fe en el amor porque realmente podría regresar para darle una patada en el culo. Continuaron caminando y se encontraron frente a la heladería. Dejando a un lado su situación por un momento, decidieron compartir un barquillo, lo que significó que Cormac se comió la mayor parte. No es que a Jenna le importara, se sentía un poco mal y no le quedaba mucho apetito, ni siquiera para el helado. La siguiente parada fue la tienda de dulces.

- —Cormac, vamos a comprar algunos dulces para que se los lleves a los pequeños —sugirió Jenna.
- —Jenna, no tengo dinero para comprarlos y no puedo pedirte que gastes más dinero en mí del que ya has gastado.
 - —Quiero hacerlo. Puedes decirles que es un regalo de mi parte.

Cormac la acercó y le plantó un beso en la cabeza.

- —Eres un dulce. Estarán muy felices.
- —Vamos entonces —sonrió Jenna, tratando de estar lo más alegre posible, aunque por dentro se encontraba luchando.

La tienda de caramelos estaba llena de familias comprando caramelos, lo cual solo la entristeció más. No pudo evitar recordar el tiempo que pasó allí con los Moores. Toda esta gente feliz le hizo preguntarse si alguna vez tendría una familia. Se encontró a sí misma pensando en Cormac y en el gran padre que sería. La fantasía de un «felices para siempre» se encontraba llamándola. Mentalmente sacudió la cabeza, sabiendo que era mejor no escuchar.

Jenna cogió una cesta de la parte delantera de la tienda y guio a Cormac, explicándole cuáles eran los dulces. Él escogió un poco de todo: piruletas, chocolate, gomitas dulces y caramelos masticables. Se detuvieron frente a una canasta de gomitas de melocotón y Jenna dijo:

—Mi amiga Ashley y yo solíamos venir aquí cada vez que su familia nos traía a Sausalito. Siempre nos abastecíamos de caramelos, pero los favoritos de Ashley eran estas gomitas de melocotón.

Cormac cogió uno de los caramelos y lo examinó.

—¿Realmente eran sus favoritos? —Preguntó sonando curioso, como si conociera a Ashley y esa información le hubiera sorprendido.

- —Sí. Llenaba la canasta tanto como podía antes de que sus padres le dijeran que ya tenía suficiente.
- —Hmmm... creo que quiero algunos —anunció Cormac. Empezó a llenar el resto de la cesta con puñados de gomitas de melocotón.

Jenna se rio.

- —Ciertamente espero que te gusten.
- —No son para mí, amor.
- —Оh...

Jenna no estaba segura de para quién podrían ser, pero estaba un poco celosa para quienquiera que fueran y quien obviamente ocupaba un lugar especial en el corazón de Cormac. Esperaba que no fuera otra mujer. Sin embargo, no había nada que pudiera hacer al respecto. Ella no se iría... y él no se quedaría. Se encontraban en un callejón sin salida y ninguno parecía terminar por cambiar de opinión.

En la caja registradora, Jenna pagó los dulces y les pidió que los dividieran en dos bolsas porque Cormac pidió que las gomitas de melocotón fueran separadas del resto. De nuevo, Jenna tuvo la extraña sensación de que él había comprado el dulce de melocotón para alguien especial. La curiosidad se apoderó de su ser y tuvo que preguntar:

- —Cormac, ¿para quién son las gomitas?
- —Para la esposa de mi hermano Cailin.

Se sorprendió un poco por su respuesta.

—Entiendo —dijo, pero en realidad no entendía nada.

Salieron de la tienda y caminaron sobre la acera en dirección al coche. Jenna estaba muy pensativa. No le gustaba la forma en que se sentía. ¿No se había prometido a sí misma no involucrarse con nadie? ¿Y no había roto ya esa promesa? Ya no sabía qué hacer. Trató de no sonar demasiado posesiva o dependiente cuando preguntó:

- —Cormac, ¿cuáles son tus planes para el futuro?
- Él, quien había estado comiendo un caramelo, se detuvo y la miró directo a los ojos.
- —Para mí, el futuro está de vuelta en casa. Sé que no será contigo, aunque esperaba que fuera diferente. Deseo casarme, tener una familia y pasar el resto de mis días con ellos. Pero ahora no estoy seguro —parecía muy pensativo—. ¿Qué hay de vos, Jenna? ¿Qué planeas para el futuro?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Supongo que mi trabajo de caridad y la fundación. Una vez llegué a pensar que tenía toda mi vida planeada, pero ahora no tengo ningún

plan. Triste, ¿eh? No puedo culpar a Jonathan completamente por lo que pasó. No estaba ciega, pero no quería ver. Tenía tantas ganas de casarme y, por consiguiente, tomé una terrible decisión. No escuché a nadie cuando me dijeron que estaba cometiendo un error. De manera deliberada no vi ni escuché lo que obviamente estaba sucediendo frente a mí. Soy tan culpable como Jonathan.

Cormac la acercó y la envolvió en un abrazo lleno de calidez y cariño. Ella se derritió en el abrazo, pero la verdadera forma de ser de Jenna se apartó y comenzó a caminar de nuevo, con Cormac apresurándose para alcanzarla. No podía hacerle saber cuánto lo quería. Él había rechazado su oferta de quedarse y ella tenía que pensar en continuar con su propia vida. Llegaron al coche y ella abrió rápidamente su propia puerta y entró, cerrándola antes de que Cormac pudiera alcanzarla. Distancia era lo que necesitaba. Se había dejado acercar demasiado y ahora lo lamentaba profundamente.

Cormac abrió la puerta del pasajero y entró. Jenna se dio cuenta de que estaba confundido por su brusquedad, pero no estaba de humor para explicarlo. Arrancó el coche y se dirigió rápidamente hacia la autopista. Solo quería llegar a casa y poner un poco de espacio entre ella y el hombre con el que tan desesperadamente quería estar.



Rodeado por nada más que el ruido del coche, el silencio que emanaba de Jenna era un recordatorio de que él no había sido capaz de conquistarla y que su viaje a San Francisco había sido un fracaso. Cormac no podía pensar en qué hacer o decir para levantarle el ánimo. Durante las últimas horas ella había estado actuando de forma extraña. Le quedaba un día más en San Francisco y quería pasarlo con ella. A pesar de su susceptible lado, la consideraba fascinante. Era inteligente y hermosa. Lo hacía reír, y su calidez y cariño eran evidentes aunque hacía lo mejor que podía para ocultarlos.

- —Jenna, ¿qué pasa, muchacha? —Preguntó sabiendo que su propia preocupación estaba escrita por todo su rostro. No era que Jenna se hubiera dado cuenta, porque no apartaba la mirada de la carretera frente a ella.
 - —No pasa nada.

Eso no convenció a Cormac.

- —¿Está segura? No has dicho una palabra en mucho tiempo.
- —Estoy bien... en serio. Solo concentrándome en conducir.

- —Sí. Ya lo veo —esperó un poco y cuando ella no respondió, preguntó de manera esperanzadora—: ¿Qué haremos mañana, Jenna, amor?
- —Bueno, no sé lo que tú harás, pero yo tengo que ponerme al día con muchas cosas. He tomado suficiente tiempo libre para estar contigo, y ahora necesito volver a mi propia vida.
- —Ya veo. Mañana es mi último día aquí. Esperaba que lo pasaras conmigo. No necesitamos hacer nada especial. Solo quiero estar contigo.

Esperaba no parecer tan desesperado como se sentía. ¿Por qué lo estaba alejando? Esta había sido la semana más maravillosa de su vida y pensó que ella también la estaba disfrutando. Tal vez no. Intentó otra estrategia.

—Jenna, iré contigo, para ayudarte con lo que necesites hacer.

Para su frustración, ella mantuvo la atención de su mirada en el parabrisas.

- —No, eso no funcionaría. Simplemente necesito estar sola.
- —¿Es eso lo que realmente quieres, Jenna?
- —Sí. Sí lo es.

Cayeron nuevamente en el silencio. Cormac no discutiría con ella por esto; Jenna obviamente ya había tomado una decisión. Él solo se sentaría a ver cómo se desarrollaría el día. Esperaría a que ella se le acercara. Estaba seguro de que lo haría. Eventualmente.

Jenna se detuvo en el garaje y ambos salieron del coche. Jenna lo aseguró y se dirigieron a la entrada de la cocina. Dylan estaba sentado en el mostrador y levantó la mirada en cuanto entraron.

—¡Eh, llegaron! Me preguntaba qué les había pasado a ustedes dos. ¡Pensé que habían huido! —Se rio de su propia broma.

Jenna le frunció el ceño y se dirigió a su habitación.

- —Jenna —la llamó Cormac.
- —Ahora no, Cormac. Buenas noches.

Cormac escuchó el portazo de la puerta de su habitación.

- —Bien, ¿qué hiciste ahora? —Dylan se preguntó en voz alta.
- —No hice nada, Dylan, lo prometo. Tuvimos un día encantador. No sé por qué se comporta así.
 - —¿Tuvieron una pelea?
- —No. Como dije, todo salió muy bien —Cormac pensó en los eventos del día y se percató de que la única vez que Jenna se había alejado de él había sido cuando discutieron sobre su partida—. Tal vez está molesta conmigo porque me voy. Me pidió que me quedara, pero cuando le expliqué que no

podía, pareció molestarse. Volvió a la normalidad por un corto tiempo y luego continuó sin hablar conmigo.

- —Hmmm... Eso no es bueno —Dylan arrugó las cejas—. Cormac, ¿hay alguna razón por la que no puedas quedarte?
- —Edna me dijo que si no volvía en la fecha señalada, ya jamás podría volver. Ella nunca ha enviado a nadie fuera de su propia época hasta un lugar tan distante. No puedo arriesgarme a eso. Tengo a mi familia en casa y no quisiera vivir sin ellos. Si hubiera una forma de quedarme un poco más, lo haría. Jenna no me acompañará y estoy muy triste por eso, pero entiendo por qué debe quedarse. No siente que me conoce lo suficiente como para dejar todo esto atrás, y la verdad es que yo tampoco la conozco lo suficiente Cormac caminaba inquieto por la cocina—. ¿Qué debo hacer, Dylan? Me resta un día aquí y quiero pasarlo con ella, pero dice que no quiere, que tiene otras cosas que hacer.
- —Intentaré hablar con ella. Aunque no ahora mismo. A veces solo necesita un poco de tiempo para pensar, y cuando se de cuenta de que no está siendo razonable, volverá a la normalidad.
 - —¿Crees que eso sucederá?

Dylan se encogió de hombros y Cormac no estaba convencido de que incluso Dylan creyera que funcionaría.

- —Entonces me iré a la cama. Te veré por la mañana.
- —Buenas noches, Cormac.

Cormac se dirigió a su habitación. Quería detenerse en la puerta de Jenna, pero no quería hacerla enojar. Cuando se enfadaba todo lo que quería hacer era ponerla feliz. Verla sonreír era como ver el amanecer. Su cara brillaba y sus ojos soltaban chistas y lo hacían por él, por él. Tal vez no se merecía un regalo tan maravilloso.

Capítulo 17



rrojar sus almohadas a través de la habitación no hacía que Jenna se sintiera mejor. ¡Maldita sea! ¿Cómo pude enamorarme? ¡Eso definitivamente no era parte del plan! Se hizo un ovillo sobre la cama, su pecho se aferró a la almohada y dejó caer las lágrimas que había estado conteniendo. ¡Maldita sea! ¡Maldita sea! ¡Maldita sea! Se estaba comportando como un bebé. Esa no era la forma de tratar al hombre que no había hecho nada más que quererla lo suficiente como para pedirle que se fuera a casa con él.

No podía ir. Necesitaba quedarse en San Francisco. Llorar y hacer mohínes no eran algo que hiciera. Hasta que Cormac MacBayne apareció en su vida. Muchas veces soltó lágrimas enfadadas con Jonathan, pero las tristes eran una rareza en su mundo. No se permitía el lujo de sentir lástima de sí misma, pero así era exactamente como se sentía justo ahora. Sus emociones fluctuaban entre la tristeza, la desesperación y la irritación de que eso le sucediera. Si Cormac no hubiera llegado de la niebla esa mañana, no estaría enfrentando un futuro de preguntarse qué pasaría si. ¿Y si se iba con él? ¿Se arrepentiría de su decisión? ¿Se despertarían los dos una mañana y se darían cuenta de que habían cometido un terrible error? Jenna quería correr por el pasillo a la habitación de Cormac y arrojarse a sus brazos, pero eso no iba a resolver nada. Solo complicaría más las cosas. Necesitaba una cabeza fría para lidiar con su partida. Esta noche se quedaría en su propia habitación y, en vez de pensar con el corazón, pensaría con la cabeza. Respiró hondo y decidió que por la mañana dejaría que Cormac la acompañara. Había mentido acerca de tener cosas que hacer. En ese momento en particular, no había querido estar cerca de él y, sabía que si lo estaba, nunca sería capaz de lidiar con lo que inevitablemente iba a suceder. Mañana iba a ser difícil, pero ella también

lo era, y podía manejarlo. Definitivamente iba a ser lo más difícil había tenido que hacer en su vida, pero pasaría el día con él y a la mañana siguiente lo llevaría a Marina y le diría adiós.

Sus ojos se abrieron de par en par. ¿En qué estaba pensando? Si él no se iba al aeropuerto y se subía a un avión, en realidad no iría a ninguna parte. Ella se había dejado preocupar cuando en realidad Cormac no se iba. Tal vez mañana podría hacerle soltar la verdad. Tal vez todo *era* una broma, como ella había sospechado desde el principio. Si lo era, se trataba de la broma más cruel que alguien jamás hubiera hecho. Con ese pensamiento en su cabeza, Jenna cayó en un sueño agitado.



En él, Jenna estaba vagando por un bosque cubierto de niebla. Los árboles estaban todos retorcidos y las ramas eran como brazos, extendiendo la mano para agarrarla. Tenía miedo, pero siguió caminando. De repente, justo frente a ella, vio un lobo de ojos amarillos mostrando los colmillos. Jenna se encontró aterrorizada y retrocedió, pero el lobo se le acercó. Dio otro paso atrás y tropezó con una gran raíz, cayendo de espaldas a un árbol. Buscó a su alrededor una forma de escapar, pero ahora el lobo estaba delante de ella, a menos de tres metros de distancia.

—Cormac, Cormac, ¿dónde estás? —Gritó—. ¡Ayuda! Te necesito. ¡Ayúdame!

El lobo se abalanzó sobre ella mientras levantaba los brazos para proteger su cara.

Jenna se despertó con un sobresalto, sudando mucho y jadeando para respirar. Se limpió las lágrimas de sus mejillas húmedas y se incorporó, escuchando que llamaban a su puerta.

- —Jenna, ¿estás bien? ¿Puedo entrar? —Cormac parecía preocupado.
- —Estoy bien, Cormac, solo tuve una pesadilla. Puedes volver a la cama.
- —Te escuché llamándome. ¿Estás segura de que no me necesitas?
- —Estoy segura. Te llamaba en mi sueño, pero supongo que hablaba dormida. Siento haberte despertado.
 - —No te preocupes, muchacha. Estoy aquí por si me necesitas.

Ella no le respondió y el silencio se extendió hasta que finalmente lo escuchó retirarse por el pasillo. ¿Qué clase de sueño loco fue ese? Jenna se recostó en las almohadas e intentó inútilmente volverse a dormir. Se dio la

vuelta, miró su reloj y descubrió que apenas eran las cuatro de la mañana. Intentó cerrar los ojos, pero cada vez que lo hacía, veía a ese lobo, a sus dientes derramando saliva, a su aliento caliente abanicar su piel y a sus ojos desnudándola. Se alegró de haberse despertado cuando lo hizo. No podía imaginar lo que habría pasado después en su sueño, pero seguramente no habría sido bueno. Se estremeció de tan solo de pensarlo. Se había sentido tan real.

Encendiendo la luz, buscó en la habitación. Algo no se sentía bien. Se levantó y fue al baño donde encendió otra luz. Esa pesadilla la había asustado mucho. *Te ves fatal, Jenna*. Se apoyó en el lavabo y se miró en el espejo, notando las ojeras bajo sus ojos. *Nada que un poco de maquillaje no pueda arreglar*.

- —Mejor me levanto porque no hay forma de que me vuelva a dormir —se colocó la bata, agarró una manta y se dirigió a la sala de estar. Ver repeticiones de viejas comedias siempre le ayudaba cuando no podía dormir y esperaba que esta vez también funcionara. Enroscó sus piernas debajo de ella y se cubrió con la manta, tirando de ella hasta sus orejas.
- —Jenna, ¿puedo sentarme con vos? —Cormac apareció en la habitación con el pecho desnudo y llevando un par de pantalones de chándal de Dylan—. Obviamente no puedes dormir.

Jenna se acercó para hacerle sitio en el sofá y él se sentó, tirando de ella en sus brazos. Apoyó su cabeza en su pecho, respirando profundamente su aroma —pino y musgo—, y la inquietud que la había estado siguiendo desde la pesadilla desapareció. No dijo una sola palabra, solo la abrazó, besando la parte superior de su cabeza. El calor de su cuerpo la tranquilizó y la hizo sentirse segura. Nada podía hacerle daño cuando se encontraba en sus brazos. ¿Qué haría cuando él ya no estuviera? El pensamiento la hizo envolver sus brazos alrededor de su cintura, pegándolo a ella. No quería soltarse. Una lágrima se deslizó por su mejilla y aterrizó en el pecho de Cormac.

—Jenna, ¿estás llorando? —Su respuesta fue un sorbido de nariz—. Estoy aquí, muchacha. Te cuidaré. Duerme.



La mantuvo cerca mientras cerraba los ojos y se quedaba dormida. La protegería mientras estuviera en San Francisco, pero no podía evitar preguntarse cómo le iría después de que él se fuera. ¿Estaría bien sin él aquí?

¿Seguiría Jonathan acosándola? No quería pensar en esas cosas, así que pensó en la suave y dulce mujer en sus brazos e igualmente terminó durmiéndose.



— Buenos días, dormilones — saludó Dylan—. ¿Y por qué estamos durmiendo en el sofá? Se rumorea que una cama es mucho más cómoda.

Jenna bostezó y se estiró, golpeando accidentalmente la barbilla de Cormac.

- —Buenos días —se las arregló para decir mientras se frotaba los ojos soñolienta. Alargando la mano, masajeó suavemente su barbilla—. Lo siento, Cormac, no quise pegarte.
- —No tengas miedo, amor, se necesitaría más que eso para herirme —le aseguró Cormac. La soltó y ella se incorporó.
- —Espero que se hayan reconciliado —dijo Dylan con un brillo burlón en sus ojos.
- —No estábamos peleando, Dylan —dijo Jenna—. O supongo que debería decir, Cormac no estaba peleando —se acomodó en el sofá y se envolvió la manta más cerca de los hombros—. Lo siento, Cormac. Parece que siempre digo eso y antes de que me digas que está bien, te diré que no lo está. No sé qué me pasa; parece que últimamente no tengo ningún control sobre mis emociones.
- —No te diré que está *bien*, pero aceptaré tus disculpas si me prometes que hoy no te enfadarás conmigo.
- —Creo que puedo hacerlo. Lo prometo —le sonrió tímidamente—. Bien. Tenemos un día más juntos y deberíamos disfrutarlo. ¿Qué tal si solo pasamos tiempo juntos? No tengo ningún plan en específico. Veamos a dónde nos lleva el día.
 - —Creo que eso estará bien. Solo quiero pasar el día con vos.

Jenna pudo ver el amor en sus ojos, y su corazón le dolió al pensar que después de mañana no volvería a verlo.

- —Solo tengo una pregunta para ti y quiero que seas honesto conmigo. Últimamente me han dicho más mentiras de lo necesario.
 - —¿Qué pasa, amor?
- —Necesito que me digas la verdad. ¿Tú y Dylan me han estado gastando una broma pesada? —Exigió en voz baja.

- —Jenna, sé que no eres capaz de creer lo que te he dicho, pero puedes creer que no estoy tratando de engañarte sobre nada.
- —Está diciendo la verdad, Jenna. No es una broma pesada —añadió Dylan, quien parecía bastante serio, lo que Jenna sabía que no era típico de Dylan. Si estaba bromeando, seguramente no habría sido capaz de mantenerlo durante toda una semana. Pero eso la dejó con un dilema aún mayor. ¿Viaje en el tiempo? ¿Brujas? Puede que ella no creyera en eso, pero parecía que Cormac y Dylan sí. Intentó mantener la mente abierta y dejar que todo sucediera a su propia manera. ¿Qué más podía hacer?
- —Vale. Te creo —dijo, aunque todavía estaba luchando por realmente hacerlo—. No volveré a pensar en ello. Hagamos de hoy un día que ninguno de nosotros olvide.
 - —Un día para recordar, ¿no es así? —Cormac asintió con la cabeza.

Chester entró en la habitación con ojos soñolientos.

- —Chester, ¿dónde has estado? —Cormac le frotó las orejas y le sacudió el pelo del lomo. Chester respondió lamiéndole el rostro y retorciéndose ante su deleite de patas a cabeza.
- —Voy a llevar a Chester a su paseo matutino. Volveré un poco más tarde. Ustedes dos diviértanse —Dylan les guiñó un ojo mientras ataba al perro y se dirigía a la puerta—. ¿Deberíamos cenar todos juntos esta noche, o prefieren estar solos?
- —Juntos —dijo Cormac, para decepción de Jenna—. Pero solo para la cena. Después de eso me gustaría pasar mi última noche aquí con Jenna a solas.
- —No hay problema, hermano. Después de comer los dejaré solos continuó Dylan con una sonrisa mientras abría la puerta.
- —Yo cocinaré —anunció Jenna—. Iremos a comprar lo necesario mientras estamos fuera.
 - —Bien. Hasta luego entonces.

Y con eso, Dylan y Chester se fueron, dejándola sola con Cormac.

- —Deberíamos vestirnos —comentó Jenna mientras se dirigía a su habitación—. Vamos por un café.
 - —¿Y la comida? —Preguntó Cormac esperanzado.
- —También —Cormac pareció muy contento con la respuesta, claramente debía haber estado hambriento—. Te veré aquí afuera.



La cafetería estaba bastante llena y Cormac no podía creer que toda esa gente estuviera haciendo cola por café. No lo entendía. El café era bueno, pero no creía que fuera tan bueno como para justificar tiendas en cada esquina y colas del otro lado de la puerta. Las personas en esta época parecían tener siempre una taza de café en una mano y su móvil en la otra. No eran conscientes de lo que pasaba a su alrededor. Sin duda peligroso. Porque justo esta mañana había visto a dos personas casi terminar atropelladas por los veloces vagones que la gente solía utilizar para desplazarse; apenas miraron por encima de sus móviles para percatarse su casi fallecimiento.

Jenna pagó el café y los postres y se dirigió a una mesa para dos en una esquina. Para ella ordenó una bebida con un nombre muy largo y él obtuvo su café negro. Después de beberlo con crema y azúcar, había descubierto que lo prefería negro. Al principio había tenido un sabor amargo, pero después de acostumbrarse, descubrió que le gustaba el sabor del café. Todo aquí era demasiado dulce o demasiado salado para sus papilas gustativas. Jenna le tendió un bagel y *queso crema*.

- —Gracias, Jenna. ¿Qué hago con esto? —Preguntó mientras sostenía el pequeño recipiente de queso crema.
 - —Es para untarlo en tu bagel, tonto —le sonrió dulcemente.

Cormac observó cuidadosamente mientras ella untaba queso crema en su propio bagel. Inmediatamente siguió el ejemplo y luego dio un mordisco y luego otro. Si este era su desayuno, muy pronto iba a volver a tener hambre. Bebió su café y la admiró mientras ella comía. Era toda una dama y muy delicada en sus movimientos. Exactamente la mujer que había imaginado que sería su esposa. De manera deliberada apartó ese pensamiento. No haría nada más que entristecerlo.

Cormac examinó detenidamente a la gente del lugar. Desde su llegada, había disfrutado muchísimo observar a aquellos que veía alrededor de él. Trató de imaginar cómo eran sus vidas. Sabía que no todos vivían como Jenna y su primo. Había visto a gente que en su época probablemente serían comerciantes o artesanos. Había muchos pobres e indigentes. Diaramente veía evidencia de eso. En Breaghacraig todos estaban bien cuidados y tenían lo que necesitaban para vivir una buena vida. Y sabía que eso no era el caso en todas las partes de Escocia de su época, pero aquellos de los que los MacKenzie eran responsables no tenían quejas de las que hablar. Sentía lástima por aquellos en San Francisco a los que había visto durmiendo en los entradas y siendo pasados por alto como si no existieran. Estaba a punto de

preguntárselo a Jenna, pero hubo una altercado afuera de la cafetería. Una mujer mayor estaba forcejeando con un hombre mucho más joven que intentaba robarle el bolso y el móvil. Cormac dejó inmediatamente su asiento y antes de que Jenna pudiera detenerlo, llegó afuera.

El hombre se las había arreglado para arrebatarle ambos objetos y ahora corría por la calle.

—¡Cormac, espera! No vayas tras él. ¡Puede tener un arma!

Cormac ignoró su advertencia y se puso a correr por la calle tras el ladrón. El hombre giró rápidamente en una esquina y Cormac se disparó tras él. Ahora se encontraban corriendo por un callejón con Cormac pisándole los talones. Al girar, el ladrón mostró un cuchillo y Cormac lo agarró rápidamente del brazo, obligándolo a soltar el objeto. Cogió al hombre por la camisa y lo lanzó contra la pared más cercana.

- —Creo que tienes algo que no te pertenece —gruñó Cormac ferozmente.
- —Aquí, tómalo —la voz del hombre tembló mientras sostenía el bolso y el móvil—. Solo déjame ir.
 - —Me temo que no, muchacho.

Después de liberar al hombre de la pared, Cormac lo cogió del brazo y retrocedió a través del callejón. Los pies del hombre apenas tocaban el suelo mientras era arrastrado. En la esquina, una jadeante Jenna se había doblado el tobillo y había caído al suelo.

- —No te muevas o te arrepentirás —le advirtió al ladrón. El hombre asintió con la cabeza y se quedó completamente quieto mientras Cormac levantaba a Jenna del suelo—. No debiste haberme seguido, Jenna.
 - —Tenía miedo de que te hiciera daño.

Cormac se rio.

—¿Tenías miedo de que este hombrecillo pudiera hacerme daño? No es probable —volvió a coger el brazo del hombre, poniéndolo delante de él mientras también llevaba a Jenna en sus brazos para dirigirse hacia la mujer a la que le habían robado el bolso.

Por toda la calle había personas aplaudiéndole a Cormac, y al llegar a la cafetería fueron recibidos por dos policías y un paramédico.

—Cormac, ya puedes bajarme.

Suavemente la bajó y notó que evidentemente le dolía. El paramédico que había estado atendiendo los moretones de la otra mujer, llevó a Jenna a la parte trasera de otro vagón de aspecto extraño para examinar su tobillo.

—Caballero, eso fue muy valiente de su parte —uno de los hombres uniformados se dirigió a Cormac—. Puedes soltar al sujeto. Nosotros nos

encargamos a partir de aquí.

- —Tengo algunas preguntas para usted, caballero —dijo el otro uniformado. Cormac observó cómo el hombre era llevado al asiento trasero de una camioneta blanca y negra con luces intermitentes en la parte superior. Muy parecida a la que había visto en aquel día camino a casa desde la playa.
 - —Sí. ¿Qué les gustaría saber?
 - —Solo necesito tomarte la declaración. Lo que viste y demás.
- —Muchas gracias —habló efusivamente la mujer mayor mientras lanzaba sus brazos alrededor de Cormac—. Eres mi héroe —continuó aferrándose a él a pesar de sus intentos por liberarse.
- —Caballero, necesito saber su nombre y dirección, etcétera. Si pudiera llenar este formulario por mí, se lo agradecería. Puede firmarlo al final —dijo uno de los hombres.

Jenna cojeó de vuelta a su lado y susurró:

- —Te ayudaré con eso. Oficial, ¿podemos llevarlo a la cafetería para llenarlo?
 - —Claro. Estaremos aquí un tiempo más.
- —Señora, tendrá que soltar a mi amigo —le dijo Jenna educadamente a la víctima del robo de la bolsa.
 - —Oh, lo siento mucho. Solo no puedo agradecérselo lo suficiente.

Cormac apartó los brazos de la mujer de su cintura y la alejó de él. Su brillante sonrisa negaba el hecho de que acababa de ser víctima de un crimen. Cormac se movió para volver a cargar a Jenna, pero se negó con una seña.

—Puedo caminar, gracias —cojeó hasta la puerta de la cafetería y Cormac la abrió, haciéndola entrar. Volvieron a tomar asiento y Cormac miró fijamente los papeles sostenía—. Déjame ver eso.

Cormac le entregó los papeles y Jenna sacó un bolígrafo de su bolso.

- —¿Qué es? —Cormac quería saber.
- —Es un informe policial. Lo llenaré por ti y luego puedes firmarlo en la parte inferior. Estoy segura de que es todo lo que necesitarán, aunque puede que necesiten que testifiques en el tribunal.
 - —¿Cuándo será eso?
 - —Oh, estoy segura de que eso no va a pasar por ahora.
 - —Me voy mañana, muchacha. No estaré aquí.

Jenna parecía decepcionada, pero empezó a rellenar el papel. Cuando terminó, le entregó el bolígrafo a Cormac y le señaló el lugar donde debía firmar.

—Vale. Eso debería bastar. Vamos a darles esto y luego podemos irnos.

Cormac le entregó los papeles al oficial de policía y ellos se aseguraron de tener su información de contacto.

- —Gracias, caballero. Estamos agradecidos por su ayuda. Estaremos en contacto.
 - —No fue molestia alguna —respondió Cormac.

Comenzaron a alejarse y Cormac se dio cuenta de que a Jenna le seguía molestando tobillo. La tomó en sus brazos y la gente que se había acercado para presenciar el incidente volvió a estallar en aplausos. Jenna enterró su cabeza en el pecho de Cormac.

- —Sabes, realmente no tienes que cargarme. Puedo caminar —dijo avergonzada.
- —No muy bien, muchacha. Voy a llevarte a casa para que descanses alzó una ceja mientras respondía—. Créeme, será más rápido a mi manera.
 - —Déjame llamar un taxi, por favor.
 - —No pierdas el tiempo, muchacha. No hemos ido tan lejos.

La sintió relajarse en sus brazos y supo que no iba a continuar resistiéndose.

Capítulo 18



an Francisco tiene un nuevo héroe esta noche y por la respuesta a este vídeo de móvil tomado hoy temprano, está provocando pasiones por toda el área de la bahía.

Las noticias de la noche estaban al aire y Jenna y Cormac se encontraban sentados totalmente asombrados mientras el presentador de las noticias continuaba:

—Hoy temprano a una mujer le robaron su bolso y su teléfono móvil afuera de una cafetería local. La víctima cuenta que un hombre con una falda escocesa corrió tras su asaltante y no solo recuperó sus posesiones, sino que también capturó al ladrón, quitándole el cuchillo.

Cormac reconoció a la mujer que ayudó cuando apareció en la pantalla, quien sonreía brillantemente mientras describía lo que había sucedido.

- —Su amiga corrió tras él, se torció el tobillo y se cayó. La cargó y la llevó de vuelta mientras sostenía a mi atacante por el cuello. Fue increíble, como algo que solo se vería en una película —el video continuó, mostrando a la mujer abrazando fuertemente a Cormac por la cintura y siguiendo cada uno de sus movimientos, incluso hasta que Cormac levantó a Jenna en sus brazos y se la llevó mientras la multitud aplaudía.
 - —Oh, dios mío —dijo Jenna—. ¡Estás en las noticias!

La boca de Cormac se había abierto mientras miraba la televisión con incredulidad.

- —Jenna, ¿cómo entré en la caja?
- —No estás en la caja, Cormac. Alguien grabó un video de todo el evento con su móvil.
 - —No sé de qué hablas.

Jenna sacó su móvil del bolsillo y lo sostuvo, agitándolo delante de él. Cormac asintió con la cabeza, pero continuó profundamente desconcertado.

- —Toma fotos y video —dijo Jenna. Cormac sacudió la cabeza y se encogió de hombros—. Mira, voy a tomar una foto de los dos. Acércate y mira hacia el móvil —obedeció y ella sostuvo el aparato frente a ellos. Cormac podía verse claramente en la pantalla de cristal del teléfono—. Vale. Sonríe —miró a Jenna, viéndola sonreír brillantemente. Él hizo lo mismo y ella tomó la foto antes de regresar la pantalla hacia él—. Ahora mira. Ahí estamos.
- —¿Es magia? —Cuestionó Cormac mientras examinaba la pantalla cuidadosamente.
- —No, tonto, es tecnología. No puedo creer que nunca hayas visto un móvil. Debes ser la única persona en el planeta que no lo ha hecho.

Cormac asintió lentamente, todavía fascinado por la foto.

- —Sí. Puede que tengas razón.
- —Así que, si presiono este botón, se grabará un video —Jenna apuntó a Cormac con el móvil y frunció el ceño.
 - —¿Qué está haciendo eso ahora?
 - —Ya verás —detuvo el video y lo reprodujo para él.
- —Si no lo viera con mis propios ojos, no lo creería —le arrebató el aparato—. ¿Puedo verlo de nuevo?
- —Claro. Toca la flecha de la pantalla —le mostró cómo repetir el video —. Como ves, alguien en la cafetería sacó su móvil y lo grabó todo. No sé si es algo bueno o no. Si averiguan dónde estás, acamparán afuera de nuestra puerta para esperar a hablar contigo —Jenna se acercó a la mesita de café y cogió su portátil. Presionó las teclas y buscó noticias del video en Internet—. ¡Vaya! Ya ha tenido miles de visitas y solo lleva una hora. Parece que se está volviendo viral.
 - —¿Viral? —Cormac estaba más confundido que nunca.
- —No te preocupes por eso. Espero que nadie que yo conozca lo vea. Si lo hacen y alertan a los medios… bueno, no querrás tener que lidiar con eso.



 \mathcal{E} ra inevitable que alguien la reconociera, y eso podría significar un problema para Cormac. No había sido exactamente sincero con ella y Jenna temía que cualquier escrutinio adicional que pudiera recibir traería como

consecuencia preguntas incómodas. Si él las respondía de la manera en que había respondido a las preguntas de Jenna, sería malo para Cormac.

El móvil de Jenna vibró en sus manos. Comprobó el identificador de llamadas y, al no reconocer el número, decidió dejarlo pasar hacia el buzón de voz. Casi instantáneamente volvió a vibrar. Esta vez se trataba de un mensaje de texto de Dylan.

Acabo de verlos a ambos en las noticias. Quédense en casa esta noche.

- —Jenna, ¿está todo bien? —Cormac parecía preocupado.
- —Oh, sí, es solo Dylan. Dice que no nos acompañará para la cena —el móvil sonó una vez más—. Y probablemente deberíamos quedarnos en casa esta noche —sonrió de manera alegre, tratando de tranquilizarlo—. De todos modos no pensaba salir —en lugar de responder, Cormac cogió su pie entre sus manos y le examinó suavemente el tobillo—. Ya no me duele —le aseguró—. Solo me lo doblé. No es gran cosa.
- —Bien. No quisiera verte herida, muchacha —su expresión le dijo a Jenna lo mucho que se preocupaba por lo que le pasaba.
- —Estoy bien. No hay necesidad de preocuparse por mí —dijo, aunque en secreto se encontraba encantada por su atención—. Nos quedaremos en casa y nos relajaremos.
- —Jenna, háblame de tu vida aquí en San Francisco. Sé que no pasas todo el tiempo en la playa o en fiestas. ¿Qué te hace feliz?

Jenna meditó mucho la pregunta. Se dio cuenta de que Cormac debía pensar que era una niña rica malcriada. No le había compartido los detalles de su vida. Había estado disfrutando de unas vacaciones de su vida cotidiana y había sido más feliz de lo que había sido en mucho tiempo.

- —Hmmm... esa es una buena pregunta. La mayoría de las veces, trabajo en la fundación de mis padres. Ya sabes que hacen un montón de trabajo caritativo con niños y, como están fuera todo el tiempo, Dylan y yo nos encargamos de los asuntos aquí en casa. También trabajo en los refugios locales para personas sin hogar y en los refugios para mujeres maltratadas. Tengo muchos amigos en el negocio de los restaurantes, y me encargo de ello al final del día, que recojan la comida sobrante y la donen a ambos grupos.
 - —¿Eso te hace feliz, Jenna?

Frunció el ceño, considerando la pregunta.

—No he tenido mucho de lo que alegrarme este último año. No me malinterpretes, el trabajo que hago es muy gratificante. Me hace sentir bien saber que estamos ayudando a tanta gente. Mi propia felicidad es lo último en lo que pienso.

Cormac rozó su mano sobre la suya.

—Mereces ser feliz, muchacha.

Jenna puso los ojos en blanco.

—La felicidad está sobrevalorada —mintió.

Cormac alzó una ceja.

- —¿A qué te refieres?
- —No sé si puedo explicarlo. Es difícil ser feliz. Supongo que tengo momentos de felicidad, pero no puede durar para siempre —le tendió la mano a Cormac y él la tomó—. Sabes, me has hecho muy feliz esta última semana.
 - —Sí, tú has hecho lo mismo por mí.
 - —¿Qué te hace feliz, Cormac?

Sonrió.

- —Muchas cosas me hacen feliz. Una sonrisa en tu cara me hace feliz.
- —Pero no aquí en San Francisco conmigo. ¿Qué te hace feliz cuando estás en casa?

La sonrisa se ensanchó todavía más y sus ojos brillaron de alegría.

- —Ah... tantas cosas. Mi familia, mi hogar, la gente de mi clan. Cabalgar mi caballo a través de las tierras de los MacKenzie y sentir la brisa fresca en mi cara. El césped verde, los bosques, el océano... la sensación de que pertenezco a ese lugar. Hay mucho más, pero no quiero aburrirte.
- —No me aburres, Cormac. Adoro escucharte hablar. Tu hogar parece un lugar maravilloso, me gustaría poder ir contigo. Y antes de que digas que sí puedo —se detuvo, pensando en cómo poder explicárselo—. Sé que puedo, pero también sé que no puedo. Todo esto es tan nuevo para mí... *tú eres* tan nuevo para mí. Tengo miedo de cometer otro terrible error. Miedo de que se me rompa el corazón. Desearía ser el tipo de persona que no se preocupa por este tipo de cosas. Desearía ser el tipo de persona que podría dejarlo todo e irse, pero no lo soy. Lo intenté una vez con Jonathan y desde ese momento me he arrepentido todos y cada uno de los días. Lo entiendes, ¿verdad?
- —Sí —Cormac permaneció en silencio por un momento, sus ojos moviéndose a través de su cabello y su cara—. No quiero olvidarte, amor. Quiero ser siempre capaz de pensar en ti y recordar exactamente lo hermosa que eres. Quiero recordar el tacto de tus manos, la sonrisa en tu cara, el sonido de tu voz en mis oídos, el sabor de ti en mis labios.

Jenna se quedó sin palabras. Era realmente la cosa más hermosa que alguien alguna vez le hubiera dicho, llevándole lágrimas a los ojos. Cormac se dio cuenta y las apartó con su pulgar. Suavemente puso su boca sobre la de ella. Jenna se encontró con su beso con toda la tristeza, el hambre y el anhelo

que se encontraba sintiendo. Sus sentidos empaparon a Cormac. Jenna no podía decir en dónde ella terminaba y él comenzaba. Cormac se sentía muy correcto, pero de alguna manera ella sabía que aquello tenía que estar mal. Jenna se permitiría olvidar todo eso por ahora. Quería estar con él, ir con él. ¿Cómo podría no hacerlo? Despejó su mente de toda duda y se entregó a ese hombre, a ese momento.



En la oscuridad de la habitación, Cormac yacía despierto con Jenna protegida en sus brazos. *Edna, ¿estás ahí? Debo hablar con vos*.

Sí, Cormac, estoy aquí. ¿Estás listo para partir mañana? El sonido de la voz de Edna en su cabeza era tranquilizador. Cormac seguía ansioso por quizás no poder volver a casa mañana, a pesar de que una parte de él no quería ir.

Lo estoy. Jenna no regresará conmigo. De eso estoy seguro.

Lo siento mucho, Cormac. ¿No pudiste convencerla? ¿Cuáles son sus razones?

No confía en mí lo suficiente. Ha sido lastimada recientemente por el idiota de su marido y no puede creer que yo no haré lo mismo.

¿La amas? Porque si lo haces, siempre hay esperanza. Siempre es posible que cambie de opinión. No sabes lo que traerá el mañana. Ve al lugar indicado al amanecer y espera a por la niebla. Estarás en casa antes de que te des cuenta.

Gracias, Edna. La amo y creo que ella siente lo mismo por mí, pero puede que sea pedirle demasiado esperar que deje su vida aquí.

Ve a dormir ahora, querido. La mañana llegará antes de que te des cuenta. Las cosas saldrán exactamente como se suponen que deban. Te lo prometo.



l'entonces Edna se fue. Cormac se recostó de espaldas, mirando al techo. ¿Cómo podían las cosas salir como debían? Jenna no se iba a ir con él. Ni siquiera le creía. Lo más probable era que pensara que estaba loco.

Sorprendentemente, todavía quería estar con él, pero no juntos en su hogar en Escocia. Respirando hondo, Cormac trató de relajar su mente y dormir. Mañana tendría que despedirse de Jenna. Sería la cosa más difícil que había tenido que hacer en toda su vida, pero no tenía otras opciones.



La luz de la mañana se asomó a través de las cortinas y Jenna estiró sus brazos sobre la cabeza. Se volvió para mirar al hombre que estaba a su lado y se sorprendió al encontrarlo bien despierto y mirándola con la expresión más triste en sus ojos.

- —Debo irme, Jenna. Debo estar muy pronto en el lugar donde nos conocimos.
 - —Oh, no. No quiero que te vayas —lloró Jenna.
 - —No tengo otra opción. Si no me voy hoy, no podré volver.

Jenna estaba absolutamente desconcertada por su insistencia en que una bruja lo había enviado a San Francisco y que de igual manera lo iba a enviar de vuelta a su casa. No hacía falta decir que el hecho de que él creyera que su hogar se encontraba en la Escocia del siglo dieciséis estaba simplemente más allá de ser racional. A pesar de su incredulidad, Jenna decidió que le seguiría la corriente y, cuando Cormac más tarde se diera cuenta de que él mismo todavía se encontraba aquí, ella haría todo lo posible para ayudarle a superar esa ilusión.

—Entiendo. Me gustaría ir contigo —al ver la brillante sonrisa dibujándosele en el rostro, Jenna lo corrigió suavemente—. No iré a Escocia, solo a Marina para despedirme.

El semblante de Cormac cambió y ella se sintió terrible por causarle tal decepción.

- —Me gustaría mucho eso —dijo en voz baja.
- —Entonces supongo que deberíamos vestirnos y empacar tus cosas sugirió Jenna.

—Sí.

El silencio cayó sobre ellos al levantarse de la cama e irse a vestir. Cormac recogió las bolsas de caramelos que había comprado y las metió en la bolsa de cuero que tenía colgada a través de su cuerpo, la cual había sido un regalo de Jenna.

—Ven, muchacha, vámonos —dijo Cormac cuando terminó sus preparativos.

Se dirigieron por el pasillo a la sala de estar, donde Jenna se sorprendió al ver a Dylan esperándoles en el sofá.

- —No podía dejar que te fueras sin decir adiós —Dylan se levantó y envolvió a Cormac en un abrazo de oso, que fue devuelto de la misma manera
 —. Ha sido un placer conocerte. Me gustaría que te quedaras más tiempo, pero sé que tienes que volver. Espero poder ir a visitarte yo mismo algún día.
- —Hablaré con Edna sobre ello, puede que ella pueda arreglarlo —sugirió Cormac mientras le palmeaba la espalda—. Y vos, Chester, sin duda te extrañaré —se puso en cuclillas para acariciarlo y el perro prácticamente lo derribó con sus intentos de lamerle la cara. Su cuerpo se retorcía de izquierda a derecha mientras demostraba su amor por Cormac—. Eres un buen perro. Desearía tener uno como vos, en casa.

Dylan los acompañó hasta la puerta. Jenna se sorprendió al pensar que Dylan creía genuinamente que Cormac iba a alguna parte. Sin embargo, se guardó sus pensamientos para sí misma. Esto iba a ser difícil, pero ella iba a estar allí para amortiguar el golpe una vez que Cormac se percatara de que no iría a ninguna parte.

Llegaron a Marina y Jenna se sentó en un banco. Cormac se arrodilló delante de ella pareciendo tan serio que casi le rompió el corazón. Él tomó sus manos en las suyas.

—Jenna, amor, siento dejarte. Desearía que las cosas fueran diferentes, pero no pueden serlo —se inclinó y la besó. El dulce sabor de sus labios sobre los de ella casi la hizo cambiar de opinión y decirle que lo acompañaría, pero sabía que él no iría a ninguna parte. Ella lo besaría de nuevo, estaba segura de ello. Cormac se despidió y caminó seriamente hacia el lugar donde Jenna lo había visto por primera vez. Se quedó allí muy quieto y esperó. Nada sucedió, pero Cormac no se movió.

Jenna se sintió muy mal por él. Realmente parecía creer que iba a alguna parte. Las lágrimas llenaron sus ojos mientras pensaba en lo terrible que él debía sentirse. Sus alucinaciones evidentemente todavía se encontraban allí, y ella no sabía cómo poder convencerlo de lo contrario.

- —¡Edna! —Llamó de repente—. Edna, ¿estás ahí?
- Jenna no pudo soportarlo más y se le acercó.
- —Cormac, todo va a estar bien —dijo tranquilizadoramente.

En ese preciso momento, el viento se levantó y la niebla comenzó a arremolinarse a su alrededor.

—Cormac, te ayudaré.

Las siguientes palabras que salieron de su boca les fueron a ambos imposibles de escuchar. El rugir del viento en sus oídos era inverosímil.

- —Jenna, debes alejarte de mí —gritó Cormac.
- —No, Cormac. ¡Por favor escúchame! —le agarró las manos e intentó tirar de él en dirección al banco, pero la niebla arremolinada no lo permitió. Jenna no sabía con certeza qué era lo que estaba sucediendo, pero sabía que necesitaba sacar a Cormac de allí.
- —Es demasiado tarde, Jenna. Agárrate de mí. No quiero perderte Cormac la empujó hacia su cuerpo y la sostuvo firmemente. Lo que sucedió después fue demasiado increíble para ser descrito con palabras. La niebla continuó arremolinándose y pequeños estallidos de luz brotaron a su alrededor. El suelo pareció caer debajo de sus pies y Jenna se sintió moviéndose a gran velocidad.
- —¿Qué está pasando? —Gritó, pero el viento se tragó sus palabras y la niebla se arremolinó alrededor de ellos como un tornado.

Capítulo 19



onathan entró en el café de Joe y se sentó en una mesa vacía. Pensó en desayunar antes de ir a casa de Jenna para confrontarla por su última artimaña. No podía creer que hubiera tenido el descaro de conseguir una orden de restricción contra él. Le mostraría que ninguna orden de restricción le impediría llegar a ella y completar su plan. Jenna había arruinado su futuro cuando obtuvo el divorcio, pero aquello que no sabía definitivamente iba a perjudicarla, y muy pronto él nadaría en dinero.

- —Hola, me llamo Sofía, ¿puedo traerle un café? —Le preguntó la mesera cuando se acercó a su mesa.
 - —Hola, Sofía, sí, me encantaría.
 - —Volveré con el café, y luego tomaré su pedido —le sonrió dulcemente.

Él le guiñó un ojo. Le encantaba coquetear, y esa camarera era justo su tipo. También podría serle útil como ayudante para sus planes futuros.

Le llevó el café y tomó su pedido.

—Vuelve y siéntate conmigo —le ofreció Jonathan con otro guiño sugerente.

Pensó por un momento antes de responder:

- —Vale, de todos modos mi turno está a punto de terminar. Eres mi último cliente.
- —Espero poder ser algo más que tu cliente —Jonathan fingió sonar esperanzado, y se dio cuenta de que Sofía estaba cayendo en la trampa.

Minutos más tarde le llevó el pedido y se sentó frente a él, sirviéndose una taza de café para sí misma.

—No me invitan a menudo a acompañar a las personas en sus mesas. Gracias por preguntar —fue obvia en mirarlo de manera atenta de pies a cabeza, y pudo ver que definitivamente estaba interesada.

- —Me alegra que hayas aceptado. ¿Qué harás cuando termines aquí? Preguntó casualmente.
 - —No mucho. Iba a casa a lavar algo de ropa.
- —¡Lavar la ropa! Eso no es divertido. ¿Por qué no vienes conmigo? Me vendría bien tu ayuda.
 - —¿Para qué necesitas mi ayuda?

Jonathan pudo ver que se encontraba intrigada, y quería hacerla sentir cómoda.

- —Sé que no me conoces, pero soy un íntegro ciudadano. Todo el mundo aquí me conoce, así que si quieres comprobar mis referencias, puedes empezar por preguntarle a Joe. Me conoce desde hace años.
 - —Te he visto aquí antes. No estoy preocupada por ti.
- —Bien. Entonces déjame decirte en qué ando. Puedes ayudarme y te llevaré a cenar más tarde. ¿Qué te parece?

Sofía consideró por un momento antes de responder:

- —Bueno, supongo que depende de lo que necesites para que pueda ayudarte.
- —Solo necesito que seas mi trofeo —Jonathan puso su más encantadora sonrisa y pudo ver que estaba haciendo sentir especial a Sofía por la forma en que se sentó un poco más erguida y se cepilló el pelo de la cara—. Mi ex vive cerca y voy a hacerle una pequeña visita. Necesito que piense que he seguido adelante... contigo. ¿Crees que podrías ser convincente en ese papel?

Sofía asintió, pero él captó la duda en sus ojos.

- —Claro, ¿pero por qué necesitas que piense que has seguido adelante?
- —No te preocupes por los detalles preciosa. Ya la he superado totalmente y así he estado durante mucho tiempo, pero no me deja acercarme a ella y me gustaría que fuéramos amigos, después de todo estuvimos juntos durante mucho tiempo. Así que pensé que si le mostraba que tenía una bella dama como tú, sería más receptiva a mi amistad. Haría nuestras vidas mucho más fáciles si no hubiera tensión entre nosotros.
- —Puedo entenderlo. Tengo amigos que se divorciaron y se odian. Ha hecho sus vidas un infierno durante años —Sofía bebió su café pensativamente, y Jonathan estaba seguro de que iba a estar de acuerdo.
- —Sí, así que entiendes lo que quiero decir. Bien. No solo eres hermosa, sino que también eres inteligente. Encuentro eso muy atractivo en una mujer.

Ella se ruborizó y Jonathan supo que su estratagema estaba funcionando. Terminó su desayuno, conversando con su acompañante y mandándole señales obvias de que estaba interesado. Sofía se lo estaba creyendo todo.

Pagó la cuenta y esperó mientras ella iba atrás y se cambiaba el uniforme por ropa común.

—¡Vaya! Mírate. Aún más hermosa sin tu ropa de trabajo. Soy un tipo afortunado —Jonathan continuaba exagerando, pero de nuevo, ella no pareció darse cuenta—. Salgamos de aquí.

Caminaron unas cuantas cuadras hacia la casa de Jenna. Él solía vivir allí también, y la idea de que lo echara y lo dejara sin dinero fue muy difícil de asimilar. Pero tenía un plan y este era solo el primer paso.

Se pararon al otro lado de la calle mientras Jonathan revisaba su reloj. Esperaría unos minutos más, todavía era temprano. Sabía que Dylan se encontraba allí y estaba seguro de que seguiría su horario habitual de pasear a Chester, el mismo perro demonio. Una vez fuera, podría hablar con Jenna sin interrupción. Y si podía convencerla de que la había superado y no estaba enfadado con el asunto del dinero, entonces tenía la victoria asegurada. Ella bajaría la guardia y retiraría la orden de restricción.

La puerta se abrió y Jenna salió, sosteniendo la mano de Cormac. Escuchó a Sofía jadear cuando los vio.

- —¿Sucede algo, Sofía?
- —No. Es solo que los conozco. Esa es Jenna y él es Cormac. Estaba coqueteando conmigo en Joe y Jenna estaba bastante celosa —anunció con una sonrisa maliciosa.
 - —¿Va a ser eso un problema? ¿Podrás continuar ayudándome?
- —Claro. No hay problema. Le vendría bien que pensara que los tengo a ambos interesados en mí.

Jonathan alzó una ceja.

- —No te agrada mucho, ¿verdad?
- —No. Es una de esas chicas que menosprecia a personas como yo. Sería bueno ganar algo de respeto.

Jenna y Cormac se dirigían a la calle. Jonathan no sabía adónde iban a esta hora, pero estaba decidido a seguirlos.

- —Vamos —dijo mientras cogía a Sofía de la mano y la arrastraba por la calle junto a él.
- —Parece que se dirigen a Marina. Nos quedaremos un poco atrás y veremos en qué andan, y cuando sea la hora adecuada nos acercaremos a ellos.
 - —Bien. Lo que tú digas.

Cuando llegaron a Marina, Jonathan se sorprendió al ver a Jenna sentada en un banco mientras Cormac parecía estar despidiéndose. Eso era perfecto. Jenna era un objetivo mucho más fácil sin ese cabrón escocés allí para estorbar. Cormac se movió a un punto en el césped y simplemente se quedó allí.

—¿Qué está haciendo? —Sofía quería saber.

Jonathan le hizo un gesto para que se callara. El aire a su alrededor cambió. Parecía estar cargado con una corriente eléctrica. Observó con fascinación como Jenna se le acercó y él la abrazó justo cuando un torbellino de niebla comenzó a arremolinarse a su alrededor. Extrañas luces parpadearon y el viento se había levantado. Su curiosidad se apoderó de él y comenzó a dirigirse hacia ellos. Sofía le siguió, agarrando su mano. Cuando llegaron a la franja exterior de la niebla, Jenna y Cormac ya no eran visibles.

—¿Adónde se fueron? —Jonathan se preguntaba—. No puedo verlos.

Tiró de Sofía más profundo en la niebla y, antes de saber lo que estaba sucediendo, sintió que caía. Donde antes había habido tierra firme, ahora no había nada más que aire pasando a toda velocidad como si Jonathan estuviera siendo lanzado a través del espacio. Podía oír los gritos de Sofía mientras se abría paso entre sus brazos.

—Agárrate fuerte —gritó, pero no tenía por qué hacerlo, llevaba a Sofía como si fuera una segunda piel. La sintió débil en sus brazos, pero se aferró a ella, sin estar seguro de lo que pasaría después. El miedo se alojó en su garganta; no quería ir solo a donde fuera que se estuviera dirigiendo.



C uando el remolino se detuvo, Jenna todavía se encontraba anclada en los brazos de Cormac. Golpearon el suelo con fuerza, pero Cormac se llevó la peor parte cuando ella aterrizó encima de él.

- —¿Qué acaba de pasar? —Preguntó Jenna, buscando en los sitios desconocidos que la rodeaban.
- —Jenna, no te va a gustar lo que tengo que decirte, muchacha —parecía un hombre que estaba seguro de encontrarse en problemas.
- —¿Qué quieres decir? ¿Dónde estamos? —Podía sentir que perdía el control del frágil agarre de la realidad.
 - —Volvimos a Escocia, en mi época. Ahí está el puente, justo ahí.

Jenna miró en la dirección en que él apuntaba y se sorprendió al ver que el puente del que hablaba no era el Golden Gate, sino un pequeño puente de piedra que cruzaba un arroyo. El pánico la llenó y quiso correr, ¿pero a

dónde? No tenía ni idea de por qué no se encontraba en Marina Green. La única respuesta estaba parada justo frente a ella.

Cormac se había levantado y estaba extendiendo su mano para ayudarla a levantarse, pero ella la apartó con una palmada.

- —¡Tú, tú me secuestraste! No sé cómo lo hiciste, ¡pero me trajiste aquí contra mi voluntad!
- —Lo siento, Jenna. No quise traerte. Te agarraste a mí justo cuando llegó la niebla. Tenía miedo de que si te dejaba ir, pudieras acabar en otra época y lugar, completamente sola. No estaba dispuesto a correr ese riesgo.
- —¡No puedo creerlo! ¿Estoy despierta? Esto no es posible —estaba perdiendo rápidamente su equilibrio—. ¡Tienes que llevarme de vuelta, ahora mismo!
- —Me temo que no puedo hacer eso. No sé *cómo*. Edna tendrá que ayudarte.
- —¡Edna! —Jenna llamó, dando vueltas por el césped—. ¡Edna! ¿Dónde estás? Cuando te ponga las manos encima…
- —Jenna, sé que esto es sorpresivo, pero trata de ser razonable. Mira, por allí, Edna dejó mi caballo. Podemos cabalgar hasta Breaghacraig e intentar contactar con Edna una vez que lleguemos.
- —¡No! ¡No voy a ir a ninguna parte contigo! Esto es más que ridículo. No puedo creer que me hayas hecho esto —se levantó y empezó a caminar hacia el puente. Tal vez si lo cruzara sería capaz de volver.
- —Jenna, ¿a dónde vas? Debes venir conmigo. Esto no es San Francisco y no estarás a salvo por tu cuenta. Por favor, escúchame. Sé que estás enfadada conmigo, pero debes entender que no quise que vinieras conmigo.

Jenna se paró con las manos en la cadera y, por primera vez, notó que su propia ropa era diferente.

—¿Qué le pasó a mi ropa? ¿Y a la tuya? —Preguntó con total confusión.

Se encontraba usando un largo vestido de aspecto medieval y una capa. Se revisó los pies y, para su sorpresa, le agradó descubrir que aún tenía puestas sus botas altas, lo cual podría convertirse en un problema en caso de tener que caminar mucho, pero al menos tenía una cosa a la que aferrarse de su vida en San Francisco. Cormac todavía llevaba la falda escocesa, pero ya no tenía la chaqueta de cuero y la camiseta; llevaba una camisa de lino con cordones, y la falda también se veía diferente. Todavía usaba botas, pero no las de San Francisco. Su morral de cuero todavía colgaba a través de su cuerpo, y a pesar de la diferencia en su vestimenta, Jenna creía que Cormac todavía se veía increíble, pero estaba furiosa con él. La había alejado de todo lo que conocía

y la había llevado a un lugar desconocido, y según él, a una época. *Cálmate, Jenna. Lo necesitas para que te ayude*. Su corazón se aceleró en su pecho y estaba comenzando a hiperventilarse. Respiró profundamente e hizo lo mejor que pudo para relajarse. Tembló incontrolablemente mientras caminaba hacia Cormac, quien extendió la mano para abrazarla, pero ella se alejó de él.

—No me toques. ¡No vuelvas a tocarme!

Cormac levantó las manos en señal de rendición.

- —No te tocaré, muchacha, pero podría ser casi imposible porque tenemos que compartir mi caballo.
 - —No me subiré a ese caballo. De ningún modo. Odio los caballos —gritó.
- —Muchacha, Breaghacraig está muy lejos de aquí. No puedes caminar, especialmente con tus botas altas —sonrió, y Jenna supo exactamente lo que estaba insinuando.
- —Basta. Grrr... No puedo creerlo. Cuando conozca a esa tal Edna, va a ser una probre bruja. No puedo creer que yo haya dicho eso. ¡Bruja! ¡Viaje en el tiempo! ¡Escocia! Me voy a enfermar —comenzó a sentir náuseas y mareos —. Creo que me voy a desmayar —de repente, sacudió la cabeza con determinación— ¡No! No, *no* lo haré —estaba decidida a controlar su miedo en aumento y a sobrellevar la sensación de malestar sobrepasándola, y no dejar que la abrumara.
- —Jenna, por favor, cálmate. Te ayudaré, pero no puedo hacerlo aquí. Debemos irnos. Es un largo camino desde aquí hasta mi hogar.

Cormac fue a buscar a su caballo *Saidear*; lo dijo suavemente mientras acariciaba el cuello del enorme animal, el cual relinchó y le dio un pequeño empujón a Cormac con su nariz.

—Ven, amigo mío —dijo.

Mientras el animal se le acercaba a Jenna, ella se alejó.

—Te lo dije. No me subiré a ese caballo. Caminaré. ¿A qué dirección vamos?

Cormac señaló hacia adelante en el camino y Jenna comenzó a caminar a un ritmo determinado. Podía sentirlo detrás suyo, pero ciertamente no iba a suavizar su postura. ¿Acaso desde el principio había planeado secuestrarla? Ella quería gritar de frustración, pero ¿de qué serviría? Tan enojada como se encontrara, sabía que su única oportunidad de volver a casa recaía en Cormac.

El sonido de las golpeando a lo largo del camino detrás de ellos causó que tanto Jenna como Cormac se pararan en seco. Mirando hacia atrás, Jenna vio a un hombre vestido completamente de negro montado en el caballo más grande que había visto. Pasó a galope junto a ellos para luego detener a su caballo y girarse en su dirección.

- —¿Es Cormac MacBayne al que veo? —Preguntó el hombre. Tenía un acento evidentemente inglés.
- —Sí. Lo es —Cormac respondió con mal humor. Tenía una intensa y enfadada expresión mientras se dirigía rápidamente al lado de Jenna—. ¿Cómo volviste? —Le exigió al otro hombre.
- —Buena pregunta. He estado esperando por bastante tiempo, pero hoy fue aparentemente mi día de suerte. La niebla se arremolinó en el puente y pude atravesarlo. ¿Quién es esta encantadora mujer que tienes a tu lado?
- —No es asunto tuyo. Te lo advierto, Richard, aléjate de la tierra de los MacKenzie o pagarás el precio.
- —¡Ja! Tengo otras cosas más importantes que los MacBayne, y ninguna de ellas incluye a los Mackenzie. Al menos no en este momento en particular —Richard se mofó de Cormac y examinó a Jenna una vez más para después hacer girar a su caballo y galopar más lejos dentro del bosque.
 - —¿Quién era ese?
- —Sir Richard Jefford. Es un enemigo de mi clan —observó atentamente como desaparecía entre los árboles—. Debemos volver a Breaghacraig de inmediato. Debemos advertirles.
 - —¿Advertirles sobre qué? —Jenna se preguntó en voz alta.
- —Adviérteles que Sir Richard ha vuelto. Ha estado en el futuro durante estos últimos meses. Nos dijeron que había sido encarcelado. No esperaba volver a verle, pero ha vuelto y no dudo que causará problemas.
- —Así que el futuro está hacia el otro lado… ¡y tú me estás alejando de él! —Jenna estaba fuera de sí, furiosa— ¡Volveré al puente y no te atrevas a intentar detenerme!

Extendió la mano para cogerle el brazo, pero ella lo sacudió fuera.

- —Jenna, no lo entiendes. La niebla debe de estar ahí y ya se ha ido.
- —Entonces, ¿cómo llegó él aquí? Dijo que la niebla estaba allí. Me estás mintiendo —vociferó.
- —No te mentiría, muchacha. No puedes volver ahora mismo. La niebla es inconstante. Solo está ahí cuando alguien está esperando en el otro lado. ¿No lo sabes? Si no hay nadie esperándote en el futuro la niebla no te aparecerá.
- —¿Alguien lo estaba esperando? No vi a nadie más cuando llegamos. ¿Cómo llegamos nosotros aquí? —Exigió con suspicacia.
- —Mi caballo estaba esperando nuestra llegada. La niebla desapareció tan pronto como llegamos. No sé cómo llegó Richard. Yo no soy el encargado del

puente. Si Edna estuviera aquí, podría responder a tus preguntas, pero yo no puedo —sonaba cada vez más frustrado con Jenna. Se pasaba los dedos por el pelo mientras miraba al cielo como si buscara intervención divina—. Ahora, ven conmigo… *por favor*. Debemos apurarnos.



Jenna lo fulminó con la mirada y con puños cerrados a cada lado de su cuerpo. *Maldito, maldito, maldito él... ¡y Edna!*

—Bien, vamos.

Volvió al camino, con Cormac siguiéndola de cerca. Ella resolvería esto, sin su ayuda.



Cormac había estado muy ocupado tratando de calmarla que casi pasó por alto el bajo murmullo de voces viniendo de su izquierda. Jenna no paraba de balbucear de una manera muy desagradable.

—Shhh... —Cormac le llevó el dedo a los labios para silenciarla. Estaba a punto de protestar cuando también escuchó el sonido. Le lanzó una mirada interrogante y Cormac levantó la mano para que se quedara quieta—. Vuelvo enseguida —susurró.

Dejando a su caballo y a Jenna atrás, se dirigió silenciosamente a través de los árboles hacia las voces.

- —¿Dónde estamos? —Preguntó la voz de la mujer.
- —¿Cómo diablos voy a saberlo? —El hombre respondió con un gruñido de ira.
 - —¡Eh, no te enfades conmigo! No es mi culpa que algo raro haya pasado.

Acercándose más y de manera sigilosa, Cormac pudo distinguir los cuerpos de un hombre y una mujer de pie bajo el claro del bosque. Le daban la espalda, pero podía ver que eran del futuro. Sus ropas eran un claro indicativo. Inspeccionaban la zona mirándose desconcertados y fuera de lugar. Cuando se volvieron hacia él, Cormac se sumergió en la parte superior de unos arbustos. Se asomó y se sorprendió al ver a Jonathan y Sofía a no más

de tres metros de distancia. ¿Cómo llegaron aquí? Estaba a punto de acercarse a ellos cuando Sir Richard apareció en el claro.

- —Hola, compañeros viajeros del tiempo. Soy Sir Richard Jefford. ¿En qué puedo servirles? Parece que acaban de llegar.
 - —¿Viajeros del tiempo? —Interrogó Jonathan con suspicacia.

Sofía se acercó a Jonathan, pero él no le ofreció ninguna protección.

- —¿Dónde estamos? —Preguntó ella.
- —Se encuentran en Escocia en el año 1514 —lucieron sorprendidos y los pies de Sofía se tambalearon—. Dejaré que lo asimilen por un momento —Sir Richard se sentó en su caballo y esperó antes de volver a hablar—. ¿De dónde vienen?
 - —San Francisco. 2014 —respondió Jonathan.
 - —¿Sabes cómo llegaron aquí?
- —No estoy muy seguro... —Jonathan miró a Sofía, como si ella supiera la respuesta.
- —Estábamos siguiendo a Cormac y a Jenna cuando entramos en un banco de niebla. Lo siguiente que supimos fue que estábamos aquí. ¿Sabes cómo podemos volver? —Sofía parecía estar recuperando rápidamente su compostura.
- ¿Por qué nos estaban siguiendo? A Cormac no le gustaba cómo sonaba eso. Tal vez si escuchara por más tiempo podría tener su respuesta. Se encontraba preocupado por Jenna, pero estaba seguro de que se quedaría donde la había dejado, como se lo había pedido.
- —¿Dijiste Cormac y Jenna? Acabo de verlos. O al menos, asumo que la joven que estaba con él era Jenna. Cormac no nos presentó. Lo más probable es que vuelvan a Breaghacraig. ¿Qué quieren con ellos?

Jonathan se animó cuando escuchó esta información.

- —Necesito llevar a Jenna de vuelta a San Francisco. Me va a ayudar a conseguir el dinero que necesito.
- —Creí que habías dicho que querías convencerla de que fuera tu amiga interrumpió Sofía.
- —Sí, bueno, no conseguí dinero cuando anuló nuestro matrimonio, así que tengo que conseguirlo de alguna manera —Jonathan defendió sus acciones.
- —Parece que tienes un motivo oculto. ¿Deseas hacerle daño a esta mujer? —Preguntó Sir Richard.
 - —No sé cómo algo de esto puede ser de tu incumbencia.

- —Solamente es asunto mío porque está con Cormac MacBayne, y él y su familia... digamos que no estamos en los mejores términos. ¿Cuál es su relación con esa tal Jenna?
 - —Definitivamente son prendas juntas —comentó Sofía.
 - —¿Prendas?
 - —Se gustan... mucho.
- —Ya veo. Bueno, entonces quizás podamos ayudarnos mutuamente sugirió Sir Richard.

Cormac había oído lo suficiente para saber que Jonathan planeaba encontrar a Jenna y llevarla de vuelta a San Francisco y no con buenas intenciones, y que Sir Richard seguía en sus andadas. Tenía que sacar a Jenna de aquí. Dejó a Sofía, Jonathan y Sir Richard con sus planes y se apresuró a volver con ella.

Capítulo 20



l principio, Jenna había pensado que era una buena idea irse por su cuenta. Después de todo, Cormac parecía estar tardando mucho en volver. Esta podría ser su única oportunidad de escapar de él. Decidió regresar por donde había visto llegar a Sir Richard, con la esperanza de encontrar algo de niebla que la llevara de vuelta a casa. No hubo tanta suerte. Había estado deambulando durante lo que parecieron horas y solo consiguió perderse totalmente. Le dolían los pies y el tobillo le comenzaba a molestar. El bosque también era espeluznante. Las ramas de los árboles estaban cubiertas de musgo y parecían estar extendiéndose para agarrarla, aunque Jenna sabía que era solo se trataba de su imaginación. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y continuó mirando hacia atrás por encima de su hombro. Al escuchar el sonido de ramas quebrándose, se detuvo y dio vueltas alrededor. Nada. Jenna sabía que estaba demasiado nerviosa. No tengo ni idea de dónde estoy o de cómo volver con Cormac. ¿Por qué soy tan terca? Realmente necesito aprender a pensar antes de actuar.

Él había sido muy paciente con ella, pero, de nuevo, la había secuestrado. No podía depender de él para que la ayudara a volver a San Francisco. Iba a tener que hacer esto por su cuenta. Con una determinación renovada, Jenna continuó caminando por el bosque. Sus talones seguían perforando el suave suelo del lugar, lo que dificultaba mucho avanzar. ¡Probablemente por eso Edna me dejó quedarme con mis botas! Sabía que nunca sería capaz de caminar muy lejos con ellas. Tal vez debía quitárselas, pero entonces sus pies se congelarían. Los árboles bloqueaban los rayos del sol, y cuanto más caminaba, más frío hacía. Si no encontraba ayuda pronto, sufriría un caso de hipotermia.

Al oír los aullidos de los animales, sacudió la cabeza hacia arriba. Observó el área a su alrededor y no vio nada, pero tuvo la clara impresión de que estaba siendo observada. ¿Eran coyotes o lobos? ¿Siquiera había lobos en Escocia? No eran muchas las criaturas aulladoras, así que las opciones eran limitadas. Se escuchaban a pocos metros, pero no podía decirlo con exactitud. Jenna nunca había sido de las que se dedicaban a hacer caminatas por el bosque, especialmente por su cuenta.

Exhausta y sintiéndose cada vez más desesperada, se apoyó contra un árbol cercano y se deslizó hasta sentarse en su base. Estaba agotada, asustada y tenía frío. No era una buena combinación. Sus ojos comenzaron a acumular lágrimas cuando se dio cuenta de que podría morir aquí. Cómo su deceso estaba en juego. Se congelaría hasta morir, o sería comida por un lobo. Comenzó a temblar incontrolablemente. Con la cabeza en las manos, clamó hacia el bosque.

—¡Cormac! ¡Cormac! ¡Ayúdame!

Un silencio interrumpido por los aullidos fue todo lo que escuchó. Sintiendo una presencia delante de ella, levantó la cabeza.

—¿Cormac? —Su aliento se le atoró en la garganta y el pánico se apoderó de ella mientras miraba la cara de un lobo muy grande y aterrador. Uno como el que había visto en su sueño.



Cormac regresó para descubrir que Jenna había desaparecido. Le había dicho que se moviera, pero aparentemente había decidido vagar en busca de un camino a casa. Tan silenciosamente como le fue posible, Cormac montó su caballo y se dirigió en busca de Jenna. No se había ido hacía mucho, así que debía estar cerca. Se dirigió nuevamente al puente, asumiendo que ese había sido su destino. Rastrear era generalmente su especialidad, pero no veía mucho que le ayudara en su búsqueda. Recorrió todo el camino hacia el puente y no pudo encontrarla. Se le encogió el corazón al darse cuenta de que podría haber logrado regresar a San Francisco. No podía estar seguro, así que decidió seguir buscando. Cormac condujo a su caballo hacía la dirección por donde había llegado y buscó con más cuidado señales de que ella había estado allí. Si hubiera conseguido volver a San Francisco, él estaría feliz por ella, pero si todavía estaba aquí, necesitaba encontrarla antes de que algo le ocurriera. El clima estaba cambiando y sabía que Jenna debía tener frío, y si

empezaba a llover, como parecía que sucedería, todo estallaría en un desastre aún mayor. Era absolutamente necesario que la encontrara prontamente.

Cormac finalmente vio algo que sabía que lo llevaría directamente a Jenna. Mientras caminaba, sus botas de tacón alto estaban haciendo agujeros en el suelo. Ella había tomado un camino lateral y Cormac supuso que había dado la vuelta. Si él no se hubiera dirigido ciegamente hacia el puente, se habría dado cuenta y la habría encontrado más rápido. Esperaba llegar a ella pronto. Había oído los sonidos de los lobos en la zona y sabía que eran excelentes cazadores. Mientras cabalgaba, escuchó atentamente y fue finalmente recompensado por el sonido de Jenna llamando su nombre.

—Jenna —le respondió—. Estoy aquí —cabalgó a medio galope y se dirigió en dirección a su voz.

Se dio cuenta de que también se estaba dirigiendo hacia los lobos aulladores. Al atravesar los árboles, la vio aterrorizada contra un árbol, con un lobo listo para abalanzárcele.

—Jenna. No te muevas, muchacha —Cormac espoleó a su caballo hacia adelante, justo hacia el lobo.

Mientras se acercaba, su caballo se encabritó y echó las patas hacia adelante, golpeando los cuartos traseros del lobo. El animal gruñó y giró en dirección a Cormac. *Saidear* valientemente resopló y corrió hacia el lobo, el cual chilló y salió corriendo.

Saltando de su caballo, Cormac levantó a Jenna, tirándola en sus brazos.

—No te preocupes, muchacha. Ya estás conmigo, no dejaré que te haga daño.

Jenna estaba sollozando incontrolablemente. Cormac susurró suaves palabras en sus oídos y la sostuvo cerca. Cuando se calmó, la apartó un poco de él.

- —¿Te hizo daño, muchacha?
- —No —dijo, comenzando a tener hipo—. Estoy bien.
- —Ven. Debemos irnos. Volverá con su manada. No son de los que renuncian a una comida.

Jenna se estremeció.

- —Siento haberme escapado. Solo quería irme a casa. Estaba tan perdida. No pensé que te volvería a ver.
- —Estoy aquí. Te he encontrado. Te buscaré para siempre si es necesario —le aseguró Cormac—. Ven. Sé que no te gustan los caballos, pero tendrás que cabalgar conmigo si queremos avanzar. El sol se está ocultando y tendremos que encontrar un lugar para pasar la noche.

Jenna sacudió la cabeza ansiosa.

- —Los caballos me dan miedo. No puedo.
- —Sí puedes. *Saidear* es un buen caballo, cuidará de vos. Y yo te estaré sosteniendo para que estés a salvo. Ven —le hizo un ademán para que lo siguiera.

Jenna dudó, pero Cormac cogió su mano y la llevó suavemente hacia su caballo. La subió en la silla de montar y se sentó inmóvil del miedo. Elevándose detrás de ella, él la rodeó con un brazo, anclándola a su cuerpo y con la otra mano cogiendo las riendas y poniendo en marcha a su caballo en un lento trote hasta que empezó a sentir a Jenna relajándose.

—Voy a llevar a *Saidear* en un suave trote. Y no te dejaré caer. Será un suave movimiento oscilante. Ya lo verás —el caballo se desplazó suavemente bajo el comando de Cormac—. ¿Por qué le temes tanto a los caballos, Jenna?

Con voz temblorosa, explicó:

- —Cuando era niña fui a una clase de equitación con Ashley. Mis padres dijeron que estaba bien que fuera. Estábamos cabalgando alrededor del terreno cuando algo asustó a mi caballo y salió disparado hacia la puerta de entrada. No sabía si se detendría o intentaría saltar. Estaba tan asustada que lo único que pude hacer fue agarrarme fuerte y esperar a que no atravesara la puerta. No lo hizo, pero yo sí. Aterricé en mi hombro y me rompí la clavícula. No he vuelto a subirme a un caballo desde entonces. No hasta hoy.
- —Tuviste un desafortunado accidente y ya veo por qué te asusta. Cuando lleguemos a Breaghacraig, encontraré el caballo más tranquilo de toda Escocia y te enseñaré a montar. Llevará tiempo, pero perderás el miedo, y cuando yo termine, ni siquiera necesitarás una licencia para montar —Cormac inclinó su cabeza para evaluar la reacción de Jenna. Se alegró de ver que le sonreía.
- —Muy gracioso, Sr. MacBayne. Supongo que no es muy útil una licencia por aquí.
- —No. No tengo una sola licencia a mi nombre —se rio y Jenna se relajó aún más en sus brazos. Cormac se sintió aliviado. Ahora tenía que llevarlos a un lugar seguro para pasar la noche.



Jenna se sentó en un tronco junto al fuego abrasador que Cormac había puesto para ellos. Dormirían al aire libre esta noche. Ella no esperaba esa

posibilidad, pero al menos seguía viva. Cormac había salido en busca de comida y regresado con un conejo para que lo compartieran. Jenna no estaba acostumbrada a ese tipo de cosas, prefería comprar su comida en el supermercado, pero tenía tanta hambre que su estómago rugía y ella estaba realmente temblando. Comía lo que se le presentaba en ese momento. Él había encontrado algo de avena y un sartén en su alforja y también había preparado algunos bannocks (tortas típicas escocesas).

- —¿Estás disfrutando de tu comida, Jenna? Sé que esto no es lo que solías hacer en casa.
 - —Está bien, gracias.

Jenna continuó comiendo en silencio. Cormac se sentía mucho más en casa aquí. Ella había notado en San Francisco que él siempre parecía un poco incómodo y fuera de lugar. Había hecho un muy buen trabajo tratando de ocultarlo, pero aquí, estaba en su ambiente. Él tomó el control de su situación y no importaba lo malhumorada que ella hubiera estado con él, nunca dejaba que le afectara. Sabía exactamente qué hacer y cómo hacerlo para mantenerlos a salvo. Les había construido un pequeño refugio que forró con una tela escocesa que guardaba en la alforja. Era lo suficientemente grande como para envolverlos a ambos cómodamente para la noche. Mantuvo el fuego encendido. Explicó que los mantendría calientes y alejaría a los lobos, porque aparentemente los habían estado siguiendo, no dispuestos a renunciar a su presa. Cormac también le había quitado las botas y envuelto algunas piedras calientes en otra tela escocesa para darle un masaje en los pies y colocarlos sobre las piedras, para luego vendarlos con el resto de la tela. Se sentía increíble y Jenna tuvo que controlarse para no gemir de placer.

- —Jenna, no quiero que te enfades conmigo. No sabía que la niebla te arrastraría conmigo, pero cuando me tocaste las manos todo empezó a moverse y supe que si no me aferraba a ti, podrías perderte para siempre en otra época y lugar. ¿Puedes perdonarme?
- —Lo pensaré —no estaba dispuesta a renunciar a la idea de que a propósito la había secuestrado y la había arrastrado a Escocia con él.
 - —Lo acepto —respondió con una dulce sonrisa.

Gotas de lluvia comenzaron a caer sobre ellos. Apenas comenzaba, pero en pocos minutos se convertiría en una tormenta.

Cormac la llevó en sus brazos al interior del refugio y la envolvió en la tela escocesa. Había estado calentando más rocas en el fuego, y las sacó de las llamas con su espada.

- —Las necesitaremos para mantenernos calientes —dijo mientras las reunía en su falda escocesa. Todavía estaban bastante calientes, pero se las arregló para ponerlas bajo la tela escocesa donde emanarían calor por algún tiempo. Desensilló a su caballo y colocó la silla de montar en su refugio junto con cualquier otra cosa que necesitara permanecer seca.
 - —¿Qué hay de tu caballo?

Saidear se encontraba mordisqueando un poco de hierba y no parecía importarle quedar mojado.

- —Estará bien. No es la primera vez que lo agarra la lluvia —Cormac se acostó a su lado, apoyando su cabeza en su silla—. ¿Puedo abrazarte, Jenna, muchacha? Me dijiste que no te tocara, y sé que lo he hecho así desde entonces, pero aquí en nuestro refugio, no quiero abusar demasiado.
- —Está bien. Necesitamos mantenernos calientes. Aquí —dijo mientras sostenía la tela escocesa para que él se arrastrara por debajo—. Para sobrevivir, puedes abrazarme —le dio la espalda y él la llevó hacia la curva de su cuerpo. Al poco tiempo, Jenna escuchó el sonido de su respiración constante, haciéndole saber que se había dormido. Ella solo esperaba poder hacer lo mismo.



Una gota de agua cayó en el oído de Cormac, despertándolo de lo que había sido un sueño muy tranquilo. Los ojos de Jenna permanecían cerrados, y él esperaba poder levantarse y encender nuevamente el fuego para calentarla antes de que partieran a Breaghacraig. Suavemente sacó su brazo de debajo de su cabeza. Jenna no se despertó y Cormac se sintió aliviado. La envolvió con la tela escocesa y salió a la luz. Echando un vistazo rápido al fuego, se dio cuenta de que sería imposible volver a encenderlo. Todo estaba muy empapado. Quedaba una pequeña cantidad de comida de la noche anterior, pero tendría que hacerse hasta que llegaran a su casa.

- —Cormac —llamó desde el interior de su refugio.
- —Sí. Jenna, estoy aquí —se asomó y fue recompensado con una sonrisa.
- —Tenía miedo de que me hubieras dejado.
- —Nunca te dejaría, Jenna. No tienes nada que temer.
- —¿Se han ido los lobos?
- —Sí. Sin duda buscaron refugio por la tormenta. Sin embargo, debemos irnos lo antes posible.

- —¿Cuánto nos tomará llegar a tu casa?
- —Un poquito más. Deberíamos llegar esta tarde.
- —Bien —Jenna se quitó de encima la tela escocesa y salió a la luz de la mañana. Parecía que la lluvia todavía podía continuar. Ella esperaba que no, ya que haría el resto de su viaje miserable—. Tengo que hacer pis. ¿Hay algún lugar seguro para hacerlo?

Cormac ahogó una risa. Jenna no se mostró ni un poco tímida al decirlo.

- —Por supuesto, ven conmigo —la llevó a una arboleda cercana—. ¿Qué tal?
 - —Bien. No te vas a quedar ahí parado, ¿verdad?
- —No. Te daré privacidad, muchacha. Estaré justo aquí por si me necesitas
 —se alejó y la dejó.

Cormac estaba muy feliz de haber vuelto a su época. Sabía exactamente cómo se sentía Jenna. Esto no era ni su época ni su lugar. La única diferencia entre ellos era que él había ido voluntariamente a San Francisco. Había ido a buscarla. Cuando ayer por la mañana fue a Marina Green con ella, se encontraba seguro de que no la volvería a ver. ¿Edna había planeado todo esto? Había tratado de contactarla desde su regreso, pero ella no respondía. Si Jenna no quería quedarse, entonces él estaba obligado por honor a ver que regresara a salvo a su propia época. ¿Cómo lo haría? Bueno eso era otra pregunta, todas juntas.

- —Vale. Estoy lista para irme —Jenna volvió y se veía mejor que ayer. Parecía haber aceptado su situación actual, y Cormac estaba feliz de que no fuera a machacarlo todo el día, o al menos, esperaba que así fuera.
 - —Aquí. Queda algo de comida de anoche. Come. Necesitarás fuerza.
 - —¿Qué hay de ti? Tú la necesitas más que yo —protestó Jenna.
 - —Compartiremos. Tú primero.

Jenna le dio un mordisco a la sobra de conejo y comió uno de los *bannocks*.

- —Eso debería ser suficiente para mí. Tu turno.
- —Dale otro mordisco al conejo, Jenna —Cormac le dijo con los ojos que no aceptaría un no por respuesta. Obedeció y le tendió el resto. Él comió mientras juntaba sus cosas, aunque eran pocas. Ensilló a *Saidear* y volvió a empaquetar la alforja. Había olvidado por completo que tenía una bolsa entera de caramelos atravezada por su cuerpo. Metiendo la mano en su saco, escogió un pedazo para Jenna y uno para él.
 - —Aquí —le ofreció un trozo de chocolate.

—Oh... gracias. Me olvidé de los dulces que compramos. No suelo comerlos en el desayuno, pero en este caso haré una excepción.

Cormac la subió a su caballo y se montó detrás de ella. Se pusieron en marcha a la velocidad del trote, lo que debió haber sido un poco irritante para Jenna porque después de unos minutos habló:

- —¿Podríamos ir más rápido, por favor? No es como si rebotaramos mucho.
- —Como desee, mi señora —Cormac le dedicó una fingida reverencia y le instó a *Saidear* a ir a medio galope.
 - —Así está mejor —sonrió.

Siguieron, sin contratiempos, el camino que les llevaría a Breaghacraig. Cormac pudo notar que Jenna se relajaba mientras nuevamente se dejaba hundir en su pecho y en la cercanía de su cuerpo.

—Jenna, algo extraño ha sucedido —no estaba seguro de cómo sacar el tema, pero era hora de que ella se enterara de lo que había descubierto ayer—. Cuando te dejé para comprobar las voces que escuché, me encontré con Jonathan y la camarera Sofía.

Jenna se retorció en la silla de montar para mirarlo con incredulidad.

- —Estás bromeando, ¿verdad?
- —No. Me temo que no. Los escuché hablando con Sir Richard. Nos habían estado siguiendo en San Francisco y de alguna manera fueron arrastrados por la niebla y transportados aquí.
 - —¿Pero por qué no los vimos?
- —No estoy seguro. Imagino que no llegaron al mismo tiempo que nosotros, sino poco después. Eso también explicaría cómo Sir Richard logró cruzar el puente y volver a esta época. Debieron haber llegado exactamente en el mismo momento. Lo más probable es que Richard pasara de largo sin verlos.
 - —¿Entonces cómo es que lo viste hablando con ellos?
- —Seguramente regresó, por alguna razón, tal vez para seguirnos, y se encontró con ellos en el claro del bosque. Jenna, Richard le pidió a Jonathan que trabajara con él. Jonathan quiere que vuelvas a San Francisco; mencionó algo sobre el dinero, y Richard estaría más que feliz de tener ayuda para destruir a los MacKenzie.
 - —Pero tengo una orden de restricción contra Jonathan.
- —Tu orden de restricción aquí no sirve para nada —explicó Cormac desalentadoramente—. Debemos volver a Breaghacraig. Allí estarás a salvo.

Capítulo 21



enna reflexionó sobre lo que Cormac acababa de decirle. ¿Qué estaba tramando Jonathan? Sabía que no debía acercarse a ella, ni contactarla de ninguna manera. Tuvo un pensamiento momentáneo de que tal vez podría tener la intención de hacerle daño. Sus incesantes esfuerzos por sacarle más dinero o a su familia eran agotadores. Ya debía saber que no iba a conseguir más. Ya era bastante malo tenerse que preocupar por él en San Francisco, pero ahora, aquí en la Escocia del siglo dieciséis, aparentemente había encontrado dos aliados para ayudarle. ¿Pero a hacer qué? Esa era la cuestión. Un escalofrío involuntario le recorrió los miembros.

- —Jenna, ¿estás lo suficientemente caliente? —Preguntó Cormac, con preocupación escrita por todo su hermoso rostro.
- —Sí. Estoy bien, Cormac —mintió—. Me preguntaba por qué Jonathan cree que puede sacarme más dinero. La anulación fue definitiva y ya no estamos casados. No le debo nada.
- —No sé cuáles son sus planes, pero me temo que puede querer hacerte daño.

Jenna no respondió: Cormac acababa de expresar su más profundo temor. Ella nunca le había dicho una palabra a nadie, ni siquiera a Dylan, pero estaba secretamente preocupada de que los motivos de Jonathan solo pudieran ser peligrosos para ella. Necesitaba volver a San Francisco y contratar a alguien para que lo vigilara. Sacudió mentalmente su cabeza. ¿En qué estaba pensando? Si volvía a casa y Jonathan se quedaba atrapado aquí, podría no necesitar tratar con él nuevamente. Se sintió mal por la mesera. Seguramente, Sofía no tenía ni idea de en qué se había metido. Jonathan era muy convincente y probablemente la había cautivado y mentido para que lo ayudara.

- —Cormac, ¿crees que deberíamos tratar de ayudar a Sofía?
- —Me preguntaba lo mismo. No parece ser el tipo de mujer que estaría dispuesta a cumplir las órdenes de Jonathan.
 - —Estoy segura de que le mintió, o ella no habría seguido con él.
- —No te preocupes, muchacha. Cuando lleguemos a mi casa, hablaré con Robert y Cailin. Encontraremos una manera de ayudarla.

A Jenna no le gustaba la idea de Cormac estando cerca de Sofía. Sabía que la mesera lo había querido y ese pensamiento la ponía celosa. Aunque el motivo de sus celos estaba fuera de su alcance, ya había decidido que no le interesaba quedarse en este lugar olvidado por Dios. Necesitaba volver a casa y Cormac necesitaba quedarse aquí. Realmente no debería preocuparse por los celos. Eso no haría nada para ayudarla a volver a casa. Si Sofía quería quedarse aquí, tenía todo el derecho de ir tras Cormac, si quería. La espalda de Jenna se tensó y la ira se levantó nuevamente en su pecho.

- —¿Cuánto tiempo más va a durar esto? —Preguntó malhumoradamente.
- —Ya casi llegamos, muchacha. Relájate. Todo está bien —Cormac sonaba exasperadamente tranquilo.
- —¿Qué significa «casi llegamos» en el siglo dieciséis? ¿Una hora? ¿Dos? —Jenna prefería ser capaz de poner las cosas en perspectiva y pensó, por alguna razón, que estar enfadada con Cormac justo ahora ayudaría en ese sentido.
- —Jenna, ¿estás enfadada conmigo, muchacha? —Cormac sonaba desconcertado por su repentino cambio de comportamiento.
- —¿Tú qué creees? Estoy sobre un caballo, lo cual te dije que no quería hacer. Estoy en el siglo dieciséis, lo cual también te dije que no quería hacer... y ahora me entero de que tu amiguita Sofía está aliada con mi ex y un loco inglés y que todos están en mi contra. Sí. Estoy enojada.
- —Jenna, realmente no creo que Sofía tuviera idea de lo que Jonathan estaba haciendo. Parecía sorprendida por lo que él le decía a Richard.
- —Bien. Como sea. No puedo esperar a bajarme de este caballo y averiguar cuándo podré volver a casa.
 - —Muy pronto, Jenna. Muy pronto.

A Cormac no pareció importarle su comportamiento, y ella se preocupó irracionalmente de que él quisiera deshacerse de ella, tanto como ella quería irse.

Continuaron su viaje a través de la campiña escocesa. Jenna tuvo que admitir que era hermoso. La niebla colgaba cerca del suelo y el musgo crecía por todas partes, haciendo que todo a su alrededor tuviera el más bello tono de

verde. Gotas de lluvia empezaron a caer sobre ellos y Jenna estaba a punto de quejarse de nuevo cuando llegaron a una ligera subida y frente a ellos apareció un hermoso castillo.

—Ese es Breaghacraig, Jenna —Cormac apuntó innecesariamente hacia el castillo, que parecía ser la única cosa en kilómetros a la redonda junto con algunas pequeñas cabañas.

Jenna se estrujó a si misma en un objetivo lo más pequeño posible, para evitar las gotas de lluvia cayendo. Cormac metió la mano en su alforja y sacó una tela escocesa que envolvió expertamente a su alrededor para proteger a Jenna del clima.

- —Gracias —murmuró a través de las capas de tela. Casi rio cuando imaginó que le había cubierto la boca a propósito, para no tener que escucharla quejarse más.
- —Bienvenida, muchacha. Ahora, vayamos a Breaghacraig antes de que pilles un resfriado.

Instó a *Saidear* a avanzar a galope y, antes de que Jenna lo notara, se encontraron frente a las puertas del castillo que se abrieron de par en par para permitirles la entrada. Mientras la atravesaban, se sorprendió al ver a mucha gente corriendo por ahí. La lluvia no los disuadía de atender sus tareas. Dos chicos corrieron hacia ellos cuando finalmente se detuvieron para coger las riendas de *Saidear* y permitir que Cormac bajara de un salto y fuera a por Jenna. Estaba muy bien envuelta, así que no tuvo más remedio que dejarlo levantarla del caballo. Mientras se colocaba a su lado, él dio instrucciones a los chicos que estaban al cuidado de *Saidear*. Envolvió un brazo protector alrededor de sus hombros y la condujo hacia las enormes puertas del castillo. Estaban todavía a una distancia considerable de estas cuando se abrieron y una pequeña mujer con pelo castaño oscuro y un hombre alto de pelo oscuro aparecieron. La mujer se paró en seco.

El hombre le dijo algo, pero ella continuó mirando a Jenna, quien observó cómo la mujer la llamaba y empezaba a correr hacia ella. Por una fracción de segundo, Jenna no estaba segura, pero luego reconoció a su mejor amiga, Ashley. El hombre agarró el brazo de Ashley para detenerla y darle una buen regaño.

- —¡Oh, Dios mío, esa es Ashley! —Le dijo a Cormac—. ¿Quién es ese loco que la sostiene por el brazo?
 - —Ese loco es mi hermano, Cailin. Ashley es su esposa.



Cormac atrapó a Jenna cuando sus piernas se le doblaron.

- —¡Maldita sea esta estúpida manta! —Maldijo, tratando sin éxito de quitársela de encima. Casi había caído de cara en su apuro de llegar con Ashley.
- —Jenna, déjame ayudarte —dijo Cormac con calma mientras la desenvolvía de la manta. Apenas se la quitó, se dirigió hacia Ashley.
 - —¡Déjala en paz! —Jenna le gritó a Cailin.

Cormac no pudo evitar reír. La expresión en la cara de su hermano no tenía precio. Obviamente no tenía ni idea de quién era esa mujer o por qué le decía que dejara en paz a su propia esposa.

Cailin miró a Ashley y luego a Cormac, quien acababa de llegar al lado de Jenna.

- —Hermano, ¿quién es este pequeña fiera que te acompaña?
- —Ella es la buena amiga de Ashley, Jenna —observó cómo su hermano asimilaba la escena frente a él. Jenna y Ashley se abrazaron de manera intensa, riendo y llorando. Cormac casi derramó una lágrima al ver lo felices que eran por volver a estar juntas—. Deberíamos llevarlas adentro, fuera de la lluvia, y te contaré toda la historia.

La hermana de Cormac, Irene, estaba en la puerta con su marido Robert. Ambos parecían desconcertados, pero permanecieron en silencio. Cormac y Cailin separaron a las chicas y las llevaron adentro, más allá de los que se habían reunido para descubrir lo que estaba sucediendo. Una vez dentro, el gran salón se sentía cálido y acogedor. Un enorme fuego ardía con fuerza en la chimenea y se habían encendido antorchas por todas partes para compensar el oscuro y lúgubre día de afuera. Cormac se sentía aliviado de finalmente haber regresado a casa. Se preparó para contarles a aquellos que se habían reunido su paradero de los últimos días, pero antes de que pudiera hablar, Irene tuvo una pregunta:

- —¿Quién es esta muchacha que has traído a casa contigo, Cormac? Parece que conoce a nuestra Ashley.
 - —Sí. Así es, Irene. Es la amiga de Ashley, Jenna, de San Francisco.
 - —¿Qué hace aquí? ¿Dónde la encontraste?
- —Es una larga historia que me gustaría compartir con vosotros, pero ambos estamos hambrientos y mojados. Irene, ¿tienes algo seco que Jenna pueda usar? Ha tenido un largo viaje y tiene una tendencia a ser espinosa como un cardo cuando se encuentra incómoda —Cormac esperaba que Irene

se ocupara de la comida y la ropa y se conformara con esperar un poco por su historia.

- —Sí. Ayudaré a la muchacha a secarse y nos encargaremos de que ambos sean alimentados. Adelante, entonces. Ve a cambiarte y vuelve rápido. No quiero esperar mucho tiempo para escuchar tu historia —Irene le palmeó la espalda para instarlo a irse.
- —Jenna, ve con mi hermana, Irene. Ella se encargará de que tengas ropa seca y te veré aquí para comer.

Jenna levantó la vista de su conversación con Ashley y asintió con la cabeza. Ashley le dedicó una enorme sonrisa de agradecimiento a Cormac y le lanzó un beso. Miró a su dulce cuñada y luego a Jenna e Irene, quienes se estaban evaluando la una a la otra. Eran muy parecidas, y Cormac vio como Irene comenzaba a avanzar hacia Jenna, esperando que las dos se llevaran bien.



Jenna se mantuvo firme, agarrándose de las manos de Ashley mientras Irene se acercaba. Era una belleza de pelo negro y ojos azules, la cual evidentemente era la que se encontraba a cargo del lugar.

- —Jenna, un gusto conocerte —se presentó Irene—. Cormac es mi hermano y su amiga Ashley es como una buena hermana para mí, como si hubiera nacido en nuestra familia.
- —Encantada de conocerte —dijo Jenna, tendiéndole la mano a Irene, quien parecía un poco confundida por el gesto—. Oh, lo siento, supongo que no se dan la mano aquí —retiró la mano avergonzada.
- —Jenna, vamos a buscarte algo seco para que te pongas —dijo Ashley. Tenía lágrimas de felicidad en sus ojos cuando la cogió de la mano para seguir a Irene por las escaleras.
- —Le daremos tu vieja recámara, Ashley. Por aquí, Jenna —Irene las condujo a una habitación a su derecha y dijo—: Volveré enseguida con un vestido para vos.

Ashley abrió la puerta de la habitación y llevó a Jenna adentro.

—Jenna, no puedo creer que estés aquí. Estoy tan feliz. No sabía si volvería a verte —Ashley volvía a tener lágrimas de felicidad y Jenna le dio otro gran abrazo.

- —Lo sé. Cuando llamaste y dijiste que te ibas a casar, omitiste la parte sobre el viaje en el tiempo y sobre que yo no volvería a verte. Deberías habérmelo dicho, Ashley —Jenna se apartó y la miró seriamente a los ojos.
- —Debería haberlo hecho, pero pensé que no me creerías y lo último que quería era que vinieras aquí y trataras de encontrarme —Ashley no podía apartar los ojos de su amiga—. Jenna, dime cómo te encontró Cormac. ¿Cómo llegaste aquí?
- —Es una larga historia, y estoy segura de que no me creerás —dudó por un momento—. Cormac me secuestró —listo, lo dijo. Ashley parecía sorprendida, pero ella solo le estaba diciendo la verdad.

Ashley sacudió la cabeza, negando.

- —¿Qué quieres decir? Cormac nunca haría algo así.
- —Bueno, lo hizo. Apareció en Marina Green y me dijo que Edna lo envió a buscarme. Que se suponía que yo era su esposa. Pensé que estaba loco, pero a Dylan realmente le agradó e insistió en que lo dejáramos quedarse con nosotros. En resumen, supongo que él tenía que volver a Marina exactamente siete días después de haber llegado y puf, aquí estoy.
 - —¿Así que te obligó a ir a Marina con él?
- —No, por supuesto que no. Me engañó. Se quedó allí, luciendo perdido y molesto, y yo fui a él, pensando que estaba perdiendo la cabeza y que no iría a ninguna parte. Tan pronto como puse mi mano en su brazo, la niebla apareció y comenzó a arremolinarse a nuestro alrededor. Me agarró y se aferró a mí para que no pudiera escapar, y lo siguiente que supe fue esrar aquí.
- —Jenna, creo que Edna tuvo algo que ver con eso. No puedo imaginar que Cormac quisiera que lo acompañaras en contra de tu voluntad. Él no es así —Ashley defendió a su cuñado—. Pero no entiendo una cosa. ¿Cómo se supone que te vas a casar con Cormac? Ya estás casada con Jonathan.
- —Han pasado muchas cosas desde que te fuiste, Ashley —escupió duramente—. Tú y todos los demás tenían razón sobre Jonathan. Solo estaba interesado en mí por mi dinero. Hice que anularan el matrimonio.

Ashley jadeó y le cogió la mano.

- —Lo siento mucho, Jenna. Eso no es algo en lo que quería demostrar tener razón. Sé lo mucho que le querías.
- —*Pensé* que lo amaba, pero cuando llegó el momento, me di cuenta de que nunca habíamos estado bien, no desde el principio. Me conquistó, pero en algún lugar en el fondo creo que sabía que me estaba engañando, y estoy enfadada conmigo misma por haber dejado que ocurriera.

Ashley no respondió. Jenna sabía que su amiga quería intentar hacerla sentir mejor, pero también conocía a Jenna lo suficiente como para saber que no aceptaría compasión. En lugar de eso, siguieron hablando y Jenna le abrió su corazón a Ashley, quien tenía muchas preguntas para ella. Le contó todo lo que había pasado desde que se había ido y luego tuvo otras muchas preguntas para Ashley, pero tuvo que esperar para hacerlas porque Irene llegó con un hermoso vestido para que lo usara.

- —Vamos a sacarte de esas cosas mojadas y ponerte algo seco —sugirió Irene. Hizo un ademán para que Jenna se diera la vuelta, pero se quedó mirándola fijamente—. Necesitarás ayuda para salir de tu vestido. Si lo prefieres, Ashley puede ayudarte.
- —Oh, sí, preferiría que Ashley me ayudara. Me siento incómoda desnudándome delante de alguien que recién acabo de conocer.

Irene no parecía muy feliz con respecto a Jenna, pero dirigió su atención a Ashley y sonrió cálidamente.

—Ashley, ¿te importaría ayudar a tu amiga? Luego nos veremos abajo cuando terminen.

Le sonrió brillantemente a Irene y asintió con la cabeza.

- —No le agrado a esa mujer —observó Jenna después de que Irene se escabullera por la puerta y la cerrara silenciosamente.
- —No seas tonta. Todavía no te conoce. Es muy protectora con sus hermanos.

Jenna sacudió la cabeza con incredulidad.

- —No puedo creer que esté aquí. No puedo creer que *estés* aquí.
- —Vamos, date la vuelta para que pueda desabrocharte el vestido. ¿Quién te ayudó a ponértelo? —Se preguntó Ashley en voz alta.
- —Esa sería Edna. De alguna manera, cuando llegué ya estaba vestida así. Oh, pero me dejó quedarme con mis botas.

Ashley se rio ante esa declaración.

—¡Oh, esa Edna! Debe tener algo en mente para ti. Probablemente realmente cree que tú y Cormac son el uno para el otro.

Continuó desatando el vestido de Jenna y, cuando terminó, la ayudó a salir de él y entrar en el sedoso de color lavanda que Irene había llevado.

Jenna no pudo evitar admirar la mano de obra.

- —Esto es hermoso, Ashley.
- —Irene lo hizo. Es una costurera increíble. Ha hecho, o me ha ayudado a hacer prácticamente todos los vestidos que tengo.
 - —Es muy talentosa.

Ashley cogió un par de zapatillas a juego y se las dio.

- —Puedes usarlas, o si quieres dejarte las botas.
- —Cormac probablemente preferiría que me dejara las botas, pero me iré por la comodidad. Quiero las zapatillas.

Ashley examinó a su amiga con curiosidad.

—Entonces, ¿qué sucede, Jenna? Te gusta, ¿verdad?

Jenna no quería mirar hacia arriba por miedo a delatarse, pero cuando finalmente lo hizo, vio que Ashley la estaba examinando como si fuera un espécimen bajo el microscopio.

- —Sí. No puedo mentirte. Me gusta. Mucho. Pero no puedo perdonarle por llevarme fuera de mi propia época. Le dije que no podía acompañarlo, y él no quería quedarse en San Francisco. Debería haber aceptado mi decisión y no obligarme.
- —Tienes que saber que, en el fondo de tu corazón, él no haría nada para lastimarte, Jenna.
 - —Sí que lo sé. Pero no quiero estar aquí —lloriqueó Jenna.

Ashley pareció dolida por ese comentario.

—Lo siento, Jenna. Encontraremos una manera de que vuelvas a casa. No te preocupes —se dio la vuelta y se dirigió a la puerta—. Vamos a unirnos a los demás. Debes estar hambrienta.



Cormac las estaba esperando al final de las escaleras.

- —No te he dado la bienvenida como es debido, Cormac —dijo Ashley, abrazándolo y plantándole un beso en la mejilla—. Te he echado de menos. Culpa tuya, por no decirnos a dónde ibas *realmente*.
- —*En realidad* iba a ir a Edimburgo a buscar una esposa, pero Edna me llamó y me dijo que conocía a la chica perfecta para mí —miró con amor a Jenna, quien a propósito se alejó. Suspiró fuertemente—. Entonces, me desvié y fui a donde Edna me dijo. Me envió a San Francisco y cuando llegué, Jenna fue la primera persona que vi.
- —Tendrás que contármelo todo en la cena —sonrió Ashley—. Quiero saber lo que hiciste, adónde fuiste… todo.
- —Lo compartiré todo con vosotros. Lo prometo —le ofreció a Jenna su brazo, pero ella lo pasó de largo, entrando al enorme comedor. Cormac puso

los ojos en blanco, buscando por intervención divina, pero cuando no hubo ninguna, le ofreció su brazo a Ashley, y ella caminó con él hacia la mesa.

- —¿Dónde está Cailin? —Preguntó Ashley.
- —Estará aquí pronto. Todavía está arriba.

Cormac la condujo a su asiento y retiró una silla para Jenna. Se sentó entre las dos mujeres. Inicialmente iba a dejar que Jenna se sentara al lado de su amiga, pero sospechó que tendría más posibilidades de hablar con ella si no lo hacía. Pero al mirarla ahora, no estaba tan seguro de que la disposición de los asientos fuera a funcionar a su favor porque Jenna estaba evitando adrede mirar en su dirección.

Cailin se unió a ellos y se sentó en el lado opuesto de Ashley. Le besó suavemente la mejilla mientras se sentaba y le cogió la mano mientras esperaban la llegada de la comida.

Cormac se inclinó hacia Jenna.

- —Te lo explicaré todo, no te preocupes.
- —Sé cómo comer, Cormac. Realmente no creo que haya algo por lo que tengas que hablarme —respondió de manera brusca.

Por millonésima vez desde que había conocido a esta mujer, Cormac cuestionó la elección de Edna y su propia cordura. No estaba seguro de querer pasar su vida con una mujer tan temperamental. Intentó recordar aquellos momentos en los que ella había sido todo lo contrario. Cuando había sido dulce y cariñosa, pero él tenía que preguntar adónde había ido esa mujer. La miró de reojo y se dio cuenta de que debía sentirse completamente perdida. Él prácticamente se sintió de la misma manera cuando estuvo en San Francisco. Sabía que tenía que ser más comprensivo con su situación. Continuaría intentando contactar con Edna y cuando lo hiciera, llevaría a Jenna de vuelta al puente para que pudiera volver a casa. No quería que se quedara en Breaghacraig a menos que fuera por propia elección, y en este punto, eso no parecía un resultado probable.

La comida fue puesta en la mesa, frente a ellos. Era realmente un gran festín. Cormac estaba hambriento y estaba seguro de que Jenna también lo estaba. No habían tenido una comida decente desde que dejaron San Francisco. Todos se sirvieron, pero Jenna se sentó rígidamente, mirando a todos los demás y a la comida con sospecha.

—Jenna, por favor, permíteme ayudarte —dijo Cormac en voz baja.

No respondió, y él tomó eso como su respuesta.

Tomó un plato de comida y comenzó a colocar varios alimentos en su él. Cuando terminó, él llenó su propio plato.

—Jenna, no te preocupes, no va a morderte —se rio Ashley—. Solo finge que estás en algún nuevo restaurante de la ciudad. Todo el mundo ha estado esperando esto y no puedes esperar a probarlo.

Jenna echó un vistazo y puso una cara que le causó risas a Ashley. Cormac vio como Jenna dio su primer mordisco y luego otro. *Estará bien*, pensó para sí mismo.

- —Cormac, ¿te importaría si cambiamos de asiento? —Preguntó Ashley—. Me gustaría hablar con Jenna. Tenemos que ponernos al día.
- —Por supuesto —Cormac estaba realmente aliviado por cambiar lugares. La fría forma en que Jenna lo ignoraba lo había dejado buscando cualquier excusa para alejarse de ella. Movió el plato de Ashley y la ayudó a colocarse en su nuevo asiento para después tomar el suyo.
- —Así que, hermano, cuéntame sobre tu aventura —Cailin sonaba emocionado por escuchar la historia de Cormac.
- —Fue increíble —respondió Cormac—. Todo sobre él está más allá de lo imaginable. Es un mundo lleno de magia —Cormac capturó la atención de todos en la mesa, a excepción de Ashley y Jenna—. Cailin, has estado allí. Entiendes a qué me refiero.
 - —Sí. Por supuesto, hermano. ¿Disfrutaste la comida? ¿Qué comiste?
- —La comida era tan diferente. Muchas frutas y verduras que no tenemos aquí. Tuve café, *pizza*, pasta y muchas otras cosas de las que nunca había oído hablar.

Cailin asentía con la cabeza y sonreía ante esta declaración, obviamente recordando su propia aventura.

Cormac se dispuso a contarle a su familia todo sobre el viaje. Estaban llenos de preguntas y respondió a todas y cada una de ellas. Al mirar hacia Jenna, notó que ella y Ashley se encontraban conversando profundamente, y se alegró de verla más relajada. Recordó lo que Dylan le había dicho y esperaba que tuviera razón. Quizás por la mañana, ya no estaría enfadada con él.

Capítulo 22



l salón era un lugar muy animado. Todo el mundo hablaba, comía y, en general, se divertía. Jenna había estado agradecida a Cormac por cambiar de asiento con Ashley. Ella y su amiga tenían mucho con lo que ponerse al día y hablar con Ashley la hacía sentir mejor. Podía oír a Cailin y Cormac compartir las cosas que habían visto y hecho en el siglo veintiuno.

- —Entonces, ¿todos aquí saben sobre el viaje en el tiempo? —Se preguntó Jenna en voz alta.
- —No todos, la familia inmediata y algunos otros. Tratamos de mantenerlo en secreto. Podría causar problemas si la gente equivocada lo supiera explicó Ashley en voz baja.
- —¿Quiénes son los otros pocos? No quiero cometer ningún error mientras esté aquí. Ya sabes, decir lo equivocado a la persona equivocada.
- —Claro. Bueno, Helene, es mi doncella y su hombre, Dougall, ambos lo saben. No tienes que preocuparte por decir nada delante de ellos. Esos de ahí son Helene y Dougall. Helene es la rubia guapa y Dougall es el montañés guapo que está sentado a su lado —apuntó en su dirección, y cuando Jenna miró al otro lado de la habitación, vio a Helene saludándolos y sonriéndoles —. Algunos de los hombres lo saben, pero no todos. Los que sí lo saben han jurado guardar el secreto, pero para estar seguros debes evitar hablar de ello con nadie más que con la familia, o con Helene y Dougall.
- —¿Y están realmente de acuerdo con ello? No puedo imaginarlo. Yo era una total no creyente cuando Cormac me lo dijo. Pensé que estaba loco.
 - —Me lo imagino. ¿Qué pensó Dylan?
- —Le creyó desde el principio, pero Dylan es un poco friki de la ciencia ficción y fue como un sueño hecho realidad para él. Yo no era parte del grupo

hasta que me encontré en camino a Breaghacraig.

- —¿No le creíste cuando te contó lo mío con Cailin?
- —Nunca me habló de ti —la postura relajada de Jenna comenzó a tensarse—. Me mintió. Hay tantas cosas que justo ahora no puedo superar.

Ashley le cogió la mano.

- —Jenna, tienes que creerme cuando te digo que Cormac es un gran sujeto. Si no te habló de mí, fue porque tenía una buena razón. Tienes que preguntárselo. Te dirá la verdad.
- —Eso es lo que siempre dice. Siempre me dice que si le pregunto algo, siempre me dirá la verdad.
- —Es un hombre de palabra, Jenna. También lo son Cailin y Robert. Ya lo verás. Solo dales una oportunidad.

Jenna puso los ojos en blanco debido a la frustración.

- —Parece que no tengo mucho donde elegir en esto, Ashley. Estoy atrapada aquí.
- —Jenna, sabes que me gustaría que te quedaras aquí con nosotros, pero entiendo si quieres irte. Te ayudaremos a contactar a Edna... lo prometo. Mientras tanto, solo disfruta de la experiencia. Tal vez te sorprenda lo mucho que te podría gustar.
- —Lo dudo, pero haré mi mejor esfuerzo —Jenna le sonrió cálidamente a su querida amiga.
- —Y no seas tan dura con Cormac. No quiero ver que ninguno de los dos salga herido.

Eso podría ser inevitable. Jenna tiró a Ashley hacia un abrazo, temiendo el momento en que tendría que despedirse de ella y de Cormac.



Jenna evitó contacto con Cormac por el resto de la noche. Necesitaba tiempo para procesar todo lo que había sucedido y dejarlo acercarse solo enturbiaría su pensamiento. El cansancio se le estaba acumulando y necesitaba dormir un poco. Los demás en el pasillo se reían y hablaban, y ella se sentía muy fuera de lugar. No se le ocurría nada que decirles a ninguno de ellos. Podía sentir los ojos de Irene penetrándola. Irene no confiaba en ella; Jenna se dio cuenta y parecía enfadada. No creía tener muchas posibilidades de ganársela. Extrañamente, Ashley parecía encajar bien. Estaba arropada bajo el brazo de su marido y parecían dos personas completamente

enamoradas. Jenna sufrió una punzada de celos, pero también sintió una gran sensación de felicidad por su buena amiga. Ashley había estado muy deprimida la última vez que ella la había visto, pero ahora estaba aquí, prácticamente radiante de alegría. Jenna odió interrumpirlos, pero realmente quería ir a la cama.

- —Ashley, estoy muy cansada. Voy a ir arriba. Buenas noches, Cailin. Fue un placer conocerte.
- —Buenas noches, muchacha. Estoy tan feliz de que estés aquí. Mi Ashley te ha echado mucho de menos —su sonrisa le hizo recordar la sonrisa de otro hombre apuesto. Un hombre en el que justo ahora no quería pensar.
- —Haré que Helene te ayude con tu vestido —dijo Ashley, y continuó apresuradamente cuando vio que Jenna estaba a punto de protestar—. No digas que no, vas a necesitar ayuda —le dio la espalda a Jenna y saludó a Helene, quien se apresuró en su dirección.
 - —Helene, esta es mi mejor amiga, Jenna. Regresó con Cormac.
 - —Encantada de conocerla, Lady Jenna.
 - —¿Lady Jenna? Que... A Jenna le desconcertó el saludo.
- —Llámala Jenna, Helene. No hay necesidad de formalidades, ya lo sabes —dijo Ashley.
- —Por supuesto, ven conmigo... Jenna —Helene la llevó hacia las escaleras.
 - —Gracias, Helene, aprecio la ayuda.
 - —Es mi trabajo. Ayudo a Ashley y a Lady Irene todos los días.
- —Solo estoy aumentando tu carga de trabajo. Probablemente pueda salir de este vestido por mi cuenta, de verdad.

Jenna no quería ser una carga. Era muy capaz de cuidarse a sí misma y no quería causar un lío.

—Por favor, Jenna, déjame ayudarte. No hay problema. Solo será un momento.

Llegaron a la puerta de la habitación de Jenna y Helene la abrió y entró. Luego Jenna y se estremeció.

- —Ooh... hace frío aquí.
- —No te preocupes. Encenderé el fuego enseguida.
- —¿Puedes mostrarme cómo hacer fuego, Helene? Ya sabes, en caso de que no estés cerca y yo tenga frío.

Asintió y Jenna vio como expertamente iniciaba el fuego en la chimenea.

—¿Creéis poder hacerlo por tu cuenta? —Preguntó cuando el fuego se encontraba ardiendo con fuerza.

—Solo seguiré tu ejemplo, estoy segura de que puedo hacerlo.

Jenna vio una mirada de escepticismo en la cara de Helene, pero la joven se puso de pie y fue a el hombro de Jenna para hacerla girar suavemente.

—Déjame ayudarte con la bata. Lady Irene te ha dejado un camisón.

Una rápida mirada hacia la cama reveló un bonito camisón de muselina adornado con cintas *rosas* y flores bordadas que había sido dejado allí para ella. Helene desató los lazos del vestido color lavanda con dedos ágiles y la ayudó a salir de él.

- —No estoy acostumbrada a desnudarme delante de extraños —admitió
 Jenna incómoda.
- —No es nada de lo que debas preocuparte. He visto a muchas damas en este castillo tan desnudas como el día en que nacieron —Helene se rio mientras la ayudaba a ponerse el camisón—. Listo, estarás bien calentita ahora que el fuego está ardiendo, y tienes muchas pieles bonitas para cubrirte mientras dormís.
 - —Gracias, Helene. Fue muy amable de tu parte ayudarme.
- —Como dije, es lo que hago. Buenas noches —Helene salió por la puerta, cerrándola tras ella.

Antes de meterse en la cama, Jenna se paró frente al fuego durante unos minutos, disfrutando del calor, el destello y el crepitar de las llamas. Se sintió completa y totalmente sola. Jenna se estiró y bostezó mientras se metía bajo las mantas. Era un lujo que no tenía en casa. Las pieles eran increíblemente suaves y definitivamente la mantendrían caliente durante la noche. Ya acostada, pensó en Cormac. Deseaba no haber sido un cardo tan espinoso, como a él le gustaba llamarla. Tendría que dormir sola debido a su mal humor, y tener su calor y comodidad le habría facilitado el sueño, pero ella había sido su propio mayor enemigo una vez más, dejándolo a él completamente fuera. *Uno de estos días, Jenna, te vas a dar cuenta*. La madre de Ashley solía decirle de manera regular que «se atrapan más moscas con miel que con vinagre». Hoy no había sido nada más que vinagre y Cormac no había sido nada más que un caballero. *Eres tan idiota*, pensó para sí misma. *Uno de estos días, no te va a perdonar.* Se acurrucó más profundamente en las pieles y bostezó de nuevo. Estaba exhausta. Tal vez las cosas parecerían mejor mañana.

- —Jenna... —una voz la llamó en la oscuridad.
- —¿Quién está ahí? —Buscó en los rincones oscuros de la habitación, tratando de localizar el origen de la voz.
 - —Jenna, soy yo... Edna.

Se incorporó en la cama.

- —¿Edna? ¿Dónde estás? No puedo verte.
- —No. No puedes verme porque no estoy en Breaghacraig.
- —¿Qué es lo que quieres? —Preguntó con suspicacia.
- —Quiero que sepas que soy consciente de que no fue tu elección venir a Breaghacraig. Pero tienes que entender que no fue Cormac quien te trajo. Estaba dispuesto a irse sin vos, pero yo no podía permitir que eso ocurriera. Sabía que finalmente iríais a él, y cuando lo hicisteis... bueno, ahí fue cuando ocurrió la magia.
 - —¡Pero él se aferró a mí! No me iba a dejar ir.
- —Y es bueno que lo haya hecho. Podrías haber terminado aún más atrás en el tiempo y completamente sola. Deberías estar agradecida con él, por haberte salvado de ese destino.

Jenna se cruzó de brazos de manera furiosa.

- —¡Cómo te atreves! ¡Sabías que no quería ir con él y aún así me obligaste! Edna, deberías estar muy contenta de no estar delante de mí ahora mismo.
- —Soy consciente de ello, querida. Ahora, vayamos al grano, ¿sí? Jenna asintió, pero no estaba segura de que Edna pudiera verla, así que habló:
 - —Vale, supongo. ¿Cómo vuelvo a casa?
- —Bueno, para empezar, vas a tener que pasar algún tiempo en Breaghacraig. Conocerás mejor a Cormac, podrás visitar a mi querida y dulce Ashley, y podrás aprender un poco sobre la vida en la Escocia del siglo dieciséis. Cormac se quedó en San Francisco durante siete días y tú te quedarás en Breaghacraig durante siete días. Te contactaré nuevamente cuando sea el momento de irse y Cormac te llevará al puente. Desde allí, podrás volver a casa, si así lo decides.
- —¡Grandioso! Tortúrame otra vez. Supongo que no fue suficiente la primera vez que tuvimos que despedirnos.
- —Ambos necesitaban más tiempo juntos y yo soy una romántica empedernida. Creo que ustedes deben estar juntos. Siete días no es mucho tiempo, pero será suficiente para que te des cuenta de que estás exactamente donde necesitas estar.
- —Eres una loca y manipuladora. No me voy a quedar aquí. Sí, me quedaré los próximos siete días, pero después de eso me iré a casa y no podrás detenerme.

—Bueno, creo que podría, pero nuestro acuerdo es de siete días y siete días será. Mañana es el primer día. Aprovecha tu tiempo, Jenna. Cuídate, querida, y me pondré en contacto contigo al final de tu estancia.

De repente, todo lo que Jenna pudo oír fue el crepitar del fuego y, cualquier señal de que Edna había estado allí, desapareció. Estaba asustada por lo que acababa de pasar, pero no iba a vagar por el castillo sola en busca de Ashley. Le hablaría sobre ello por la mañana. Ahora mismo, necesitaba dormir. Estos habían sido los dos días más extraños de su vida y la habían dejado hecha polvo.

Capítulo 23



n suave golpeteo en la puerta de la recámara le informó a Jenna que no estaba completamente sola. Había estado despierta durante horas, y aunque era definitivamente de mañana, no estaba segura de lo que debía hacer. La habitación estaba helada y no quería salir de la cama para hacer que el fuego volviera a arder. No quedaban más que brasas y cenizas del fuego que Helene había iniciado la noche anterior.

Otro golpe resonó, esta vez más fuerte, y Jenna se dio cuenta de que Helene debía de haber regresado para ayudarla a vestirse.

—Pasa —llamó.

La puerta se abrió y Cormac asomó su cabeza.

- —Buenos días —dijo en voz baja—. ¿Puedo entrar?
- —Seguro —se estremeció y se subió y ajustó las pieles alrededor de su barbilla—. El fuego se ha apagado y tenía demasiado frío para levantarme y empezarlo de nuevo —explicó Jenna.

Cormac inmediatamente fue a la chimenea y comenzó un fuego con poco esfuerzo.

- —Listo, eso debería calentar la habitación rápidamente. ¿Necesitas ayuda para vestirte? Enviaré a buscar a Helene.
- —No. Cormac, necesito hablar contigo. Tal vez podrías ayudarme a vestirme mientras te cuento lo que pasó anoche.

Cormac pareció un poco nervioso.

- —¿Estás segura de que quieres que te ayude?
- —Sí. Ya me has visto desnuda. Estoy segura de que podemos manejar el ponerr un vestido sin tener que llamar a Helene. A menos que, por supuesto, aquí haya alguna regla que lo prohiba.

- —Como quieras, muchacha, estaré encantado de ayudarte —Cormac extendió su mano y ella la alcanzó, disfrutando de la familiar sensación de calor extendiéndose por sus miembros. Salió de la cama y él la acercó al fuego.
- —Mi vestido está allí —señaló la prenda color lavanda cubriendo una silla cercana. Cormac lo cogió. Dándole la espalda, dejó caer el camisón al suelo. La fuerte respiración de Cormac le dijo que estaba prestando mucha atención. La rodeó con sus brazos, sosteniendo el vestido para que ella pudiera fácilmente meterse en él. La cercanía de su cuerpo y la dureza de su deseo presionando contra su espalda hizo que Jenna temblara. Tal vez esto no había sido una buena idea. Ella estabilizó su respiración e hizo lo mejor que pudo para fingir que lo único que sentía era frío. Cormac rápidamente levantó el vestido y ella metió los brazos en las mangas. Luego y de manera experta ató los lazos, y al terminar, se alejó de ella. Jenna inmediatamente extrañó el calor de su cuerpo y se volvió para mirarlo por primera vez desde que había entrado en su habitación. Era más bello de lo que las palabras podían expresar.
 - —Gracias —se las arregló para decir.
 - —De nada, muchacha. ¿Hay algo más en lo que pueda ayudarte?
- —No. Realmente quería contarte lo que pasó anoche cuando me fui a la cama.
 - —Soy todo oídos.
 - —Edna estuvo aquí. No físicamente, pero pude oírla en mi mente.
- —Ah... —Cormac parecía decepcionado, probablemente porque sospechaba que eso significaba que ella se iría.
- —Me dijo que tengo que quedarme aquí por siete días. Al igual que tú tuviste que quedarte en San Francisco durante siete días.
 - —¿Dijo por qué? —El alivio era tangible en su voz.
- —Solo que necesitaba tomarme el tiempo para conocerte mejor. Dijo que al final de los siete días, si todavía quería volver a San Francisco, me enviaría de vuelta.
- —Ya veo. ¿Cómo te sientes al respecto, Jenna? ¿Quieres conocerme mejor? —Parecía ansioso, como un niño pequeño esperando su castigo.
- —Sí. Quiero conocerte mejor, pero no creo que importe. Aún así me iré a casa —dijo con firmeza.
- —Bueno, entonces, supongo que deberíamos empezar. Me gustaría mostrarte mi mundo como tú a mi el tuyo —la miró con una ceja ladeada, esperando su respuesta.

- —Vale. ¿Podemos empezar primero por el desayuno? Me muero de hambre —le dedicó su más brillante sonrisa. No había sido fingida, sino muy real. Estaba realmente feliz de tener la oportunidad de pasar tiempo con él. Una vez que Edna tomó la decisión de irse inmediatamente, lejos de ella, Jenna se dio cuenta de que probablemente disfrutaría de esta experiencia, tal como Ashley había sugerido—. Cormac, me gustaría disculparme. Lo sé, lo sé, siempre me disculpo por mi comportamiento, pero te acusé injustamente de secuestrarme. Edna me hizo entrar en razón y quise que supieras que lamento mucho haber dudado de ti.
- —No hay nada de lo que debas preocuparte. Entiendo por qué pensarías eso, y no te lo reprocho.
 - —Bien. ¿Entonces estamos bien? —Preguntó esperanzada.

Cormac asintió.

—Sí, lo estamos.

Jenna le envolvió los brazos por la cintura y lo abrazó con todo lo que tenía. Sintió a sus brazos rodeándola y a un sonido audible de alivio abandonar sus labios.

- —¿Desayuno? —Preguntó ella.
- —Sí.



Cormac estaba tan aliviado de tener de vuelta a la Jenna que amaba que apenas podía contener su emoción. Todos ya se encontraban sentados y comiendo cuando Cormac y Jenna llegaron al gran salón. Irene levantó la vista, con expresión de sorpresa. Él sabía que estaba preocupada por él; anoche ella había compartido mucho con él. No estaba segura de que Jenna fuera digna del corazón de Cormac. Él entendía que Irene no quería verle herido, pero ya no era un crío, ya era capaz de manejar cualquier cosa que la vida le arrojara, incluyendo la posibilidad de que Jenna terminara rompiéndole el corazón. Si eso iba a suceder, que así fuera. No iba a permitir que eso le arruinara los próximos siete días con ella.

—Buenos días —Jenna saludó a todos de manera animada—. Me gustaría disculparme por mi comportamiento de ayer. Estaba muy cansada y me sentía fuera de lugar, así que no me comporté bien. Espero que todos puedan perdonarme.

- —Por supuesto que podemos, muchacha. ¿Empezamos presentándonos apropiadamente? Yo soy Robert, el señor del Clan MacKenzie y estoy feliz de conocerte —Robert se puso de pie y rodeó la mesa para estrechar la mano de Jenna y luego cogerla y levantarla hasta sus labios para besarle suavemente los nudillos. Jenna se sonrojó. Justo detrás de él estaba Cailin, quien también cogió la mano de Jenna y la besó. Jenna ya había conocido a todos, pero esa era su manera de hacerle saber que era bienvenida entre ellos, incluso si no había estado en su mejor momento durante su primer encuentro.
- —Soy Cailin, el hermano de Cormac y el marido de Ashley, pero eso ya lo sabes —Cormac vio a Cailin lanzarle un guiño con complicidad a Jenna.

Irene estaba sentada en silencio con el rostro inexpresivo.

- —Creo que conociste a mi hermana Irene cuando llegamos ayer, y ya conoces a Ashley.
- —Estoy muy contenta de conocerlos a todos, y estoy deseando llegarlo a hacer mejor —dijo Jenna de manera tímida.
- —Jenna se quedará con nosotros durante siete días y luego decidirá si quiere volver a su casa —Cormac quería que supieran lo que estaba sucediendo para que todos se sintieran cómodos con los demás.
 - —¿Por qué siete días? —Preguntó Irene.
- —Mi viaje a San Francisco fue de siete días y Edna pensó que sería un buen tiempo para que Jenna me conociera mejor y a vosotros. También le dará tiempo para pasar con Ashley.
- —¡Son buenas noticias, Jenna! Me hace muy feliz —Ashley rebosaba de felicidad.

Cogiendo la mano de Jenna, Cormac la llevó a su asiento junto a su amiga.

—Usaré el tiempo para mostrarle a Jenna los alrededores de Breaghacraig, y mientras esté aquí, le enseñaré a montar a caballo.

De inmediato Jenna protestó:

- —Cormac, no creo que sea una buena idea. Solo estaré durante siete días, realmente no necesito saber cómo montar.
- —Jenna le teme a los caballos. Tuvo un accidente cuando era niña —le explicó Cormac a los demás.
- —Así es —intervino Ashley—. Recuerdo el día que viniste al establo conmigo y tomaste una lección. Después de eso nunca quisiste volver a tener nada con ellos.
 - —Y todavía no quiero —dijo Jenna con firmeza.

- —Cormac, creo que hay una yegua en los establos que sería perfecta para Jenna —comentó Robert—. Es muy dulce. La amarás, Jenna.
 - —No lo sé —dijo Jenna ansiosa.
- —Muchacha, te dije que te encontraría al caballo más gentil de toda Escocia, y creo que te enamorarás de ella. No dejaré que te haga daño —le aseguró Cormac.
- —Lo sé, pero los caballos son tan grandes y no sé cómo podrías detenerlo si intenta lanzarme —lucía preocupada.
 - —Desayunemos primero y hablaremos de ello más tarde. ¿Qué te parece? Jenna sonrió estando de acuerdo y se sirvió algo de comida.
 - —Pero qué delicioso.

Comenzó a comer y Cormac se relajó e hizo lo mismo. La familia discutió sus planes para el día mientras desayunaban. Cormac aceptó sugerencias sobre cosas que debía compartir con Jenna mientras estaba de visita, y ella pareció conforme con la mayoría de ellas. Él iba a tener que ayudarle a superar su miedo a los caballos para algunas de las actividades. No era que le importara compartir su caballo con Jenna, pero estaba seguro de que si ella podía montar su propio caballo su confianza aumentaría y podría empezar a ver a Breaghacraig como el hermoso lugar que Cormac sabía que era, en lugar de algo a lo que temerle.



 ${\mathcal H}$ asta ahora, Jenna se sentía mejor por estar en Breaghacraig esta mañana.

Decidió que iba a tratar de abrirse a nuevas experiencias, con la excepción de aprender a montar. Cormac estaba loco si pensaba que iba a convencerla de intentarlo. Todavía tenía recuerdos de su caída años atrás, y el miedo y el dolor que esta había causado. Tendría que ser extremadamente persuasivo para convencerla, y ella dudaba de que eso sucediera.

Después de terminar de desayunar, fue a caminar con Cormac y él le mostró el castillo. Ya habían hecho un recorrido por el interior y ahora se habían trasladado al exterior. Le había enseñado la poterna que daba a la parte trasera del castillo, las barracas, la herrería y ahora se dirigían a los establos.

Jenna no tenía un buen presentimiento sobre esa idea. Deteniéndose en seco, trató de desviar a Cormac en una dirección diferente.

- —¿Qué hay allí? —Señaló de forma imprecisa hacia la distancia.
- —¿Dónde?

—Por ahí —señaló de nuevo.

Cormac suspiró pesadamente.

—Jenna, ya hemos revisado cada centímetro del patio interior. Vamos a los establos. Hay algo ahí que me gustaría mostrarte.

Cuando ella no se movió, él intentó coger su mano y tirar de ella. Seguía sin moverse. Jenna estaba bastante decidida a no entrar en ese establo y se lo suplicó con los ojos bien abiertos.

- —No puedo entrar ahí, Cormac, hay caballos.
- —Jenna, siempre eres tan valiente. Por favor, confía en mí, no dejaré que te hagan daño —dijo en voz baja.

Lo miró fijamente con un evidente terror en sus ojos.

- —Lo prometo.
- —Si algo me pasa, me enojaré mucho contigo —gruñó.
- -Me arriesgaré. Ven.

La llevó a los establos oscuros. El olor de los caballos, el heno dulce y el cuero asaltaron sus fosas nasales. No era un mal olor, solo diferente al que estaba acostumbrada. Adaptándose a la falta de buena iluminación, también notó lo silencioso que era. Los únicos sonidos que podía oír eran los de los caballos comiendo heno en sus establos. Se sorprendió de la sensación de paz que la invadió.

- —Sé que todo esto es nuevo para ti, pero Jenna, quiero compartir las cosas de mi mundo contigo. Como lo hiciste conmigo en San Francisco.
 - —Vale, lo entiendo —dijo Jenna, cediendo un poco.

Cormac la llevó por la hilera de establos. Cada uno de los que pasaban tenía un caballo, cuya cabeza se levantaba con la boca llena de heno cuando los veía pasar. Parecían tener curiosidad por saber quién visitaba los establos. Cuando se acercaron a los últimos, *Saidear* apareció y se acercó a Cormac. Jenna se le acercó con precaución, extendiendo su mano para que el animal la oliera.

—Hola, *Saidear* —susurró ella—. Me alegro de verte de nuevo —el caballo resopló contra su mano y metió su nariz más hondo para olfatearle su pelo. Ella pudo sentir el calor de su aliento contra su cara. Sintiéndose un poco más valiente, tocó su suave nariz y dejó que su mano se deslizara hasta su copete para esponjarlo con sus dedos. Cormac estaba parado a su lado sin soltar palabra alguna. Sabía que él le estaba permitiendo experimentar esto a su propio ritmo.

Cormac le tendió una manzana.

—Para Saidear.

Jenna lo miró interrogativamente.

- —¿Quieres que le dé de comer?
- —Sí. Ponlo en tu mano así —le enseñó cómo poner la palma de la mano en posición horizontal y colocar la manzana sobre ella. Luego le extendió frente a *Saidear*, quien recogió la manzana y felizmente la comió.

Jenna se rio.

- —¡Lo hice! No me ha mordido.
- —Jenna, ven a ver esta encantadora yegua de aquí.

Se volvió hacia el puesto de enfrente de *Saidear*. Un hermoso caballito negro estaba allí. Tenía ojos tiernos y oscuros, y un comportamiento dulce. Sus orejas estaban erguidas hacia adelante en dirección a Jenna.

- —¿Cómo se llama?
- —*Rosa*. Como la flor.
- —Hola *Saidear*, como la flor —sostuvo su mano frente a la yegua, quien la olfateó suavemente—. Lo siento. No tengo una manzana para ti. *Saidear* se la comió toda.
 - —Aquí, amor. Tengo una para ella —Cormac le tendió otra manzana.

A diferencia de *Saidear*, *Rosa* fue muy melindrosa en su acercamiento a la manzana; se tomó su tiempo y delicadamente mordió solo una vez en lugar de tomarla entera. Jenna miró a Cormac con asombro en sus ojos. Esto no era tan malo. Estos caballos eran en realidad muy dulces y gentiles.

Cormac le puso un cabestro a *Rosa* y le entregó la rienda a Jenna, quien lo miró con duda.

- —Aquí tienes. Vamos a dar un paseo con ella —salieron de los establos hacia al sol y Jenna tuvo que parpadear varias veces para adaptarse al brillo —. Por aquí —dijo, guiándolos a través de la puerta que conducía a la salida del castillo.
- —¿Adónde vamos? —Preguntó Jenna con un tono de aprensión en su voz.
- —No te preocupes. No vamos a llegar lejos y no haré que te subas a ella hoy. Por ahora solo tienes que conocerla. Debéis aprender a confiar el uno en el otro.

Jenna sonrió y suspiró de alivio. No iba a ser obligada a montar hoy. Gracias a Dios. No estaba preparada para eso, pero sí podía llevar a *Rosa* a dar un paseo. Mientras paseaban, Cormac le explicó diferentes cosas sobre la yegua que necesitaba saber. Explicó que las orejas de un caballo eran una buena forma de decir lo que estaban pensando. Al ponerse completamente rectas, prestaban atención a algo que estaba adelante a ellos. Al llevarlas hacia

atrás mostraban su desagrado. Una oreja hacia adelante y otra hacia atrás sugerían que estaban escuchando a su jinete y prestando atención a lo que estaba frente a ellos. Le dio mucha información útil y Jenna se dio cuenta de lo maravilloso y paciente maestro que era con ella. Sabía que ella misma no había sido tan paciente con él cuando sus circunstancias se habían invertido. Se sentía mal por eso.

- —Cormac, lamento todas las veces que fui impaciente contigo en San Francisco. Ya sabes, cuando me hacías preguntas y yo te decía que le preguntaras a Dylan. Fui grosera y no te merecías eso.
- —Muchacha, no te preocupes. Sé que pensaste que te estaba jugando una mala pasada. Ahora sabes que no lo hice. No te preocupes. No soy sensible a las críticas —le dedicó una de sus deslumbrantemente sonrisas brillantes y Jenna supo que todo estaba perdonado.
- —Me agrada *Rosa* —dijo, sorprendiéndose a sí misma con la confesión—. Es muy dulce.
- —Me alegra que te guste. Quizás mañana te sentirás lo suficientemente cómoda como para subirte a ella para un pequeño paseo.
 - —Tal vez. Ya veremos.

Jenna estaba suavizando su postura con respecto a todo el asunto de la montada, sintiendo que podía hacer cualquier cosa siempre y cuando Cormac estuviera a su lado.

Continuaron caminando y ella estaba muy entusiasmada con la belleza de los alrededores. Era tan pintoresco. También muy tranquilo. No se había dado cuenta de cuánto ruido se hacía de manera constante en su propia época. No había coches ni aviones aquí en la Escocia medieval. Ni tampoco móviles y, si era honesta consigo misma, no estaba echando de menos nada. Esta era realmente una nueva experiencia.

- —Soy feliz aquí, Jenna. Esperaba poder mostrarte Breaghacraig, y me complace hacerlo ahora.
- —Es hermoso, Cormac. Todo en él es... —Jenna se esforzó por encontrar las palabras adecuadas. Cuando no pudo, dijo—: Es tan diferente. Me gusta.

Todo el rostro de Cormac se iluminó. Extendió un brazo y la tiró hacia él, levantándola en el aire y haciéndola girar. Jenna chilló y se rio de sus bufonadas. La bajó y la sostuvo cerca, levantando su barbilla para que mirara directamente a sus devastadores ojos azules.

—Me haces tan feliz, Jenna —y luego la besó, haciendo que su cabeza diera vueltas y sus piernas se tambalearan. Ella le devolvió el beso con un corazón lleno de pasión.

Sus labios se separaron y Jenna dijo:

- —Tú también me haces feliz, Cormac —se acurrucó más cerca de él, apoyando su cabeza en su pecho. Con los ojos cerrados y sintiéndose en paz con su situación, Jenna se sorprendió al sentir a unos bigotes cosquillearle la mejilla, seguido de un suave y cálido aliento de caballo en su oído.
 - —Creo que *Rosa* se siente un poco celosa —se rio Cormac.
- —Me olvidé de ella —Jenna había dejado caer la rienda sin pensárselo dos veces cuando Cormac la levantó en sus brazos, y *Rosa* había estado feliz de pastar la hierba cercana—. Lo siento, Rosa, no quise ignorarte —se disculpó con el caballo, el cual bajó la cabeza y continuó pastando.
- —Deberíamos volver —sugirió Cormac. Ya llevaban algo de tiempo afuera con *Rosa*, pero Jenna no estaba para nada aburrida. De hecho, había empezado a desear que el día durara para siempre.
 - —¿Tenemos que?
- —Me temo que sí. Le prometí a Ashley que no te mantendría fuera por mucho tiempo. Le gustaría pasar algo de tiempo con vos.
- —No te importa, ¿verdad? —Jenna quería asegurarse de que en verdad no le importaba. Si él decía que quería pasar el resto del día a solas con ella, ella estaba más que feliz de hacerlo.
- —No. Es tu buena amiga y hace mucho tiempo que no la ves. Tengo deberes que atender y te veré más tarde en la cena.
 - —Cormac. Tengo que hacerte una pregunta.
- —Cualquier cosa, muchacha. Te lo he dicho, siempre te responderé con la verdad.
- —Lo sé. Pero fuiste poco honesto conmigo en San Francisco. Nunca me hablaste de Ashley. No entiendo por qué.
- —Puede que no tenga sentido para vos, pero no te lo dije porque quería que volvieras a Breaghacraig conmigo. Pero yo quería ser la razón por la que vinieras. Si te hubiera dicho que Ashley estaba aquí, habrías vuelto conmigo, pero por ella, no por mí —hizo una pausa y esperó a que Jenna hablara. Cuando no lo hizo, continuó—: Espero que puedas entender y perdonarme por no decirte toda la verdad.
- —Probablemente no te habría creído de todos modos. Pensé que tú y Dylan me estaban jugando una rebuscada broma. Y además, resultó ser la mejor sorpresa.
 - —Sí. Fue una sorpresa para ambas.

Capítulo 24



shley! —Llamó Jenna a su amiga del otro lado del patio y la vio saludar con la mano y sonreír.

—Jenna —se dirigió hacia ella—. Veo que sacaste a *Rosa* a pasear. ¿Cómo fue?

- —Fue maravilloso. *Rosa* es muy dulce y Cormac fue muy paciente conmigo. Aprendí mucho hoy —le sonrió a Cormac, quien se inclinó y le plantó un rápido beso.
 - —Te dejo con tu amiga —le dijo.

Ashley se puso de puntitas para darle a Cormac un beso en la mejilla y decirle:

- —Te veremos más tarde, Cormac —miró mientras se alejaba hacia la barraca—. ¡Oh, y Cormac! —Llamó. Él se volvió para ver qué era lo que necesitaba—. Gracias de nuevo por las gomitas de melocotón —se llevó una a la boca.
 - —¿Adónde va? —Preguntó Jenna con curiosidad.
- —Probablemente al campo de práctica con los otros hombres. Trabajan allí todos los días.

Jenna levantó una ceja.

- —¿Haciendo qué?
- —Practican con sus espadas y arcos. Es divertido de ver. A veces subo a las almenas y echo un vistazo —Ashley se rio al revelar su placer culpable—. Ven. Te mostraré.

Ashley la cogió de la mano y se dirigió a las escaleras que conducían hacia las almenas. Llegaron a la cima y se abrieron paso entre los guardias ubicados a intervalos regulares alrededor del perímetro.

Ashley parecía conocerlos a todos por su nombre. Intercambió saludos con ellos y continuó arrastrando a Jenna hasta que llegaron al mirador del campo de prácticas.

- —Aquí —acercó a Jenna y señaló hacia un campo lleno de hombres sin camisa y con faldas escocesas. Todos empuñaban algún tipo de arma, luciendo absolutamente increíbles mientras lo hacían.
- —¡Vaya! Es todo un espectáculo —jadeó Jenna de forma audible—. ¿Dónde está Cormac?
- —Allí —Ashley señaló la figura de un hombre alto, guapo y extremadamente bien fornido al que Jenna reconoció inmediatamente como Cormac—. Trata de no babear, querida.

Jenna se rio de forma tímida.

- —¿Cailin también está?
- —Mmhmm. Y Robert.
- —Y Dougall —otra voz femenina anunció desde atrás.
- —Oh, hola, Helene —saludó Ashley.
- —¿Y qué hacéis vosotras dos señoritas aquí arriba, si se puede saber? Preguntó Helene con una pícara sonrisa.
 - —Me atrevo a decir que lo mismo que vos, señorita —bromeó Ashley.

Jenna regresó la mirada a los hombres en cuestión. Tuvo que admitir que eran un grupo de hombres muy atractivos. Nunca había visto nada parecido en San Francisco.

- —¿Saben que estamos aquí arriba?
- —Creo que sí, pero están ocupados tratando de no ser golpeados en la cabeza con una espada —dijo Ashley riendo.
- —Dougall todo el tiempo me provoca sobre esto. Le dije que no volvería a subir aquí y admitió que le gustaba saber que lo estaba observando.
- —Es verdad. Sé que Cailin lo disfruta. Y hace que más tarde el sexo sea grandioso.
 - —¡Ashley! —Jenna se sorprendió de la honestidad de su amiga.
 - —¿Qué? No puedo evitar tener al marido más caliente de toda Escocia.

Las tres mujeres estallaron en risas y Jenna tuvo que admitir que esto era mejor que cualquier evento deportivo en el que alguna vez hubiera estado. Ashley repartió más dulces. Helene los probó por primera vez y sus expresiones pasaron de la sorpresa, a la concentración profunda y a la alegría. Extendió su mano por más.

- —¿Están casados Dougall y tú, Helene? —Jenna quería saber.
- —No todavía, pero espero que me lo proponga pronto —se ruborizó.

Jenna devolvió su atención a Cormac, quien se veía increíblemente *sexy*. No podía apartar la vista de él, y se decepcionó cuando Ashley les sugirió que bajaran por un poco de té.

- —Vamos. Hacen esto todos los días. Volveremos mañana si quieres.
- —Está bien —a regañadientes dejó que Ashley la alejara de su lugar en las almenas.

Una vez dentro del castillo, Helene se fue por su cuenta para revisar algo de su trabajo, dejando a Ashley y Jenna solas. Se sentaron junto al fuego donde calentaron sus manos después del brusco tiempo de afuera.

—Iré a buscar un poco de té y veré si hay pasteles. Ya regreso —anunció Ashley.

Jenna estaba a punto de ofrecerse a acompañarla cuando Irene entró en la habitación. Había mucha distancia entre ellas y Jenna se sentía incómoda.

- —Hola, Irene. Voy por un poco de té. ¿Quieres que haga que te traigan un poco también?
- —Eso sería encantador, Ashley. Me encantaría sentarme con Jenna mientras no estás.
 - —Vuelvo enseguida —dijo Ashley mientras salía de la habitación.

Hubo un silencio incómodo y Jenna se miró las manos en vez de mirarla a ella. La mirada de Irene cuando entró en la habitación le informó que probablemente ella no era su persona favorita.

- —Bueno, Jenna, ¿estás disfrutando de tu estancia en Breaghacraig? Preguntó de repente.
 - —Mucho. Gracias por su hospitalidad.
- —Por supuesto. Mis hermanos son muy importantes para mí y si Cormac te quiere aquí, entonces eres bienvenida —estaba sentada de manera tensa frente a Jenna y con expresión seria—. Jenna, espero que no rompas el corazón de mi hermano. Es evidente para mí que él se preocupa profundamente por ti. No quiero verle herido.

Jenna suspiró fuertemente antes de responder.

—No deseo hacerle daño, Irene. Esta es una situación incómoda para ambos. Una bruja entrometida no es algo con lo que hubiera creído que eventualmete me encontraría. Cuando Cormac llegó de la niebla en San Francisco, no tenía ni idea de que era de otra época. No lo creía. Venir aquí con Cormac no fue mi idea, así que si tiene algún problema, le sugiero que hable con Edna. Cormac y yo solo somos los desafortunados receptores de su plan de emparejamiento —Jenna se sentía un poco a la defensiva mientras se encontraba allí sentada con los ojos de Irene penetrándola.

Irene suavizó un poco su tono:

- —Jenna, no fue mi intención acusarte de nada. Entiendo que no fue tu decisión, pero te pido que no le des a mi hermano falsas esperanzas.
- —Yo también me preocupo profundamente por Cormac. Nunca le haría daño a propósito. Yo tampoco quiero que me hieran, pero no estoy segura de cómo evitarlo en este momento. Me iré cuando llegue el momento y estaré muy triste por dejarlo atrás, pero no puedo quedarme aquí.
 - —¿Por qué?
- —¿Por qué? ¿Cómo podría? Yo, yo... estoy acostumbrada a mi vida en San Francisco —sabía que su respuesta no sonaba muy convincente. Seguramente se le ocurriría algo mejor que eso. Irene se sentía fuera de control y ese era el problema.
- —Ashley lo hizo. Vino de San Francisco y ha encajado aquí con nosotros. Creo que tú también podrías. Te daríamos la bienvenida aquí al igual que se la hemos dado a Ashley. Ahora es un miembro querido de nuestra familia.
 - —No soy Ashley —dijo Jenna con firmeza.
- —Sé que no lo eres. Solo te pido que te tomes el tiempo que se te ha dado para considerar una vida aquí en Breaghacraig.
- —El té viene en camino, y me las arreglé para también conseguir algunas tortas dulces —anunció Ashley mientras entraba y se acomodaba en una silla junto al fuego. Las miró a ambas y levantó una ceja—. ¿Por qué tan serias?
- —Oh, nada. Estábamos hablando sobre Breaghacraig —respondió Jenna de manera despreocupada.

El sirviente llegó con el té y los pasteles, sirviéndole a las damas mientras continuaban sentadas junto al fuego.

—¿No te encanta? Estoy segura de que Breaghacraig es el lugar más hermoso de la tierra.

Jenna no respondió. En cambio, sorbió su té y examinó cuidadosamente los pastelillos en la bandeja frente a ella.

- —Tengo algo que compartir con vosotras —dijo Ashley con entusiasmo
 —. No se lo he dicho a nadie. Bueno, a Cailin, pero le pedí que guardaría el secreto.
 - —¿Qué es? —Cuestionó Irene.
- —Estoy embarazada. Creo que tengo unos tres meses, pero quería estar segura antes de decir algo.
- —¡Ashley! ¡Es una noticia increíble! ¡Felicidades! —Comentó Jenna efusivamente.

- —Ashley, estoy tan contenta de oír tu noticia —Irene cogió su mano y la frotó suavemente entre las suyas—. Vas a ser una madre maravillosa.
 - —¿Cómo te sientes? ¿Has tenido náuseas matutinas? —Interrogó Jenna.
- —No. En absoluto. Por eso no estaba segura. Siempre he oído historias de mujeres que todo el tiempo tienen muchas náuseas, y yo he tenido mucha suerte hasta ahora. No me he enfermado ni una vez —Ashley estaba radiante —. Quería que vosotras dos fueran las primeras en saberlo. Cailin ha sido un poco sobreprotector. No me deja cargar nada pesado y siempre está a mi lado, asegurándose de que no vaya a caerme. Quiero decir, honestamente, he caminado prácticamente toda mi vida. ¿Piensa que de repente voy a olvidar cómo hacerlo? —Ashley se rio de la tontería que representaba todo esto.
- —Solo se preocupa por tu seguridad, eso es todo —dijo Irene—. Te quiere mucho, Ashley.
- —Estoy segura de que se relajará una vez que se dé cuenta de que no te romperás —coincidió Jenna. Mientras pensaba sobre el día en el cual ella misma había llegado, no pudo evitar preguntarse—: Así que el día que llegué aquí, él estaba tratando de evitar que corrieras hacia mí. Supongo que fue porque tenía miedo de que te cayeras.
- —Es tan dulce y se preocupa. No puedo enojarme con él por eso. Creo que hoy les dirá a Cormac y a Robert. Está a punto de estallar por guardar el secreto.
- —Así que, en seis meses más, mi mejor amiga va a ser una mami. ¡No puedo creerlo! —Dijo Jenna.
- —Por la manera en que mi vida iba el año pasado, yo tampoco lo hubiera creído. ¡Pero ahora soy la mujer más feliz del planeta!
- —Ashley, tendremos que empezar a hacer ropa de bebé, ¿no estás de acuerdo? —Irene parecía estar calculando en su cabeza cuántas cosas podían hacer antes de que el bebé naciera.
 - —No había pensado en eso, pero tienes razón —coincidió Ashley.
 - —Tal vez alguien podría organizarte un baby shower —sugirió Jenna.
 - —¿Un qué? —Preguntó Irene.
- —Oh, ya sabes... un grupo de amigas se reúnen, llevan regalos para el bebé, juegan y comen. En el año 2014 eso es lo que hacemos —explicó Jenna
 —. De esa manera la nueva mamá tendrá todo lo que necesite para cuando llegue su bebé.
- —Podríamos hacerlo, Ashley. Invitaríamos a Lady Lena, Kenna, Helene y a las otras mujeres del clan —aceptó Irene con entusiasmo.
 - —Me encantaría eso —Ashley sonrió con deleite.

Jenna de repente se sintió muy triste. Su mejor amiga en todo el mundo iba a tener un bebé y ella no iba a estar para celebrarlo juntas.

- —¿Todo bien, Jenna?
- —Sí, estoy bien. Solo desearía poder estar aquí cuando el bebé nazca explicó Jenna en voz baja.
- —Entonces quédate —suplicó Ashley—. Por favor, me sentiría mucho más feliz sabiendo que vas a estar aquí conmigo.
- —No puedo, Ashley. Simplemente no puedo —Jenna estaba decidida a no tener esta conversación. Iba a irse y nada de lo que pudieran decirle la haría cambiar de opinión.

Irene sujetó la mano de Ashley un poco más fuerte cuando pareció visiblemente desanimada por aquella declaración.

—No te preocupes, cariño —Irene la consoló—. Muchos te ayudarán. Todos saldrá bien, ya verás.

Una sensación de no pertenencia comenzó a abrumar a Jenna.

—Creo que voy a recostarme un rato. Las veré después.

Se sentía miserable y necesitaba distanciarse de su amiga y de sus propias emociones. No había manera de que pudiera empezar a explicarle a alguien cómo se sentía: celosa, enfadada, triste, perdida, confundida y como si necesitara alejarse lo más posible de Breaghacraig.



- — \mathcal{E} ntonces, hermano, ¿qué noticias tienes para nosotros? —Preguntó Cormac.
- —Ashley finalmente me ha dado el permiso de decíroslo —empezó Cailin.
- —¿Por qué necesitas el permiso de tu esposa para compartir una noticia con nosotros? —Lo interrumpió Robert con una sonrisa de complicidad.
 - —Estoy seguro de que sabéis por qué, Robert —respondió Cailin.
- —Bueno, vamos, dilo —Cormac estaba impaciente por escuchar las noticias.
- —Ashley está embarazada —anunció Cailin con orgullo e inmediatamente se encontró siendo palmeado en la espalda por ambos hombres.
- —Felicidades a vosotros —dijo Robert—. ¿Cuándo tendrá lugar el feliz acontecimiento?

- —Ashley dice que en unos seis meses —sonrió Cailin.
- —Hermano, son noticias maravillosas. Me encuentro tan feliz por vosotros —añadió Cormac.
- —Gracias, Cormac. Debo admitir que he estado un poco preocupado por separarme de Ashley. Es una chica testaruda y haría muchas cosas que no serían buenas para el bebé.

Robert se rio de eso.

- —Cailin, no te preocupes, Ashley estará bien. He pasado por esto suficientes veces como para saberlo.
- —Sí, ahora que lo pienso, no creo haber visto a Irene permitir que Robert la cargara por las escaleras —bromeó Cormac.
- —Si hubiera intentado evitar que corriera en el castillo, me habría cortado la cabeza —aceptó Robert.
- —Tienes razón. Me temo que Ashley no lo soportará por mucho tiempo. Intentaré evitar ser sobreprotector.

Los tres habían dejado el campo de prácticas y se dirigían hacia los establos.

- —Un paseo te vendría bien —sugirió Cormac.
- —Sí —coincidió Cailin.
- —Tengo algunos asuntos que atender dentro, así que os dejaré aquí —dijo Robert. Palmeó a Cailin en la espalda una vez más y se fue.
- —Cormac, ¿qué pasa con esta muchacha que trajiste contigo a casa? ¿Crees que se quedará?
 - —No creo que desee hacerlo —informó Cormac con tristeza.
 - —Entonces debes tratar de convencerla.
- —Es lo que planeo hacer, pero no tengo muchas esperanzas de que cambie de opinión.
- —Anda. Vamos por nuestros caballos y tal vez se nos ocurra un plan brillante para hacerla quedarse —dijo Cailin con confianza.

En menos de treinta minutos cepillaron y ensillaron sus caballos para después atravesar la puerta y ponerse en marcha. Viajaron a un ritmo pausado, pasando por las pequeñas casas de campo que se encontraban dispersas a lo largo del camino hacia el castillo. Los miembros del clan feliz los saludaron al pasar. Muchos les ofrecieron comida o bebida en caso de querer parar y hablar. Los hermanos se negaron de manera educada después de asegurarse de que nadie necesitaba de su ayuda. Llegaron al límite forestal, y estaban a punto de entrar en el bosque cuando algo de movimiento a su

derecha les llamó la atención. Cormac se congeló en su silla de montar al ver lo que había frente a él.

- —No puedo creerlo —dijo mientras instaba a *Saidear* a ir a medio galope. Cailin lo siguió con *Cadeyrn*, su enorme semental castaño.
 - —¿Quiénes son ellos? —Cailin quería saber.
- —Vienen del futuro. Son el ex marido de Jenna y una mesera llamada Sofía.
 - —¿Cómo llegaron aquí?
- —Es una larga historia, pero la última vez que los vi estaban con Sir Richard.
- —¿Sir Richard? ¿Cuándo ibas a hablarnos de él? —Preguntó Cailin con expresión de preocupación en su hermoso rostro.
- —Lo siento, Cailin. Supongo que se me olvidó. Estaba tan feliz de estar en casa y casi no he podido dejar de pensar en Jenna.
- —Cuando volvamos a Breaghacraig, espero oír toda la historia —exigió Cailin.
- —Por supuesto —coincidió mientras se acercaban a Jonathan y Sofía—. ¿Qué estáis haciendo aquí? —Exigió.
- —Gracias a Dios que nos encontraste, Cormac —dijo Sofía—. Hemos estado vagando por el bosque desde que llegamos aquí.
 - —Necesitamos ayuda para volver a casa —dijo Jonathan.

Cormac no pudo evitar desconfiar de los motivos de Jonathan. No les mencionó a Sir Richard, sino que esperó a ver de qué se trataba.

- —Tendréis que venir con nosotros —dijo Cailin—. No se tomará ninguna decisión aquí. Los otros deben saber de su llegada.
 - —Claro, amigo —dijo Jonathan.

A Cormac algo le olía mal. Sabía que estaban tramando algo. Miró a su alrededor en busca de Sir Richard, pero no había señales de él en los alrededores.

—Solo continuén hacia el castillo. Iremos justo detrás de vosotros.

Sofía miró a Cormac con adoración y le dedicó una mirada de agradecimiento a Cailin. Ella empezó a caminar y Jonathan se puso a su lado. Cormac se contuvo y dejó que se adelantaran un poco antes de hablar con Cailin.

- —Algo no está bien aquí. Estaban con Sir Richard y hablaban sobre llevar a Jenna de vuelta a San Francisco. Me temo que Jonathan quiere hacerle daño.
 - —No podemos permitirlo, Cormac —dijo Cailin con firmeza.

—No. No lo permitiremos. Cuando volvamos a Breaghacraig, les interrogaré sobre Sir Richard. Estoy seguro de que él está involucrado en esto.

Continuaron siguiendo a Jonathan y Sofía, y al llegar a la puerta, llamaron a los guardias para hacerles saber que no había nada de qué preocuparse. La atravesaron y Cailin y Cormac bajaron de los caballos, entregándoselos a los chicos del establo.

- —Entremos —Cormac extendió su mano en dirección a la puerta.
- —Agradezco la ayuda, hombre. Sé que no empezamos con el pie derecho, pero sabes que Jenna era mi esposa. Supongo que estaba un poco celoso de verte con ella —explicó tranquilamente Jonathan.

Cormac no respondió. Sofía se acercó sigilosamente a él y se aferró a su brazo mientras entraban al gran salón.

- —¿Quién son estos que traes contigo? —Preguntó Irene, mirando a Sofía de forma sospechosa.
- —Este es el ex marido de Jenna, Jonathan, y una amiga suya, Sofía. De alguna manera se encuentran en necesidad de nuestra ayuda —explicó Cormac.

Irene se dispuso a hacerlos sentir cómodos en el Gran Salón.

- —Yo soy Lady Irene, mi marido Sir Robert es terrateniente de Breaghacraig. Debéis estar muy cansados después de vuestro viaje. ¿Habéis caminado hasta aquí?
 - —Sí, señora —dijo Sofía—. Mis pies me están matando.
- —Me imagino que deben estarlo. Es un largo camino desde el puente. ¿Pero cómo es que se llegaron aquí? —Irene quería saber.
- —La otra mañana salimos a caminar por Marina Green. Sofía y yo teníamos una cita para desayunar muy temprano —Jonathan sonrió astutamente y miró a Sofía para confirmarlo—. Vimos a Jenna y a Cormac en aquella masa de niebla arremolinada. Los perdimos de vista y estábamos preocupados, así que caminamos entre la niebla para ver a dónde se habían ido, y lo siguiente que supimos fue llegar aquí.
 - —Ya veo. Cormac, ¿crees que Edna sabe de esto? —Cuestionó Irene.
- —No lo creo, pero no he sabido nada de ella desde que volvimos declaró fríamente Cormac.
- —Le traeré a nuestros invitados algo de comida y encontraré un lugar para que descansen. Puedes hablar con Robert sobre lo que se va a hacer con ellos —dijo Irene, haciéndose cargo como de costumbre—. Por favor, sentaros junto al fuego para calentarse.

- —Gracias, señora —dijo Sofía de manera educada mientras Irene salía de la habitación.
- —Jonathan, creo que te encontraste con Sir Richard en el bosque cerca del puente —dijo Cormac.
- —Sir Richard —Jonathan titubeó y luego se frotó la frente, como si tratara de recordar algo—. Oh, Sir Richard... sí, así es. Es un tipo raro, ¿no? Nos estaba pidiendo que nos uniéramos a él o algo así. No sé qué quería de nosotros, pero Sofía y yo tuvimos un presentimiento y decidimos que lo mejor sería continuar por nuestra cuenta.
 - —Ya veo. ¿Así que no trabajas con él de algún modo?
- —¡No! —Jonathan casi gritó su negación—. No, en absoluto. Parecía como si tuviera algo en contra de todos ustedes, ¿no es así, Sofía?
 - —Oh... sí —dudó por un momento antes de responder.
- —¿Entonces cómo se las arreglaron para encontrar Breaghacraig? —Se preguntó Cormac.
- —Sir Richard nos envió aquí antes de irse para volver a casa. ¿De dónde dijo que venía, nena?

Jonathan estaba obviamente tramando algo, Cormac lo notó por su comportamiento. Solo había tenido unas pocas interacciones con él, pero su comportamiento era muy extraño.

- —Creo que dijo que se iba a casa, en Inglaterra —Sofía parecía insegura.
- —Cailin, necesito hablar contigo un momento. Por favor, discúlpenos Cormac llevó a Cailin lo suficientemente lejos para no ser escuchados—. Debo advertirle a Jenna que están aquí. ¿Te quedarías con ellos hasta que regrese? Jonathan no es de confiar. No creo que debamos preocuparnos por Sofía, pero no los pierdas de vista.
- —Sí. No lo haré. Ve a ver a Jenna —Cailin regresó con sus invitados y Cormac se dirigió arriba, esperando encontrar a Jenna en su habitación.

Capítulo 25



enna no se había dormido con facilidad. Estaba física y emocionalmente exhausta, pero de alguna manera, no importando lo mucho que intentara dormir, no podía apagar su mente. Los pensamientos de una vida sin Cormac y sin Ashley la dejaban con numerosas preguntas. ¿Podría quedarse aquí? ¿Querría hacerlo? ¿Y si Ashley la necesitaba durante su embarazo? Las preguntas seguían llegando y ella parecía no tener ninguna respuesta.

Un toque silencioso en la puerta le informó que tenía una visita.

—Adelante.

La puerta se abrió y Cormac entró, cerrando la puerta tras él. El corazón de Jenna comenzó a acelerarse y su respiración se volvió poco profunda al verlo. Escondió sus temblorosas manos bajo las pieles.

- —Jenna, tengo noticias.
- —Oh, lo sé. Ashley ya me lo dijo.
- —Ashley. ¿Cómo podría saberlo?

Jenna le dedicó una mirada de «¿has perdido la cabeza?».

—Ella es la que está embarazada. Por supuesto que lo sabe.

Cormac parecía confundido, pero continuó.

- —Sé que Ashley está preñada, pero no es de eso de lo que estoy hablando.
- —Oh, bueno, ¿qué es?
- —Jonathan y Sofía están aquí en Breaghacraig. Cailin y yo los encontramos caminando hacia el castillo mientras estábamos cabalgando.
- —¿Qué? —La cara de Jenna palideció—. ¿Cómo llegaron aquí? ¿Por qué? —Tenía un millón de preguntas en su cabeza. Parecían ser lo único en su cerebro, y no había señales de respuestas.

- —Espero encontrar las respuestas pronto. No quería que bajaras y te toparas con ellos.
- —Cormac, tengo un mal presentimiento sobre todo esto —dijo preocupada.

Él se acercó a su lado, sentándose en el borde de la cama.

—No te preocupes, amor. Son solo dos y tenemos a muchos para protegerte —Cormac le acarició la mejilla e hizo lo posible por calmarla—. En este momento se quedarán como nuestros huéspedes, pero en ningún momento dejaremos de vigilarlos. ¿Quieres bajar y verlo tú misma?

Jenna no perdió tiempo en levantarse. Se puso los suaves zapatos que Irene le había dado y se enderezó el vestido. El momento de enfrentarse a sus miedos era ahora, y no podía pedir un mejor guardián que Cormac. Le tendió la mano y él se puso de pie, la cogió y la acompañó hasta la puerta.

- —¿Estás preparada? —Preguntó él en voz baja.
- —Vámonos. No hay tiempo como el presente, ¿verdad? —Le sonrió, y al ver la fuerza y determinación de sus bellos ojos, todos sus temores desaparecieron. Bajaron las escaleras y entraron en el Gran Salón.



- Jenna, estoy tan feliz de verte. Estaba preocupado por ti Jonathan sonrió, y era obvio para Jenna que se encontraba mintiendo.
 - —Apuesto a que sí —respondió de manera sarcástica.
- —Lo estaba, cariño. No quería que te pasara nada —por su expresión, no había duda de que deseaba exactamente lo contrario—. Mírate, ya encajando y todo. Un gran vestido.

Jenna lo ignoró y se volvió hacia la joven mesera.

- —Sofía, ¿cómo terminaste con él?
- —Nos encontramos en el restaurante y me preguntó si quería ir a dar un paseo con él. No sabía que implicaría viajar en el tiempo —le hablaba a Jenna pero miraba a Cormac. Jenna pensó que empezaría a babear en cualquier momento y los celos que había sufrido en el restaurante volvieron a ella.
- —Apuesto a que no sabías. ¿Quién lo haría? Tú y Jonathan hacen una linda pareja —comentó Jenna de manera sarcástica—. Me alegro de que hayas encontrado a alguien, Jonathan —los observó a ambos de cerca para ver si metían la pata.

- —Me conoces, no me gusta estar solo por mucho tiempo —respondió Jonathan con su peculiar humor.
- —Ya lo sé. A veces realmente te duplicas, así que no hay ni un minuto en el día en el que estés solo —Jenna se refería a la mujer que Jonathan había estado viendo tanto antes como durante su matrimonio. No tenía ni idea de si la mujer seguía con él, pero sabía que Sofía era presa fácil para un hombre como Jonathan.
- —Si estás hablando de Liz, se fue hace mucho. Después de que me dejaste sin un centavo no pudo encontrar una sola razón para quedarse. Pero eso es agua pasada; no estás pensando en quedarte aquí, ¿verdad?
- —No. Estoy planeando regresar a San Francisco pronto —Jenna se sintió incómoda al declarar sus intenciones frente a Cormac. Sabía que se afligiría por ello. Le echó un vistazo rápido y, por supuesto, sus ojos miraban directo a los suyos, y Jenna no pudo evitar ver el dolor allí.
- —Vale. Bien. Así que ya sabes cómo salir de aquí entonces. A Sofía y a mí nos preocupaba quedarnos atrapados aquí para siempre —Jonathan la miró para pedirle apoyo, pero no obtuvo nada. Sofía evidentemente estaba flechada de cada hombre que veía. No había podido apartar la vista de Cormac, luego de Cailin y ahora de Robert, quien había entrado en la habitación.
- —¿Qué tenemos aquí? —Preguntó Robert—. He oído que vienen del futuro. ¿Es eso cierto?
- —Sí, señor —respondió Jonathan, mostrando un respeto poco característico por alguien que no fuera él mismo.
- —Yo soy Robert MacKenzie, el Terrateniente del Clan MacKenzie. Sean bienvenidos a nuestra casa. Irene desea que os unáis a ella en la cocina donde tiene algo de comida para vosotros, y luego os llevará a vuestros dormitorios.
 - —Gracias, señor —respondió Jonathan.
 - —Cailin, ¿podrías llevarlos a la cocina, por favor? —Preguntó Robert.

Cailin los condujo fuera de la habitación y Robert esperó a que se fueran para explicarle a Cormac y Jenna que Jonathan y Sofía estarían bajo constante vigilancia.

- —Hemos preparado camas para ellos en la barraca y en el solar de mujeres. Habrá alguien vigilándolos en todo momento —miró a Jenna—. No tienes por qué preocuparte, muchacha. Nos encargaremos de que estés bien protegida.
 - —Gracias, Robert, aprecio tu ayuda —y realmente lo hacía.
- —Ahora, si me disculpan. Tengo deberes que atender —con eso, Robert los dejó solos.

Jenna se volvió hacia Cormac con ojos preocupados.

- —¿Qué voy a hacer, Cormac? Cuando me vaya, ¿tengo que llevármelos conmigo?
- —No sé si Edna sabe de esto. Tal vez ella tenga una respuesta para ti. En cualquier caso, no me gusta la idea de que Jonathan esté en el mismo siglo que vos, ya sea aquí o en tu época.
- —A mi tampoco. Realmente creo que está tramando algo. No sé qué es, pero no puede ser algo bueno. ¿Viste la forma en que intentó fingir que estaba preocupado por mí? Y Sofía, ¿qué le pasa? No puedo creer que no tenga idea de la clase de sujeto que es.
- —No creo que Sofía esté al tanto de su plan. No del todo. Tal vez cree que está interesado en ella.
- —Supongo que es posible, pero no lo entiendo. Sus ojos están a punto de salirse de su lugar cada vez que te ve a ti, a tu hermano o a Robert. Obviamente no está tan interesada en él. Me encantaría saber lo que le dijo para que se fuera de la cafetería con él. Tal vez pueda hablar con ella a solas y averiguarlo.
 - —Ten cuidado con cualquiera de ellos, Jenna —advirtió Cormac.
- —No te preocupes, no tengo ninguna intención de dejar que Jonathan me controle... otra vez —le aseguró Jenna.



La cena reunió a todos una vez más. Jenna se sentó junto a Cormac, quien estaba atento, como siempre. Ashley y Cailin conversaban profundamente, y Jenna pensó que Ashley se veía más hermosa que nunca con el resplandor del embarazo. Robert e Irene hablaban con algunos de sus invitados mientras caminaban hacia la mesa. Todo parecía normal, al menos hasta que Jonathan y Sofía entraron en la habitación. La habitación se quedó en silencio mientras todos los ojos se volvían hacia ellos. Alguien les había dado ropa apropiada, y como era normalmente respecto a Sofía, parecía que podría saltar fuera de su vestido ya que sus pechos estaban prácticamente desbordados sobre el corpiño. Jonathan vio a Ashley y prácticamente corrió a saludarla, como si fuera una vieja amiga a la que hubiera encontrado tras mucho tiempo. Por su parte, Ashley le dedicó a Jonathan una mirada de «no puedo imaginar que pienses que me creo esto», para después volverse hacia Cailin e ignorar por completo los intentos de amistad de Jonathan. La expresión de Sofía era de

alguien perdida, confundida y definitivamente fuera de lugar. Uno de los hombres próximos fue a su rescate, ofreciéndose para que se sentara con él durante la comida. Le ofreció su brazo y pareció aliviada al aceptarlo. Sofía miró a Jonathan y luego se encogió de hombros despectivamente, sentándose en una mesa con un grupo de escoceses que parecían muy contentos por conocerla.

- —¿Quién es ese? —Le preguntó Jenna a Cormac, refiriéndose al joven que había tomado el brazo de Sofía.
- —Es Latharn. Es uno de los hombres de Cailin. No te preocupes, amor, es un buen hombre.
- —Bien. Supongo que tendremos que esperar que Sofía no lo lleve por mal camino —respondió, y supo que había sonado un poco más sarcástica de lo que pretendía. Cormac inclinó su cabeza y le dedicó una mirada incrédula antes de que Jenna sacudiera su cabeza y riera. Cormac se unió a ella, y antes de que se dieran cuenta, todos los presentes en la mesa los miraron con una interrogante en sus ojos.
 - —No es nada —les aseguró Cormac a los que se voltearon.

Jenna observó la reacción de Jonathan cuando se dio cuenta de que Sofía ya estaba sentada en una mesa llena y que él ahora estaba sin compañero de cena. Nadie parecía apurado por ayudarlo, pero finalmente encontró un lugar en una mesa cercana repleta de parejas. Jenna observó como sacó sus encantos y se sintió sentir a sí mismo como en casa mientras la comida era servida.

- —Jenna, ¿estás bien? —Preguntó Ashley en voz baja.
- —Sí, estoy bien, solo que no confío en él. Nunca sabes lo que puede estar tramando.
- —Me sorprende que piense que me he creído su falsa muestra de amistad. Me odiaba en San Francisco. No estoy segura de por qué pensaría que eso habría cambiado —dijo de manera irónica Ashley.
- —¿Cómo podría alguien odiarte, mi amor? —Preguntó Cailin—. Debe ser un tonto.

Jenna sonrió ante eso. Cailin realmente amaba a su amiga y ella estaba muy feliz por Ashley. Feliz de que hubiera encontrado un hombre que pudiera apreciarla por todas sus maravillosas cualidades. Jenna dirigió su mirada a Cormac, quien como siempre, solo tenía ojos para ella. Su brillante sonrisa y sus ardientes ojos azules hicieron que la temperatura subiera. Podía sentirlo desde la cabeza a los pies y en cada uno de los lugares intermedios. Jenna tuvo que mirar hacia otro lado para poder recuperar el aliento. Tal vez podría

ser tan afortunada como lo había sido Ashley. Tal vez había encontrado al hombre perfecto para ella. Tal vez Cormac podría amarla de la forma en que siempre había soñado ser amada. O tal vez ella estaba viviendo en un mundo de fantasía. Un suspiro se escapó de sus labios. *En realidad no importa. No me voy a quedar aquí y él no va a volver conmigo. Es solamente un sueño del que despertaré dentro de poco tiempo.*

- —¿Pasa algo malo, Jenna? —Interrogó Cormac.
- —No. Todo está bien, muy bien —mintió.
- —No te creo —Cormac sonrió cálidamente, buscando la verdad en sus ojos.

Jenna se preguntó si él leía la mente. Siempre parecía saber exactamente lo que ella estaba pensando.

—Vale, pues como quieras —respondió ella, tomando un bocado de su cena. Tal vez si mantenía la boca llena de comida no tendría que decirle lo que había estado pensando. Por su parte, él la vigilaba, pero Jenna pudo ver que por el momento él estaba feliz por dejar pasar aquello. Eso también era algo bueno. Odiaría admitirle lo que había estado pensando.



ormac sabía que Jenna estaba evitando su pregunta, pero más tarde le sacaría la verdad. Estaba seguro de que Jonathan y Sofía la habían disgustado, pero no sabía con exactitud la razón. ¿Era porque desconfiaba de sus planes o porque podría tener que llevarlos de vuelta a San Francisco cuando se fuera...? en caso de que lo hiciera, claro. Cormac aún tenía tiempo de convencerla de quedarse, pero entonces, ¿qué pasaría? ¿Podrían Jonathan y Sofía volver a San Francisco o ellos serían maldecidos para siempre con la presencia de Jonathan en Breaghacraig? Más tarde hablaría con Robert acerca de aquello. Tenía que haber una manera de sacarlo de sus vidas, y lo suficientemente lejos para que nunca más pudiera molestar a Jenna. Cormac observó a Jonathan mientras se congraciaba con sus compañeros de mesa. Todos sonreían y reían ante cualquiera que fuera la historia que les estuviera contando. Pudo ver cómo Jonathan se las había arreglado para engañar a Jenna en hacerle creer que la amaba. Si no lo conociera mejor, Cormac podría haber creído que era un ser humano decente, pero en San Francisco había conocido al más siniestro Jonathan y sabía que a toda costa tendría que proteger a Jenna de él. No le gustaba tenerlo aquí, tan cerca de Jenna, pero era mejor mantenerlo así. Cormac tendría que permanecer alerta.

Todos estuvieron en la mesa durante mucho más tiempo del habitual para ellos. Tenían mucho de que hablar y Robert estaba decidido a brindar por la buena fortuna de Cailin y Ashley. Cormac estaba feliz por ellos. Su hermano había encontrado a la mujer de sus sueños y estaban a punto de empezar una familia juntos. Les deseó lo mejor. Y deseó poder ser así de afortunado. Pensó que lo era, pero Jenna tenía otras ideas. No era fácil tratar con ella. Tendría que esforzarse mucho para demostrarle su amor, pero ella definitivamente valía la pena. Él la quería en su vida a pesar de que podía ser tan *espinosa como un cardo*; sabía que era la indicada para él. Y sabía que si se iba, él pasaría sus días lamentándose por la pérdida y arrepintiéndose por no haber podido mantenerla aquí como su esposa.

- —Cormac, ahora soy yo quien pregunta... ¿está todo bien?
- —Sí, amor. Solo estaba pensando —sus ojos se posaron con amor sobre su hermoso rostro. Sus enternecedores y marrones ojos lo llevaron a sus profundidades, y Cormac deseó poder permanecer allí para siempre.
 - —¿Sobre qué?
- —Sobre vos... sobre lo hermosa que eres. Sobre lo feliz que sería si te quedaras aquí conmigo.

Jenna pareció triste por su confesión, pero no respondió. Terminó por coger su mucho más grande mano para estrujarla con la suya.

- —Me gustaría compartir algo contigo, Jenna. ¿Vendrías conmigo?
- —Por supuesto.

Se puso de pie y le retiró la silla.

- —Vamos a dar un paseo —anunció Cormac a la mesa.
- —Diviértanse —Ashley sonrió y le guiñó un ojo a Cormac.
- —Lo haremos, no te preocupes —respondió Cormac con sus ojos brillando traviesos—. Ven, vamos, Jenna —dejaron el ruido de la sala por el silencio contrastante del exterior—. ¿Estás bien abrigada?
- —Estoy bien. El aire fresco se siente bien y además, sé que, de ser necesario, me mantendrás caliente —le dio un pellizco en el costado a Cormac, y cuando él trató de devolverle el favor con cosquillas, ella chilló alegre y trató de correr. Pero Cormac envolvió sus brazos en su cintura antes de que pudiera escapar y la levantó del suelo.
- —No pienses que puedes escapar —rio—. Iremos por aquí —la condujo a los escalones de las almenas.
 - —Oh, ya he estado aquí antes. Ashley me trajo.

Cormac levantó una ceja.

- —¿Sí? ¿Para qué?
- —No sé si debo decirlo. Podría ser un secreto —dijo Jenna con una sonrisa misteriosa.
 - —No me hagas sacártelo a cosquillas, muchacha —bromeó.
- —Vale, vale... me enseñó un sitio a donde van las mujeres para verlos en el campo de entrenamiento.
 - —Ya veo. ¿Y qué te pareció?
 - —Me impresionó —admitió.
- —¿Y qué es precisamente lo que te impresionó? —Cormac pensó saber la respuesta de su propia pregunta, pero quería escuchar la de Jennna.
 - —Bueno, había un sujeto… —empezó.
- —Sí. ¿Y cómo se llama? Mañana me aseguraré de esforzarme al máximo con él.

Jenna se rio.

- —Creo que su nombre es... Cormac MacBayne. ¿Lo conoces?
- —Sí. He oído que le gusta una chica llamada Jenna. ¿También has oído eso?
- —Creo que he oído ese rumor por ahí —respondió Jenna también bromeando.

Consiguiendo alejar su atención de Cormac, se sorprendió por la oscuridad del cielo y por los brillantes puntos de luz esparciéndose en él.

- —Esto es hermoso, Cormac. Gracias por traerme aquí.
- —El placer es todo mío. Compartiste tus lugares favoritos de San Francisco conmigo y yo quería hacer lo mismo por vos.
- —Estoy tan feliz de que lo hicieras —respondió mientras se acurrucaba cerca de Cormac—. Siento un poco de frío. ¿Podrías calentarme, por favor?
- —No tienes que pedírmelo dos veces —la acercó y la envolvió en sus fuertes brazos—. ¿Así está mejor, amor?
 - —Sí. Es perfecto.

Capítulo 26



- l aire de la mañana era frío, pero Jenna estaba concentrada en el hecho de que estaba a punto de montar a caballo y tomar su primera lección de equitación desde su accidente de niña.
- —No te preocupes, Jenna. No permitiré que te pase nada —le aseguró Cormac.
- —Bien. Es solo que tengo miedo y sé que *Rosa* puede sentirlo. ¿Estás seguro de que no la pondré nerviosa?
- —Es una yegua muy tranquila. Muchos críos han aprendido a montarla. Ahora es tu turno.

Jenna se acercó tímidamente a *Rosa* y puso su mano en su cuello.

—Hola, Rosie. Se buena conmigo, ¿vale?

Cormac la ayudó a subir y luego cogió la rienda y llevó a *Rosa* alrededor del redil circular cerca del establo.

—Es importante que aprendas a equilibrarte —instruyó—. Yo me aferraré a Rose y vos podrás concentrarte en tu silla de montar.

Jenna obedeció y Cormac hizo que diera sus primeros pasos para luego trotar sin agarrarse al caballo o a la silla. Le enseñó a sentarse, en donde mantener las piernas y, sobre todo, a relajarse en su cabalgadura. *Saidear*, por su parte, era una estrella. Nunca dio un mal paso y parecía tan preocupada como Cormac sobre que Jenna estuviera a salvo en la silla de montar. *Rosa* era un caballo muy tranquilo, y si sentía que el peso de Jenna cambiaba, parecía empujarse instintivamente hacia ese lado para salvarla de caer. La confianza de Jenna creció con cada minuto que pasaba, encontrándose sonriendo y disfrutando.

—¿La llevamos a medio galope, Jenna? La aprensión iluminó la cara de Jenna.

- —No creo que sea una buena idea.
- —Inténtalo por mí. ¿No hemos cuidado Rose y yo bien de ti hoy?
- —Sí, lo han hecho —enderezó los hombros y se irguió alta y derecha en la silla. Respirando profundamente, dijo—: Vale. Hagámoslo.
 - —Jenna, pon tu pie derecho hacia atrás y aprieta —instruyó Cormac.
- —Oh, mi... —Chilló cuando *Rosa* se puso a medio galope. Se agarró a la silla para equilibrarse.
- —Puedes agarrarte a la silla si quieres, Jenna. No tengas miedo. Lo estás haciendo muy bien, muchacha.

Jenna sostuvo la silla de montar con ambas manos por un minuto o dos y luego puso primero un brazo y luego el otro a cada lado. Se relajó en la silla de montar y al ritmo del caballo sin agarrarse para apoyarse.

—Jenna, vamos a volver al trote y luego a los pasos.

Mientras *Rosa* disminuía la velocidad para una definitiva caminata, el rostro de Jenna se iluminó con una gloriosa sonrisa.

- —¡Lo hice, Cormac! ¡Lo hice! —Deteniendo a *Rosa*, Cormac la bajó y ella le rodeó el cuello con los brazos, besándole profundamente los labios para después poner los pies sobre en suelo.
- —¡Lo hiciste! Estoy tan orgulloso de vos. Gracias por confiar en *Rosa* y en mí.
 - —No puedo esperar para decírselo a Ashley. Nunca lo creerá.
 - —Mañana soltaré y podrás hacerlo sola.

No podía creerlo, pero estaba realmente emocionada por superar su miedo. Se sentía tan bien estar en control de algo que había sido una fuente constante de estrés todos estos años.

—Eres el mejor maestro, Cormac. Te amo —soltó las palabras antes de poder detenerse.

Cormac pareció aturdido por la confesión.

- —¿Lo haces, Jenna? —Respondió en voz baja.
- —Sí, Cormac —dijo, dándose cuenta de lo sucedido. Realmente lo hacía. En San Francisco pensó que podría estar enamorándose de él, pero acababa de confirmarlo en su propia mente. No era un sueño romántico lo que había estado teniendo. Era algo más—. Eres todo lo que siempre he querido, Cormac. Eres amable, paciente y es divertido estar contigo. Me haces sentir tan especial. Nunca había tenido eso. No creí que fuera posible que me enamorara de nuevo, y lo he estado negando desde que nos conocimos. Pensé que era muy mala juzgando a las personas por lo sucedido con Jonathan, pero me has demostrado lo equivocada que estaba.

Cormac parecía quedarse mudo. El amor en sus ojos era evidente. Después de un momento, dijo:

—Llenas mi corazón, Jenna. Se siente listo para estallar de felicidad. ¿Eso significa que te quedarás? Por favor, quédate, Jenna. No puedes irte ahora.

La euforia que Jenna había estado experimentando se desvaneció cuando se dio cuenta de que aquello no iba a funcionar. Acababa de decirle a Cormac que lo amaba, y cometió el error de dejarle creer que tenían esperanza de un futuro juntos. Irene tenía razón. Le iba a romper el corazón y el suyo también se iba a romper.

- —¿Jenna? —Sonaba preocupado—. ¿Qué pasa, muchacha? Estabas tan feliz y ahora pareces... —su voz se apagó. Debió haber adivinado exactamente lo que Jenna estaba pensando.
- —Lo siento, Cormac. No debería haberte dicho ninguna de esas cosas. Soy una persona terrible. Por favor, perdóname —lágrimas brotaron de sus ojos cuando se dio cuenta del terrible desastre que había hecho—. De verdad lo siento.

Cormac la abrazó fuertemente a su pecho.

—No te lamentes, Jenna, amor. Entiendo. De verdad que sí. Es una pesada broma que nos han jugado. No es tu culpa. Y no hay nada que yo tenga que perdonar.

Jenna sorbió por la nariz y cogió aire. Sus ojos llenos de lágrimas miraron a Cormac, viendo que los suyos también estaban llenos de tristeza. ¿Por qué les había pasado esto? Maldijo en silencio a Edna y una vez más agradeció que no estuviera parada frente a ella. Si lo hubiera estado, Jenna podría haberle pateado el trasero. Cormac la rodeó con un brazo y sosteniendo con la otra mano la rienda, llevó a Jenna y a *Saidear* de vuelta a los establos. Ella estaba desconsolada mientras él entregaba a *Rosa* al mozo de cuadra.

—Ven, Jenna, no podemos permitir que los demás te vean así. Sentémonos un momento.

La condujo a un banco justo fuera de los establos, pero oculto a la vista de los transeúntes. Allí se sentaron, cada uno en su propio mundo de dolor. Ambos querían algo que sabía que no iba a ser posible. Llevó un tiempo, pero finalmente fueron capaces de expresar sus sentimientos.

- —Lo siento, Cormac. He arruinado todo —nuevamente se disculpó.
- —Jenna. No debes sentir que eso es lo que estás haciendo. No lo es.
- —Lo sé. Supongo que en cierta forma desearía poder quedarme aquí contigo. No volver a casa. Te tendría a ti y a Ashley.

- —Tendrías mucho más que solo a nosotros dos. Tendrías a mi familia, a mi clan.
 - —Creo que no le agrado mucho a tu hermana. No sé si encajaría aquí.
- —Irene y vos se parecen mucho. Es mi hermana y cree que su papel en la vida es cuidarnos a Cailin y a mí. Pensarías que ya tiene bastante con cuidar de sus propios hijos, su marido y ser la Señora del castillo —se rio—. Puede que no tengas hermanos o hijos, pero tienes a Dylan. Cuidas de él y sospecharías de cualquier mujer que estuviera en su vida por más de una simple noche. Lo quieres como si fuera tu hermano. En San Francisco tienes a tus amigos y a tu vida. No puedo pedirte que dejes todo eso por mí y por mucho que te quiera, Jenna, no creo poder sobrevivir en San Francisco. Temo que me perdería y que me convertiría en una carga para vos. No podría vivir con eso.
- —Nunca serías una carga para mí, Cormac. Pero tienes razón. Sería demasiado difícil para ti saltar quinientos años en el tiempo y encajar cómodamente en la vida allí. Fueron unas vacaciones divertidas, pero vivirlas todos los días es algo totalmente distinto.
- —Bueno, entonces creo que estamos de acuerdo en que solo nos quedan unos cuantos días juntos. Así que me gustaría pasarlos contigo Jenna. Pero quiero verte sonreír y saber que estamos aprovechando al máximo cada segundo que tenemos juntos. ¿De acuerdo?
 - —De acuerdo —Jenna sonrió por primera vez desde que se sentaron.
 - —Entonces vamos a ver en qué travesuras podemos meternos, ¿sí? Cogió la mano de Jenna y se dirigieron hacia las puertas del castillo.



Cormac abrió las puertas de Breaghacraig y se asomó en busca de su hermana. Había un silencio total en el interior. Nadie estaba cerca para interrumpirlos. Cuando les sugirió que vieran en qué travesuras podían meterse, tanto él como Jenna sabían exactamente a lo que se refería. Quería estar a solas con ella, pero primero tenía algunas cosas que necesitaba poner en orden.

- —Espérame en tu recámara, Jenna. No tardaré mucho, lo prometo.
- —Espero que no. No puedo quitarme este vestido sola, señor —Jenna miró juguetonamente a Cormac mientras se dirigía a las escaleras.

Cormac se rio mientras se dirigía a buscar a alguien que le ayudara a prepararles a ambos un baño. Bueno, técnicamente para Jenna. No podía decirle a nadie con exactitud que era para las dos, pero lo que no sabían no podía hacerles daño. Rodeó la bañera más grande que pudo encontrar e hizo que los chicos llevaran el agua caliente. También encontró algo de vino fino de Robert y dos copas. El queso y la fruta fueron los siguientes y, por si acaso, salió al jardín y recogió una hermosa *rosa* roja para su amor.

Al llegar a la habitación de Jenna la encontró esperándole pacientemente en una silla junto a la chimenea, donde le presentó sus tesoros.

- —Intenté encender un fuego, pero no soy muy buena en ello —admitió.
- —Me ocuparé de eso por ti, dulzura mía —Cormac lo hizo, y el fuego no tardó en arder alegremente.
 - —¿No crees que habrá demasiado calor?
 - —Para nada, amor.

Llamaron a la puerta y él la abrió a un grupo de jóvenes con cubos de agua caliente y una gran bañera que pusieron al lado del fuego. Jenna pareció entender lo que sucedía cuando su lengua salió disparada para mojarse los labios.

—Un baño estaría muy bien. Gracias por pensar en mí —dijo ella.

Cormac esperó impaciente a que los chicos terminaran de llenar la bañera y luego cerró y aseguró la puerta tras ellos. Dudó por un momento antes de volverse hacia Jenna.

—¿Vamos? —Hizo un gesto hacia la bañera.

Jenna se deslizó a través de la habitación y en un abrir y cerrar de ojos estuvo en sus brazos. Sus labios se encontraron en un nudo de lenguas y labios. Su anhelo físico por el otro había llegado a su límite, y Cormac apenas podía esperar para quitarle el vestido a Jenna. Deshizo ágilmente los cordones y le quitó la prenda lo más rápido posible. La admiró de pies a cabeza y luego la llevó a la bañera. Ella entró y se sentó en el agua, hundiéndose hasta la barbilla y mirándolo fijamente. Cormac se desnudó ante su mirada elogiosa y se le unió, derramando agua de la bañera mientras entraba y se sentaba frente a ella. Jenna se inclinó hacia adelante y lo besó suavemente, con su lengua haciéndole cosquillas en los labios. Sus manos descendieron bajo la línea de agua y Cormac echó la cabeza hacia atrás en éxtasis; sabía que esto había sido una buena idea. Quizás la mejor que había tenido. Le encantaba que Jenna fuera tan extrovertida. Era tan diferente a cualquiera de las mujeres con las que había estado en el pasado. Era una belleza sin igual, y era suya. Suya por este corto tiempo, e iba a disfrutar de cada minuto con ella. Por su aspecto,

Jenna también lo estaba disfrutando. Se movió hacia adelante y descendió sobre él. Un gemido se le escapó a Cormac, perdiéndose en las increíbles sensaciones que lo invadieron mientras Jenna se mecía lentamente hacia arriba y hacia abajo. Sus manos encontraron sus caderas y guiaron su movimiento, al igual que sus labios encontrándose. Cormac gruñó en lo profundo de su garganta y aceleró sus movimientos dentro de Jenna.

- —Oh, Jenna, Jenna —gritó mientras ella pronunciaba su nombre en respuesta, cada uno alcanzando su clímax y viéndolo en los ojos del otro.
- —Eso fue divertido —dijo Jenna sin aliento—. Me gusta tu idea de travesura —se sentó con la espalda hundida en el pecho de Cormac. Se quedaron así hasta que el agua dejó de estar caliente.
 - —El agua se está enfriando. Salgamos para meternos bajo las mantas.

Salieron de la bañera y se secaron el uno al otro. Jenna corrió hacia la cama y Cormac agarró la comida y el vino para luego subirse a su lado y servirles a ambos una copa de vino. Luego colocó la botella en el suelo. Colocó el plato de comida en su regazo.

- —Esta es una forma muy romántica de pasar la tarde, Cormac —le sacudió juguetonamente las pestañas.
 - —Sí. Tengo un poco de romance en mí, amor.
- —Claro que sí —Jenna pareció haber olvidado sus problemas por ahora, envolviéndose felizmente en el abrazo de Cormac.

Terminaron su vino y dejaron todo a un lado. Jenna bostezó pesadamente y apoyó su cabeza en el pecho de Cormac.

En cuanto a Cormac, él estaba contento. Si tan solo pudiera encontrar una manera de hacer que este momento durara para siempre.

Capítulo 27



shley, ¿estás segura de que esto es una buena idea? —Jenna preguntó por enésima vez mientras caminaban por el sendero para visitar una de las cabañas remotas.

- —Jenna, no pasa nada. Hago esto todo el tiempo. No te preocupes tanto
 —regañó Ashley suavemente.
- —Vale. Pero no quiero estar cerca cuando Cailin descubra que nos hemos ido —advirtió.
- —Quiero que conozcas a esta pequeña y dulce familia. Fueron de los primeros que conocí cuando llegué aquí. Te encantarán.

Jenna no estaba tan segura de eso. Habían caminado alrededor de una hora y los pies le empezaban a doler. No estaba segura del todo de que fuera lo que una Ashley embarazada debería estar haciendo. Doblaron en una curva sobre la carretera y ante ellas yació una pequeña cabaña. Había humo saliendo de la chimenea y los sonidos de niños jugando eran evidentes en las inmediaciones de lo contrario silenciosas. Jenna solo quería pasar algo de tiempo con Ashley y el resto con Cormac. No le importaba mucho conocer gente, pero parecía que no podía hacerle llegar ese mensaje a Ashley. Aparentemente era muy importante para ella que Jenna llegara a conocer a esas personas. Le había explicado que Heather y Finn no estaban al tanto de todo el asunto de los viajes en el tiempo, así que Jenna iba a tener que ser cuidadosa sobre no revelar nada. La cesta de bienvenida que había estado cargando se estaba poniendo pesada, por lo que no podía esperar a entregarla una vez que llegaran.

—¡Lady Ashley! —Un joven de pelo del color de la arena corrió hacia ellas con un perro acompañándolo.

- —¡William! —Llamó Ashley y abrió sus brazos para recibirlo en su abrazo—. ¿Cómo estás, William? No te he visto en un tiempo.
 - —Estoy bien, Lady Ashley. Mi madre se alegrará de verte.

Jenna pilló su inquisitiva mirada cuando la miró.

- —Soy Jenna —ofreció—. Soy amiga de Lady Ashley.
- —¿También eres de América?
- —Sí —le entregó la cesta—. Hemos traído algunas sorpresas americanas con nosotras.
 - —Gracias, Lady Jenna. Estamos muy agradecidos.

En ese momento, los otros niños se encontraban dirigiéndose hacia ellas. Cada uno saludó a Ashley con un abrazo, pero la más joven, Mary, se subió a sus brazos y arrojó sus brazos alrededor del cuello de Ashley para abrazarla fuerte. Todos le fueron presentados a Jenna, quien se encontraba —de manera sorprendente—, disfrutando de la oportunidad de conocerlos. Mientras caminaban hacia la cabaña, un hombre y una mujer salieron y los saludaron.

- —Esos son mis padres. Ma y Pa —anunció William.
- —Heather y Finn —añadió Ashley.
- —Buenos días, Lady Ashley —dijo Finn mientras se acercaban—. ¿Cómo se encuentra en este buen día?
 - —Estoy bien, Finn. Todos ustedes parecen estar bien —dijo Ashley.
- —Sí. Así es —respondió Heather—. Es bueno verte —se adelantó para abrazarla.
- —Heather, Finn, esta es mi buena amiga Jenna. Acaba de llegar de América.
 - —Debe haber tenido un largo viaje, Lady Jenna.
- —No estuvo tan mal —respondió. No entendía todo el asunto de Lady Jenna, pero Ashley le había dicho que lo aceptara.
- —¿Eres del mismo lugar en América que Lady Ashley? —Interrogó Heather.
 - —Sí. Crecimos juntas.
 - —¿Entonces te quedarás por un tiempo? —Preguntó Finn.
 - —Desafortunadamente no. Tengo que volver a casa pronto.
 - —Por favor, entra. Nos haré un poco de té —ofreció Heather.

Entraron en la pequeña cabaña, la cual a pesar de su falta de espacio se encontraba ordenada y parecía haber suficiente espacio para todos. Se sentaron en una mesa cerca de la ventana trasera y Heather les sirvió a todos un poco de té. Finn se excusó, diciendo que tenía algunas ovejas que vigilar. Jenna pudo oírlo llamando al perro mientras salía por la puerta.

Todos los niños se encontraban agachados sobre el suelo mientras hurgaban el contenido de la cesta que Ashley y Jenna habían traído con ellas.

- —¿Y qué es todo esto? —Heather preguntó.
- —Algunas golosinas de San Francisco —respondió Jenna—. Espero que no le importe que se los hayamos dado a los niños sin haberle preguntado primero.
- —No. Por supuesto que no. Reciben muy pocas golosinas, así que no hay nada de qué preocuparse —le aseguró Heather.
- —Heather, tengo algunas noticias que quería compartir contigo —dijo Ashley.
 - —¿Qué, Lady Ashley?
- —Estoy esperando a mi primer hijo, en unos seis meses —declaró orgullosa.
- —¿Es eso cierto? ¡Oh, Dios! Estoy tan feliz de escucharlo. Cailin debe estar encantado —sonrió alegre.
 - —Creo que lo está —se rio Ashley—. Estoy tan emocionada.
- —Me siento privilegiada de que hayas querido compartir tus buenas noticias conmigo —Heather parecía genuinamente sorprendida por la revelación.
- —Por supuesto. Tu familia es muy especial para mí. Amo a tus hijos, y verlos me hizo darme cuenta de lo mucho que quería tener hijos propios.
- —Gracias, Lady Ashley. Eres demasiado amable —Heather lucía un poco penada—. Dejadme que os traiga un poco del fresco lote de bannocks que he hecho —cogió una bandeja de ellos, un poco de mantequilla y miel y los llevó de vuelta a la mesa—. ¿Puedo traerles más té? —Preguntó antes de volver a sentarse.
 - —No, esto es maravilloso —dijo Jenna—. Se ven muy deliciosos.
- —Bueno, entonces prueba uno —dijo Ashley—. Creo que también los encontrarás deliciosos.

Ashley y Heather se rieron y Heather le ofreció a Jenna un bannock.

—Es realmente bueno —dijo después de tragarse su primer bocado—. El mejor desde que estoy aquí.

Los bannocks parecían ser un alimento básico en cada comida. Cormac incluso se los había hecho cuando iban de camino a Breaghacraig, pero estos eran realmente los mejores que había probado.

—Gracias, Lady Jenna. Es mi receta secreta —Heather sonrió orgullosa.

Ashley y Jenna pasaron otra hora en la pequeña cabaña, disfrutando del té, los bannocks y la conversación. A los niños les encantaron sus golosinas y

Jenna estaba feliz de ver que habían vaciado la cesta para el viaje de vuelta. Cuando se levantaron para irse, los niños hicieron fila para abrazar, pero no solo a Ashley. También querían abrazar a Jenna. Ella no pudo resistirse. Realmente eran unos niños muy dulces, y la pequeña, Mary, era la más dulce de todas. La forma en que se acurrucó en los brazos de Jenna y luego le tocó la cara y el pelo fue algo muy precioso, e hizo que se derritiera.

- —Fue un placer verlas a ambas —dijo Heather—. Te deseo todo lo mejor con el bebé, Lady Ashley. Si puedo ayudar en algo por favor házmelo saber, ¿sí?
- —Sabes que lo haré, Heather. Tienes mucha más experiencia que yo. Me dijeron que podrías ayudarme con el parto. ¿Es eso cierto?

Heather pareció un poco apenada por los elogios, pero dijo:

- —Sí, he ayudado a muchas de las mujeres del Clan MacKenzie con sus partos. Estaré encantada de hacer lo mismo por vos.
 - —Bien. Eso me hace sentir mejor.

Ashley le había confiado a Jenna que estaba nerviosa por dar a luz aquí en la Escocia del siglo dieciséis. Jenna había tratado sin éxito de convencerla de volver a San Francisco para tener al bebé, pero Ashley no quiso ni oírlo. No iba a ir a ninguna parte. No podía dejar a su marido y a toda la gente que amaba, ni siquiera por un corto tiempo. A Jenna le alegraba que Heather la hubiera ayudado a sentirse mejor con todo esto. Y ahora entendía la razón por la que Ashley quería llevarla a conocerla. Jenna estaba segura de que Ashley estaría en buenas manos cuando llegara el momento, porque la verdad era que ella también estaba nerviosa por ello.



- —¿Qué crees que está tramando? —Le preguntó Cailin a Cormac.
- —No sé, pero me alegra que Robert tenga a alguien vigilándolo todo el tiempo.

Los dos hombres acababan de salir del campo de entrenamiento cuando notaron que Jonathan los había estado observando.

- —¡Vaya! Ustedes sí que se esfuerzan mucho ahí afuera —dijo Jonathan cuando se acercaron.
 - —Siempre debemos estar preparados para la batalla —respondió Cormac.
- —¿Te gustaría acompañarnos la próxima vez que practiquemos? Ofreció Cailin.

- —Eso podría ser divertido. Podría soportar trabajar para eliminar algo de este estrés.
- —Bien. Nos reunimos aquí todos los días a la misma hora. Eres bienvenido a participar —respondió Cormac.

Se alejaron de Jonathan y se dirigieron a los establos.

- —¿Por qué le pediste que se nos uniera en el campo de prácticas?
- —Es mejor conocer las capacidades de tu enemigo... ¿no lo crees, Cormac?
- —Sí. Tienes razón. Podemos ver cuáles son sus habilidades y estar preparados por si intenta algo.
- —Mira, Ashley y Jenna están regresando de su paseo. Espero que no se haya cansado —dijo Cailin preocupado.
 - —No te preocupes, hermano. Ella es muy capaz de cuidar de sí misma.
 - —Para eso estoy, Cormac, para cuidarla —protestó Cailin.
- —Parece que no entiendes a estas mujeres de San Francisco. Están bien por su cuenta.
- —Eso es lo que dicen, pero no lo creo —Cailin se dirigió hacia las mujeres y Cormac lo siguió rápidamente—. Ashley, ¿estás bien, amor? ¿Dónde has estado?
- —Solo fuimos de paseo a la casa de Heather y Finn. Y antes de que digas algo, no me voy a romper, Cailin. Solo voy a tener un bebé y me siento maravillosa. No hay necesidad de preocuparse. Y si la hay te lo haré saber con esa declaración, se puso de puntillas y le besó la nariz.

Cailin no se lo esperaba venir. Se quedó allí de pie como si buscara una buena razón para no estar de acuerdo con Ashley, pero en vez de eso le sonrió a su encantadora esposa y la cogió del brazo para llevarla dentro.

- —¿Cómo estuvo tu paseo, Jenna?
- —Bien. Ashley quería llevarles unos dulces a los niños y preguntarle a Heather si la ayudaría cuando llegara el momento del nacimiento del bebé.
 - —¿Y lo hará?
- —Sí. Dijo que estaría encantada de ayudar. Creo que eso tranquilizó a Ashley. Estoy segura de que no tengo que decírtelo, pero dar a luz en estos tiempos puede ser peligroso para una mujer.
 - —¿Pero no en tu tiempo?
- —No tanto —le aseguró—. Intenté convencerla de que volviera a San Francisco para tener al bebé pero no quiso saber nada.
- —No lo creo. Su vida está aquí ahora. No quiere dejar a Cailin —dijo Cormac con firmeza.

- —Lo sé. Eso es lo que me dijo. No te preocupes; no voy a intentar llevármela conmigo cuando me vaya.
 - —Espero que no, amor. Eso mataría a mi hermano.

Así como me matará a mí cuando te vayas.

Jenna arrugó la nariz y le sacó la lengua.

- —Se me ocurren mejores cosas que hacer con esa lengua, amor —bromeó Cormac.
 - —Apuesto a que sí —respondió Jenna.
- —Pero tendrás que esperar hasta más tarde porque hoy es el día en que montas a *Rosa* tú sola.
 - —Agh, hoy no —se quejó.
- —Hoy —Cormac comenzó a caminar hacia el establo. Miró hacia atrás y notó que Jenna no se había movido, así que se detuvo y esperó a que se le uniera.
- —Bien. Vale. Ya voy —Jenna le agarró el brazo con un resoplido de frustración y le siguió para ir a por *Rosa*.



Jenna estaba satisfecha con su lección de equitación. No sabía por qué había dudado de Cormac cuando le dijo que la haría montar a *Rosa* sola. Estaba orgullosa de sí misma y se sentía muy realizada. Luego se encontró con Sofía justo fuera de las puertas del establo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Preguntó Jenna. Buscó a su alrededor para ver quién la estaba vigilando y vio a Latharn apoyado en la pared de la herrería, quien le movió la cabeza a Jenna para hacerle saber que estaba vigilando la situación.

Cormac salió de los establos.

- —¿Estás lista, amor? —Frenó en seco cuando vio a Sofía parada allí.
- —Estaba a punto de decirle a Jenna que iba a entrar a ver los caballos confesó Sofía.
 - —¿Montas, muchacha?
 - —Ya lo he hecho. No mucho, pero creo que lo hice bastante bien.
- —Quizás puedas convencer a Latharn de que te lleve a montar. Estoy seguro de que estará encantado de ir con vos —Cormac asintió en dirección a Latharn, quien se dirigió hacia ellos—. Latharn, deberías llevar a la encantadora Sofía en uno de los caballos. Podría disfrutarlo.

Ella lo miró con una gran sonrisa.

—En realidad me encantaría. Entonces ensillaré algunos caballos.

Latharn parecía completamente enamorado de Sofía, y parecía que el sentimiento podía ser mutuo.

Los dos entraron juntos al establo, dejando a Jenna y a Cormac solos afuera.

- —Eso fue raro —observó Jenna.
- —¿Raro?
- —Ya sabes... algo no normal.
- —Latharn la vigilará.
- —Bien. ¿Ya es la hora de bañarse? —Jenna se levantó las faldas y empezó a correr hacia las puertas del castillo.
- —Creo que sí —comenzó a correr tras ella, atrapándola justo cuando llegaba a los escalones del torreón—. Espérame, amor. No me será bueno perseguirte a través de las puertas. ¿Qué pensaría mi hermana? —se rio al pensar en lo que su hermana diría, si tan supiera lo que estaban haciendo.

Jenna se alisó el vestido y se arregló el pelo, montando una demostración de majestuosa. Y mientras reprimía una risa, metió la mano en el hueco del brazo de Cormac y dejó que la guiara a través de las puertas y por las escaleras hacia lo que rápidamente se estaba convirtiendo en su ritual vespertino.

Capítulo 28



enna apenas podía creer que su estancia en Breaghacraig estaba a punto de terminar. Aquí estaba el cuarto día, y tuvo que admitir que no tenía ganas de irse. Cuando llegó había pensado que no podía esperar para volver a casa, pero los últimos días le habían enseñado que realmente disfrutaba de la vida en Breaghacraig. Le encantaba ver a Ashley todos los días y definitivamente le encantaba estar con Cormac. El día siete iba a ser una tortura. Pero faltaban un par de días para ello. Jenna había hecho un buen trabajo al no pensar en ello y planeaba mantenerlo así.

Cormac había ensillado sus caballos después del desayuno para ir a dar un paseo hasta la playa. Jenna tenía muchas ganas de hacerlo. *Rosa* se estaba convirtiendo en un tranquilo y calmado caballo, y su amabilidad era contagiosa. Jenna se relajó y disfrutó de montarla. Se abrieron paso a través de las puertas del castillo y cabalgaron uno al lado del otro por el sendero que les llevaría a la costa cercana. Cormac le había explicado a Jenna que en tiempos pasados aquella playa había sido el lugar de desembarco de contrabandistas, llevando mercancías de otros puertos europeos y vendiéndolas allí en Breaghacraig.

- —Eso explicaría el origen de muchas de las hermosas cosas del castillo observó Jenna.
- —Sí. Algunas llegaron con los contrabandistas, pero otras también de los vendedores ambulantes y de los viajes que los MacKenzie hicieron a Edimburgo y Londres.
- —¿Las personas aquí saben que hay tierra al otro lado del océano? —Se preguntó Jenna en voz alta.
- —Sí. Algunos han viajado allí. Pero no se llama América en nuestra época.

- —Así que supongo que Colón no descubrió realmente América —observó Jenna.
 - —¿De quién hablas, amor?
 - —De nada, en realidad. Es un día precioso, ¿no?
- —Cualquier día que pueda pasar contigo es encantador —respondió Cormac con una mirada seria en sus ojos.
- —No me hagas saltar del caballo a tu regazo, tú zalamero —bromeó Jenna.
- —Enseñarte a montar fue algo bueno, pero creo que me gustaba más cuando cabalgabas conmigo.
 - —A mí también.

Cabalgaron hasta el borde del acantilado y desmontaron. Cormac quitó las sillas de montar y dejó que los caballos pastaran en la abundante hierba que los rodeaba.

- —Por aquí, Jenna —le extendió la mano y la condujo por el camino hacia la playa. Había llevado consigo una manta escocesa extra y una cesta de comida—. Si quieres podemos quedarnos un rato.
 - —Si quiero —coincidió.

Cormac extendió la tela escocesa sobre la arena y colocó la cesta a su lado. Ayudó a Jenna a sentarse sobre tela escocesa y luego él se sentó a su lado.

- —Esta es una manera tan agradable de pasar el día.
- —Me alegra que lo apruebes —se le acercó y puso su brazo alrededor de sus hombros.

Jenna suspiró e inclinó la cabeza sobre su hombro mientras contemplaba la belleza de la playa y el agua. El olor del océano le hizo recordar a las aguas de la bahía de San Francisco y a la infancia que pasó con Ashley y su familia, y con Dylan. Fueron tiempos muy, muy felices para ella. En los últimos años, su vida no lo había sido tanto. Por supuesto había tenido un período de falsa felicidad con Jonathan, y cuanto más lo pensaba, más se daba cuenta de que la felicidad que disfrutaba con Cormac era real. Era la misma sensación de felicidad que recordaba de su infancia. Era despreocupada y fácil. Sabía que estaba a salvo, protegida y que era amada. ¿Qué más podría pedir una chica?

—Cormac, esto es perfecto. Gracias por traerme aquí.

Él no respondió. Dejó que el momento se basara en las palabras de Jenna. A ella le gustaba eso de él. Le importaba lo que ella pensara, cómo se sentía, si tenía frío o estaba cansada. Jenna nunca daría todo eso por sentado. Hasta ese momento de su vida, nadie se había preocupado por ninguna de esas

cosas. Y Jenna habría dicho que no importaba porque ella misma *sabía* lo que pensaba y cómo se sentía. Si sentía frío, se pondría una chaqueta. Si estaba cansada, se iba a la cama. Nunca había tenido el privilegio de que alguien más se preocupara por esas cosas. Claro, las personas decían que les importaba, pero en realidad no era así. A Cormac de verdad le importaba, y aquello fue todo un regalo que le hizo pero que al final ella no pudo aceptar. Antes de que empezara a sentirse triste por su situación, se levantó rápidamente y le ofreció a Cormac su mano.

- —¿Quieres ir a dar un paseo por la playa?
- —Nada me gustaría más —respondió él.



— Le divirtieron? — Preguntó Ashley tan pronto como entraron por la puerta.

- —Sí. Creo que Jenna disfrutó de la playa tanto como tú —dijo Cormac.
- —Me encanta la playa. Es mi lugar favorito —coincidió.
- —El mío también —añadió Jenna.
- —Bueno, entonces te dejaré con Ashley, amor. No puedo mantenerte toda para mí —Cormac la besó suavemente en los labios y dejó que sus dedos le acariciaran la mejilla antes de salir por la puerta.
- —Es un cuidador, Jenna, te lo digo. Necesitas replantearte todo esto de irte a casa —insistió Ashley.
- —Sé que es un cuidador, pero Ashley, ya te he dicho que no puedo quedarme.
- —No seas tan terca, Jenna. Sabes que no tienes nada esperándote en casa por lo que tengas que darte prisa en volver —argumentó Ashley.
- —¿Qué hay de Dylan? ¿Y Chester? Me necesitan. Y la fundación de mis padres. ¿Quién se encargaría de eso? Y todo mi trabajo de caridad. Tengo que volver, Ashley.
- —No. No tienes que hacerlo, Jenna. Ambas lo sabemos. Dylan y Chester estarán bien. Y hay mucha gente que se ocupa de la fundación de tus padres y de la obra de caridad. Tienes que pensar en Jenna ahora mismo. No hagas algo de lo que te arrepentirás el resto de tu vida.

Jenna sacudió la cabeza en negación.

—Ashley, no quiero discutir contigo sobre esto. Me queda poco tiempo aquí y no quiero pasarlo enojadas la una con la otra. Así que ya basta de que

me quede, ¿de acuerdo?

Jenna podía decir que Ashley no quería ceder tan fácilmente, pero después de un minuto o dos, asintió con la cabeza en señal de derrota.

- —Vale. Vamos a abrazarnos —la atrajo hacia un abrazo de oso y soltó risitas.
- —Sabes, para ser una pequeña mujer embarazada eres bastante fuerte bromeó Jenna.
- —Todavía puedo patear algunos traseros de ser necesario, así que no lo olvides —Ashley flexionó los músculos de su brazo para Jenna.
 - —Muy impresionante, amiga mía.
- —Oye, tenemos mucho que hacer por aquí mañana por la noche. Habrá música y baile. Será muy divertido.
 - —¿Estoy invitada?
- —No seas tonta; por supuesto, eres la invitada de honor. Debería darte uno de mis bonitos vestidos para que lo uses. Ese está empezando a parecer un poco gastado —Ashley se rio.
- —¿Invitada de honor? Estás bromeando, ¿verdad? —Jenna pensó que sería muy improbable que alguien aquí celebrara su visita.
 - —Nop. No estoy bromeando.

Jenna continuó pareciendo escéptica, pero decidió dejarse llevar.

—Bien. Entonces definitivamente necesitaré un vestido. ¿Deberíamos ir a ver qué tienes en tu armario? —Ambas entrelazaron sus brazos y se dirigieron a las escaleras hasta la habitación que Ashley compartía con Cailin—. Echo de menos ir de compras contigo —admitió Jenna—. Supongo que esto es lo más parecido.

Sacaron todos los vestidos del armario de Ashley y los tiraron en la cama. Jenna se encontraba probándose un precioso vestido verde cuando sus ojos se iluminaron sobre un pálido de color aguamarina, no muy diferente al color del vestido que había usado en la gala a la que asistió con Cormac en San Francisco.

- —Oooh... me gusta ese —sacó el vestido del montón y la sostuvo contra su cuerpo.
- —Oh, a mí también —coincidió Ashley—. Pruébatelo. Apuesto a que ese es el indicado.

Jenna salió del vestido verde y se puso el azul. Ashley le ayudó con la espalda e inclinó su cabeza de lado a lado para ver mejor.

- —¿Qué te parece? —Cuestionó Jenna sin aliento.
- —Estás impresionante. Tienes que usarlo.

- —Bien. Está decidido —Jenna se quitó el vestido y nuevamente se vistió
 —. Llevémoslo a mi habitación y luego bajemos a tomar té.
 - —Sabes, empiezas a sonar como si vivieras aquí —bromeó Ashley.
- —Bueno, ya me conoces. Soy bastante buena para sentirme como en casa en dondequiera que esté.

Cuando salieron de la habitación de Ashley, Jenna notó a Irene caminando por el pasillo hacia ellas.

- —¿En qué andan, señoritas? —Preguntó Irene.
- —Estábamos eligiendo un vestido para que Jenna lo use mañana por la noche.
- —¿Este es el que has elegido? Déjame ver —Jenna lo sostuvo e Irene asintió con la cabeza—. Te verás preciosa en ese color. Te queda bien.

Jenna quedó estupefacta. Irene no le había dicho mucho desde la charla de ambas del otro día. Jenna se sorprendió de que Irene estuviera tratando de ser amable con ella.

- —Gracias. Vamos a bajar a tomar té. Por favor ven con nosotras ofreció Jenna.
- —Creo que lo haré. Iré a ver a los niños y luego bajaré —dijo Irene y se dirigió por el pasillo hacia la guardería.

Jenna estaba desconcertada y se le debió haber notado en la cara porque Ashley le dio una palmadita en el brazo.

- —Es una de las mujeres más generosas y cariñosas que jamás conocerás. Dale una oportunidad y verás —explicó Ashley.
- —Lo estoy intentando. Por eso le sugerí que nos acompañara a tomar el té. Podría ser una buena oportunidad para conocernos mejor. Puedes ser la juez —Jenna se rio de su propio chiste.

Continuaron su camino a la habitación de Jenna para dejar el vestido y luego bajar las escaleras, donde encontraron té y pasteles dulces esperándolas. Irene había tomado la delantera por un par de minutos, preparando todo y disponiéndolo junto al fuego. Todas se sentaron y Jenna tomó un sorbo de su té.

- —Estoy emocionada por lo de mañana por la noche, Irene. ¿Qué se celebra?
- —Bueno, es costumbre invitar a los miembros del Clan y a algunos de nuestros vecinos a unirse a nosotros cuando tenemos a un invitado. No pudimos hacerlo antes porque no tuvimos ningún aviso previo sobre tu llegada, y nos llevó un par de días correr la voz hacia los que viven más lejos, ya sabes.

- —¿Están haciendo esto por mí? —Jenna estaba conmovida y sorprendida; había pensado que Ashley había estado bromeando.
- —Por supuesto, estamos felices de tenerte aquí como nuestra invitada y es la oportunidad perfecta para tener una especie de celebración. Espero que lo disfrutes.
- —Estoy segura de que lo haré. Solo que es tan inesperado. En el buen sentido —explicó Jenna. Imaginen eso: *estaban* haciendo una fiesta para ella —. ¿Lo sabe Cormac?
- —No. Hasta ahora lo hemos mantenido como una sorpresa. Se enterará muy pronto.

Las tres mujeres continuaron bebiendo su té, comiendo los deliciosos pasteles dulces y charlando. Jenna nunca hubiera imaginado que Irene sería tan cálida y tolerante con ella. Parecía tan enfadada con ella cuando llegó. Asumió que Cormac y Ashley debieron haber hablado con Irene para asegurarle que Jenna nunca lastimaría intencionalmente a Cormac y que no iba a robársleo del siglo veintiuno.



Cormac llegó a los sonidos de las mujeres riendo y hablando. Entró para encontrar a Irene, Ashley y Jenna hablando como viejas amigas. Estaba aliviado de que su hermana hubiera suavizado su postura sobre Jenna y que estuviera intentando hacer las paces.

- —Señoritas, parece que todas vosotras estáis disfrutando. ¿Hay algún pastel dulce que les sobre?
 - —Puedes quedarte con el resto del mío, Cormac —comentó Jenna.
- —Hay más en la cocina, hermano. Estábamos discutiendo sobre las festividades de mañana por la noche. Estoy seguro de que Cailin te ha hablado de la celebración que haremos en honor a Jenna.

La boca de Cormac se abrió y trató de ocultar su sorpresa al cerrarla con rapidez.

- —No, no me lo había mencionado —rápidamente buscó la mirada de Jenna y se alegró de ver que le sonreía alegre a Irene. No parecía un gesto falso en lo absoluto—. Eso fue muy considerado de tu parte, Irene.
- —Ashley me prestó uno de sus vestidos —sonrió Jenna—. Es muy bonito.

- —Jenna, puedes hacer que el vestido más sencillo sea hermoso solo por el hecho de llevarlo puesto —Cormac dijo en serio cada palabra. Nunca la había visto más que hermosa. Apoyó una mano en su hombro y ella la cubrió con la suya. Sus ojos, brillantes de felicidad, se centraron en él.
 - —¿Por qué no nos acompañas, Cormac? —Sugirió Jenna.
 - —Sí, por favor, hazlo —añadió Ashley.

Sus ojos buscaron la aprobación de su hermana, y cuando ella asintió, supo que no tendría problemas por quedarse.

- —Solo un rato. Tengo deberes que atender antes de que termine el día se sentó al lado de Jenna, quien le colocó una mano en el brazo. Le encantaba cómo se sentía, ese calor emanando de su manga. A pesar de que las damas le habían pedido que las acompañara, la conversación se había paralizado. No quería ser la razón de aquel silencio—. Entonces, hermana, ¿a quién has invitado a la celebración?
- —Todos los invitados habituales, hermano. He enviado un mensaje a todo el Clan, incluyendo a Lena y Ewan y algunos de nuestros vecinos. Espero que puedan asistir con tan poca antelación —Irene tomó otro sorbo de su té—. Cormac, ¿quieres un poco de té? ¿Unos pasteles?
- —No, Irene. Solo puedo quedarme un momento más. Debo hablar con Cailin y Robert sobre las festividades de mañana por la noche. De hecho, debería irme ya —se levantó y se despidió de las damas. Luego se inclinó para besar la mejilla de Jenna—. Te veré cuando regrese, Jenna.



Cormac buscó a su hermano. Sabía que no tenía que preocuparse por las festividades, pero quería asegurarse de que todo estuviera listo para proteger a su familia y a Jenna.

- —Cailin, no me dijiste nada sobre la celebración de mañana por la noche.
- —Sí. Olvidé mencionarlo. Me disculpo —dijo Cailin con cara de arrepentimiento.
- —Me preocupa la seguridad de Jenna. Una celebración es una oportunidad para que nuestros invitados no deseados causen problemas.
- —No te preocupes, hermano. Estamos preparados. Latharn vigila a Sofía en todo momento y Jonathan está siendo vigilado por Donal y Fergus. Hasta ahora no han hecho nada para levantar sospechas.

- —Latharn parece estar un poco enamorado de la muchacha —observó Cormac.
 - —Sí. Él con ella y ella con él.
 - —Ella no es la que me preocupa. Es Jonathan. No puedo confiar en él.
 - —Sé que no puedes, hermano. Él es solo uno y nosotros somos muchos.
- —Tienes razón —admitió Cormac—. ¿Y no hemos tenido señales de Sir Richard desde que están aquí?
- —No. Hemos enviado jinetes a buscarlo, y por lo visto Sofía y Jonathan decían la verdad. Parece que ha regresado a Inglaterra.
- —Bien. Ya tenemos bastante de qué preocuparnos sin que él nos cause más problemas.
- —Cormac, mañana por la noche es una celebración para Jenna. Puedes relajarte y disfrutar. Deja que el resto de nosotros nos ocupemos de cualquier dificultad que pueda surgir.
- —Como quieras, Cailin —respondió Cormac, dándole una palmada a su hermano en la espalda y luego extendiendo un brazo alrededor de su hombro
 —. Irene me dice que hay pasteles dulces para tomar.

Cailin alzó una ceja y los dos se dirigieron hacia la cocina.

Capítulo 29



ué crees que están tramando esos dos? —Le preguntó Jenna a Ashley. Estaba a punto de tomar las escaleras para ir a vestirse para la fiesta, cuando vio a Sofía y a Jonathan acurrucados en una esquina. Ella y Ashley habían ido a dar un breve paseo y acababan de entregar sus caballos a los chicos del establo, cuando Jenna vio a Sofía y a Jonathan conversando íntimamente cerca de la puerta trasera. Al mirar a su alrededor pudo ver a Latharn, quien no estaba muy contento con la conversación, pero él junto con Donal y Fergus les estaban dando privacidad. Por un breve momento, Jenna pensó que había notado a Jonathan darle algo a Sofía, pero se encontraba demasiado lejos para ver claramente y asumió que bien podría estar imaginando cosas.

- —Olvídalo, Jenna. Tienen a muchas personas vigilándolos. Tenemos que entrar, asearnos y ponernos los vestidos para la fiesta —dijo Ashley, llevando a Jenna con ella.
- —Vale. Vale. Aunque no confío en Jonathan. Está tramando algo. Puedo sentirlo —se dio cuenta de que si hubiera prestado más atención, podría haber notado que no era de confiar mucho antes de casarse con él. Mientras se acercaban a las escaleras, Jenna empezaba a sentirse un poco como Cailin—. Ashley, más despacio. No hay necesidad de correr por las escaleras. Estás embarazada, ¿recuerdas?

Ashley puso los ojos en blanco.

- —No empieces tú también.
- —Lo siento, pero empiezo a entender la preocupación de Cailin. Tenemos mucho tiempo para prepararnos y Helene nos ayudará, estoy segura.
- —Sé que lo hará. Estoy tan emocionada de tenerte aquí para esta celebración. Será como cuando fuimos al baile de graduación. ¿Te acuerdas?

Arreglamos el pelo de la otra y nos maquillamos.

- —Aquí no existe el maquillaje, Ashley —señaló Jenna.
- —Ahí es donde te equivocas. Tengo un poco en mi habitación. Edna me lo envió en mi mochila mágica.
 - —¿Tu qué?
- —Mi mochila mágica. La llevo conmigo desde que llegué aquí y siempre encuentro cosas ahí que antes no estaban. Edna tiene un pequeño sentimiento de culpa por casi hacer que me mataran.
- —Espera un minuto. ¿De qué estás hablando? ¿Cómo hizo que casi te mataran? —Jenna no podía creer lo que oía.
- —Bueno, es una larga historia, pero la versión resumida es que ella me engañó para pasar por el puente, donde conocí a Cailin. Por cierto, fue lo mejor que me ha pasado. Luego, después de ser secuestrada por Thomas y Sir Richard, casi fui violada y asesinada. Me cortaron con una espada y me fracturé el brazo. Pero no se lo reprocho. Ella no sabía que iba a pasar.

La cabeza de Jenna le daba vueltas.

- —Te engañó, fuiste secuestrada, casi violada y cortada por una espada, ¿y no tienes nada en contra suya?
- —Todo funcionó de la manera más increíblemente mágica. Estoy viva, el hombre que intentó violarme está muerto y sobreviví a mis heridas.
 - —Tengo que admitir que nunca te he visto más feliz.
- —Eso es porque nunca he sido más feliz. Algún día te contaré toda la historia, pero por ahora, vistámonos.

Jenna no pudo evitar dejarse llevar por la emoción de Ashley.

—Vale, tú ganas. Vamos a prepararnos.



Cormac examinó la habitación mientras esperaba que Jenna hiciera su entrada. Todo parecía estar en orden. Cailin tenía hombres apostados alrededor de la habitación y en todas las entradas y salidas. Podía relajarse y concentrarse en Jenna, quien se estaba tardando en unírsele. Caminó y se paró junto a las escaleras, siendo saludado por cada persona que entraba en el Gran Salón. Irene y Robert ya estaban dentro y el lugar bullía de actividad. Cailin se le unió para esperar a Ashley.

—¿Por qué tardan tanto? —Preguntó Cormac. Cailin se rio.

—Ashley es casi siempre la última persona en bajar las escaleras, y ahora tiene una amiga que la ayuda a retrasarse aún más.

En ese preciso momento, los dos hombres miraron hacia arriba para ver a sus encantadoras damas dirigiéndose hacia ellos. Ashley fue la primera y saludó a Cailin con un profundo beso. Luego le cogió del brazo y entraron en el Gran Salón.

Jenna fue la siguiente, quitándole el aliento a Cormac.

- —Jenna, estás muy hermosa —fue todo lo que consiguió decir.
- —Gracias, Cormac —dijo mientras ponía su mano en la curva de su brazo—. ¿Vamos?

Hicieron su entrada y la habitación pareció detenerse mientras todos dejaban de hacer lo que estuvieran haciendo para mirarlos. O más precisamente, para mirar a Jenna. Todos tenían curiosidad por la recién llegada y eso ocasionó un incómodo momento de silencio, o dos.

Irene y Robert se apresuraron a su rescate.

- —Nos gustaría presentar a Lady Jenna —dijo Robert con un ademán ostentoso. Todos en la habitación se volvieron para mirarlos, se inclinaron y hicieron una reverencia mientras pasaban. Jenna parecía estar muy nerviosa, lo que era inusual hasta donde Cormac sabía. En su gala en San Francisco pareció tener el control. Sin embargo, entendió que esto era diferente. Ella no sabía realmente lo que se esperaba de ella aquí en su mundo. Él no se apartaría de su lado esta noche. Le susurró al oído:
 - —Estoy aquí, todo está bien.

Jenna se inclinó hacia él como para ayudarse, Cormac imaginó. Si le hubiera dicho eso en su propia época, ella se habría enfadado con él. Siempre le hizo saber que era perfectamente capaz de cuidarse a sí misma. Cormac sabía que eso era cierto, pero también sabía que su comportamiento distante era una artimaña. Era un espectáculo que Jenna creaba para mantener a la gente donde ella quería que estuvieran, lo suficientemente lejos para poder escapar en caso de ser necesario.



Jenna agarraba fuertemente el brazo de Cormac y no planeaba a soltarlo.

Llegaron a la mesa principal donde tomaron asiento de cara a los otros invitados. Bandejas de comida se abrieron paso desde la cocina a cada mesa y Jenna quedó impresionada con la selección. No estaba familiarizada con la

mayoría de la comida, pero no tenía problema en probar cosas nuevas. Habían comido muy bien desde su llegada a Breaghacraig, pero esta noche Irene había ido más allá para complacer a sus invitados. Jenna se forzó a sí misma a relajarse; después de todo, había asistido a muchas cenas en su propia época y a algunas en las que había sido la invitada de honor. Esto no era diferente a aquello; no dejó de repetírselo.

Cormac era muy atento y ella lo apreciaba. Él sabía que estaba fuera de su ambiente y le hizo saber que estaba allí para darle apoyo. Ashley estaba en su otro mundo en medio de una animada conversación con Cailin. Jenna amaba y admiraba mucho a su amiga. Había sido lo suficientemente valiente para hacerse un lugar en un país y época desconocidos. No solo eso, sino que lo estaba haciendo funcionar. Estaba casada, muy enamorada de su marido y ya se encontraba esperando a su primer bebé. Jenna sufrió un ataque de tristeza abrumadora, sabiendo que no podía tener lo mismo. Una vez que regresara a casa superaría a Cormac, al menos lo suficiente para seguir con su vida. Y sabía que tomaría tiempo.

¿A quién estaba engañando? Honestamente no creía que alguna vez superaría a Cormac. ¿Cómo podía hacerlo? Era lo mejor que le había pasado. Los ojos se le humedecieron y luchó por contener las lágrimas. Disimuladamente limpió cualquier rastro de ellas con su servilleta.

Del otro lado de la habitación vigilaba cuidadosamente a Jonathan y Sofía. Latharn parecía estar muy disgustado. Aparentemente no le gustaba que ella pasara la noche al lado de Jonathan, pero para su honra, no interfirió. En su lugar, fulminó a Jonathan con la mirada desde su lugar en la esquina. Cormac se encontraba riendo con Dougall, quien se había detenido frente a la mesa para hablar con él. Jenna no había estado prestando atención y no pudo pillar el chiste.

- —Lady Jenna, espero que esté disfrutando de su velada.
- —Muchísimo, Dougall. Parece que tú también te estás divirtiendo sonrió.

Dougall asintió.

—Deben disculparme, Helene debe estar esperando —se alejó entre la multitud de personas quienes, al terminar de comer, se arremolinaron en los bordes exteriores de la habitación. Los meseros aparecieron y comenzaron a limpiar las mesas y, en poco tiempo, Jenna entendió la razón. El Gran Salón se estaba transformando de un comedor a una pista de baile. Los músicos entraron y se instalaron en un espacio junto a la puerta. La música comenzó y solo tomó un par de segundos para que la pista se llenara de rostros felices

mientras las parejas comenzaban a dar vueltas y a bailar alrededor de la sala. Jenna se sorprendió al ver a casi todos en la pista de baile. Aquellos en los laterales sostenían tarros de cerveza y *whisky*.

- —¿Te gustaría bailar conmigo, amor? —Cormac se veía tan apuesto parado frente a ella que difícilmente podía negarse.
- —No estoy segura de saber qué hacer —miró preocupada alrededor de la habitación.
- —No te preocupes, amor, te mostraré, tanto como tú me mostraste qué hacer en tu gala en San Francisco.
- —Sí, pero aquel no fue un baile muy complicado. Esto parece mucho más complicado.
- —Solo sígueme. No puedes equivocarte, y si lo haces, nadie se dará cuenta ni le importará.

Jenna cogió su mano y lo siguió hasta la pista de baile. Miró a su alrededor y vio a Ashley discutiendo seriamente con Cailin. Ella obviamente quería bailar y él aparentemente estaba haciendo todo lo posible para impedírselo. Jenna se rio mientras los miraba. Sabía quién ganaría y ciertamente no iba a ser Cailin.

- —Cailin debería rendirse y dejar que Ashley baile —observó Jenna.
- —Lo hará. Lo estás haciendo muy bien, Jenna.
- —Gracias, aunque no estoy segura de que lo esté haciendo bien.

Se estaba divirtiendo, y se dio cuenta de que a nadie más que a ella le importaba cómo bailaba. Cormac la hizo girar alrededor de la pista de baile, con sus pies volando en el aire. No tuvo miedo de caer mientras Cormac la sostenía con fuertes brazos y una fuerte mano sobre su pequeña espalda, guiándola a la izquierda y a la derecha y a alrededor y a alrededor.

—Esto es muy divertido, Cormac. Gracias por esto —dijo con toda honestidad.

El baile continuó y Jenna cambió de pareja, bailando con Cailin y luego con Robert. Y por primera vez conoció al hermano de Robert, Ewan. Él y su esposa Lena estaban sentados al final de la mesa y ella no había tenido la oportunidad de hablar con ellos, hasta ahora.

- —Estoy muy feliz de conocerte, muchacha —dijo Ewan. Era muy guapo. Se parecía mucho a su hermano y al sonreír se le formaban los hoyuelos más dulces.
 - —Y yo a usted.
- —Estoy seguro de que Ashley te ha dicho que mi esposa, Lena, también es de tu época.

- —No. No me lo ha dicho. ¿En serio? —Se sorprendió al descubrir que alguien más del siglo veintiuno estaba viviendo aquí.
 - —Sí.
- —¿Ella también es de San Francisco? —Jenna tenía curiosidad por saber más.
 - —No. De Glendaloch. Su madre es Edna, la bruja —explicó Ewan.

Jenna no dijo nada por un momento. Necesitaba tiempo para procesar la información.

- —Imagino que Ashley olvidó decírtelo. Entenderás que es normal para nosotros —continuó Ewan.
- —Estaría muy interesada en hablar con Lena. No es normal para mí, así que tengo muchas preguntas.
- —Por supuesto, estoy seguro de que le encantaría conocerte —Ewan examinó la habitación—. Ahí está, bailando con Robert. Vamos a ellos condujo a Jenna a través de la concurrida pista de baile, nunca rompiendo el paso con la música, hasta que estuvieron justo al lado de Lena y Robert.

Lena le sonrió y pareció ser capaz de leer la expresión de Jenna.

- —Soy Lady Lena y vos debes ser Lady Jenna. Robert, si vos y Ewan nos disculpan, me gustaría tener la oportunidad de conocer a Jenna.
- —Por supuesto, mi amor —respondió, y él y Robert desaparecieron entre la multitud.
 - —Acabo de descubrir que eres la hija de Edna.
- —Por favor, no te enfades conmigo —bromeó Lena—. No tengo nada que ver con que estés aquí. Mi madre se cree un poco casamentera.
- —No te preocupes. No estoy enfadada contigo. Solo me preguntaba cómo llegaste aquí. ¿Tu madre te envió a conocer a Ewan?
- —No. Encontré el camino hasta aquí por mi cuenta. Fue el caso de una adolescente obstinada que ignoró las advertencias de su madre sobre alejarse del puente. Obviamente, no lo hice, pero no cambiaría nada aunque pudiera. He sido muy feliz aquí.

Jenna suspiró fuertemente.

—Supongo que soy la única viajera del tiempo que no ha querido quedarse.

Lena alzó una ceja.

- —¿No?
- —No. Planeo irme cuando mi tiempo aquí se acabe.
- —Siento oír eso. Cormac obviamente no ha sido capaz de convencerte de quedarte.

- —No lo ha hecho. Pero no por falta de intentarlo.
- —Bueno, sabes lo que es mejor para ti y no tiene sentido que te quedes si prefieres estar en otro lugar.

Lena fue la primera persona que no intentó convencerla sobre que pertenecía a Breaghacraig. Jenna se sorprendió por eso, pero estaba feliz de finalmente tener a alguien de su lado.

- —¿Cuánto tiempo te queda, Jenna?
- —Hoy es mi quinto día, así que supongo que tendré que irme mañana para poder volver al puente a tiempo para ir a casa. Tu madre es bastante precisa con su tiempo, ¿no? —Jenna sufrió un momento de preocupación.
- —Algunas de estas cosas de viaje en el tiempo son nuevas para ella. Cormac es la primera persona de aquí que ha enviado a otra época y lugar, pero estoy segura de que si lo hizo una vez, puede hacerlo de nuevo. Yo no me preocuparía si fuera vos. Además, ¿qué es lo peor que podría pasar?

Jenna no quería pensar en esa idea. Podría terminar en el lugar y época equivocado, completamente sola... sin Cormac, sin Ashley y sin Dylan. El pensar en ello la hizo sentirse un poco mareada.

- —Voy a buscar a Irene y ver si puedo conseguir algo de beber. ¿Te gustaría acompañarme?
 - —No. Me quedaré aquí. Gracias de todos modos.

Vio como Lena se fue en busca de Irene. Jenna examinó la habitación y no pudo ver a Cormac en ninguna parte. Cailin también había desaparecido. ¿Dónde podrían estar? Se preguntó. Se encontraba dirigiéndose a las puertas mientras pensaba en buscarlos afuera, cuando una mano la alcanzó y la agarró, llevándola a un pasillo exterior. Jenna casi gritó, pero se detuvo cuando se dio cuenta de quién era.

- —Lo siento, no quise asustarte, Jenna —dijo Sofía. Jenna buscó a Latharn, pero no lo vio por ninguna parte.
 - —¿Qué es lo que quieres? —Espetó.
 - —No te enfades conmigo, Jenna. Necesito tu ayuda.
 - —¿Ayuda? ¿Con qué?
- —Es Latharn. Le pasa algo. Creo que está enfermo. Busqué a Cormac, pero no pude encontrarlo. Por favor, estoy muy preocupada por él.

Jenna los buscó una vez más en el gran salón, pero ni Cormac ni Cailin estaban allí.

—Vale. Llévame.

Siguió a Sofía a regañadientes mientras buscaba a alguien más del castillo que pudiera ayudar. Dudó cuando notó que, sorprendentemente, ninguno de

los hombres que había visto antes estaban en sus puestos.

—Date prisa, por favor —suplicó Sofía, agarrándola del brazo y arrastrándola fuera al patio interior.

Al principio, Jenna no pudo ver. Estaba muy oscuro afuera y las pocas antorchas colocadas alrededor del patio daban muy poca luz.

- —¿Dónde está? —Preguntó mientras sus ojos se ajustaban lentamente.
- —Por aquí. En los establos —dijo Sofía, sonando frenética.
- —¿Está segura?

Algo andaba mal. Podía sentirlo, pero Sofía parecía tan angustiada. Tenía que ayudarla.

- —Sí, por favor apúrate, no hay mucho tiempo.
- —No lo entiendo. ¿Qué le pasó que te tiene tan preocupada? ¿Se ha hecho daño? —Jenna estaba tratando de encontrarle sentido a la situación, pero Sofía no la escuchaba. En vez de eso, prácticamente la arrastró a través de las puertas del establo.

Lo que vio inmediatamente la llenó de terror. Parado sobre el cuerpo inmóvil de Latharn estaba Jonathan con un arma en su mano.

- —Muy amable de tu parte por unirte a mí, Jenna.
- —¿Qué estás haciendo, Jonathan? —Jadeó.
- —Esperándote. Vamos a robar unos cuantos caballos y cabalgaremos de vuelta a ese puente para poder volver a casa, a San Francisco.
 - —Estás loco si crees que voy a ir a algún sitio contigo —gritó.
 - —Tú eres la loca, Jenna. Nos vamos y te vienes con nosotros —declaró.

Jenna miró a Sofía, quien ahora sollozaba incontrolablemente. Obviamente aquello no era su culpa.

- —No. No pienso irme.
- —De acuerdo, pero si no lo haces el pobre Latharn tendrá que morir. El siguiente en la lista después de él será tu hombre, Cormac.
- —Cormac no va a dejar que te vayas de aquí conmigo. Te detendrá y lo sabes —declaró Jenna.
- —Podría haberme detenido, pero Cormac, Cailin, cada guardia, y cualquiera que pensé que podría ser una amenaza, se llevaron una pequeña sorpresa en su cerveza de esta noche.
 - —¿Qué les hiciste? —Jenna estaba empezando a entrar en pánico.
- —Los drogué. Todos tendrán una buena noche de sueño y no sabrán que algo anda mal hasta mañana por la mañana cuando despierten.
- —Sir Richard le dio a Jonathan un frasco de alguna poción que dijo que haría dormir a todos —Sofía lloró—. Jonathan me hizo ponerlo en la cerveza.

Dijo que mataría a Latharn si no lo hacía.

- —Jonathan, eres aún más retorcido de lo que creí —Jenna miró a Latharn allí completamente noqueado. Obviamente no iba a ser de ninguna ayuda, y por lo que parecía, tampoco nadie más.
- —Retorcido. Sí, ese soy yo. Eres una mujer inteligente, Jenna. Toma tu caballo y vámonos de aquí. Tú también Sofía —ordenó.

Jenna sabía que no tenía ninguna posibilidad de escapar. Si lo intentaba, seguramente mataría a Latharn y luego, como dijo, a Cormac. Obedecería y esperaría que hubiera una oportunidad de escapar en algún momento de la noche.



Jonathan, Sofía y Jenna montaron sus caballos y se dirigieron a través de las puertas.

- —Tendremos que darnos prisa —dijo Jonathan mientras instaba a su caballo a galopar, golpeando a *Saidear* en los cuartos traseros. *Rosa* saltó hacia adelante a toda velocidad y Jenna casi cayó, pero *Rosa*, como era de esperar, disminuyó un poco la velocidad hasta que Jenna se encontró sólidamente sentada en una posición equilibrada. A partir de ese momento se alejaron y se adentraron en el bosque, cabalgando lo más intensamente posible, como si las hordas del infierno les estuvieran pisando los talones. Jenna se mantuvo alerta, esperando una oportunidad para escapar, pero Jonathan se aseguró de permanecer con ella en todo momento. Sofía no había dejado de llorar y Jonathan se estaba comenzando a irritar bastante con ella.
 - —Cállate, Sofía. Me estoy cansando de tu llanto.
 - —Déjala en paz, Jonathan —gritó Jenna—. ¡Está preocupada por Latharn!
- —Estará bien cuando se despierte, pero probablemente nunca perdonará a Sofía por drogarlo —dijo Jonathan riendo cruelmente.

Jenna se quedó en silencio ante eso. De todas formas, no estaba interesada en entablar una conversación con Jonathan. Rezaba para que Cormac la encontrara antes de que las llevara al puente, pero en el fondo no creía que eso fuera a suceder. Especialmente si solamente se despertarían hasta la mañana, como había dicho Jonathan.

Después de horas de cabalgata, Jonathan disminuyó la velocidad y se detuvo.

- —Creo que es seguro que descansemos aquí por un tiempo —desmontó y esperó a que ambas hicieran lo mismo—. Sin fuego. No queremos que nadie nos vea —ordenó.
 - —Nos congelaremos —se quejó furiosa Jenna.
 - —Qué pena —vociferó Jonathan.

Jenna no estaba sorprendida en lo más mínimo del Jonathan que estaba viendo. Sofía no se encontraría con los ojos de Jenna, así que mantuvo la mirada enfocada en cualquier lugar menos en ella. *Rosa* estaba cubierta de sudor y Jenna hizo lo mejor que pudo para limpiarla con una tela escocesa que encontró en su alforja.

- —*Rosa*, espero que estés lo suficientemente abrigada —le susurró al caballo—. Siento haberte arrastrado a esto.
 - —¿Con quién estás hablando, Jenna? —Exigió.
 - —Nadie. Solo me aseguro de que *Rosa* esté bien.
- —¿Qué te importa? No puedes llevártela contigo. Además, es solo un tonto animal —Jonathan pateó algunas hojas de pino hacia un lugar plano en la base de un árbol cercano, creando una cama para sí mismo—. Nunca entendí lo tuyo con los animales. Con Chester, por ejemplo. Ese perro debería estar encerrado en la perrera. Es el perro más malo que he visto. Pero tú y tu estúpido primo lo aman.
- —Chester es muy bueno para juzgar a las personas. No le agradaste. Es tan simple como eso.
 - —Sí, bueno, si dependiera de mí él se habría ido hace mucho tiempo.

Sofía se sentó en silencio con la espalda apoyada en un enorme tronco de árbol. La expresión de su cara lucía atormentada. Se encontró con los ojos de Jenna en una silenciosa muestra de apoyo. Jenna se le unió y se sentaron lo más cerca posible para evitar el frío de la noche. Jonathan se había envuelto en la tela escocesa que Jenna había usado para limpiar a *Rosa*, dejándolas a ambas congelarse. No pasó mucho tiempo antes de que se quedara dormido, ocasionando que escucharan sus suaves ronquidos mientras yacía en su cama de hojas de pino.

- —Sofía —susurró Jenna—. Tenemos que salir de aquí. Ahora es nuestra oportunidad mientras se encuentra dormido —parecía demasiado asustada para moverse y Jenna se sintió mal por ella—. Vamos Sofía, vámonos, a menos que prefieras quedarte aquí.
 - —Ya voy —dijo en voz baja.

Había buenas razones para que le temieran a Jonathan, y esta podría ser su única oportunidad de escapar. Jenna decidió que debían regresar a

Breaghacraig y esperar que Jonathan durmiera durante su partida y hasta altas horas de la noche. Eso les daría el tiempo que necesitaban para alejarse de él de manera segura. Sofía se llevó el dedo a los labios y las dos mujeres se levantaron y se acercaron a los caballos tan silenciosamente como les fue posible. Continuaron vigilando a Jonathan después de cada cierto número de metros para asegurarse que estuviera dormido. Una vez que llegaron a los caballos, Jenna le hizo un gesto a Sofía para que se llevara el caballo de Jonathan con ellas. Sofía asintió con la cabeza y alcanzó una de las riendas. Tenían a los tres caballos y comenzaban a alejarse cuando Jenna escuchó el inconfundible sonido de una pistola siendo cargada.

—¿Adónde creen que van, señoritas? —Jonathan estaba de pie y tenía el arma apuntando en su dirección—. No pensaron que sería tan tonto como para quedarme dormido junto a ustedes, ¿o sí?

Jenna y Sofía se acurrucaron juntas de manera clamorosa.

- —Jonathan, guarda el arma. No vas a usarla —Jenna trató de parecer fuerte y decidida a pesar de que en ese momento no lo era.
- —Entonces supongo que no me conoces muy bien. Haré lo que tenga que hacer para que vuelvas a San Francisco. Una vez que regresemos, estarás tan angustiada por nuestra ruptura que decidirás suicidarte.

Jenna lo miró con incredulidad.

- —¿De qué estás hablando? Nunca me suicidaría.
- —No. Probablemente no lo harías, pero yo sí. Verás, te contraté un seguro de vida cuando aún estábamos casados. La única manera de cobrarlo es si estás muerta. Pensé en matarte aquí en este infierno medieval, pero eso no funcionaría. Estarías desaparecida en nuestra época y yo tendría que esperar siete años para cobrar. Me temo que no puedo esperar tanto tiempo. Necesito el dinero ahora.
- —Jonathan, ¡piensa en lo que estás diciendo! ¡Puedo darte dinero! No tienes que matarme. Te daré todo el dinero que quieras, lo prometo —suplicó Jenna desesperadamente.
- —Lo siento, cariño. Ya tuviste la oportunidad de hacerlo, pero lo echaste a perder. Ahora vuelvan aquí. Dejen los caballos —ordenó Jonathan.

Jenna intercambió una mirada de «mejor-hacer-lo-que-él-dice» con Sofía. Dejaron caer las riendas y volvieron a sentarse bajo el refugio del árbol. Esta vez cuando Jonathan se recostó, se enfrentó a ellas y mantuvo el arma en su mano.

—Tengo el sueño ligero. No intenten nada —amenazó.

Capítulo 30



on la cabeza palpitándole, Cormac intentó ponerse de pie, pero sus piernas tenían mente propia e insistieron en que se quedara sentado.

—¿Qué pasó? —Gimió. A su izquierda, escuchó el sonido de otro

—Cormac.

gemido.

—Sí, hermano, estoy aquí. ¿Qué pasa aquí? Me cuesta recordar.

Cailin se sentó en el momento en que una frenética Ashley se dirigió a él.

- —Cailin, ¿estás bien?
- -No.
- —¿Qué ha pasado? Estaba tan cansada que decidí retirarme a dormir. Me desperté y me di cuenta de que no habías venido a la cama.
- —Ashley, ¿dónde está Jenna? —dijo Cormac con su cabeza golpeando contra su cráneo con la fuerza de mil tambores.
 - —No la he visto. Le perdí durante la noche y pensé que estaba contigo.
 - —Algo no está bien aquí —Cailin declaró lo obvio.
- —Voy a buscar a Jenna. Vosotros dos deberíais intentar levantaros. ¿Bebieron demasiado anoche? —Preguntó Ashley.
 - —No. No lo suficiente para tener este efecto —respondió Cailin.
- —Lo último que recuerdo era a Sofía llenando mi taza con cerveza Cormac se frotó la cabeza y entrecerró los ojos—. Cailin, ¿crees que nos dio un somnífero?
 - —Sí. Tal vez lo hizo, pero ¿por qué?
 - —Será mejor que veamos si podemos encontrar a Jenna.

Cormac tenía un mal presentimiento sobre todo esto. El pánico se apoderó de él mientras se forzaba a ponerse de pie desde el suelo. Sus piernas se balanceaban, pero luchó para mantener el equilibrio y ganó.

Ashley se agachó para ayudar a Cailin a levantarse.

—Cailin, tenemos que encontrarla. Vayamos con los guardias y veamos si han visto algo. ¿Dónde están Latharn, Donal y Fergus? Se suponía que estaban vigilando a Sofía y Jonathan.

Los tres comenzaron su búsqueda y no se sorprendieron al encontrar que Latharn, Donal y Fergus, junto con todos los guardias, se encontraban en el mismo estado que ellos. Peor aún, nadie había visto a Jenna, Jonathan o Sofía en horas.

- —Lo siento, Cailin. Te he decepcionado. Sofía me llenó la taza de cerveza y yo estúpidamente me la bebí —se disculpó Latharn.
 - —Al igual que Fergus y yo —añadió Donal.

Parecía que todos los guardias estaban contando la misma historia.

- —¿De dónde sacaría Sofía un somnífero? —Se preguntó Cormac en voz alta. Sintió un poco de náuseas por las secuelas de la bebida y un gran temor por la seguridad de Jenna. Todos los demás hombres parecían estar experimentando síntomas similares, tambaleándose peligrosamente sobre sus pies.
- —¡Señor, señor! —Uno de los chicos del establo llegó corriendo a ellos, respirando pesadamente—. ¡Señor, alguien ha robado tres de los caballos!
 - —¿Estás seguro? —Preguntó Cailin.
 - —Sí. Fui a darles de comer esta mañana y se habían ido.
 - —¿Qué caballos faltan? —Exigió Cormac.
 - —Rosa, señor, y los caballos de Donal y Fergus.

Donal y Fergus soltaron un insulto gutural.

- -Ensilla mi caballo, muchacho. Debo ir tras ellos -anunció Cormac.
- —Cormac, no te ves muy bien —titubeó Ashley—. Tal vez deberías tomarte unos minutos para descansar. Come algo. Todos ustedes deberían insistió.

Cormac sacudió la cabeza con impaciencia.

—No tenemos tiempo para eso. Deben estar yendo al puente. Tenemos que detenerlos. No podemos permitir que Jonathan se lleve a Jenna de vuelta a San Francisco.

Cormac se encontraba casi abrumado por la preocupación y las preguntas sin respuesta. ¿Jenna se fue con ellos voluntariamente? ¿Seguramente no? ¿O Jonathan la había secuestrado? ¿Cuánta ventaja tenían? Quedarse allí de pie no iba a localizarla. Necesitaba actuar ahora.

—Iré con vos —dijo Cailin.

- —Iremos todos —Latharn se ofreció y Donal y Fergus asintieron con la cabeza, aunque fue obvio que les dolió al hacerlo.
- —Vámonos entonces. Ashley, vuelve adentro y dile a Robert lo que ha pasado. Asegúrate de que los otros guardias sean atendidos.
 - —Está bien, pero todos tengan cuidado. Jonathan es un saco de patatas.
- —¿Un qué? —Preguntó Cailin mientras alzaba las cejas casi hasta la línea del pelo. Cormac intercambió una larga mirada con su hermano que confirmó que ambos lo atribuyeron a la jerga del siglo veintiuno.

Los caballos fueron sacados, todos montaron rápidamente y salieron al galope a través de las puertas en busca de Jonathan, Sofía y Jenna.



Jonathan se estiró y bostezó.

- —Feliz de que no hayan decidido volver a huir. Inteligente. Subamos a esos caballos y vayamos al puente.
 - —¿Sabes siquiera dónde está? —Interrogó Jenna bruscamente.
- —Sí. Resulta que tengo un perfecto sentido de la orientación. No está demasiado lejos —montó su caballo y les ordenó que hicieran lo mismo con un movimiento de pistola.
 - —Lo siento mucho, Jenna —dijo Sofía tristemente.
- —Lo sé. Creo que no te habrías involucrado a menos que Jonathan te amenazara.

Jenna no estaba interesada en culpar a Sofía por su situación. Se culpó a sí misma por ser tan estúpida como para involucrarse con Jonathan en primer lugar. Sacudió mentalmente la cabeza, advirtiéndose que culparse a sí misma no serviría de mucho en este momento. Podía recordarse a sí misma todas las señales de advertencia que ahora le eran claramente evidentes, pero ¿de qué serviría? Justo ahora estaba en problemas. Tenía que creer que Cormac vendría a buscarla. ¿Pero y si no lo hacía? ¿Entonces qué? La idea la aterrorizó. Podría tener que planear su propio escape. ¿Y dónde estaba Edna? Había estado todo el tiempo tratando de llevar a Jenna a Breaghacraig. ¿Por qué no *estaba* ayudando? Grrr...

- —Jenna, ¿estás bien? —Preguntó Sofía en voz baja.
- —Sí. Solo estoy pensando.
- Bueno, no pienses demasiado, nena. Podrías hacerte daño —vociferó
 Jonathan, y una risa de loco se le escapó de los labios.

- —Jonathan, ¿podemos parar un minuto? —suplicó Sofía.
- -No.
- —Tengo que orinar... por favor, Jonathan —suplicó Sofía.

Jenna no estaba segura de si era una estrategia para ganar más tiempo, pero estaba agradecida de que Sofía considerara retrasar sus movimientos.

—Bien. Hazlo rápido. Y tú —señaló a Jenna—. Quédate donde estás.

Sofía desapareció detrás de unos arbustos y, cuando no reapareció en un tiempo razonable, la frustración de Jonathan comenzó a aparecer.

—¡Sofía! Vuelve a subir tu culo a ese caballo. ¡Tenemos que irnos! Créeme, no me importaría dejarte aquí sola.

Jenna le creyó.

- —Sofía, vamos —sugirió ansiosamente.
- —Vale —llamó una voz de detrás de los arbustos—. Voy para allá.

El crujir de las hojas les hizo saber que estaba regrsando. Salió de los arbustos y se dirigió a su caballo.

—No imaginé que sabías montar, Jonathan —comentó Jenna.

Jonathan se encogió de hombros tranquilamente.

- —Es facilísimo. Vi a algunos de los chicos en el castillo y pensé que podría lograrlo.
 - —¿Y qué hay de ti, Sofía?
- —Mi familia tenía un rancho en el valle central con caballos, vacas y pollos. Aprendí a montar casi antes de poder caminar.
 - —Yo acabo de aprender. Cormac me enseñó.
- —Awww...¿no es eso dulce? El verdadero amor al fin. Siento mucho que no puedas disfrutarlo —dijo Jonathan en tono burlón, y luego soltó nuevamente esa risotada de loco, causándole un escalofrío a Jenna—. Oh, espera. No lo siento.
- —No creí que lo sintieras. Sabes, Jonathan, no importa cuánto dinero obtengas de esa póliza de seguro, nunca será suficiente si no dejas de apostar.
- —No necesito que me digas lo que debo hacer. Me durará lo suficiente y luego encontraré otra perra rica de la que aprovecharme —se burló Jonathan.

Después de horas de cabalgar y perderse, a pesar del supuesto excelente sentido de la orientación de Jonathan, se aproximaron al puente y a Jenna no se le ocurrió nada que pudiera hacer para frenarlos un poco más. Solo podía esperar que la niebla no apareciera.

- —¿Qué pasa si la niebla no aparece?
- —Esperaremos —declaró Jonathan.
- —Cormac está obligado a venir a buscarme —dijo Jenna.

—Bueno, puede buscar todo lo que quiera. Tengo el arma. El arma siempre le gana a la espada.

Jenna se estremeció al pensar sobre lo que sucedería si Cormac llegara a aparecer. De repente esperó que no lo hiciera. No quería verlo herido, o peor aún, muerto, tratando de salvarla. De repente se encontró rezando para que él se mantuviera alejado.

- —Sofía, ¿crees que Cormac y Latharn estarán bien?
- —Espero que sí. Jonathan me dio la poción para dormir y yo la vertí en la cerveza que les serví a los hombres. Se suponía que solo debía dejarlos inconscientes —explicó—. Ese Sir Richard… no sé qué le pasa, pero odia a los MacKenzie. Dijo que no quería involucrarse personalmente en la pelea de Jonathan, pero no le importaba ayudar desde lejos. Dijo que sabía que perderte mataría a Cormac, y parecía muy feliz con la idea —Sofía explicó todo lo que había sucedido entre Jonathan y Sir Richard después de haberse encontrado con él.
- —Cormac me dijo que Sir Richard tenía algo en contra de los MacKenzie. ¿Estás segura de que volvió a Inglaterra? —Preguntó Jenna en voz baja.
- —Dijo que sí. Cabalgó en la dirección opuesta después de mostrarnos el camino a Breaghacraig.
- —Jenna, ¿cuál es el secreto para que aparezca la niebla? —Exigió Jonathan inquieto.
 - —No lo sé. Aparece por sí sola —fue honesta.
- —¡No me mientas! Sé que lo sabes y será mejor que me lo digas amenazó.
 - —Edna hace que suceda. No estoy mintiendo. No sé nada más.
- —¿Quién es Edna y dónde está? —Jonathan empezaba a parecer histérico, como si pudiera perder la cabeza en cualquier momento.
 - —Es una bruja y no sé dónde está —Jenna esperaba que le creyera.
 - —¡Una bruja! ¡Ja! ¿Esperas que me crea eso? —escupió furioso.
- —Jonathan, viajaste en el tiempo. Creer en una bruja no parece tan descabellado, ¿verdad? —La paciencia de Jenna con Jonathan pendía de un hilo. Sabía que se encontraba en la cuerda floja y debía evitar provocarlo, o podría no tardar en morir.
- —Entendido —Jonathan comenzó a caminar de un lado a otro al pie del puente cuando de repente una luz brillante apareció del otro lado—. ¿Qué es eso? —Se alejó del puente.

La figura de una mujer de pelo azul apareció delante de ellos. Parecía un holograma, pero Jenna sabía que debía ser Edna. Jenna bajó del caballo y se

alejó lo más posible de Jonathan.

—Joven. Me temo que no estoy en condiciones de enviarlos de vuelta a casa.

Jonathan la miró con incredulidad.

—¿Qué quieres decir? Me trajiste aquí y ahora me vas a enviar de vuelta. Y me llevaré a Jenna.

Sofía de repente pareció asustada y empezó a temblar como una hoja. Jonathan no planeaba llevarse a Sofía con él, Jenna se dio cuenta. Su plan todo el tiempo había sido dejarla atrás.

—Parece que no lo entiendes. Tú te trajiste a ti mismo aquí. No tuve nada que ver con eso —explicó Edna cuidadosamente—. Te acercaste a la niebla buscando a Jenna y fuiste atrapado por ella y traído aquí. No puedo deshacer lo que no he hecho. Estoy segura de que lo entiendes.

Jonathan apuntó su arma a Sofía.

- —Si no me envías de vuelta voy a matarla.
- —No te precipites —dijo Edna con calma—. Necesitarás darme algo de tiempo para ver qué puedo hacer.
 - —Será mejor que te des prisa, no tengo todo el día aquí.
 - —Haré lo que pueda, pero por ahora baja el arma.

Jonathan se negó a hacer lo que le pidió, y en su lugar se quedó en silencio observando a Edna cerrar los ojos y echar la cabeza hacia atrás con los brazos volando hacia un lado. Estaba tan hipnotizado por el espectáculo que Edna estaba creando que no se dio cuenta cuando Sofía se acercó por detrás de él con la intención de robar su arma. Lucharon por ella y mientras lo hacían, la niebla comenzó a arremolinarse alrededor de Jenna. Jonathan vio lo que estaba sucediendo y tiró a Sofía al suelo, tratando de alcanzar a Jenna antes de que desapareciera. Sofía lo derribó al suelo con una pierna extendida, pero Jonathan rápidamente se puso de pie y se volvió contra ella con la pistola en mano.

—Ya lo has hecho, perra. No vas a detenerme otra vez.

Empezó a apretar el gatillo cuando Cormac y Cailin se precipitaron a través de los matorrales. Jonathan disparó el arma mientras simultáneamente giraba en su dirección. El disparo no impactó contra Sofía porque se lanzó a la tierra. Luego se las arregló para ponerse de pie, correr hacia él y tirarlo al suelo. Jonathan luchó con Sofía por el arma y, recuperando la posesión de la misma, apuntó hacia ella una vez más, pero antes de que tuviera la oportunidad de disparar, Latharn apareció de la nada y lo atravesó con su espada. El arma cayó de la mano de Jonathan mientras él caía al suelo con

sangre brotando de la herida a la que se le aferraba con las manos. Viendo que estaba obviamente herido de muerte y que ya no era una amenaza, todos los ojos se fijaron en la niebla mientras se arremolinaba. Cormac saltó de su caballo e intentó alcanzar a Jenna antes de que desapareciera, pero llegó demasiado tarde. Todo pareció suceder en una fracción de segundo. Jenna lo había dejado, desapareciendo frente a sus propios ojos. Miró fijamente a través del puente hacia el lugar donde había visto a Edna por última vez, pero ella también había desaparecido. Se hundió en el suelo desesperado por el cruel giro del destino que le había arrebatado su amor antes de que pudiera decir un último adiós.

Capítulo 31



enna aterrizó con un ruido sordo y, cuando la niebla se alejó, se dio cuenta de que estaba de vuelta en San Francisco. Esperaba encontrarse en la época correcta. Todo parecía estarlo, pero después de los eventos de las últimas semanas, no estaba segura. Lo último que recordaba antes de que la niebla la arrastrara era a Cormac observándola con una expresión de dolor. Todo había sucedido tan rápido que Jenna apenas podía creerlo. Tenía un día más para disfrutar con Cormac en Breaghacraig. Un día más. Estaba agradecida con Edna por salvarla de Jonathan, pero ¿por qué la había enviado de vuelta de manera anticipada? No se le dio la oportunidad de despedirse de Cormac. ¿Sabría él que ella no había querido dejarlo?

El entendimiento golpeó a Jenna como una tonelada de ladrillos. No había querido dejarlo. No cuando lo hizo, y no si Edna se hubiera esperado hasta el día siguiente. Ahora entendió el hecho de que se habría quedado y construido una vida allí con Cormac, Ashley y los MacKenzie. Pero en vez de eso, aquí estaba, de vuelta en San Francisco. Había arruinado la única cosa buena de su vida. ¿Podría arreglarse? Solo Edna podía ayudarla, pero no había garantía de que ella volviera a aparecer.

—¿Está bien, señorita? —Una anciana se había detenido y se encontraba mirando a Jenna.

Jenna asintió con la cabeza y se sacudió la ropa.

- —Sí. Estaré bien.
- —¿Se cayó? Estaba caminando por el muelle y no la vi, pero de repente allí estaba. Claro que mis ojos no son lo que solían ser.
- —Supongo que me caí. Gracias por su preocupación. Estaré bien —le ofreció una débil sonrisa.

La mujer se alejó, dejándola sola. Lágrimas comenzaron a caer mientras iniciaba a caminar hacia la casa que compartía con Dylan y Chester.

—¡Dylan! —Gritó cuando entró por la puerta principal—. ¡Dylan, estoy en casa! —El silencio la recibió. ¿Dónde podría estar? Lo último que quería era que le recordaran lo sola que se encontraba sin Cormac.

Entró en la cocina y vio un fregadero lleno de platos sucios.

- —Al menos sé que está en la ciudad —se dijo a sí misma. Fue a su habitación y se hundió tristemente en la cama—. No puedo hacer esto sin ti, Cormac —gritó. Cogió su móvil que estaba en la mesita de noche junto a la cama y sacó la foto que les había tomado a ambos. Mirándola, vio dos caras muy felices mirándola de vuelta. Después vio el pequeño video que tenía de Cormac. *No puedo creerlo. Soy tan idiota*.
 - —Edna, si puedes oírme. Quiero regresar. Por favor, déjame volver.

Nada. Esto era el final. Esta era su vida. Tendría que descifrarla. Si nadie iba a ayudarla tendría que hacerlo por su cuenta. Encontraría una manera de volver a él. Tenía que hacerlo.

Oyó la puerta principal abrirse y salió corriendo de su habitación para encontrar a Dylan y Chester mirándola con incredulidad. Corrió directo a los brazos de Dylan y él la abrazó, dejándola llorar hasta que no tuvo más lágrimas que derramar. Chester se encontraba inclinándose contra sus piernas, tratando de acercársele lo más posible. Siempre había odiado verla llorar.

- —Jenna, dime qué pasó. ¿Por qué has vuelto?
- —No sé realmente por qué he vuelto. Quiero decir, supongo que lo sé, pero no era lo que yo quería. Simplemente pasó.
- —Cuéntamelo todo —Dylan la condujo hacia la sala de estar donde se sentó a su lado en el sofá—. ¿Estás bien? ¿Puedes hablar de ello?
- —Sí. Todo es tan inconcebible. Pensé que me estabas gastando una broma, pero no lo estabas.
 - —Te lo dije.
- —Lo sé. Lo sé. Pero tienes que admitir que el viaje en el tiempo parece algo que solo existe en las historias ficticias y en las mentes de los frikis de la ciencia ficción. Pero ahora sé que es verdad. Yo misma experimenté el viaje en el tiempo.

Dylan se pasó los dedos por el pelo.

- —Estoy celoso. Desearía haber podido estar contigo.
- —Vi a Ashley, Dylan. ¡Está allí! ¡Está casada y va a tener un bebé! ¿Puedes creerlo? Cormac me dijo que estaba allí, pero no sabía que estaba

embarazada —Jenna sonrió con nostalgia—. Lo está y se encuentra muy feliz. Nunca la había visto así.

- —¿Qué hay de ti? ¿Eras feliz allí?
- —Sí. Lo era, pero no quería admitirlo. Solo quería volver a casa, pero ahora que estoy aquí me doy cuenta de que este ya no es mi hogar. Mi hogar es con Cormac. ¿Qué voy a hacer, Dylan? No quiero vivir sin él.
- —Jenna, no sé cómo ayudarte —respondió tristemente—. Tal vez podamos intentar encontrar a Edna. Es real, ¿no?

Jenna se sentó más erguida y una expresión de esperanza le atravesó el rostro.

- —Lo es. Es una persona del siglo veintiuno. Vive en Escocia —saltó del sofá—. Tenemos que encontrarla, Dylan. Me ayudarás, ¿verdad?
- —Sabes que lo haré, Jenna, quiero que seas feliz. Pero por ahora, creo que necesitas descansar y luego puedes contarme todo lo que pasó. Quiero saber cada detalle. ¿De acuerdo?
- —Bien. Estoy cansada. No dormí muy bien anoche y todo esto ha sido muy agotador.
- —Ve a acostarte y yo trataré de recordar si Cormac alguna vez me dijo algo que pueda ayudarnos a encontrar a Edna.

Jenna abrazó a su primo.

- —Te quiero, Dylan. Quiero que tú y Chester vengan conmigo.
- —Creo que nos gustaría mucho, pero por ahora ve a descansar y luego trataremos de encontrarla.



-i ${\cal E}$ dna! Edna, ¿dónde estás? —Llamó Cormac.

Había estado en su habitación tratando de contactar a Edna desde su regreso a Breaghacraig sin Jenna. No le respondía y no estaba seguro de si gritar su nombre en el vacío de su habitación iba a funcionar. Edna estaba en otro siglo, así que no podía ir a buscarla. Quizás Lady Lena podría ayudar. Pero llegaron a Breaghacraig para descubrir que ella y Ewan habían regresado a casa. Cormac se iría tan pronto como fuera posible para hablar con ella. Tenía que recuperar a Jenna, o al menos asegurarse de que había llegado a su época sana y salva. Al principio había estado enojado con Sofía, pero cuando le explicó que Jonathan la había obligado a ayudarlo, Cormac no pudo culparla. Jonathan había planeado matar a Jenna en San Francisco para

quitarle un poco más de dinero. Y Sofía había explicado que le hizo creer a Jenna que necesitaba su ayuda con Latharn, y Jenna se había ido con ella, solo para ser llevada contra su voluntad por Jonathan. Cormac esperaba que ella supiera cuánto la amaba. Esperaba que lo hubiera visto cuando llegó al puente con la intención de salvarla de Jonathan.

Firmemente decidido, Cormac fue hasta los establos y ensilló a *Saidear*. Estaba decidido a encontrar a Edna y convencerla de que al menos le permitiera ver a Jenna una última vez.

- —Voy contigo, hermano —Cailin apareció en la puerta de los establos.
- —No, Cailin. Yo no sería una buena compañía. Voy a ver a Lena. Espero que pueda ayudarme a encontrar a su madre. Debo hablar con Jenna una vez más. Necesito decirle que la amo.

Cailin estrujó el hombro de su hermano.

- —Cormac, estoy seguro de que ya lo sabe.
- —Sí, pero debo intentar encontrarla.

Cormac sabía que se estaba comportando de manera irracional, lo cual era muy inusual para él. Normalmente era tan tranquilo y razonable. Su amor por Jenna lo estaba volviendo loco. No había dormido ni comido desde que volvieron del puente. Y con cada hora que transcurría se ponía más y más nervioso.

—Cormac, por favor déjame ir contigo. Disfrutaría mucho ver a Lena y a Ewan. No me importa si solo me hablas una vez durante el viaje —Cailin fue a buscar a *Cadeyrn*—. No sé por qué te lo pido. No necesito tu permiso. Si deseo visitar a Lena y a Ewan lo haré.

Cormac se relajó un poco y se rio de la determinación de su hermano por acompañarlo.

- —Bien. Puedes venir conmigo, pero ya te he dicho que no soy una buena compañía.
 - —Estaré listo en un abrir y cerrar de ojos —dijo Cailin.
 - —¿No necesitas decirle a tu esposa a dónde vas?
 - —No. Ya lo sabe. No desea verte viajar solo.

Cormac se dio cuenta de que era un hombre afortunado; tenía una familia maravillosa. Siempre estaban ahí para él y podía contar con ello. Ahora, necesitaba encontrar una manera de recuperar a Jenna. Una vez fuera de los establos, Cormac y Cailin montaron sus caballos para comenzar la travesía. Fueron recibidos por Ashley e Irene y comida, la cual empacaron en las alforjas.

—Cormac, buena suerte —dijo Ashley con cariño.

- —Tráela de vuelta contigo —añadió Irene.
- —Ese es mi plan, hermana. Os veré pronto —Cormac espoleó a *Saidear* hacia adelante y Cailin lo siguió, alcanzándolo justo fuera de las puertas.



- Dylan, tenemos que ser capaces de encontrar algo que nos lleve a Edna.

Jenna había estado buscando exhaustivamente en Internet cualquier cosa que pudiera ayudarles a localizar a la mujer.

—No es la única Edna en Escocia, Jenna. No es tan fácil. Necesitamos un poco más para continuar. Un apellido… *cualquier cosa*.

Jenna rebuscó entre las telarañas de su cerebro. Tenía que haber algo que estuviera pasando por alto. Tenía la molesta sensación de que la clave para encontrar a Edna estaba justo debajo de sus narices. ¿Qué podría ser?

Y entonces de repente llegó a ella.

- —Ashley...; Ashley conoció a Edna en Escocia! Recuerdo que me dijo que si necesitaba contactarla debería buscar a Edna. Me dio el nombre de la posada de Edna. ¿Dónde está? —Comenzó a buscar frenéticamente en la cocina, hurgando entre los cajones y armarios—. Es en momentos como este cuando desearía no ser una maniática del orden. Probablemente lo tiré durante uno de mis frenesíes de limpieza —se lamentó.
- —No te rindas tan pronto. Solo tenemos que buscar en cada habitación. ¿Recuerdas dónde estabas, cuando hablaste con Ashley?
- —No. Debería ser capaz de recordar. Me llamó y me dijo que había estado alojándose en una pequeña posada. ¿Cómo se llamaba? Agh... ¡No puedo recordar!
- —Solo relájate, ya te acordarás. Te estás esforzando demasiado. Vamos a comer algo y a relajarnos un poco. Tal vez si lo sacas de tu mente por un tiempo…
 - —Bien. Vamos a buscar algo de comida —coincidió.

Dylan tenía razón. Durante las últimas horas había estado totalmente consumida por encontrar a Edna. Un poco de comida y algo de vino podría ser justo lo que necesitaba. Agarró su bolso, se dirigió a la puerta y Dylan tuvo que correr para alcanzarla.

Subieron la colina hacia un pequeño restaurante italiano que era uno de los favoritos de Jenna del barrio. Todos en Massimo's Cucina la conocían y ella siempre se sintió como un miembro de la familia recibido de buena

manera. El mismo Massimo los recibió en la puerta y les mostró una mesa en un rincón donde podían cenar sin interrupción.

- —¿Vino? —Preguntó Massimo.
- —El que tú recomiendes —respondió Dylan. Vio a Massimo desaparecer hacia la barra para luego inclinarse y hablar—. Entonces, Jenna, si encuentras el nombre de la posada, ¿qué vas a hacer? ¿Vas a llamarlos?
- —En realidad creo que tomaré un vuelo hasta allí. Me gustaría conocer a esta Edna en persona.
 - —Voy contigo —declaró Dylan con determinación.
- —No seas tonto, Dylan. No tienes que venir conmigo, puedo hacer esto por mi cuenta —respondió y luego se dio cuenta de que nuevamente lo estaba haciendo: dando la impresión de que no necesitaba a nadie más. Y por un tiempo eso había sido cierto, pero había tomado la decisión de no continuar viviendo así. Si querían ayudarla, iba a aprender a dejarlos—. Lo siento, Dylan. Me encantaría que vinieras conmigo, pero ¿y Chester? ¿Quién cuidará de él?
- —Lo llevaremos con nosotros —anunció. Parecía aliviado de que Jenna hubiera cambiado de opinión.

Massimo regresó con dos copas y una botella de su mejor Pinot Noir.

- —Perfecto —dijo Jenna, sonriendo. Estaba empezando a sentirse un poco más esperanzada. Ahora, si tan solo pudiera recordar lo que había hecho con la información que Ashley le había dado.
- —Dos especiales —le indicó Dylan a Massimo, quien asintió con la cabeza y fue a dejar su pedido.
 - —Dylan —de repente sonó muy emocionada—. ¡Creo que sé dónde está! Dylan esperó a que continuara, y cuando no lo hizo, la ayudó.
 - —¿Dónde? ¿En la casa?
- —¡Sí! Lo puse en mi diario. Recuerdo que estaba escribiendo en mi diario cuando Ashley llamó, y anoté la información en la primera página en blanco a la que llegué. Está en la mesita de noche junto a mi cama. No creo que haya escrito nada más en él desde esa llamada telefónica —Jenna bebió un elogioso sorbo del vino—. Mmm… es realmente bueno. Massimo tiene la mejor selección de vinos.

Ahora se encontraba relajada, lo suficiente para disfrutar del vino y la cena. Todo iba a funcionar. Tenía que.



 ${\mathcal E}$ wan cabalgó para encontrarse con ellos antes de que llegaran.

- —Cailin, Cormac... ¿a qué debemos este honor? —Preguntó mientras detenía su caballo.
 - —Necesito hablar con Lena —dijo Cormac—. Sobre Jenna.
 - —¿No la encontrasteis? —Ewan parecía preocupado.
- —La encontramos, pero fue demasiado tarde. Edna ya había enviado a la niebla para que la llevara de vuelta a casa. Cuando llegamos no hubo nada que pudiéramos hacer, excepto mirar como desaparecía frente a nuestros ojos.
- —Siento mucho oírlo. ¿Deseas que Lena contacte con su madre? —Ewan giró su caballo y los tres atravesaron las puertas para entrar al patio interior.
- —Sí. Debo hablar con Edna. No me responde, así que pensé que tal vez Lena podría ayudar —explicó Cormac.
- —No estoy seguro de que pueda. No ha tenido mucho éxito en contactar con Edna. Generalmente Edna se acerca a ella en sus sueños. Pero ya veremos. Tal vez pueda intentarlo —dijo Ewan de manera dudosa.

Desmontando, los tres entregaron sus caballos a los muchachos del establo y se dirigieron al interior. Lena los estaba esperando cuando entraron por las grandes puertas de madera. Ese era el hogar en el que Cormac y Cailin habían crecido, y ahora era el hogar de Lena, Ewan y sus hijos Ranald y Rowan. Los dos torbellinos pelirrojos pasaron volando mientras Lena saludaba a sus invitados.

- —Cormac, Cailin... me alegro de veros. ¿Todo bien en Breaghacraig? Preguntó Lena con preocupación visible en su cara.
 - —Sí. Todo está bien —le aseguró Cailin—. Cormac necesita tu ayuda.
- —¿Es cierto, Cormac? ¿Para qué podrías necesitar mi ayuda? —Preguntó Lena, volviéndose hacia él.

Cormac explicó cómo Edna había enviado a Jenna de vuelta a San Francisco un día antes de lo acordado, pero estaba seguro de que lo había hecho para salvarla de Jonathan, quien planeaba matarla. Explicó que Sofía le había contado toda la historia durante el viaje de regreso a Breaghacraig. Se había disculpado repetidamente, pero Cormac no pudo encontrar en su corazón la forma de culparla. Ella había sido amenazada por Jonathan y también había tratado de ayudar a Jenna a escapar. Cormac le abrió su corazón a Lena, quien escuchó con simpatía en sus ojos.

—Cormac, lo siento mucho. No sé si seré de mucha ayuda. Mi madre siempre me contacta. No he tenido mucha experiencia en tratar de contactarla. Sin embargo, haré lo mejor que pueda.

- —¿Lo intentarás? —Cormac se sintió aliviado.
- —Sí, pero no te hagas ilusiones. Puede que no funcione —dijo Lena con cautela.
- —Cailin, quizá te gustaría venir conmigo y ver lo que hemos hecho con el lugar al que alguna vez llamaste hogar —sugirió Ewan.
 - —Sí. Me gustaría —respondió.

Cormac y Lena se sentaron en el Gran Salón y conversaron durante mucho tiempo. Lena tenía muchas preguntas y quería saber cada uno de los detalles para poder hablar con su madre y decirle lo que Cormac deseaba lograr. Cailin y Ewan regresaron y se sentaron a la mesa para disfrutar de la cena. Cuando terminaron, Lena explicó que se iba a retirar a su habitación.

- —Intentaré contactar con mi madre. No me esperen despiertos. Puede que me lleve algo de tiempo, si es que tengo éxito. Os veré a todos por la mañana.
 - —Buenas noches, entonces —dijo Cormac—. Y gracias.

Lena besó a su marido y puso una mano suave en el hombro de Cormac, dándole un apretón tranquilizador.

—Tendrás tu respuesta por la mañana, si es que hay una.

Dejó a los hombres sentados alrededor del fuego sorbiendo *whisky* y mirando de forma deprimente las llamas.

Capítulo 32



n la mente de Jenna, el viaje en avión a Escocia duró una eternidad. Durmió durante buena parte del vuelo y soñó que Cormac la buscaba frenéticamente por el sendero boscoso que finalmente lo llevaría al puente. Podía verlo montando a *Saidear* y llamándola por su nombre repetidamente.

—Estoy aquí, Cormac —gritaba, pero él no podía oírla—. Estoy en camino. Pronto estaré contigo.

Se despertó sintiéndose culpable por haberle causado a Cormac un dolor tan tremendo. Pero lo que estaba hecho, estaba hecho. No podía cambiarlo. Lo único que podía hacer era tratar de volver a él tan pronto como pudiera. Ahí es donde Edna necesitaría hacer su magia. No había duda en la mente de Jenna de que Edna la ayudaría. Tenía que hacerlo, no había otras opciones.

Dylan alquiló un coche y con Chester felizmente instalado en el asiento trasero, viajaron de Edimburgo a Glendaloch. El primer pensamiento de Jenna al ver la pequeña ciudad fue que era encantadora. Condujeron por la calle principal y casi inmediatamente llegaron a la posada El Cardo y La Colmena. No podía esperar a salir del coche y entrar.

- —Adelante, Jenna. Yo cogeré las maletas y a Chester —dijo Dylan amablemente.
- —Está bien —Jenna ya estaba abriendo la puerta principal de la posada. Registró el vestíbulo, esperando ver a Edna. En cambio, vio a una atractiva joven de pie detrás del mostrador de recepción.
 - —¿Se registrará, señorita?
 - —Sí. Quiero decir, no. No lo sé —admitió tristemente.
- —Lo haremos —Dylan entró por la puerta con sus bolsas y Chester—. ¿Tienen dos habitaciones?

- —Sí. Me llamo Maggie —dijo la joven sin quitar la mirada de Dylan.
- —Encantado de conocerte. Soy Dylan Sinclair y esta es mi prima, Jenna. Y este es Chester. Espero que permitan perros.

Jenna lo vio poner su encanto para aquella encantadora pelirroja de ojos verdes.

Maggie había salido de detrás del escritorio y se encontraba acariciando a Chester.

- —Por supuesto. Parece muy bien portado. A mi tía no le importará.
- —¿Quién es tu tía? —Preguntó Jenna con entusiasmo.
- —Mi tía y mi tío son dueños del Cardo y la Colmena. Son Edna y Angus Campbell. Ahora, si no les importa llenar los formularios de inscripción, tendré sus habitación en poco tiempo —sonrió, enfocando una vez más toda su atención en Dylan—. ¿Cuánto tiempo se quedará con nosotros?
- —Bueno, eso depende de tu tía —dijo Dylan—. Necesitamos hablar con ella urgentemente.
- —Ya veo. No está aquí ni tampoco mi tío. Se han ido a Edimburgo para el fin de semana. Volverán pasado mañana.
- —¿Puedes llamarla? —Preguntó Jenna con ansiedad—. Es extremadamente importante que hable con ella.
- —Mi tía no carga un móvil con ella, pero puede que más tarde se ponga en contacto conmigo. Le diré que desean hablar con ella. Últimamente ha pasado por un momento difícil y el tío Angus pensó que le vendría bien un descanso.

—Gracias.

Jenna se sintió desanimada. Esperaba encontrarse a Edna y luego volver de inmediato con Cormac. Ahora sabía que iba a tener que esperar.

Dylan terminó el papeleo y Maggie les dio las llaves de sus habitaciones.

—Están en lo alto de las escaleras. Háganme saber si necesitan algo. La cena se servirá en el comedor en breve, si les apetece.

Jenna se dio cuenta de que Maggie nuevamente se estaba dirigiendo a Dylan, como si fuera el único en la habitación.

- —Gracias. Estoy seguro de que bajaremos una vez que nos instalemos. Necesitaré llevar a Chester a dar un pequeño paseo. ¿Hay una tienda de mascotas aquí en Glendaloch?
- —Sí. Justo en la calle —dijo Maggie—. Estaré encantada de mostrarte dónde cuando estés listo.
 - —Me gustaría eso —respondió Dylan cálidamente.

Jenna se mantuvo al margen y observó el intercambio que se estaba llevando a cabo y pensó que Dylan parecía muy interesado en esta chica. Cogió una de las llaves que él sostenía y cansada subió las escaleras hacia su habitación.



Una vez que se instaló, golpeó la puerta de Dylan para ver si estaba listo para la cena. No hubo respuesta. *Debió haber llevado a Chester a dar un paseo*, pensó, mientras bajaba las escaleras. Maggie no parecía estar en ninguna parte del vestíbulo, y Jenna estaba a punto de pasar al comedor cuando la puerta de la posada se abrió y unos risueños Dylan y Maggie entraron.

- —Hola, Jenna. Maggie me acompañó a la tienda de mascotas. Compré algo de comida para Chester —Dylan sacó la bolsa de comida para perros como prueba.
- —Me preguntaba dónde estaban. Iba a entrar a buscar algo de comer. ¿Tienes hambre? —Le preguntó a Dylan.
- —Sí. Llevaré a Chester arriba y luego bajaré. ¿Te gustaría acompañarnos, Maggie? —A los ojos de Jenna, Dylan parecía muy esperanzado en que dijera que sí.
- —Me gustaría —respondió Maggie—. Jenna, si me sigues, te sentaremos y te serviremos un poco de vino.
- —El vino sería asombroso —aceptó mientras la seguía al comedor, llevándola a una acogedora cabina cerca de la ventana.
 - —Vuelvo enseguida —dijo Maggie, dirigiéndose hacia el bar.

La vista de Jenna era de la pintoresca calle principal a través de la ventana. Las luces de la calle brillaban y se reflejaban en la húmeda acera. Había empezado a lloviznar desde su llegada, y las pocas personas que vio llevaban bufandas y paraguas. El comedor estaba parcialmente lleno de huéspedes. Había mesas vacías y solo un ligero murmullo de voces, dándole a la habitación una atmósfera casi de iglesia. Maggie caminó hacia Jenna y se detuvo para intercambiar palabras con algunos de los comensales.

- —Gracias —dijo Jenna, aceptando la copa de vino que le había llevado—. ¿Hace mucho que trabajas aquí?
- —En realidad no. Antes trabajaba en la tienda de té de mi familia en el pueblo vecino, pero la tía me necesitaba aquí. Verás, con todas sus

responsabilidades no tiene mucho tiempo libre. Así que me preguntó si vendría a trabajar aquí, enseñándome lo que necesitaba saber para sustituirla.

Jenna no estaba segura de si debía preguntarle a Maggie sobre que Edna era una bruja. Tal vez ella no lo sabía. Decidió guardarse esa información para ella misma. La cara de Maggie se iluminó y Jenna vio a Dylan entrando al comedor. Levantó su mano y las saludó, dirigiéndose a ellas.

- —¿Quieres un poco de vino? —Preguntó Maggie.
- —Me encantaría. Este es un pequeño y gran lugar. Tan diferente a los lugares en San Francisco. ¿No es así, Jenna?
 - —Muy diferente —coincidió.

Maggie fue a buscar dos copas más, una para ella y otra para Dylan, junto con una botella de vino.

- —Decidí traer la botella entera —guiñó un ojo y sonrió.
- —Bien pensado —dijo Dylan, con un guiño propio.

¿Qué diablos está sucediendo aquí? Jenna casi se rio en voz alta. No recordaba haber visto a Dylan guiñarle el ojo a alguien.

- —Iré a ver qué está preparando el chef en la cocina y traeré sus mejores platillos, si no les importa.
- —Para nada —dijo Jenna antes de que Dylan pudiera volver a guiñarle el ojo. Se encontraba sentado paralizado por la joven. Jenna tuvo que agitar su mano frente a su cara para llamar su atención.
 - —Hola... ¿hay alguien en casa? —Se burló.
- —Lo siento, ¿dijiste algo? —Se las arregló para concentrarse en Jenna por primera vez desde que se había sentado.
 - —No. Solo me preguntaba a dónde habías ido.

Dylan se rio.

- —¿No es adorable?
- —Sí. Parece ser una chica encantadora —coincidió Jenna.
- —Debes estar decepcionada de que Edna no esté aquí —señaló Dylan.

Jenna se encogió de hombros.

—No hay mucho que pueda hacer al respecto. Al menos sé que va a volver. Así que tendré que esperar.

Maggie volvió con una bandeja de comida que colocó en la mesa.

—Pensé que podíamos compartir entre todos, y si hay algo que particularmente les guste, conseguiré más.

Había carne asada con salsa y verduras, un plato de pasta, y pollo con limón y alcaparras.

—Todo luce delicioso —admitió Jenna mientras se servía.

- —Maggie. Háblame de tu tía Edna —comentó Dylan.
- —No hay mucho que contar. Desde siempre ha sido un elemento fijo en este pueblo. Nació aquí y hace un par de años abrió la posada con su marido.
 - —Es una bruja, ¿cierto? —Dijo Dylan entre bocados.
- —¡Dylan! —Jenna miró arrepentida Maggie, quien no parecía molesta por su pregunta.
 - —Sí —aceptó ella con calma.
- —¿Sabes algo sobre esta cosa de viajar en el tiempo que ella hace? Dylan continuó y Jenna lo pateó debajo de la mesa—. ¡Ay! Jenna, ¿qué estás haciendo?
- —Lo siento muchísimo, Maggie. Tendrás que perdonar a Dylan por ser tan directo.

Maggie sacudió la cabeza.

- —No hay problema. Solo tengo curiosidad por saber cómo se enteraron.
- —Ella envió a Jenna de vuelta al siglo dieciséis con mi amigo Cormac. A Jenna le gustaría volver.

Maggie sonrió arrepentida.

- —La tía Edna me ha enseñado muchas cosas, pero aún no hemos llegado tan lejos. Tendrás que esperar a que vuelva. Estoy segura de que te ayudará.
- —Entonces... ¿tú también eres una bruja? —Dijo Jenna, preguntándose cómo era posible que hubiera pasado toda su vida sin conocer a una... y ahora conocía a dos.

Maggie simplemente asintió con la cabeza y bebió su vino.

- —Es una cosa de familia.
- —¡Wow! —Exclamó Dylan.

Maggie se rio y le dedicó a Dylan una dulce mirada.

La calidad de la comida estaba a la altura de cualquier restaurante de cinco estrellas en el que Jenna hubiera cenado, y como consecuencia, se las arreglaron para comer todo lo que Maggie había llevado además de terminarse otra botella de vino. Jenna se retiró temprano a su habitación, dejando solo a Dylan para que conociera mejor a Maggie mientras compartían el postre. Esperaba que Dylan se comportara y no hiciera su habitual cosa de *amar y dejar*. De alguna manera, Jenna no creyó que fuera capaz de hacerlo. Se había comportado de forma muy diferente con Maggie. Tal vez su primo finalmente estaba madurando. Jenna se sentó frente al fuego en su habitación y pensó con nostalgia en Cormac.

—Te veré pronto —dijo, y esperaba tener razón.





Jenna se despertó sintiéndose más agotada que cuando se fue a dormir, gracias a sus sueños, que eran un revoltijo de Cormac, Edna, niebla arremolinada y frustración. Esta última como consecuencia de su incapacidad de ser vista u oída por alguien en sus sueños. Podía ver y oír a los demás con claridad, pero no importaba cuánto lo intentara o lo alto que hablara, nadie miraba hacia ella. Cormac se encontraba en un castillo diferente, no en Breaghacraig. Cailin estaba con él y ellos con Lena y Ewan. Tenía que ser su casa la que ella se encontraba viendo. Cormac parecía tan frustrado como Jenna se sentía. Por encima de todo estaba Edna, agitando frenéticamente sus brazos a Lena, quien tampoco parecía percatarse de ella. Jenna se preguntó qué era lo que significaba todo esto cuando oyó que llamaban a su puerta. Pensando que debía ser Dylan, se puso su bata y se acercó a ella. La abrió y se encontró con una mujer de pelo azul y brillantes ojos verdes mirándola furiosa.

- —¿Edna? —Cuestionó con desconfianza—. Pensé que no volverías hasta mañana.
- —No tuve elección en el asunto. Mi hija, Cormac y Maggie me han estado aporreando con mensajes desde ayer. Así que acorté mi fin de semana para saber exactamente qué estaba pasando aquí.

Jenna mordió su labio ansiosamente.

- —Lo siento. Mi intención nunca fue que volvieras antes de tiempo. Estaba dispuesta a esperar hasta mañana.
- —¿En serio, querida? —Preguntó con una pizca de incredulidad en su voz. Sin esperar una respuesta, continuó—: ¿Qué estás haciendo aquí? ¡Te envié a casa porque eso era lo que querías!
- —Pensé que lo era, pero cuando vi a Cormac llegar al puente supe que quería quedarme con él. Siento haberte causado tantos problemas. Me di cuenta un poco tarde de que estaba siendo una tonta.
 - —Sí. Sé que lo fuiste —respondió Edna sarcásticamente.

Jenna se desconcertó por el comportamiento severo de Edna.

- —¿Te gustaría entrar? —Jenna abrió más la puerta y Edna entró en la habitación. Inmediatamente fue a la chimenea y, chasqueando sus dedos, inició un fuego ardiente.
 - —Así está mejor. Odio una habitación fría —explicó.
- —Gracias. Tenía un poco de frío —interrogó a Edna por un minuto, no encontrándose segura de que su petición de volver con Cormac fuera aceptada

por esta mujer. No sabía qué hacer excepto pedirlo, pero Edna se le adelantó.

- —Supongo que estás aquí porque quieres volver. Supongo que aprendiste la lección. Solo espero poder comunicarme con Lena o Cormac para hacerlo ir al puente. No puedes volver a menos que haya alguien esperando.
 - —Sí. Eso me han dicho.
- —Y también sé que tienes otra petición. Te gustaría que tú primo y perro te acompañen.

Jenna levantó una ceja, sorprendida.

- —Sí. ¿Cómo lo supiste?
- —Lo conocí abajo, estaba desayunando con Maggie y me lo explicó todo.
- —¿Es posible?
- —Sí. Eso creo.
- —¿Y qué hago? ¿Cómo hacemos que suceda?
- —Paciencia, querida. Acabo de regresar. Permíteme unos momentos para ordenar mis pensamientos. Debo tratar de llegar a Lena, lo que puede llevar algo de tiempo. No ha estado practicando sus habilidades como le pedí, y puede que la única forma de llegar a ella sea cuando se encuentre dormida.
- —¿A través de sus sueños? Pero pensé que dijiste que sabías que ella estaba tratando de contactarte.
- —Sí. Exactamente, pero comunicarse de aquí para allá ha sido un desafío para ella.
 - —Pero pudiste contactar a Cormac antes, ¿no es así?

Edna asintió y dejó escapar un suspiro exasperado.

- —Sí, pero la magia es una cosa difícil y mi querida hija no ha sido siempre lo suficientemente abierta para comunicarse.
 - —Traté de contactarte desde San Francisco, pero no me escuchaste.
- —Te escuché, Jenna, pero quería que te dieras cuenta de que esto no es un juego al que planeo jugar. Realmente sé que tú y Cormac están hechos el uno para el otro y yo quería que lo supieras también. Así que tuviste que trabajar duro para encontrarme, pero al final valdrá la pena si todo sale bien. Te dejo por ahora. ¿Por qué no te vistes y bajas a comer algo? Puedes explorar Glendaloch mientras veo lo que puedo hacer para contactar con Lena o Cormac.



Cormac estaba sentado en el Gran Salón cuando Lena apareció.

- —He estado tratando y tratando de contactarla, Cormac, pero parece que no me escucha. Ya han pasado varios días.
- —Tal vez te escucha, pero no quiere hablar con vos —sugirió Cormac, lamentándose de inmediato de sus palabras—. Lo siento, Lena. Es que estoy preocupado de no volver a ver a mi Jenna. Estoy seguro de que tu madre desea hablar vos, pero tal vez algo lo está impidiendo.
- —Ese algo podría ser yo. No he hecho lo que me pidió. Si lo hubiera hecho, todo esto sería más fácil —se lamentó Lena.
- —No te preocupes. Si no os importa tenernos aquí, Cailin y yo nos quedaremos un poco más. Al menos hasta que nos digas que ya no queda esperanza.
- —Muy bien. Me siento como si estuviera al borde y luego el sentimiento me abandona. Quizás cuando duerma esta noche ella me llame.

Cormac la honró con una sonrisa alentadora, pero no la sintió en su corazón. ¿Qué podría hacer? Cailin y Ewan se habían ido de nuevo, dejándole solo para beber su *whisky* junto al fuego. Era una noche muy tranquila. En su mente, podía oír el sonido de la voz de Jenna hablándole suavemente:

—Te veré pronto.

Jenna... Jenna... La alcanzó desde su mente. Ella estaba en algún lugar cercano, él podía sentirlo. Se levantó y comenzó a caminar de un lado a otro. Tal vez la deseaba tanto que estaba empezando a imaginar cosas. Eso debía ser. Nuevamente tomó asiento y esta vez escuchó la voz de Edna. Pero no tan lejana como la de Jenna, pero sí como si estuviera en la misma habitación que él. Relajó su respiración y cerró los ojos, dándole mentalmente la bienvenida a Edna para que le hablara.

- —¿Cormac? ¿Puedes oírme, muchacho?
- —¿Edna? ¿Eres realmente tú?

Estaba asombrado, había estado tan cerca de perder la esperanza, y sin embargo, allí estaba Edna nuevamente hablándole.

- —Sí. Por supuesto que soy yo. Como te he dicho antes, ¿a quién más conoces que pueda hablarte en tu cabeza?
 - —Edna, estoy tan feliz de escuchar tu voz. Debo hablar contigo.
 - —Sé que debes. Por eso estoy aquí.
- —Edna, debes ayudarme a encontrar a Jenna. Se fue sin despedirse. Solo quiero verla una vez más. Sé que no quiere quedarse aquí, pero debo decirle algunas cosas.
- —Y lo harás. Reúnete conmigo en el puente tan pronto como puedas. No lo cruces. Permanece en tu lado, ¿entendido?

- —Sí. Sí, lo haré, Edna. ¡Gracias, muchas gracias! —Apenas pudo contenerse. Iba a ver a Jenna de nuevo. Su corazón no había sentido esta luz en días.
- —Hasta entonces... —la voz de Edna se desvaneció, dejando a Cormac nuevamente en el silencio.
- —¡Lena! —Llamó Cormac—. ¡He hablado con Edna! —Se había levantado de su asiento y a punto de salir del Gran Salón cuando Lena entró junto con Ewan y Cailin.
- —¿Dijiste que habías hablado con mi madre? —Lena estaba perpleja—. ¿Por qué puedes hablar con ella y yo no?
- —No sé cómo funciona, Lena. Pero ella estaba aquí —señaló su cabeza mientras reía de felicidad.
 - —¿Qué dijo? —Exigió Cailin.
- —Dijo que me reúna con ella en el puente tan pronto como pueda llegar allí y que no lo cruzara, que me quedara de este lado.
- —¿Cuándo piensas irte? —Preguntó Ewan. Tenía su brazo sobre los hombros de Lena dándole un pequeño apretón. Cormac pudo ver que Ewan intentaba hacer que se sintiera mejor respecto a su incapacidad de comunicarse con su madre.
- —Enseguida —respondió Cormac—. Cailin, puedes quedarte aquí si quieres. Estaré bien por mi cuenta.
- —No. No me perdería esto por nada del mundo, hermano. Voy contigo dijo Cailin con firmeza.
- —Muy bien, entonces. En marcha —Cormac besó a Lena en la mejilla—. Gracias por intentarlo, Lena. Y gracias Ewan, por tu amable hospitalidad.
- —Ambos son familia. Sois bienvenidos aquí en cualquier momento dijo Ewan—. Haré que los chicos preparen sus caballos y Lena preparará algo de comida para su viaje.
- —Ewan, puede que necesiten otro caballo. ¿Podrías encargarte de ello? —
 Dijo Lena con un brillo en los ojos—. Mi madre dice que deberíais llevar uno
 —les informó.

Cormac se alegró por Lena, contento de que hubiera podido recibir un mensaje de Edna. Pero estaba más feliz por sí mismo sobre que ella quisiera que llevsrs otro caballo. Eso solo podía significar una cosa. *Jenna*.

- —¿Puedes conseguir uno tranquilo, Ewan? Ewan sonrió.
- —Por supuesto, uno tranquilo será.





A la mañana siguiente cuando se acercaron al puente, Cormac se sintió tan ligero como una pluma. El peso de los últimos días se le había caído de los hombros y sabía en su corazón que volvería a ver a Jenna.

—Esperaremos aquí —le anunció Cormac a Cailin. Ambos se sentaron y esperaron en silencio a que algo sucediera. Era una mañana tranquila, pero aún podían oír el canto de los pájaros en los árboles y el sonido del arroyo corriendo sobre las rocas al pasar por debajo del puente.

Desmontando, Cormac le hizo un gesto a Cailin para que hiciera lo mismo.

—Creo que deberíamos ponernos cómodos. No sabemos cuánto tiempo llevará esto.

Dejaron a los caballos pastar y se sentaron bajo la sombra de un árbol cercano. Apoyando sus espaldas en su sólido tronco, esperaron.



—¿ \mathcal{E} stás lista, muchacha? —Le preguntó Edna a Jenna—. Pregunta tonta, lo sé. Has estado lista desde antes de salir de San Francisco —se rio.

Jenna agarró su bolso de cuero y se dirigió a la puerta de la posada. Al salir, abrazó a Angus, quien le pareció un hombre muy dulce. Obviamente él tenía una debilidad en su corazón por Ashley. Le dio a Jenna un regalo envuelto y le preguntó si se aseguraría de dárselo a Ashley cuando regresara a Breaghacraig.

—Es algo para el pequeño bebé —explicó Angus.

Jenna también se despidió de Maggie. No era que la hubiera visto mucho, no desde la cena de la otra noche. Pareció pasar todo su tiempo con Dylan, quien también se iba.

- —Ha sido un placer conocerte —le dijo Jenna a Maggie.
- —Lo mismo digo —se inclinó para besarle la mejilla y darle un breve abrazo—. Con un poco de suerte, mi tía me dejará ir a visitarte —miró a Edna, quien puso los ojos en blanco—. Y tú, hombre guapo —le dijo a Dylan —. Te veré pronto, espero.
 - —Yo también lo espero.

Jenna ocupó a Edna y Angus para que Dylan pudiera darle un beso de despedida sin público.

- —¿A qué distancia está este puente, Edna?
- —No está lejos. Es un paseo encantador y tendrás compañía, así que el tiempo pasará rápido.

Chester se encontraba sentado pacientemente al lado de Jenna, esperando a que Dylan y Maggie terminaran de despedirse. Angus aclaró su garganta como señal de que todos esperaban a la joven pareja.

—Bien. Vamos —dijo Dylan, con una evidente excitación en su voz.

Edna les dio instrucciones de dónde estaba el camino hacia el puente y Dylan le aseguró que no se perderían. Se pusieron en marcha, mirando hacia atrás para dar un último adiós a los Campbell.



— ailin — amonestó Cormac—. ¡Te comerás todo lo que Lena nos dio y luego no tendremos nada para el viaje de regreso a Breaghacraig!

- —No me lo comeré todo —hurgó en las alforjas—. Lena nos dio suficiente comida para alimentar a diez personas. Me imagino que Edna le dijo que necesitaríamos más.
- —Sí. Probablemente tengas razón, pero por si acaso tal vez debas detenerte.

Los dos estaban tan ocupados discutiendo sobre la comida que no se percataron un cambio en la atmósfera que los rodeaba. El viento había aumentado y la niebla comenzaba a arremolinarse en las cercanías. Cormac se detuvo y escuchó. Pudo oír el sonido del estallido y vio aparecer luces de colores.

—Es aquí —le gritó a Cailin por encima de los sonidos del torbellino que giraba delante de ellos. Los caballos dejaron de hacer lo que estaban haciendo y alzaron las orejas hacia la niebla. Cormac y Cailin se quedaron perfectamente quietos, esperando mientras contenían la respiración.



Jenna, Dylan y Chester llegaron al puente justo a tiempo para ver un torbellino de niebla girando del otro lado.

- —Es para nosotros —dijo Jenna.
- —¿Estás segura? —Preguntó Dylan con preocupación en su voz.
- —Sí. Es la misma que me llevó desde San Francisco. Vamos. Sostén mi mano y a Chester —indicó Jenna.

Dylan obedeció, y al no querer arriesgarse, levantó a Chester en sus brazos y Jenna entrelazó su brazo con el suyo. Avanzaron con cautela. Chester estaba concentrado en la niebla y comenzó a retorcerse en los brazos de Dylan.

—Ve algo que nosotros no —dijo Dylan. Entraron en la niebla y se quedaron inmóviles mientras se arremolinaba a su alrededor.



Cormac no podía creer lo que veía; un Chester muy excitado corrió dando brincos hacia él. Cailin tomó una postura defensiva, pero Cormac puso una mano en su hombro como advertencia.

- —Chester —exclamó mientras el perro saltaba en sus brazos y le lamía la cara—. No esperaba verte, amigo mío —bajó al perro y Chester fue inmediatamente a ver a Cailin, quien aparentemente nunca había visto un perro tan feroz. Movió su pequeña cola y Cailin se relajó visiblemente. Un instante después, Jenna salió de la niebla, viéndose aún más hermosa de lo que Cormac recordaba, y a su lado estaba Dylan, cuya cara se iluminó cuando vio a Cormac.
- —¡Lo hicimos! Estamos aquí. Viajamos a través del tiempo, ¿cierto? Preguntó Dylan entusiasmado.

En un abrir y cerrar de ojos, Jenna se encontró en los brazos de Cormac.

—Cormac, lo siento mucho. No quise dejarte. Me di cuenta mientras la niebla me llevaba que estaba cometiendo el peor error de toda mi vida. Me llevó algo de tiempo encontrar a Edna, pero Dylan, Chester y yo volamos a Escocia para que me ayudara.

Dylan los abrazó a los dos juntos.

—Estoy tan feliz de verte, Cormac. Espero que no te importe el hecho de que haya venido.

Cormac estaba tan feliz que no podía hablar. En vez de eso, los abrazó a ambos con más fuerza. El sonido de Cailin aclarando su garganta llamó su atención. Cormac dio un paso atrás y sonrió.

- —Lo siento, hermano. Déjame presentarte al primo de Jenna, Dylan, y creo que ya has conocido a Chester.
- —Sí. Es una criatura increíble. Nunca he visto un perro como este y estoy encantado de conocerte también Dylan.
- —Lo mismo digo, hombre —dijo Dylan mientras medía a Cailin—. Fuerte parecido familiar —observó.
- —Sí. Nos han dicho que nos parecemos lo suficiente como para ser gemelos —coincidió Cailin.

Jenna y Cormac estaban tan juntos el uno en el otro que apenas notaron lo que sucedía a su alrededor.

- —Cormac, deberíamos irnos —dijo Cailin—. Podemos avanzar mucho si nos vamos ahora. Más tarde acamparemos —le explicó a Dylan—, pero tenemos mucha comida y haremos un fuego para pasar la noche.
 - —Suena genial —respondió Dylan entusiasmado.
- —Cormac, Dylan debería montar el caballo extra que Ewan nos prestó y Jenna puede ir con vos. Chester —le dijo al perro—, tendrás que caminar, lamento decirlo.
 - —Estará bien —dijo Dylan—. Le gusta dar largos paseos.

Cormac pudo ver que su hermano ya estaba creando un lazo amistoso con Dylan. Estaba feliz por eso, porque cuando se casara con Jenna —lo que planeaba hacer tan pronto como pudiera—, Dylan sería parte de la familia.

- —¿Vamos? —Preguntó Cormac.
- —Sabes, esto me recuerda a un viaje similar que hice a Breaghacraig con Ashley —sonrió Cailin.
- —Me encantaría escuchar esa historia —dijo Dylan mientras montaba el caballo extra.

Cormac y Jenna se pusieron cómodos en *Saidear*, completamente ajenos a todo, excepto el uno del otro.

Cailin puso los ojos en blanco.

—Bueno, me encantaría compartirte la historia, Dylan. Parece que tú y yo tendremos mucho tiempo para conocernos.

Con Chester trotando felizmente junto a ellos, el sonido de la voz de Cailin resonó a través del bosque mientras contaba su historia.

Epílogo



enna se encontraba parada en medio de su recámara, sintiéndose la mujer más afortunada del mundo. Estaba rodeada por su mejor amiga, Ashley, su futura cuñada, Irene, y Lena y Helene. Sentía un vínculo especial con todas estas mujeres, y esperaba ansiosa una vida entera de su amistad.

- —Estás preciosa —observó Ashley—. Irene, hiciste un trabajo increíble con este vestido.
- —Bueno, no quise presumir, pero sabía que volverías para casarte con mi hermano, así que enseguida me puse a trabajar en ello. ¿Te gusta, Jenna?
- —Irene, es perfecto. Estoy asombrada. Pensar que lo hiciste solo para mí y en unas cuantas semanas. Es increíble —dijo con entusiasmo mientras pasaba sus manos sobre el hermoso vestido dorado.
- —Fue un placer. Sé que no empezamos en los mejores términos, pero quiero que sepas que ahora eres mi hermana.

A Jenna le conmovió la confesión de Irene. Se estiró para coger la mano de Irene y abrazarla.

- —Estoy muy feliz —lágrimas amenazaron con derramarse y Jenna se controló. No quería que Cormac la viera con los ojos rojos e hinchados, aunque fueran consecuencia de lágrimas de felicidad.
 - —¿Estamos todas listas entonces? —Preguntó Helene.

Jenna asintió y Helene abrió la puerta, liderando al séquito de mujeres mientras bajaban los escalones de piedra y entraban al Gran Salón que estaba repleto de los miembros del clan MacKenzie y sus vecinos. Dylan y Chester esperaban cerca. Mientras pasaba, Dylan le enseñó los pulgares arriba. En medio de todo esto, un muy guapo Cormac MacBayne se encontraba de pie. Verlo le quitó el aliento a Jenna, como siempre. Se deslizó a través de la

habitación y directo a sus brazos. Las otras mujeres se pusieron de pie con sus respectivas parejas mientras Cormac llevaba a Jenna frente al sacerdote que había llegado especialmente para su ceremonia. Se pararon tomados de la mano y escucharon atentamente mientras el sacerdote hablaba. Intercambiaron sus votos y Cormac le tendió un hermoso anillo amatista con la cinta adornada con hojas de cardo de plata. Y la piedra misma estaba colocada de tal manera para parecer una flor de cardo. Mientras lo deslizaba en su dedo, le susurró al oído:

—Mi hermoso cardo, Jenna. Te amaré por siempre y para siempre.